
EL JARDÍN DE LOS DESEOS
CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

EL JARDÍN DE LOS DESEOS

DE

CONCHA MARÍN

CAPITULO I

Como solía ocurrir a principios de verano, una ligera capa de lluvia caía lánguidamente sobre la ciudad. El aroma a tierra mojada del jardín llenó de placer a Yanna. Siempre le gustó sentarse bajo la galería en días como aquél con un buen libro en las manos. Pero esa mañana, sus padres tenían otros planes. El libro le fue confiscado y a regañadientes, no tuvo más remedio que obedecer su mandato. Así que, con el ceño fruncido, dejó que la esclava cepillara su sedoso cabello color avellana.

—¿A qué viene esa cara, mi niña? ¿Acaso no quieres lucir hermosa cuando llegue el momento? Tenemos que elegir el peinado. ¿No querrás ser una decepción? Aunque, tú nunca podrás serlo. Eres muy hermosa, y como tú nombre dice, serás la más bella flor del jardín para ese hombre. Lo volverás loco si utilizas bien tus artes. Y sabes como hacerlo. Has recibido una buena enseñanza. Tus padres pagan a los mejores educadores. Te están dando lo mejor.

Era cierto. No se escatimaba en gastos para su preparación. Nada era suficiente para que el honor que se les concedió no se truncara. Estaban decididos a que él quedara prendado. Pero sobre todo, la más implicada era su madre, que se pavoneaba orgullosa ante sus amistades y que no reparaba en gastos, a pesar de las protestas de su esposo; pues no es que carecieran de dinero, pero tampoco nadaban en la abundancia. Hizo confeccionar los mejores vestidos, diseñar joyas exclusivas y crear perfumes especiales para su hija. Y no solo eso. Desde hacía un año, era instruida en todas las artes: música, poesía, política e incluso como desenvolverse en el mundo de la sensualidad. Artes, que según la madre de Yanna, eran imprescindibles para atraer y conservar la pasión de un hombre. No se cansaba de decir que ninguna otra muchacha estaría tan bien preparada; por lo que, su éxito estaba asegurado.

A pesar de ello, no se sentía satisfecha; todo lo contrario. La rabia la carcomía y lo único que deseaba era escapar, poder ser libre y olvidar quién era, a qué familia pertenecía. Pero era imposible. Desde niña le fue inculcado el sentido del honor, de la

fidelidad hacia los suyos y lo llevaba marcado a fuego. Acataría el destino que le había sido trazado; aunque no amara a ese hombre.

—Lo cuál les agradezco, Wadia. Procuraré no defraudarles y comportarme como esperan –dijo sin mucha emoción.

—Como buena hija. Ahora, veamos el vestido nuevo.

Yanna no se consideraba una muchacha superficial; todo lo contrario. Era responsable, cumplía con la ley de Mahoma y en cuanto le era posible ayudaba a los más necesitados. No obstante, la idea de estrenar ropa la entusiasmaba. Era una debilidad que no podía reprimir.

—¿Ya ha llegado? ¡Déjamelo ver! –exclamó, con ojos brillantes, olvidando las pesadumbres.

La sirvienta se le mostró. No se parecía en nada a la nueva túnica negra bordada en hilos de oro. Éste era muy atrevido. Ya, su color rojo, denotaba pasión. Se componía de dos piezas. El corpiño que terminaba justo bajo el pecho era de seda bordado en pedrería plateada, al igual que la parte que rodeaba la cadera. Y la falda... ¡Señor! Era tan transparente, que apenas ocultaba un centímetro de piel.

—Quedará fascinado. Ahora te lo pones y miramos que peinado es el adecuado.

Una vez vestida, Wadia le recogió el cabello en un gracioso tocado y lo adornó con unas joyas de oro y perlas. Satisfecha, observó a su querida niña. Era alta y de figura grácil. Sus pechos incipientes debido a su juventud, poseían el tamaño y redondez perfecta. Caderas amplias y cintura estrecha. Aunque, su mayor atractivo radicaba en su rostro ovalado, enmarcado por un cabello castaño reluciente y unos ojos dorados como la miel. Sí. Su niña era la muchacha más hermosa de Isbiliya.

Con un largo suspiro de orgullo abrió el cajón del tocador y extrajo una cajita de ébano con incrustaciones de nácar donde guardaban los cosméticos. Con precisión perfiló los ojos color melaza de Yanna con khol, blanqueó sus dientes con al—siwak y terminó aplicándole al—zu ‘ayfira’ que dio un matiz azafrán a sus labios carnosos.

—Ahora, el perfume. Ma’zhar es el que mejor te va. ¿O prefieres rosas? ¿O jazmín?

—Este está bien –musitó Yanna.

La esclava le tomó el mentón y la obligó, suavemente, a mirarla.

—Pequeña, debes entender que es un honor que te escogiera. Aún tendrás una vida más lujosa. Muchas te envidian.

—Pues, yo, les cambiaría mi lugar con gusto. Daría lo que

fuera por verme libre del acuerdo. No amo a ese hombre. ¡Ni tan siquiera se como es! Ya sé que todos dicen que aún es joven y apuesto. Pero… Seguro que mienten por el respeto que inspira. ¡Ay, Wadia! Si pudiera… —Calló ante la irrupción de su madre. Ahora tendría que soportar una gran reprimenda y no se sentía con ánimo de iniciar una discusión, que como siempre, terminaría ganando su progenitora; pues a pesar de tener un carácter un tanto irascible y testarudo, no podía evitar que el amor que sentía por ella la obligara a no herirla.

—¿Otra vez quejándote? La mayoría de muchachas matarían por tener tu posición. ¡Ay, Señor! No se porqué no me enviaste un varón. Ahora no tendría estos problemas –se lamentó la mujer. Con aire adusto, le retocó un mechón que escapó del pasador.

—Madre yo…

—No… No me vengas con esas extrañas ideas del amor. Una mujer se debe al hombre que le designan sus padres y lo respetará según las indicaciones del profeta, olvidándose de su propio beneficio.

—Vosotros no lo elegisteis. Él…

—Te creía más inteligente, Yanna. ¿Acaso piensas que a un hombre como él se le propone un trato como éste? Nadie osa hacerlo y menos alguien como nosotros que no pertenecemos a la aristocracia alta. ¿Y encima te quejas? ¡Ni en nuestras mejores ensoñaciones pensamos en recibir tal honor! Así que, no quiero más protestas. Se te ha educado para que alcances lo mejor y como una buena hija, obedecerás. ¿O acaso quieres llevarnos a la ruina y al deshonor? No, si, puedo ver la situación. Puedo imaginar que sucederá si te presentas ante él con esta actitud… —Tomó aire y se dejó caer en el diván ricamente bordado con tela de damasco y con voz temblorosa, dijo: preveo el desastre. ¿Y qué ocurrirá? Tú padre será avergonzado o incluso apartado de su cargo, y yo castigada por educar tan mal a mi hija. ¿De verdad quieres eso para tus queridos y abnegados padres? ¿De verdad deseas que el nombre de la familia se vea pisoteado en el barro? Si a mi se me hubiera concedido tan gran honor, no hubiera dudado ni un segundo. No es que me queje de mi esposo. Es un buen hombre. Me refiero a… a que siendo la muchacha más hermosa, no pude alcanzar un estatus mejor por no poseer fortuna ni nobleza; como tampoco buenas influencias. Ahora tú, mi preciosa hija, tienes la oportunidad de llegar a lo más alto. ¿Y qué mejor destino que complacer a tan gran hombre hay? ¿Di? ¿Cual? ¿Un matrimonio basado en la pasión? ¡Ninguna tempestad dura! Los hombres son irreflexivos, no ven más allá del deseo que

les acucia en ese momento y pronto olvidan a la hembra que les hizo arder. ¿Es lo que anhelas? ¿Es eso?

Yanna se levantó y arrodillándose ante ella, le tomó las manos entre las suyas, al tiempo que dibujaba una leve sonrisa.

—Madre. Estoy segura que, si te hubieran favorecido, habrías sido perfecta. Ninguna podía compararse con tu belleza y gracilidad. No temas, madre querida. Haré lo que se me ha ordenado.

—Y de maravilla, ama Gaina. Sobre todo si aplica las artes que la vieja Ofra le ha enseñado. No hay mujer más sabia en el arte de la seducción y tú hija, ya de por sí arrebatadora, aún lo enloquecerá más –aseguró la esclava.

Gaina inspiró con fuerza y todo el dolor de su semblante desapareció de un plumazo.

—Por supuesto. Belleza pueden poseerla muchas, no así, al mismo tiempo, inteligencia. Y Yanna posee esas dos virtudes. Aunque, no podemos confiarnos. Dentro de cinco semanas será el encuentro. Hay que seguir perfeccionando los detalles. Ahora… —Dejó de hablar al ver a su marido, lívido y con la respiración agitada; lo cual, debido a su carácter templado y exento de dramatismos, le auguró que algo no andaba bien. —¿Qué ocurre, Bassam? No nos asustes. ¿Acaso la propuesta se ha roto? ¡Ay Señor! Lo sabía. Sabía que no podíamos tener tanta suerte. Ahora todos se burlarán de nosotros y seré incapaz de salir a la calle. ¡Moriré de vergüenza!

—Es algo mucho peor, querida esposa. ¡Los persas mazdeistas han tomado Qabpil y ahora sus naves suben por el Wad al-Kabir! ¡Si llegan estamos perdidos!

—¿Cómo es posible? ¿Cómo han podido derrotar a nuestro ejército? –inquirió su hija, incrédula.

—Yanna, por lo general los ataques llegan del norte o de levante. Nadie podía imaginar que esos adoradores del fuego, los mayús, se atrevieran a venir por el Finis Terrae. Fue un ataque sorpresa. Ahora que ha corrido la noticia, espero que los soldados detengan su avance. Bueno. En realidad, estoy seguro que los derrotarán en cuanto se enfrenten a ellos.

—¡Gracias a Dios que la terrible noticia no se refería a Yanna! –exclamó Gaina, volviendo a sonreír.

—Por favor, no seas tan superficial. El ataque de esos diablos es lo peor que nos puede suceder. Si nadie les para, olvídate de los planes, porque puede que nos maten a todos, como probablemente habrán hecho con esos infelices –le reprendió su hija.

—¿Quieres decir, amo, que pueden llegar a Isbiliya? ¡El

Señor nos asista! He oído decir que esos hombres son el mismo demonio. ¡Todos moriremos! –exclamó Wadia.

—Estimada nodriza, Isbiliya es una ciudad poderosa y su ejército el mejor que existe. Los sirios son hombres entrenados para la batalla y no temen a la muerte. Son invencibles. No hay peligro. ¿Verdad, esposo mío? –dijo Gaina sacando un collar de oro y esmeraldas del cajón.

—Por supuesto. El emir, a pesar de las diferencias que tiene con nuestro visir, no consentirá que lleguen esos salvajes. Estamos a salvo –aseveró él.

—Pues calma y continuemos con las pruebas. Hija, ven. ¿Qué te parece? ¿No es un sueño? –dijo con tono despreocupado su esposa.

Yanna observó el collar. Era una alhaja exquisita, digna de una reina. Pero ella no lo seria. Solamente sería…

—Yanna, deja de preocuparte. Ya has oído a tu padre. Estamos seguros. Anda salgamos al jardín. Ya ha dejado de llover. Haré que nos traigan leche de almendras y disfrutaremos de este maravilloso sol y de las flores, mientras hablamos del futuro. Nada perturbará nuestros planes.

Yanna se apoyó en el brazo que su madre le ofrecía y caminaron juntas hasta el extremo del jardín. El paisaje que se mostró ante sus ojos era espectacular. La ciudad de casas encaladas se extendía a lo largo del Wad al-Kabir y el aroma de las miles de flores que adornaban los patios y plazas, se expandía llenando los sentidos.

—Nadie nos quitará nuestro hogar. Nadie –sentenció su madre.

CAPITULO II

Los invasores deseaban las riquezas de Isbiliya y al llegar la noticia de que el gobernador huyó abandonando a su suerte a los habitantes y al ejército, franquearon la muralla que apenas había sido reparada en muchos años y entraron por los arrabales. Desde allí lanzaron miles de flechas, hasta provocar el desconcierto y el pánico. Y ya seguros de su supremacía, desembarcaron y penetraron en la ciudad.

La vida de Yanna, hasta ahora plácida y sumida en la suntuosidad, fue devastada de un plumazo. Sin apenas tiempo,

tuvieron que organizar la huida. Todos los habitantes de la casa se afanaron en coger las cosas más valiosas, el oro, las joyas, documentos.

—¡Dejadlo ya, Gaina! Tenemos que irnos. ¡Están muy cerca! –les pidió el patriarca, colgándose la bolsa en la espalda.

—No he podido coger la cubertería de plata. Y…

—¡Por Alá, larguémonos! –insistió su marido —. ¡Yanna! ¡Yanna!

Su hija se encontraba al otro extremo de la casa. El cajón donde guardaba las alhajas se había atrancado. Y no quería dejarlas. Les había costado mucho sacrificio poder comprarlas y no soportaba la idea de que cayeran en manos de esos bárbaros. Dando un último tirón, al fin, cedió. Precipitadamente, se colgó los collares en el cuello, deteniéndose al sentir el estrépito. Ladeó el rostro y horrorizada, vio como esos salvajes cruzaban la puerta blandiendo las espadas.

Cuando el filo traspasó el pecho de su padre, ahogó un grito de horror. Su mente acostumbrada al raciocinio, le hizo reprimir las ansias de correr para socorrer a su familia. Sería un acto del todo estéril. Estaban sentenciados. Lo que debía hacer era salvar, al menos su vida. Lentamente, procurando no hacer el menor ruido, se alejó hacia la puerta trasera; mientras veía como los invasores terminaban con la existencia de sus seres más amados.

Empapada en un llanto desgarrador, abandonó la casa y corrió sin mirar hacia atrás, junto a otros ciudadanos despavoridos.

La ciudad era un caos. Cadáveres, casas incendiadas, bárbaros que a su paso hundían sus armas en los cuerpos de los indefensos. Desesperada, buscó donde refugiarse. Pensó que una casa que ya hubiese sido asaltada sería el lugar más seguro. Así que, se adentró por las callejas de la medina y recorrió el laberinto hasta alcanzar el otro extremo de la ciudad. La encontró unas calles más arriba. La familia había sido asesinada con una brutalidad inhumana. Estremecida, sorteó los cuerpos y cruzó la puerta. Todo estaba en desorden o roto. Cruzó el patio y llegó hasta la cocina. Jadeando, abrió la trampilla que llevaba a la alacena y descendió, atrancándola con dedos nerviosos.

La oscuridad la envolvió. No le importó. Su vida, desde el instante que esos mayús entraron en su casa, transcurría en el mismísimo infierno. Y lo único que deseaba era cerrar los ojos y que el sueño eterno reparara el dolor que la consumía. Sin embargo, no podía dejarse vencer. Debía sobrevivir por ellos, por los que habían perdido la vida de un modo tan cruel y tan

innecesario. Así que permaneció oculta mientras esos hombres continuaban con la masacre, que duró una semana. Muchos pudieron escapar, pero los más débiles sucumbieron. Ancianos y niños fueron pasados por las armas y las mujeres violadas; algunos se salvaron, pero su destino como esclavos sería mucho peor que la muerte.

El espectáculo que la libertad le ofreció fue dantesco. Isbiliya era un caos, casas sumidas por las llamas, gente herida y cadáveres diseminados. Los supervivientes caminaban como almas en pena, lamentándose, gritando con impotencia. Y ella era incapaz de llorar. Ya no le quedaban lágrimas, solo el sentimiento de odio, de rabia hacia esos hombres que le arrebataron lo más querido. Pero era un sentimiento absurdo e inútil. Jamás podría tomar venganza. Ahora, lo prioritario era encaminarse hacia casa de su tío, y comprobar si aún vivía y buscar la protección que le había sido sesgada como la mala hierba.

El destino quiso que Fauzi el Hayek y su casa sobrevivieran al ataque. Aunque, la salud del anciano, ya precaria, empeoró ante la terrible noticia de la muerte de su hermano y su cuñada.

Yanna intentó sobreponerse a la tragedia. Pero era difícil. Echaba de menos a su quisquillosa madre y la ternura que su padre siempre le demostró. En las noches, sus sueños la trasladaban al pasado, a un tiempo donde la dicha, el amor, las cosas cotidianas eran ya irrecuperables. Jamás volvería a ser feliz. Y lo único que aliviaba el dolor era la idea de abandonar la promesa que sus padres hicieron a ese hombre, para conseguir, al menos, la libertad. No le sería difícil. Podía simular su muerte o su cautiverio y alejarse hacia el norte, donde nadie supiera jamás de ella. No obstante, a pesar de ya no estar en este mundo, ellos merecían que el esfuerzo y los sueños que desearon se cumpliesen. Además, no era tan valiente para continuar en soledad; la habían educado de un modo demasiado protector y no sabría sobrevivir. Era inevitable renunciar a la dicha y a la libertad. En cuanto su tío mejorase, partiría hacia Qurtuba.

Sus planes, de nuevo, se vieron truncados. Los persas, no estando satisfechos con su primera incursión, regresaron a Isbiliya. Muchos se refugiaron en la mezquita para rezar. De nada sirvió. Esos salvajes tomaron por fuerza el lugar santo y mataron a todos sus ocupantes.

Fauzi el Hayek no pudo resistir aquellos horrores y su corazón dejó de latir. Yanna, sin pensarlo, abandonó la casa con precipitación y se unió a unos cientos de ciudadanos que abandonaban la ciudad camino a Karmonch o a Al-Mourol. En el

éxodo, pasó por delante del que fue su hogar. Había sido incendiado. La pared que se mantenía en pie dejaba ver el jardín. Era un amasijo de hojas y naranjos ennegrecidos. Solamente la fuente permaneció intacta y el agua continuaba fluyendo con su música cantarina. Pasó de largo. No quería, como otros, rebuscar algo de valor entre los escombros. La idea de encontrar a sus familiares sin vida, abrasados, la hizo desistir. Y continuó caminando.

Durante varias jordanas marchó sin descanso, atravesando campos, colinas, riachuelos; durmiendo a la intemperie, comiendo pan reseco o alguna fruta, hasta que una caída la obligó a detenerse y buscar refugio. Por fortuna encontró unas cuevas y allí se instaló hasta que el terrible dolor en el pie le permitiera continuar.

Tras una semana, los pocos víveres que le quedaban se agotaron y no tuvo más remedio, cuando ya casi se desvanecía de hambre, que abandonar el escondrijo. Cerca de la cueva, colina arriba, había un campo de naranjos. Con cautela y aún cojeando, alcanzó la arboleda. Arrancó una naranja y la olió. La fruta estaba en su punto.

—¡Eh! ¡Tú! ¿Qué demonios haces aquí?

Yanna, atemorizada, no se molestó en mirar quién era ese hombre. A trompicones, echó a correr. Pero el pie le falló y cayó de bruces. Intentó levantarse, pero una mano férrea la sujetó.

—¡Suéltame! ¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Socorro! –gritó retorciéndose.

—Tranquila, muchacha. Nada te haré. Calma.

Yanna dejó de moverse, aunque no de llorar de pavor, cuando esa mano, suavemente, aunque con firmeza, le volteó el rostro. Al ver al hombre, el temor quedó mitigado. No era uno de esos diablos de ojos azules y cabello como el trigo. Se trataba de un soldado. Un sirio al servicio del emir.

Él la miró con curiosidad. Esa muchacha parecía un animal salvaje. Sucia, con el cabello enmarañado y la ropa plagada de jirones.

—¿No sabes que es peligroso andar sola por estos lugares? ¿De dónde vienes? ¿Vives cerca? –le preguntó ayudándola a levantarse.

—Vivía en Isbiliya. Mi familia fue asesinada en el primer ataque de esos bárbaros. Ahora…

—¿Han vuelto a la ciudad? –inquirió él, con semblante contraído.

Ella se apartó bruscamente un mechón que le cubría parte de la cara. Sin temer a ese gigante, le lanzó una mirada cargada

de ira y le espetó:

—¡Sí! ¡Han vuelto y han matado a cientos, a miles de ciudadanos! ¡Y los soldados no han acudido en nuestra ayuda! ¿Acaso no os da vergüenza? ¿No le da vergüenza al emir? ¡Por lo visto su pueblo no le importa lo más mínimo! ¡Es un desalmado! ¡Un tirano que solo procura para sus placeres! ¡Y vosotros estáis permitiendo una masacre! ¡Qué los pocos que han logrado escapar mueran de hambre, de agotamiento! ¡Cobardes! ¡Que Alá os lleve a todos al infierno!

El soldado se tensó.

—La guerra no es tan fácil, muchacha. No podemos acudir a Isbiliya hasta que todo el contingente de guerreros se reúna. Nuestro batallón sería fulminado por esas huestes. Lo único que podemos hacer es organizar pequeños ataques. Y… ¡Por qué demonios te estoy dando explicaciones! Tú nada tienes que decir ni opinar de nuestro ejército. Tú…

Calló al ver como ella se desvanecía.

Un hombre como él no debía hacerlo. Su misión era la guerra, no la piedad. Sin embargo, ella estaba en lo cierto. Muchos habían muerto por no recibir el amparo del ejército. Era de justicia que le salvara la vida. Así que, la cargó entre en sus brazos y a grandes zancadas se encaminó hacia el campamento.

Sus hombres lo miraron perplejos. Él, sin inmutarse, continuó andando hasta llegar frente a su jaima. Entró y dejó a la muchacha encima de los cojines. Le tomó el pulso y estudió su respiración. Todo era normal. Solo se trataba de un simple mareo, tal vez debido al agotamiento o al hambre. Decidió que era mejor dejarla descansar. Volvió a salir obviando las miradas de interrogación de sus subordinados.

Yanna, apenas unos minutos después, abrió los ojos. Aturdida, miró a su alrededor. Una lámpara iluminaba lo que parecía una tienda de pocas dimensiones y escasamente amueblada. Solamente había un arcón, una mesita, un barreño y apiladas, varios tipos de armas.

Con movimientos torpes levantó el torso de los cojines que la arropaban y apoyó los codos en ellos. Sí. Era una jaima. Pero. ¿Cómo había llegado hasta allí? No recordaba… ¡Si, por supuesto! ¡Había sido él! ¡Ese soldado la había secuestrado! Y a saber con que intención. Seguramente… ¡Por Alá! Debía salir de allí cuanto antes. Antes de que él la tomara por una mujerzuela con derecho a usarla sin el menor pudor.

Sin pensarlo ni un segundo más, se levantó. Pero el pie, de nuevo, la dejó en la estacada. Con un gemido de dolor se dejó caer.

El soldado asomó la cabeza por la abertura de la tienda. Llevaba una bandeja y una copa, y como compañía un perro enorme del color de la canela.

—No deberías castigarlo. Está casi roto. Es mejor que reposes –le aconsejó, entrando.

—Tengo… Tengo que irme… —farfulló Yanna. Se sentía muy asustada ante la visión de ese hombre. A la luz de la lámpara se asemejaba a un gigante. Su rostro aguileño, sus ojos de carbón y su espesa barba no ofrecían, precisamente, amabilidad. Todo lo contrario. Era un hombre duro, insensible y acostumbrado a la muerte. Un soldado capaz de cometer cualquier atrocidad y ella se encontraba a su merced.

—¿Adónde? Me contaste que ya no tienes familia ni casa.

—En… Qurtuba tengo… una tía.

Él frunció la frente.

—¿Por qué tiemblas? Te dije que no pienso hacerte daño. Y soy hombre de palabra. ¿Cómo te llamas, mujer?

—Yanna. Mi padre era magistrado en Isbiliya al servicio del emir.

Así que era un miembro de la baja aristocracia. Aunque, por el aspecto que presentaba, más bien parecía una arrabalera. Debería procurarle un buen baño.

—Bien, Yanna. Aquí tienes la cena.

Ella deseaba rechazarla, pero estaba hambrienta. Así que olvidó los principios y comenzó a comer con glotonería.

—¿Qué?… ¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Soy tu prisionera? –quiso saber.

—Deberías serlo, por haber insultado al emir. Sin embargo, como comprendo la tensión que has soportado, lo olvidaré. Además, eres una mujer libre. ¿No? Así que puedes irte cuando se te antoje. Claro que, primero deberías curar el pie. En estas circunstancias no llegarías muy lejos. Lo más sensato es que aguardes.

Yanna asintió sin dejar de engullir. No era una cena exquisita ni elaborada. Simplemente lentejas con arroz, pero, tras al hambruna pasada, le pareció el majar de los dioses.

—¿Cuál es tu nombre? –quiso saber.

—Asad Tadmor, asistente del general Ibn Rustum.

Yanna pensó que su nombre era idóneo. Asad era el vivo retrato de un león convertido en hombre. Con la diferencia de que en cuanto al león podías predecir cuando estaba preparado para el ataque. Con Asad Tadmor nunca.

—Este es mi campamento. Ahora reposa. Mañana enviaré a alguien para que examine tú pierna –dijo él, cogiendo la bandeja.

Después miró al perro y le ordenó: Sahir. Cuida de ella.

El perro pareció entenderlo. Se sentó, al tiempo que su amo daba media vuelta y salía de la tienda.

Yanna pensó que Asad era muy joven. No debía alcanzar más allá de los veinticinco años. Sin embargo, su expresión huraña y su comportamiento excesivamente responsable, lo hacía parecer mucho más maduro. Y se preguntó si esa actitud se debía a su oficio de soldado o era innata. Pero ahora no tenía ganas de pensar en ello. Se sentía cansada. Se dejó caer con languidez y nuevamente, sus ojos se cerraron sumiéndola en un sueño profundo y reparador.

Estaba casi amaneciendo cuando un estrépito la despertó. Escandalizada, vio como Asad cubría su cuerpo desnudo con los pantalones. ¿Acaso había dormido allí, junto a ella? ¡Era intolerable! ¿Y su honor?, pensó. Aunque, dadas las circunstancias, eso ya era lo de menos. Además, ¿quién diablos contaría lo sucedido en esos días? Estaba rodeada de soldados, de hombres con los que su círculo de amistades no trataba y no había ninguna posibilidad que en el futuro coincidieran.

Él, adivinando lo que pensaba, en tono burlón, le dijo:

—Ningún hombre en su sano juicio hubiera compartido tú lecho esta noche. Haré que te llenen la tina cuanto antes.

Las mejillas de ella se encendieron. ¿Cómo demonios quería que tuviera un aspecto decente tras lo pasado? Llevaba la misma ropa desde hacia diez días y no había vuelto a asearse desde que dejó Isbiliya. ¡Ese hombre era un grosero, una bestia sin el menor sentido de consideración! Nunca nadie la había humillado como él. Aunque, no callaría ante tamaña afrenta. Por lo que, en el mismo tono cargado de cinismo, dijo:

—Con franqueza, me sorprende recibir tanta amabilidad de un hombre de tú condición.

Asad se acercó lentamente. Cuando estuvo a su lado, inclinó la espalda y sin borrar la sonrisa burlona, la apuntó con el dedo.

—Ciertamente. Soy un hombre acostumbrado a la lucha, a no tener piedad. Mi misión es proteger al emirato y a sus habitantes. Te aseguro que en otras circunstancias me hubiera limitado a ignorarte. Simplemente saldo la deuda contraída por no salvaros de esos sanguinarios. Así que, –cambió la expresión amable. Sus ojos centellaron de irritación –sujeta esa lengua mordaz o puede que tu buena suerte termine. Ahora, acuéstate y procura restablecerte cuanto antes o juro que te saco a patadas y te envío con mis hombres. ¿Y no querrás eso, verdad?

Yanna, atemorizada ante su terrible amenaza, negó con la

cabeza.

—Buena chica –dijo él, volviendo a sonreír. Le dio la espalda y abandonó la tienda.

Yanna, furiosa, dejó la bandeja en el suelo. Le gustaría poder darle unos azotes a ese bárbaro sin modales. Se los merecía. Ella era un miembro de la aristocracia y él, un soldado sirio, un mercenario que guerreaba por dinero y le debía respeto. Si no fuera porque, probablemente, le salvó la vida, no dudaría en denunciarlo a las autoridades.

Dio un respingo cuando la puerta de la jaima se abrió. Se trataba de un muchacho no mucho mayor que ella. Cargaba con dos cubos de agua. Levemente inclinó la cabeza y cercándose a la tina, dejó caer el agua.

—El capitán ha ordenado que te des un baño y que te vistas con esta túnica. Creo que te irá bien. Es la más pequeña que hemos encontrado.

¿Ordenado?, pensó Yanna. ¡La desfachatez de ese hombre era extraordinaria! Él debería ser quién estuviera a su servicio. Por suerte, esas humillaciones terminarían pronto; en cuanto su pie sanase. Aunque, mientras tanto, no tendría más remedio que adaptarse a las circunstancias y procurar contener su carácter inconformista o él cumpliría su amenaza. Con tiento, observando como el chico llenaba la tina, se levantó.

Él también la miró con curiosidad. No era corriente que su capitán llevara mujeres al campamento. Bueno, en realidad, nunca lo hizo; al menos desde que entró a su servicio. Asad no era de la misma opinión de otros guerreros que reclutaban prostitutas para aliviar la dura abstinencia que los soldados soportaban durante semanas o meses. Decía que el sexo entorpecía la concentración a la hora de la batalla.

Yanna intuyó sus pensamientos y dijo:

—No es lo que piensas. Soy la hija de un abogado. Son los persas quienes me han obligado a recalar en este lugar infecto.

El chico, por supuesto, no la creyó. Ninguna aristócrata ofrecía ese aspecto desaliñado, ni olía tan mal.

—Vete –le ordenó ella.

Él inclinó levemente la cabeza y la dejó sola.

Yanna se desnudó y dejó caer el vestido al suelo. Los collares que logró reunir antes de abandonar Isbiliya colgaban de su cuello. Se los quitó ocultándolos bajo el extremo de una alfombra. Estaba ansiosa por apartar la mugre que la cubría desde hacia mucho tiempo. No sin dificultad, subió a la tina y dejó que el agua la envolviera. Cerró los ojos y no pudo evitar un suspiro de placer. ¡Hacía tanto que no disfrutaba de un buen

baño!

El hechizo se rompió con el ladrido. Abrió los ojos y vio al perro que la observaba fijamente, con expresión amenazadora. Aunque, por su experiencia con los caninos, supo que era pura fachada.

—Hola, precioso. Anda, ven. Ven, Sahir –le dijo con voz dulce.

El animal avanzó con pasos cautos, deteniéndose de vez en cuando, hasta que supo que Yanna era de fiar. Llegó hasta la tina y dejó que lo acariciara. Sahir efectuó un gruñido de satisfacción.

—Me parece que tu amo nunca te mima. Es un hombre adusto y con corazón de hielo. Estoy segura que no puede sentir amor hacia nadie. Solamente vive para pelear. Pero a pesar de todo, tú le eres fiel. ¿Verdad? ¿Sabes? Yo también tenía una perra. Era preciosa y nunca me abandonaba. Pero desapareció cuando… —Su voz se quebró al recordar —Cuando esas bestias entraron en Isbiliya. Ahora no se donde está.

El perro, como si entendiera su pesar, le lamió la mano. Ella esbozó una sonrisa y apartó la tristeza.

—Sin lugar a dudas, eres más cariñoso que Asad. Creo que él no conoce lo que es el cariño. ¿Crees que alguna vez alguien lo habrá amado de verdad? Bueno. Imagino que su madre. Las madres siempre adoran a sus hijos sean como sean. Mi madre también me adoraba y ahora… —Sacudió la cabeza para apartar el dolor —. Ahora estoy sola y debo asumirlo. He de ser fuerte e intentar sobrevivir. Llegar a Qurtuba y reunirme con mi familia.

Asad, con el ceño fruncido, los observaba; preguntándose porqué su chucho se comportaba con tanta docilidad. Lo había entrenado para que solo atendiera a sus órdenes y no para ser lazarillo de una muchacha arisca y antipática.

—¡Sahir! ¡Ven! –tronó.

El can echó a correr y salió de la jaima.

—¡Maldito idiota! ¿No te he dicho mil veces que no debes confiar en las mujeres? Anda. Vamos a cazar.

CAPITULO III

Asad, con aspecto taciturno, oteaba la planicie que se extendía a sus pies. Al notar la leve brisa que de repente se levantó, rodeó su cuerpo con la capa. No era que sintiese frío. Estaba acostumbrado a soportar las peores condiciones meteorológicas. Ya desde niño fue entrenado para el oficio que realizaba. Del mismo modo que ocurrió con su padre, su abuelo y sus otros antepasados. Había nacido en una estirpe de sirios dedicada a la lucha, que llegó a esas tierras en el año 743, para ayudar a sofocar la rebelión en los territorios musulmanes de Hispania. Gracias a su victoria Abu—l—Jattar, el nuevo gobernador del Al—Andalus, les concedió un inzal de dos tercias partes de tierras y bienes en inmuebles. Sí. Era un yund y se sentía orgulloso de ello; en especial por los logros que había alcanzado el clan de los Tadmod. Por eso, ahora, se encontraba

intranquilo y furioso por no poder luchar contra esos salvajes. Estaba cansado de esperar, de permanecer quieto durante días en un mismo lugar. Y encima, ahora, debía soportar a esa muchacha desagradable y nada agraciada. Y todo, por permanecer fiel al honor y al juramento que hizo cuando se enfundó el uniforme de soldado. Pero no sería por mucho tiempo, decidió, en cuanto pudiera ponerse en pie, la enviaría con uno de sus hombres a un lugar seguro y se libraría de su enojosa presencia.

El avistamiento de un jinete lo tensó. Tal vez la espera había terminado y llegaba la orden de iniciar el ataque.

El mensajero detuvo el caballo junto a Asad y de un salto, desmontó. Hizo un leve movimiento de cabeza en señal de respeto y le entregó un pergamino.

—¿Siguen en Isbiliya? –le preguntó Asad rompiendo el lacre con dedos ávidos.

El mensajero lo miró pasmado. ¿Cómo lo sabía? El emir había tenido noticia de ello hacia tan solo una semana. La capacidad de su superior en estos asuntos, nunca dejaba de asombrarlo.

—Un fugitivo me explicó lo acontecido –le aclaró mientras leía la carta. Era la orden que esperaba. Con visible satisfacción, dijo: Regresa y di que estamos preparados.

—A la orden, capitán.

Asad dio media vuelta y volvió al campamento.

—¡Recoged! ¡Vamos hacia el sur! ¡Rápido! ¡Moveos! ¡Nos espera la batalla! –ordenó.

Al instante, los soldados iniciaron una actividad frenética. Los fuegos fueron apagados, los caballos ensillados y las tiendas desmontadas.

Yanna, al escuchar el alboroto, gateó hasta la entrada y levantó la lona. Ante ella encontró a Asad. Él, sin mirarla, la apartó con tosquedad. Entró y comenzó a empaquetar las cosas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es ese alboroto? ¿Acaso han llegado los adoradores del fuego? –preguntó ella con el pavor reflejado en sus ojos almendrados.

—¿Adoradores del fuego? Temo que has confundido a los invasores, muchacha. No son mayús. Son hombres llegados de las tierras heladas del norte, los vikingos.

—Mi padre dijo que…

—Se confundió. En realidad, todos erraron. ¿O acaso no viste que sus ojos eran azules y sus cabellos dorados como el trigo? Pero ahora no es momento de discusiones absurdas. Hay que darles su merecido. Los atacaremos y caerán en nuestra trampa. Les haremos pagar su osadía –replicó él, atando la bolsa.

—¿Y yo que haré? No puedo andar ni tampoco quedarme aquí sola –musitó Yanna.

Él se detuvo abruptamente. Sus ojos negros repararon en la figura envuelta en la túnica. Ante él ya no estaba aquella chiquilla salvaje y desaliñada; en su lugar había emergido un cisne; una mujer hermosa. En realidad, la mujer mas maravillosa que jamás había conocido. La maraña que formaba su cabello ahora era sedosa y reluciente. Su rostro, libre de la mugre, el más perfecto. Y su cuerpo… En realidad no podía asegurarlo a causa de la túnica amplia, pero estaba convencido que poseía formas sinuosas, sensuales. Ningún hombre la rechazaría. Sin embargo, él no era cualquier hombre. Era un guerrero y tenía una misión que cumplir. Los placeres llegarían tras la victoria.

—Ni yo hacerme cargo de una mujer. No puedo convertirme en tu guardaespaldas. Debo ir a la luchar contra el enemigo. Deberás apañártelas. No te preocupes. Te dejaremos una jaima y víveres suficientes. Cuando puedas andar podrás ir a Qurtuba.

—¿Ahora pretendéis derrotar a los hombres que masacraron Isbiliya? ¡Antes tuvisteis que hacerlo! ¡Por vuestra ausencia mi familia fue asesinada! Y ahora, pretendes abandonarme a mi suerte. ¿Y si llegan hasta aquí? No puedes hacerlo. Estás en deuda conmigo.

Asad soltó una risa profunda. ¿Acaso se había vuelto loca? Ninguna mujer podía seguir a una tropa dispuesta a lanzarse a la ofensiva.

—Me lo debes –insistió ella —. Si no puedo ir con vosotros, ordena a uno de tus hombres que me lleve.

Era la solución que pensó. No obstante, ahora la descartó. En estos momentos necesitaba a todos sus guerreros.

—Esa petición está fuera de lugar.

—Estoy comprometida a un noble de Qurtuba. Si me llevas a su lado, te recompensará con mucha gratitud. No miento. Es muy importante. Tiene un poder que no puedes ni imaginar. Te hará rico.

—¿Piensas que me motiva el dinero? ¿Qué soy un mercenario? ¡Soy un guerrero del emir! Y como tal, mi misión es ganar batallas para él. No desperdiciaré ningún soldado por una muchacha caprichosa. Mi respuesta sigue siendo no. ¿Queda claro?

Yanna aferró la alfombra con las manos. No estaba dispuesta a dejarse vencer. Se había jurado que nadie volvería a destrozar su mundo y estaba dispuesta a todo por conseguirlo. Ese hombre la llevaría hasta Qurtuba. Le gustara o no.

—La crueldad es la fuerza de los cobardes –siseó, lanzándole una mirada cargada de asco.

Él soltó la bolsa y avanzó con expresión iracunda.

—¿Cómo te atreves a insultarme? ¡A mí! ¡A un hombre que había matado a cientos de enemigos! ¡A un soldado qué llevaba la marca de las heridas en su piel! ¡Juro que pagarás tamaña afrenta!— bramó.

Yanna se encogió imaginando el golpe que iba a asestarle. No lo hizo. Con brutalidad, la agarró y la levantó. Ella lanzó un gemido al sentir el dolor en el pie.

—A pesar de que crees que soy una bestia es el único mal que te inflingiré e incluso, salvaré tu pellejo. De todos modos, este ultraje no puede quedar sin castigo. Vendrás con nosotros y te ganarás la comida que, sin merecerla, te daremos.

Yanna jadeó. Esa bestia pretendía utilizarla como prostituta. No lo consentiría. Antes se daría muerte.

No —dijo Asad al ver la expresión de horror de la mujer –. No es lo que imaginas. Eres hermosa, sí. A pesar de ello, ni en mi mayor desesperación te desearía. Eres insufrible; por lo que, evitaré dar tú tormento a mis hombres. Te limitarás a atender a la tropa. Harás la comida y lavarás.

A pesar de sentir alivio, no pudo evitar indignarse ante tamaña humillación y exclamó:

—¡¿Qué?! ¡Jamás! Soy hija de la nobleza. Ese trato es indigno.

—¿Indigno? Tus hechos y palabras no lo evidencian. Al llamarme cobarde has actuado como una necia, como una mujer vulgar e ignorante de lo que supone ser un soldado sirio, un yund. Así que, para mi no eres más que una criada. Y como tal actuarás o juro que el infierno que hasta ahora has conocido no será nada comparado con lo que te espera si me desobedeces –la amenazó Asad apretándole con fuerza los brazos.

Yanna, con ojos llorosos, musitó:

—No existe nada peor que lo que ya he presenciado.

Él comprendió a que se refería. No así su sentimiento, puesto que jamás tuvo que pasar por la muerte de sus familiares a manos del enemigo. De todos modos, no se apiadó. Aquella mujer lo había ofendido en lo más hondo y no se lo perdonaría jamás. Dibujando una sonrisa malvada dijo:

—Porque no me conocías a mí.

Seguidamente, la levantó. Cargó con ella sobre su hombro. Abandonó la tienda y la dejó sentada en el suelo; ante la mirada atónita de los soldados.

—¡Animal! –bramó Yanna.

Él se limitó a dibujar media sonrisa y a ignorarla; mientras pensaba, que a pesar de todo, incluso podría llegar a divertirse con aquella situación tan engorrosa.

CAPITULO IV

Durante semanas el campamento se trasladó de una zona a otra para instigar a los vikingos. Los soldados, al mando de Asad,

luchaban ferozmente contra los salvajes sin temer a la muerte. Algunos morían y otros llegaban con espantosas heridas.

Yanna, junto al doctor, atendió a los heridos, apartando el pavor y la repugnancia. No podía negar la asistencia a esos valientes que daban el máximo para que su mundo y su libertad no desaparecieran. Y lo estaban logrando. Conseguían una victoria tras otra; lo que contribuyó a que la actitud de Asad se tornara más relajada. Aunque, no con el trato hacia Yanna. Con ella siempre estaba tenso y de mal humor.

Era cierto. Asad estaba cansado de compartir su tienda para protegerla de sus hombres, cansado de oír sus quejas; pero sobre todo, de su propia estupidez. Odiaba a esa mujer y sin embargo, deseaba poseer su belleza de un modo feroz. Nunca le había ocurrido nada semejante. Por lo general, sus necesidades transcurrían del mismo modo que sus acciones: meditadas. Le urgía una mujer y sin contemplaciones, la tomaba. Así de fácil. En cambio ahora, un extraño frenesí le recorría las entrañas y le era imposible controlarlo. Solamente lo inmovilizaba la palabra dada. Un promesa inquebrantable.

Por fortuna, la batalla final estaba cerca. Al día siguiente estarían cercando a Isbiliya, junto a todos los ejércitos del emir, que a pesar de las diferencias que mantenía con la ciudad, decidió ayudarla; más que nada para evitar que las huestes del norte llegaran a Qurtuba. Y si ganaban, de lo cual estaba convencido, Al—Andalús sería libre y él podría desprenderse de esa mujer.

—¿Así que mañana es el gran día? –le dijo Yanna, en cuanto entró en la jaima.

Asad soltó un sonoro gruñido y se dejó caer sobre el cojín. Su perro se acomodó junto a él.

—Ciertamente. Sobre todo, porque los dos nos veremos rescatados de nuestra mutua y enojosa presencia. ¿Verdad?

—Uno más que otro. ¿No te parece? –le recriminó ella, recordando las duras jornadas de colada, de cocinar para todo un regimiento, de soportar a ese hombre cada noche, que no dejaba de mirarla con gesto ceñudo, de reprenderla por cualquier nimiedad; incluso su perro, recibía un trato más humano que ella.

Él torció la cabeza y la miró de soslayo.

—Creo que, no te he tratado mal. He custodiado tu vida y tu honor. ¿Por qué aún lo conservas, no?

Yanna no pudo protestar, pues no mentía. Sin su ayuda no hubiera sobrevivido, como tampoco cumplir los deseos de sus padres. Su virginidad estaba intacta, dispuesta para el hombre

elegido.

Al entender que dentro de muy poco su destino sería sellado, un rictus de tristeza cruzó su hermoso rostro. Quería consumar la promesa hecha. Y a pesar de ello, algo en su interior le decía que cometería el mayor error de su vida.

—Veo que no eres tan estúpida como creía y comprendes que debes de estarme agradecida. Deberías recompensarme. Pero, por mi mala cabeza, yo mismo me he vetado lo único que podrías ofrecerme que me complacería.

Ella no respondió a su impertinencia. Sacó el cazo del fuego. Llenó dos tazas y le ofreció una, sentándose lo más alejada de él. Cogió un trozo de pan y se lo mostró al perro. Éste se levantó.

—¡Quieto! –le ordenó su amo.

Los ojos de Yanna chispearon de rabia.

—No lo tomes como algo personal. Sabe que no puede confiar en los extraños. De ello depende su vida.

—Yo no soy una extraña.

—¿De veras?

Yanna permaneció callada. Estaba demasiado cansada para iniciar una nueva discusión.

Asad la observó mientras soplaba el té y a pesar de lo molestosa que le resultaba, no pudo evitar pensar en lo afortunado que era el hombre que la aguardaba. Claro que, si sabía domar esa lengua mordaz y su innata rebeldía. En ese caso, tendría en su poder a una esposa exultante, digna de tenerla entre las sábanas y sobre todo, de ser envidiado. Sí. Él, sin conocerlo, lo envidiaba. Y ahora se arrepentía de la palabra dada.

—¿Lo amas? –dijo, rompiendo el silencio.

Yanna apartó la taza de los labios y lo miró desconcertada.

—Me refiero a tu prometido.

—No lo conozco. Aunque, todos aseguran que tengo mucha suerte, pues es un hombre noble y rico. Mis padres se sentían muy orgullosos de que fuera su elegida.

—¿Y tú?

Ella levantó los hombros y sorbió la infusión.

Yanna, pensó Asad, era una mujer realmente preciosa, joven y fuerte. Aunque, esas cualidades no eran suficientes para que un noble decidiera desposarse con la hija de un simple abogado; lo cuál solo podía significar que era un anciano decrépito al que ya no le interesaba el prestigio ni la dote de su prometida.

—Por lo que veo, no te importa. ¿Y si es viejo o castiga a

sus mujeres con la vara, o no sabe como atender a una virgen?

—Todos aseguran que es un hombre justo y apuesto; además, mis padres no me habrían engañado.

Asad curvó la boca en una media sonrisa cargada de escepticismo.

—El interés tiene una sola opinión y ésta no es imparcial. La mía sería del todo justa. Vivo en Qurtuba y conozco a todos los hombres notables. Si me dices quién es…

Ella, por supuesto, no quería contestar a su indiscreción, por lo que, optó por alejarlo de sus intimidades.

—¿Vives en Qurtuba? Nunca he estado. ¿Es tan hermosa como dicen? Me han contado que viven doscientas mil personas.

Los ojos gélidos de Asad brillaron con nostalgia mientras aseveraba. Yanna se sorprendió de que ese pequeño detalle transformara por completo su fisonomía. La fiereza de sus rasgos desapareció para dar paso a un rostro sereno. Pero no podía engañarse. Era tan solo un espejismo. Esos sentimientos pertenecían al pasado. La guerra y la lucha por la supervivencia los sepultaron junto a las fosas de los enemigos que derribó con la espada. A ella, pensó, le había ocurrido lo mismo. Los vándalos del norte no solamente sesgaron la vida de sus seres queridos, su crueldad arrasó el vergel de sus sentimientos y ahora solo tenía una meta: sobrevivir a cualquier precio, lo mismo que él.

—Es una gran urbe, sí –murmuró él.

—Me han contado que en la corte a los artistas se les venera.

—No suelo frecuentar esos ambientes. Mi mundo transcurre entre espadas y muerte; lo cuál dista mucho de la poesía, como habrás comprobado en estos días. Por suerte, pronto estarás protegida por los brazos de tu excelso prometido; aunque, sé con seguridad que no lo deseas. ¿Cierto? –replicó Asad, con tono irónico, recuperando la frialdad que lo caracterizaba.

Ella no respondió.

—¿Y por qué sigues adelante? Ahora tienes la oportunidad de romper el compromiso. Ya eres adulta y sin la tutoría paterna, con potestad para decidir. Puedes elegir a otro que sea más de tu agrado o simplemente, ser libre.

—El hombre no puede saltar fuera de su sombra. Dimos nuestra palabra y se cumplirá. Siempre fuimos honorables –replicó Yanna.

—Quién quiere hacer algo encuentra un medio, quien no quiere hacer nada, encuentra una excusa. Vamos, muchacha. Tú

no diste tú palabra. Ante la ley no tienes porque mantener el trato.

—Un hombre como tú no puede comprender ni juzgar.

Asad dejó la taza con brusquedad en la bandeja.

—¿Y quién está juzgando ahora? No me conoces, muchacha; así que reserva tus opiniones. ¿Están listas las botas?

—No entiendo esta obsesión. ¿Qué mas da si están o no relucientes? –comentó Yanna, con malhumor.

—Es deber de todo soldado mostrar pulcritud. Lo contrario, indicaría que no es disciplinado. Y la disciplina es imprescindible para el buen rendimiento o la muerte tiene más probabilidades de llevarte.

Yanna nunca pensó en eso. Asad jugaba cada día con la muerte. Tal vez, si ella ejerciera el mismo oficio, también estaría tensa a todas horas.

—Aparta esa expresión. Puede que mañana te libres de mí para siempre. De todos modos, no te preocupes. He dejado órdenes de que no seas molestada y te lleven junto a tú tía. Aún muerto, mantendré mi promesa. Ese hombre te recibirá intacta –le dijo Asad, al ver su rostro sombrío.

—Puede… Mejor dicho, te aborrezco. Pero, aunque te cueste creerlo, no soy malvada. No deseo tú muerte. Ahora, si no te importa, ha sido una jornada muy dura. Voy a dormir –alegó ella con tono apagado. Le entregó las botas y tras las oraciones, se acostó en su rincón.

Asad la escudriñó. Yanna estaba llena de contradicciones. A veces era frágil como el cristal y parecía que iba a resquebrajarse; otras, su fortaleza era capaz de luchar por aquello que consideraba justo. Aunque, la mayor parte del tiempo se comportaba como si nada de lo que hubiese a su alrededor le importase. Y un hombre como él, acostumbrado a la lógica y a la disciplina, nunca sabía como tratarla. Hiciese lo que hiciese, siempre se equivocaba. Y eso lo irritaba. Por fortuna, su convivencia estaba a punto de concluir y su terrible tentación, también. En esos momentos, sentía un impulso irrefrenable de saltar sobre ella y apagar ese fuego que lo consumía.

Inspiró con fuerza e intentó serenarse. Tenía que dormir. Se desnudó, apagó la lámpara y se acostó, intentando que su mente se concentrara en la dura batalla que se avecinaba.

Pocos minutos después, Yanna escuchó su respiración pausada. A pesar de la inquina que sentía hacia él, no pudo evitar un sentimiento de admiración. En unas horas se enfrentaría al combate más trascendental de su vida, donde muchos e incluso él, morirían. ¿Y qué hacia? Dormir tan

tranquilo. Y se preguntó como conseguía esa serenidad, y lo envidió. Deseó su capacidad de síntesis. Asad sabía cuál era su destino y lo aceptaba sin la menor complicación. En cambio ella, se sumía en un mar de dudas. Claro que, pensó, su situación era distinta. Fueron otros los que decidieron y no tenía posibilidad de negarse; sobre todo ahora que su casa había sido destruida. No poseía tierras y las joyas que logró salvar no alcanzaban para iniciar una nueva vida lejos de los que la conocían.

Con la sensación de sentirse atrapada, se sumió en un llanto lleno de amargura, hasta que, agotada, se durmió.

Su mente se deslizó por los caminos del pasado. Era un día luminoso. Se encontraba en un bello jardín. El aroma del azahar y de las rosas, la hicieron suspirar. El lento transcurrir del Wad al-Kabir iluminado por el sol de atardecer parecía una cinta de plata que acicalaba las casas encaladas. Sus labios dibujaron una dulce sonrisa cuando la música la envolvió. Sus pies danzaron con gracia, mientras sus padres reían dichosos. De repente, negros nubarrones ocultaron el sol. La tormenta se desató con violencia. Tras la cortina de agua, unos hombres armados, avanzaron hacia ellos. Yanna gritó. Gritó con todas sus fuerzas para advertir a sus padres.

Asad encendió la lámpara y corrió hacia ella.

—Yanna. ¡Despierta! ¡Es una pesadilla! ¡Despierta!

Ella abrió los ojos.

—¡Oh, es horrible! ¡Horrible! Todos están muertos. ¡Todos! –gimió estallando un llanto desgarrador.

Asad la estrechó contra su pecho.

—Lo sé. El dolor te embarga. Pero, al igual que la crisálida, debes emerger. Tú sobreviviste y tienes que seguir el camino. Vamos, cálmate. Duerme.

—No… No puedo. Tengo miedo. ¡Estoy tan sola!

—Es un temor vano. La soledad solo existe en los momentos más importantes de nuestra vida. Al nacer y al morir; en cambio, mientras vivimos, estamos rodeados de compañía y la mayoría de las veces, rogamos a Alá que nos libere de nuestros compañeros. Estoy seguro que debe estar cansado de escuchar tus oraciones y harto de mi nombre. ¿No es así?

Ella no pudo evitar sonreír.

—Eso está mejor. A tu hermoso rostro no le favorece el llanto –musitó Asad paseando el dedo por sus lágrimas.

Yanna se estremeció ante el brillo que destellaba en sus ojos negros.

—¿Por qué eres tan endiabladamente bella? Eres una incitación tan… irresistible. Sobre todo para un hombre que está

a punto de enfrentarse a la muerte y tú, esta noche, podrías darme la vida.

—Hiciste una promesa –protestó Yanna, cuando él bajó el rostro buscando su boca.

—Lo sé. Pero un beso no lastimará tu preciada virginidad. Además, es un precio muy bajo a pagar, pequeña –dijo con voz ronca.

Desoyendo sus lamentos, se apoderó de su boca y la besó con voracidad. Yanna intentó apartarlo, luchar contra esa invasión brutal y tan desagradable. No pudo. Asad era demasiado fuerte y su contención, a pesar de su rechazo, se estaba desmoronando. Así que, intentó detenerlo con el único medio que poseía para vencerlo: el chantaje emocional.

—¿Dónde está tu honor? ¿Dónde tu fortaleza de soldado? Creí que eras honorable. Me equivoqué. Eres débil y vil. Un hombre como todos los demás, que se aprovecha de una mujer indefensa y asustada para saciar su lujuria –le dijo cuando él se separó.

La mejilla de Asad se contrajo. Con brusquedad la apartó.

—La fortuna es caprichosa. Busca la compañía de quien no la merece. Sino fuera por ello, tu lengua viperina te llevaría a la perdición. Y con referencia a mi lujuria, tú frialdad nunca podría saciarme, mujer. Será mejor que duermas. Mañana debes alzarte antes de que sol salga para asistirme —siseó. Se levantó y murmurando improperios, volvió a acostarse.

Yanna, aún conmocionada por su ataque tan indecoroso e íntimo, se acurrucó sin dejar de mirar hacia el otro extremo de la tienda, temerosa de que su lujuria no hubiese sido aplacada por sus palabras hirientes y frialdad que mostró. Pero él, la ignoró y en pocos minutos, volvió a dormirse. Ella lo intentó y no fue imposible. A pesar de no sentir ningún afecto por Asad, el calor de su boca voraz aún persistía en sus labios. Con rabia, se pasó el dorso de la mano sobre ellos para borrar su huella ardiente, la mancha que impregnó en su boca hasta entonces virginal; un beso que había guardado para el hombre amado. Claro que, razonó, su esperanza solo fue un sueño de niña. Cuando la mujer surgió, fue consciente de que sus padres la educaban para un hombre notable, no para el príncipe soñado. Sin embargo, en esas semanas, albergó la esperanza de cumplir su anhelo si decidía escapar de las obligaciones. Ahora, por culpa de esa bestia, ya era demasiado tarde. Aunque, no podía echarle todas las culpas. Sus dudas y miedos eran, en realidad, lo que le impedía liberarse.

Resopló exasperada. Se encontraba envuelta por una

maraña de sentimientos difíciles de desenredar. Y tenía que hacerlo, pero en aquellos momentos se sentía demasiado cansada. La resolución, como solía decirle su madre, llegaría con el alba.

Cuando los primeros rayos de sol se asomaron en la cima de la colina. Yanna, agotada por el sueño intranquilo, clavó la mirada en el hombre que se ajustaba el turbante. Él se dio la vuelta y la miró fijamente; pero permaneció en silencio. Su semblante siempre resuelto en cada una de sus incursiones contra el enemigo, ahora, denotaba preocupación. Y Yanna comprendía el motivo. Si perdían, era probable que la seguridad del emirato se viera seriamente comprometida o incluso que, todos sus habitantes acabaran como esclavos de los invasores del norte. Asad era consciente de su responsabilidad y ella, a pesar de la antipatía que le provocaba, no pudo evitar el sentimiento de gratitud por la hazaña que estaba a punto de iniciar.

—¿Quieres té? –le susurró,

Él negó con la cabeza. Tomó la espada de acero con incrustaciones de nácar en el puño. La estudió y paseó el dedo por el filo. Estaba en perfectas condiciones. Lista, como siempre, para sesgar la vida de los enemigos.

—Deberías comer algo. La debilidad no te favorecerá –insistió Yanna.

—La fortaleza radica en nuestro corazón y en nuestro brazo –replicó Asad con aspereza.

—¿Por qué eres tan desagradable? Solamente intento ayudar.

—La arena del desierto es para el viajero fatigado lo mismo que la conversación incesante para el amante del silencio. Ayudarías permaneciendo callada. ¡Maldita sea! Nada puede haber peor para un soldado que soportar el parloteo insensato de una mujer antes de la batalla. ¡Qué estúpido fui! Nada me obligaba a protegerte. Debería de haberte dejado en ese campo.

Yanna, airada, se levantó.

—No tendrás que hacerlo. ¡Ahora mismo me voy! No me quedaré para ver si vives o mueres, o si sales victorioso. Porque, no me importa lo más mínimo. ¡Te aborrezco!

Él, sin alterarse, dijo:

—Pues debería importarte, mujer. Si somos vencidos, tu vida será un infierno bajo el dominio de los vikingos. Así que, al menos, por tu bien, reza para que ganemos. Y no te irás. Juré que te protegería y ni tú ni nade hará que incumpla mi palabra. Sahir, vigila.

Yanna, desde la abertura de la puerta, observó como los

hombres se inclinaron y rogaron a Alá por su victoria. Después, en silencio, se alejaron hasta que los perdió de vista.

—Espero que ganen esta batalla o lo que nos espera es la muerte, o algo mucho peor, la esclavitud –le dijo el doctor.

Yanna pensó que, ocurriera lo que ocurriera, sería una sierva a merced del hombre al que había sido destinada.

CAPITULO V

El uno de septiembre, en Tablada, el ejército del norte y las tropas de la jurisdicción, se encontraron con los invasores. Los vikingos estaban remontando el río con treinta y cinco naves, seguros de que nadie les impediría el paso.

Asad sujetaba con fuerza las riendas del caballo inquieto, mientras observaba a su general.

—¡Soldados! ¡El emir y el pueblo están en nuestras manos! ¡No podemos permitir que esos bárbaros de ojos azules nos derroten! ¡Compañeros! ¡Adelante! ¡Que Alá nos proteja!

Miles de jinetes se deslizaron colina abajo, dispuestos a dar su vida por la nación.

Durante horas, los hombres se enfrentaron con ferocidad. El río y el campo se tiñeron de sangre. Miles de guerreros murieron y al llegar la noche, las fuerzas del emir habían ganado la batalla. El fuego de los barcos vikingos en llamas iluminó su victoria y los gritos de euforia se dejaron oír con fuerza, junto a los lamentos de los cuatrocientos prisioneros que fueron ajusticiados.

Yanna salió de la tienda acompañada por los ladridos de su perro guardián. La noche era oscura. Cogió una tea y la prendió en la hoguera. A lo lejos, los primeros soldados regresaban al campamento.

Ansiosa, esperó ver sus rostros. Solo en ellos podría reconocer quienes habían sido los vencedores.

—Han ganado. Pero han pagado un precio muy alto. Tendremos mucho trabajo. Prepárate. Hierve agua y busca paños.

Yo encenderé más hogueras. ¡Deprisa, muchacha! –le dijo el doctor.

Yanna se apresuró, sin dejar de escrutar a los combatientes que entraban en el campamento. No había rastro de Asad.

Las horas fueron pasando y él continuaba sin aparecer. Un sentimiento de aprensión le traspasó el estómago. No apreciaba a ese hombre rudo y carente de sensibilidad; a pesar de ello, no deseaba su muerte. Asad merecía vivir. Los había liberado del enemigo, de un futuro inmerso en el sometimiento. Aunque ella, continuaba ligada a ese hombre por un pacto totalmente ajeno a su voluntad. Y seriamente se cuestionó si, tras los trágicos acontecimientos, debía continuar con la promesa o por el contrario, como le aconsejó Asad, reivindicar la libertad que la alejaría de una existencia desdichada. Y llegó a la conclusión que deseaba la libertad y sabía como obtenerla sin romper el pacto.

—¡Llega otro! –le gritó Hakin, el médico.

Yanna alzó la mirada. El jinete, desvanecido, estaba reclinado sobre el lomo del caballo. Varios soldados corrieron a socorrerle.

—¡Es Asad! ¡Sigue vivo! –gritó uno de sus hombres. Cargaron con su superior y Yanna les indicó la tienda. Lo tendieron sobre los cojines y el doctor lo auscultó.

—Luchó como un valiente. Esta herida la recibió al salvar la vida de nuestro general. Vi como la espada del vikingo se clavaba en su brazo, pero Asad continuó guerreando sin importarle el dolor. Mató a cientos de enemigos. Es un héroe –dijo uno de los soldados con gesto cargado de orgullo.

—¿Cómo está? ¿Es grave, verdad? –preguntó Yanna, con tono preocupado. El rostro lívido de Asad no evidenciaba nada bueno; como tampoco la sangre que manaba de su brazo.

Hakim aseveró con semblante circunspecto.

—Ha recibido una herida muy profunda y debería haber acudido antes. El barro y la suciedad han ido trabajando en su contra. Por el aspecto que presenta y la fiebre que lo consume, temo que se ha infectado. Lo único que puedo hacer es limpiarla y si dentro de unas horas no mejora, deberé amputarle el brazo.

Yanna gimió horrorizada. No podría volver a levantar una espada, lo que significaría su retiro como soldado del emir. Eso sería peor que la muerte.

—Tiene que haber algún remedio, doctor.

—Solamente Alá puede ayudarlo. Por favor, quédate con él y avísame si hay alguna novedad.

Yanna llenó un cuenco. Tenía que limpiarlo o la suciedad

recrudecería su enfermedad. Mojó el paño y enjuagó la frente sudorosa del soldado. Sahir, con gemidos lastimeros, se sentó junto a su amo, observando como la joven lo desnudaba, lavando cada centímetro de su cuerpo. Después, decidió rasurarle la barba y cortarle el cabello, pues había leído en un manual de medicina que era más higiénico en casos de peligro de infección.

Yanna, tras la revelación de su verdadero rostro, no pudo evitar, a pesar de la terrible situación, reconocer que Asad era el hombre más guapo que había conocido; como tampoco recrearse en su cuerpo atlético. Era un dios hecho carne. Un ejemplar magnífico, un hombre por el cuál, cualquier mujer podría perder la cabeza. Aunque, ella nunca lo haría. Su hermosura jamás podría mitigar su carácter irascible e intratable.

Sacudió la cabeza y continuó lavando el barro y la sangre.

Al atardecer, Asad comenzó a delirar. El mal no estaba remitiendo, todo lo contrario. La infección se extendía.

—Deberemos cortar. Con la luz del sol, operaremos –decidió el medico.

Yanna se negaba a que un hombre que se había enfrentado a cientos de enemigos fuera vencido por una simple infección.

—No te preocupes. No lo permitiré. Tu fiero león conservará su brazo –musitó Yanna, acariciando la cabeza de Sahir. Con determinación salió de la tienda. Aún quedaba una hora de luz. Se apresuró para llegar al bosque. No sabía si encontraría lo necesario. Por suerte, consiguió todas las plantas de las que se componía la receta que su abuela le enseñó. Sin perder un minuto, se lanzó a la carrera. Jadeando, buscó un cazo y preparó la pócima. Los minutos que tardó en estar lista le parecieron eternos. El tiempo del que disponía era mínimo y las probabilidades de detener la infección, también. De todos modos, no se rendiría. Cogió la palangana y entró en la jaima. Asad continuaba envuelto en espasmos. Tomó el ungüento y se lo aplicó en la herida. Él exhaló un quejido. Ella no se apiadó y continuó con la cura, hora tras hora, sin permitirse un descanso.

Al amanecer, el médico entró de nuevo en la tienda.

—¿Qué es esto? –inquirió al ver la cataplasma.

—Un remedio que me enseñó mi abuela. Parece que surte efecto. ¿No es así? –contestó ella, esperanzada.

—El único remedio es amputar.

—¡No! Asad no lo consentiría.

—Muchacha, si no corto, sí morirá.

Asad, abrió repentinamente los ojos. Levantó la mano y aferró la muñeca del médico.

—Si… Me tocas un pelo, yo… mismo te descuartizaré,

matasanos –jadeó. Y tras decir esto, volvió a desvanecerse.

—Ya lo has oído. No operarás –dijo Yanna.

El médico resopló lleno de impotencia.

—En ese caso, me dedicaré a salvar la vida de aquellos que sí quieren vivir. Dale esto tres veces al día. Le aliviará el dolor –espetó, entregándole un frasco. Después, con aire indignado, salió de la jaima.

Ella volvió a mojar el paño y lo pasó por los labios resecos del enfermo, que se contraía en espantosas convulsiones. Viéndolo así, no estaba segura de haber hecho lo correcto. Tal vez el doctor tuviera razón y deberían amputarle el mal.

—Mi… bella flor… No dejes que él…

Yanna le sonrió con ternura.

—Tú brazo permanecerá contigo. Tanto si estás con vida como si no. Anda, bebe. Necesitas hidratarte.

Asad a penas cató el agua, pero pudo conseguir que tragara un poco del brebaje que contenía un opiáceo; lo cuál contribuyó a que el terrible dolor y los espasmos cesaran bajo el sopor.

Poco a poco, la fiebre fue remitiendo bajo los cuidados de Yanna, que no dejaba de empapar su cuerpo sudoroso con paños fríos que obtenía del agua del riachuelo y la cataplasma, parecía surgir el efecto esperado.

Sin embargo, la angustia se apoderó de ella cuando el campamento, dos días después, tuvo que levantarse. Asad ya estaba fuera de peligro, pero aún demasiado débil para emprender el camino hacia Qurtuba. Sus hombres lo respetaban y siempre habían estado dispuestos a dar la vida por él; sin embargo, eran soldados y sus órdenes eran partir cuanto antes. No podían aguardar a su total recuperación. Así que, Yanna se encontró ante un nuevo dilema: abandonar a su suerte a Asad o quedarse junto a él. Y, apelando a su conciencia, no tuvo más remedio que permanecer a su lado. Una vez recuperado, habría saldado la deuda contraída con él. Una vida a cambio de otra.

Con un nudo en el estómago vio partir a la tropa. Sahir soltó un lamento quejumbroso. Él también entendía la terrible situación en la que se encontraban. Dejó caer la puerta y regresó junto al convaleciente. Continuaba con fiebre. No consintió que su empeño decayera y una vez más, lo refrescó con el paño.

Asad entreabrió los ojos.

—¿Se han ido? –murmuró sin apenas voz. Ella asintió. Abrió el frasquito de medicina y vertió unas gotas en el vaso —. ¿Por qué no te has ido? Voy a morir.

—No lo permitiré. Juraste llevarme a Qurtuba y lo harás. Eres un hombre de palabra.

—Soy un… asesino. Un hombre… sin entrañas. No merezco vivir… No…

Yanna selló su boca con los dedos.

—Esas palabras son producto del delirio. Eres un buen soldado. Ahora toma la medicina, por favor.

Asad le apartó el vaso y con el brazo sano, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él.

—Y tú la más… bella flor. Mi precioso jardín… Mi deseo más ardiente… Y será para otro… porque me odia… Mi hermoso ángel pertenece a otro… A otro más afortunado.

Ella, debido a su debilidad, logró zafarse.

—No… Debes dormir. Bebe.

Consiguió que tragara un poco, el suficiente para aturdirlo, para que dejara de atormentarla, de recordarle que su vida no le pertenecía. Pues, a pesar de sus propósitos, era cobarde y no haría nada para evitar su destino. Pues únicamente había un medio y ese medio era, romper la clausura más importante del acuerdo: su virginidad, y era incapaz de entregarla a un extraño; a que el acto que siempre consideró sagrado, fuera un mero intercambio calculador, exento de sentimientos.

El quejido quejumbroso de Asad le hizo comprender que sus problemas eran irrisorios. Ese hombre, a pesar de sus cuidados, iba a morir. Nunca más vería su adorada Qurtuba, ni olería los jazmines, ni pasearía por sus calles de paredes encaladas y jamás tendría otra vez entre sus brazos el cuerpo tibio de una mujer. Y no era justo.

Se estremeció cuando una idea loca y obscena fue concebida por la desesperación. Y se dijo que debía borrarla del pensamiento.

CAPITULO VI

A pesar de su determinación, cuanto más se esforzaba en descartar la solución a todos sus problemas, más razonable le parecía.

—Estoy loca –gimió levantándose. Nerviosa, comenzó a caminar de un extremo a otro de la jaima. No podía. El resto de sus días tendría remordimientos; no por el hecho de su mala acción; si no, por aprovecharse de un moribundo. Debía serenarse y olvidarse de ello. Sin embargo, el instinto de supervivencia resurgió. ¿Qué mal podía haber en salir los dos beneficiados de aquella situación límite? Asad cumpliría su deseo y ella conseguiría la libertad, sin que su familia cayera en el deshonor. Además, él no era un desconocido. No es que fuera el

hombre de sus sueños. Era rudo e insensible, pero poseía dos grandes ventaja: una era su gran atractivo que le evitaría la repulsión y otra, que tras su muerte, nadie descubriría su engaño. Contaría a todos que fue violada por los vikingos y el hombre al que había sido destinada rompería el trato. Viviría con su tía, que a pesar de ser viuda, económicamente estaba bien situada, pues poseía una tienda de perfumes en el bab al—àttarin.

Resuelta a concluir con el destino que jamás deseó, regresó junto a Asad. Él continuaba inquieto por la calentura y murmuraba incoherencias. Sus condiciones no eran las más óptimas para realizar sus exigencias. Había adelgazado y el dolor que le provocaba el brazo era tan fuerte, que dudaba que lograra placer. A pesar de ello, gracias a las lecciones recibidas sobre los misterios del sexo, sabía como estimularlo y lo intentaría. Con dedos trémulos le acarició el pecho, delineando cada uno de sus músculos, de algunas de sus cicatrices, lentamente, al mismo ritmo que las dudas que la corroían. Pero no podía permitirse echarse atrás y continuó incitándolo, cada vez con más osadía, descubriendo que era agradable su piel, su calor; un calor que le contagió.

Con la respiración contenida, apartó la sábana. Su desnudez, incluso con la enfermedad, continuaba siendo hermosa y su virilidad, a pesar de su flacidez, era formidable.

Asustada, dejó de acariciarlo. No soportaría el dolor de una penetración sin estar preparada para ella. Pero, una vez más, su mente, razonó con frialdad. Sentiría el mismo sufrimiento si aceptaba al hombre que le había sido destinado. Así que, inspiró con fuerza y deslizó la mano hacia su miembro. Se sorprendió de lo suave y caliente que era, y de la rapidez con la que se tensó ante las primeras caricias. Su dureza le provocó una convulsión en el estómago y un escalofrío le recorrió la espalda.

Asad lanzó un lamento y la miró con ojos vidriosos. Su respiración se tornó aún más angustiosa. Ella, asustada, se detuvo al creer que eran estertores de agonía. Él gruñó frustrado y en un arrebato, la atrajo hacia su pecho.

—No me abandones – jadeó. Febril, buscó sus labios y la besó voraz. Ella, en esta ocasión, no intentó separarse. Dejó que su boca vehemente la explorara sin pudor, que su lengua inquieta le demostrara que esa sensación tan desagradable de su primer beso fuera borrada. Ahora era excitante; tanto que, sus entrañas palpitaron en busca de un ansia difícil de saciar. Aturdida por el descubrimiento seductor, volvió a complacerlo, masajeando su virilidad tensa y henchida. Asad, respirando con

fatiga, hundió la mano en su cabello, sin dejar de besar su boca fresca, buscando el alivio a la tortura que ella le estaba inflingiendo.

Yanna no tenía tiempo para descubrir los placeres que, según su instructora en el arte de la seducción, un hombre podía proporcionarle. Asad estaba al límite. Se apartó y desoyendo sus protestas, se posó sobre él dispuesta a la consumación. Conteniendo el aliento, tomo su miembro y mordiéndose el labio inferior se lo introdujo lentamente. Asad, enardecido, alzó las caderas y la penetró de un solo golpe. El terrible dolor cortó el aliento de Yanna y le hizo exhalar un quejido. Pero él, sumido en la fiebre, se sacudió, hundiéndose en ese nido acogedor, liberando todo su deseo con un jadeo ronco. Después, la fiebre volvió a sumirlo en el sopor.

Yanna se apartó. Corrió hacia la jofaina y con manos nerviosas, limpió las manchas de su acción ignominiosa sin poder dejar de llorar. Vencida por la desesperación, se dejó caer, con la mirada fija en la abertura de la tienda.

Cuando despertó del letargo, ya habían pasado muchas horas. El atardecer* anunciaba un nuevo día. Yanna debería sentirse renovada, distinta y no era así. Lo único que percibía era una carencia difícil de precisar, como si hubiera estado a punto de alcanzar algo, no sabía con exactitud qué; aunque, presentía maravilloso. Pero era lo justo por su comportamiento vil, por ser la peor de las mujerzuelas, aprovechándose de un moribundo. Aunque, buscando una disculpa, se dijo que no estaba siendo objetiva consigo misma. Había proporcionado a Asad su último placer.

La oscuridad comenzó a extenderse. Encendió la lámpara y regresó junto a Asad. Su serenidad la aterró. Inclinó la cabeza y colocó el oído junto a la boca del hombre. Respiraba. Le tocó la frente. La fiebre había desaparecido. Asad, milagrosamente, se estaba recuperando.

Lo que debió ser un alivio, su egoísmo lo convirtió en inquietud. Si sobrevivía, su secreto podría salir a la luz y no quería ni imaginar que ocurriría. Tenía que calmarse, pues como decía su padre, uno no debía anticiparse a los acontecimientos, pues éstos eran imprevisibles. Lo cuál, había podido comprobarlo en las últimas semanas. Jamás imaginó un destino tan espantoso y a pesar de ello, salió adelante. Y continuaría haciéndolo.

Asad abrió los ojos y con gesto desesperado llevó el brazo sano hacia el otro para comprobar si aún permanecía unido a su cuerpo. El tacto del miembro lo hizo suspirar de alivio.

—Gracias –murmuró.

—Simplemente me... me limité a seguir tus deseos –tartamudeó ella, con las mejillas encendidas. ¿Qué le diría ahora? ¿Qué excusa inventaría por su conducta tan amoral? ¡Señor! Nunca había sentido tanto bochorno. Trémula, llenó el vaso derramando parte del agua y bebió sin respirar.

Al regirse con el calendario lunar, los árabes consideran el inicio de un nuevo día el atardecer.

—Yo también estoy sediento –dijo él pasándose la lengua por los labios resecos.

—¡Oh! Perdón –gimió Yanna. De nuevo, vertió unas gotas.

Asad la escrutó son sus enormes ojos negros, ahora envueltos por un círculo grisáceo. Cada día que pasaba, Yanna se tornaba más hermosa.

—Tenía intención de... morir, pero ya sabes que, me gusta irritarte. Preciosa, tendrás que... soportarme unos días más; hasta que te reúnas con tu preciado prometido –dijo sin apenas voz. La infección lo había dejado agotado, sin ninguna fuerza.

Yanna no le siguió el juego. No estaba preparada para enfrentarse a la hora de la verdad, cuando él preguntara los motivos de porqué le entregó su virginidad. Le dio la espalda. Sacó el cazo del fuego y preparó una escudilla de caldo.

—Esto está muy silencioso. ¿Dónde están todos? –inquirió Asad.

—Se fueron. ¿No lo recuerdas?

Él negó con la cabeza.

Ella lo miró con suspicacia. ¿Sería posible que no recordara nada o se trataba simplemente de una de sus tretas para humillarla?

—¿De verdad?

—¿Por qué iba a decir lo contrario? No creo que seas tan estúpida para no comprender que la fiebre produce un estado tan febril que no se es consciente de nada –replicó él, con tono irritado, rompiendo a toser.

Yanna, felizmente liberada de su temor, terminó de llenar la sopa y retornó junto al enfermo. Su secreto estaba a salvo, al igual que su mala acción.

—Pues, no te has perdido nada interesante.

El perro entró en la tienda y al ver a su amo despierto, saltó sobre él, lamiéndole las mejillas.

—Sahir, para. Ya sé que te alegras de verme, pero, ¡por el amor de Dios, deja de lamerle!

Yanna estalló en una sonora carcajada. Asad, sorprendido, la miró fijamente.

—¿Qué? –inquirió ella.

—Es la primera vez que te veo reír.

—Hasta ahora no tuve motivos para hacerlo. Aunque, te cueste de creer, me alegro de que estés vivo; de que mis remedios dieran resultado.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué preferiste quedarte en lugar de ir a tu preciada Qurtuba? Nadie y mucho menos yo, se habría molestado por un hombre del que no ha recibido un trato cordial. Me gustaría saber…

Yanna lo acalló introduciéndole la cuchara en la boca.

—Lo único que debes hacer ahora es dejar de hablar y alimentarte. Quiero que te recuperes cuanto antes. Y no es por altruismo. Juraste que me acompañarías a casa de mi tía y quiero llegar lo antes posible.

—¿Sigues con esa idea insensata? ¿Qué hay del amor?

Yanna parpadeó con aire incrédulo.

—¿Un hombre como tú habla de amor?

Asad, con repugnancia, le apartó el cuenco.

—¿No es lo que siempre buscáis las mujeres?

—El deber de toda hija es obedecer a su padre. Y aunque ahora no esté, las circunstancias me llevan a tomar decisiones drásticas. Los vikingos destruyeron mi mundo. Ahora no me queda nada y no quiero ser una carga para mi tía. Además… —Calló al ver el cansancio en el rostro de Asad —. Necesitas reposar y no una discusión que no nos conduciría a ninguna parte. Tú única preocupación debe ser recuperarte. Por ello, te prohíbo tajantemente que cuestiones mis consejos y que apartes ese carácter irascible. No quiero ni una queja más. ¿Entendido?

Él aseveró. No era de su incumbencia lo que ella hiciera a partir de que la retornara con su familia. Sus vidas no volverían a encontrarse.

Asad cumplió su palabra y se comportó como un enfermo modélico. No hubo protestas ni enojos, al parecer quería restablecerse cuanto antes y en un par de días ya había recuperado suficiente fuerza para poder viajar.

Yanna se lo agradeció, pues el remordimiento por su deshonrosa acción la mantenía tensa, cualquier mínima discusión podría hacerle perder los estribos, obligándola a confesar y Asad jamás debía saber su secreto; sobre todo, por si tenía consecuencias. ¡Qué irreflexiva fue! ¿Y si estaba preñada?

—¿A qué viene esa expresión? ¿Acaso no te alegras de nuestra partida? Pronto estarás en los brazos de tu noble prometido –le dijo él.

Yanna ató la bolsa y la cargó en su hombro.

—Compruebo que ya estás casi en plena forma, pues de nuevo te place discutir. Lamento defraudarte. Ahora mi máxima prioridad es iniciar el camino. ¿Estás listo? –replicó ella con acritud. Dio media vuelta y salió de la jaima. Los soldados les habían dejado dos caballos. Yanna ya los tenía ensillados. Asad, a pesar de llevar el brazo en cabestrillo, su agilidad y destreza, le permitió montar sin ayuda de Yanna; en cambio ella, tuvo serias dificultades.

—Observo que no eres diestra en el manejo de los alazanes. ¿Acaso tus educadores no contaron con tan preciada virtud? ¿Y si a tú futuro esposo le gusta cabalgar y estar acompañado por su joven y bella esposa? –Se burló Asad.

—En ese caso, aprenderé –respondió Yanna.

—¿También a amarlo?

Ella como única contestación se limitó a mirarlo con enojo. No entendía aquel repentino interés de Asad por su situación sentimental. A no ser que… No. Él no recordaba nada o estaba segura que la hubiera humillado sin la menor compasión.

—Quien no comprende una mirada, tampoco comprenderá una larga explicación. Gracias por ahorrarme la retahíla de excusas –dijo él con tono jocoso.

—¿Y qué excusa tienes tú para continuar con ese corazón de piedra? ¡Ah! Olvidaba que tú única pasión es la guerra. Estás casado con ella –replicó Yanna en el mismo tono. Espoleó al caballo e inició el galope.

CAPITULO VII

Los días que duró el viaje apenas entablaron conversación. Asad estaba preocupado por el dolor que persistía en su brazo. No solía ser agüero sin tener las pruebas suficientes y demostrables. Sin embargo, un presentimiento imposible de erradicar le atenazaba el estómago. No dejaba de pensar en que la terrible herida lo había lisiado para siempre, pues a pesar de que cicatrizaba limpiamente, gracias a los remedios de Yanna, su movilidad era escasa. Y no quería ni pensar que sería de su vida si no pudiese ejercer como soldado. Había sido educado solamente para ese fin y él había aceptado su destino con complacencia. En realidad, ya de bien niño, supo que no sería otra cosa que militar; como lo fue su abuelo y su padre. Durante su entrenamiento soñó con alcanzar los logros de sus antepasados, de servir al emir con el mismo honor y gloria. Bien era cierto que sus anhelos ya podían equipararse a los paternos. Pero eso no le satisfacía. Quería más. Mucho más y no sabía si sería posible.

Yanna era incapaz de comprender que le ocurría. Había salvado la vida y el brazo, por lo que debería sentirse afortunado. Y en lugar de ello, mostraba una actitud sombría. Por supuesto,

no le preguntó el motivo. Era una postura despreciable, pero era la que más le convenía, pues le confirmaba que era cierto que no recordaba lo sucedido aquella noche o de lo contrario, la habría mortificado sin piedad. Y ella ya se sentía suficientemente trastornada. No solamente por su conciencia que le recordaba lo malvada que fue, sino por que, su cuerpo también se negaba a olvidar esas leves sensaciones tan excitantes que murieron en el mismo instante de ser concebidas.

Así que, ninguno hizo esfuerzo alguno para aplacar la tensión. Sus eternos silencios tan solo eran rotos para comunicarse lo imprescindible o cuando se cruzaban con algún viajero. Gracias a esos encuentros, se enteraron que la victoria había sido completa. Los vikingos huyeron despavoridos y para celebrar tan gran victoria, el emir había dispuesto grandes honores para los generales y varios días de celebraciones. Qurtuba, a su llegada, estaría rebosante de alegría.

Desde el lugar que se encontraban no podía apreciarse esa algarabía. La magnífica Qurtuba, rodeada por la muralla, parecía tranquila, al igual que el rió que se deslizaba ante ella.

—He cumplido mi promesa –dijo Asad.

—Y yo te he traído con vida. Estamos en paz –susurró Yanna.

Él torció la boca en una media sonrisa.

—Dicen que cuando alguien desaparece de tu vida es porque ya ha hecho su misión y no tiene nada que aportarte. Nosotros hemos terminado con el destino que teníamos marcado. Te llevaré con tú tía y no volveremos a vernos. ¿Dónde vive?

Ella le indicó la dirección. Él tiró de las riendas y ordenó al caballo que continuara el camino. Cruzaron el puente construido por los romanos en tiempos de Augusto y que formaba parte de la Vía Augusta. Cientos de camellos y comerciantes estaban apostados junto a la muralla aguardando el momento de partir. Había un gran bullicio y parecía que el caos reinaba por doquier. Nada más lejos de la realidad. Cada uno de ellos sabía perfectamente que hacer.

—Mañana partirán para ofrecer al mundo las maravillas de Qurtuba –dijo Asad con orgullo.

Ella permaneció en silencio. Ahora que estaban cerca de su destino, se sentía inquieta. Pasaron por el pórtico que los introdujo en la capital del emirato. Las calles se encontraban abigarradas de gente que se afanaba en efectuar sus compras en los innumerables comercios donde se vendía cualquier cosa que uno quisiera adquirir. Yanna siempre pensó que Isbiliya era una gran ciudad, pero ahora se daba cuenta que nada era comparable

a Qurtuba; sobre todo cuando se adentraron en la urbe. Los edificios humildes dieron paso a grandes casonas de incluso tres plantas con celosías bellamente labradas en maderas nobles y con las paredes adornadas con enredaderas en plena floración. Unas eran amarillas, otras malvas y algunas azules. En Isbiliya también había casas lujosas, pero no podía compararse con lo que presenciaba.

—¿Impresionada?

Ella se limitó a asentir sin dejar de mirar a su alrededor.

—Puede que el hombre de tu vida viva en esta zona. Tal vez –dijo señalándole la más adornada –ese es tu futuro hogar.

Yanna continuó muda.

—¿A qué viene tanto misterio?

—No hay nada de misterioso. Simplemente, considero que mi vida privada no es de tu incumbencia.

—La mitad de la alegría reside en hablar de ella. Es evidente que tú no la sientes. Pero tienes razón, no soy nadie para inmiscuirme en tus decisiones. ¿Seguimos?

Asad continuó cruzando calles, hasta alcanzar la Gran Mezquita. Junto a ella se asentaba el Alcázar.

—El palacio del emir.

Yanna miró la fortaleza. Exteriormente era simple, tan solo piedra. Pero ella sabía que ocultaba grandes riquezas y jardines lujuriosos; como también un harén repleto de hermosas mujeres.

—¿Has estado?

—En alguna que otra ocasión. Incluso me ha acompañado por el mismísimo Abderrahman. ¿Impresionada?

—¿Por qué? Imagino que no será al único que recibes. ¿Cómo es él?

Asad levantó los hombros para quitarle importancia.

—Un hombre de cincuenta y dos años dispuesto a gozar de la vejez. Y sin duda lo hace. Vive rodeado de privilegios, de mujeres hermosas y de artistas. Aunque, se lo ha ganado a pulso. Ha dado esplendor al emirato, riquezas y paz.

—¿Son ciertos los rumores de que solo acepta a doncellas vírgenes?

Asad levantó una ceja mirándola con burla.

—¿Acaso tienes pretensiones de abandonar a tu prometido y convertirte en una concubina?

—¡Qué estupidez! Es mera curiosidad. ¿Es verdad?

—Lo es. Hemos llegado. Ya puedes ir con tú tía. Que te vaya bien, hermosa Yanna –le dijo él desmontando. Le tendió la mano y la ayudó a bajar.

—Deberías entrar. Tú brazo… Te sigue doliendo. Hay que hacer la cura.

—Está bien. Ya has hecho suficiente. A partir de ahora se encargará un buen médico. Es hora de que vayas con tú familia —dijo él clavando sus ojos negros en el rostro de la muchacha.

—Asad… Yo… Antes de que te marches, quiero pedirte perdón por cualquier acto que te hubiera ofendido –musitó Yanna.

Asad alzó la mano y le acarició la mejilla. Ella no pudo evitar un estremecimiento al evocar su piel ardiente por la fiebre y su boca voraz.

—No te guardo ningún rencor. Sé que cuando me llamaste cobarde eran palabras causadas por la ira. Te perdono.

—Gracias.

—Que Alá te proteja, mi molesta cautiva –se despidió Asad con un extraño tono que, incluso a él le sonó cursi.

—Y a ti, Asad.

Yanna lentamente caminó hacia la casa de su tía, sin mirar atrás, sin querer ver de nuevo el rostro del hombre que le salvó la vida y que también, sin saberlo, le otorgó la libertad. Desde ese preciso momento pertenecía al pasado y allí debería dejarlo para siempre.

Asad permaneció observándola, mientras regresaba a su mente ese ensueño que, producto del deliro, de vez en cuando lo atormentaba. Yanna nunca fue suya y jamás lo sería. Lo más sensato era olvidarla.

Yanna se detuvo ante una casa de dimensiones modestas. Una mujer abrió la puerta y se echó en brazos de la joven. Espoleó al caballo y dio media vuelta. Su misión había terminado. Yanna sería entregada a su prometido y para él, era hora de ver cuál sería su futuro.

CAPITULO VIII

Hamida, la tía de Yanna no hacía nada más que dar gracias al cielo, pues creía sinceramente que toda la familia de Isbiliya había perecido. Pero Alá había sido generoso y permitió que la pequeña Yanna permaneciera con vida.

—Tía, por favor, serénate. No es ningún milagro. Sobreviví al asalto y después, unos soldados me dieron cobijo. Entremos. La gente nos mira.

La mujer, sollozando, le cedió el paso.

Yanna miró a su alrededor. La pequeña salita daba a un patio interior de dimensiones reducidas, pero bellamente acicalado. Las paredes cubiertas por una verde enredadera ocultaban las ventanas pintadas de azul y la fuente inexistente, estaba suplida por un diminuto estanque bordeado por una alfombra de plantas aún florecidas. No era una casa tan espaciosa

como la suya, pero su decoración la hacía deliciosa.

Hamida, enjuagándose las mejillas, la condujo hasta el salón principal.

—¿Es Yanna? ¡Pero si nos dijeron que estabas muerta! –exclamó una jovencita. Sus ojos del color de las esmeraldas la miraron estupefacta, como si estuviese viendo a un fantasma.

—Tiene razón Faiza. Las noticias que llegaron no nos dieron esperanza. ¡Por Alá! Siéntate. Habrá sido un viaje espantoso y debes de estar agotada. Sobre todo por el horror pasado. No te preocupes. Ya estás con la familia. Ahora, lo primero que debes hacer es descansar y después, asearte. Tienes un aspecto lamentable. Hija, prepara infusión de tila. Nos irá bien a todas.

Yanna se dejó caer en el diván repleto de cojines. Ahora que ya estaba a salvo, todo el terror, la tensión, las mentiras, estallaron y su cuerpo se vio vencido. Solamente tenía ganas de dormir, dormir hasta que todo quedara olvidado.

Su prima Faiza le ofreció la taza.

—Gracias. Apenas te reconozco. Has crecido mucho. Aunque, tus ojos siguen siendo inconfundibles. Son sublimes. Tú padre estaría orgulloso de ti. Eres una muchacha muy bonita –dijo forzando una sonrisa, al recordar a su tío ya fallecido.

—Sin duda. Sobre todo si viera los pretendientes que tiene, y ricos –dijo Hamida hinchando el pecho como una gallina clueca.

Faiza efectuó un gesto despectivo.

—Esas cuestiones no me interesan. Soy demasiado joven.

—La música es lo único que le interesa. Bien es cierto que muchos hombres aprecian esa habilidad en una mujer. Sin embargo, exigen otras y ella no está por la labor. ¡Qué diferente a ti! Has estado meses instruyéndote para el gran paso y ella pierde el tiempo.

—Madre. Por favor. Yanna necesita reposo.

—¡Qué desconsideradas somos! Perdona, hija –se disculpó Hamida.

—Yanna, tienes que contármelo todo. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo atacaron? ¿Es verdad que esos hombres con cabellos de oro son tan salvajes y crueles? –le pidió Faiza sentándose junto a ella.

—¿No ves que la pobre ha pasado un infierno? No creo que le apetezca relatar algo tan escabroso. Podemos imaginarlo, hija –la reprendió su madre.

—Cierto. Lo único que deseo es olvidar –suspiró Yanna.

—Hijita, ya pasó todo. Ahora yo soy tu madre. Te protegeré –le aseguró su tía.

Yanna no pudo evitar un estremecimiento. Hamida era casi exacta a su madre; lo cuál llevó a error a muchos en creer que eran gemelas. Únicamente se diferenciaban por el color del cabello.

—Sé que lo harás.

—Lo primero que debes hacer es prepararte para el futuro. Sobre todo, reponerte. Estás demasiado delgada y ojerosa. ¿Acaso esos soldados no te han alimentado suficiente? No me extrañaría nada. ¡Son inhumanos! Por supuesto, no estoy diciendo que... Bueno, para nada estoy insultándolos. Gracias a ellos el emirato es libre. No obstante, la realidad es que, no tienen modales y mucho menos con una dama.

—Tía, me han acomodado con respeto. Lo único que puedo darles es las gracias, porque si no, ahora estaría en el paraíso junto a mis padres –les defendió Yanna con ardor.

—Claro, claro. ¡En fin! Dejemos el pasado atrás. La vida sigue y debemos amoldarnos a ella. Sobre todo tú. Tienes un trato que cumplir.

—¡Lo contento que se pondrá él cuando sepa que has sobrevivido! ¡Y descubrir lo hermosa que eres! –exclamó Faiza.

—Así es. La última vez que te vi no tendrías más de trece años y ahora, cinco años después, veo a una mujer. Una mujer digna de un rey. Sí, señor –dijo su tía.

—Tía, yo... Creo que debo confesarte algo que... Pasó una cosa y...

Hamida, presintiendo que no sería nada agradable, alzó la mano pidiendo que callara.

—Faiza. ¿No tienes que terminar el guiso?

—Madre...

—Ni una protesta. ¿O no ves que tu prima está famélica? ¡Vamos!

Faiza, a regañadientes, se fue a la cocina.

—¿Qué ocurre, Yanna? – inquirió su tía mirándola fijamente. Al ver que la muchacha no hablaba, la invitó a hacerlo con un una dulce sonrisa —. Mi niña, no puede ser peor que la pérdida de tus padres. ¿Verdad?

—No, claro que no. Aunque, también representa una gran pérdida para la familia. Me refiero a... a...

—Habla sin temor, criatura.

—Es que... Me siento tan avergonzada que...

Su tía inspiró con fuerza. No quería ni pensar si confirmaba sus sospechas. Todos los planes se verían truncados.

—¿Es lo que imagino? –dijo en apenas un susurró.

Yanna, tragando saliva, aseveró. Ya estaba hecho. La mentira estaba iniciando el camino que la conduciría a la libertad total.

—¿Fueron esos soldados? –inquirió Hamida, con gesto tenso.

—No. No. Siempre me trataron con respeto. Fueron los… vikingos. Bueno, uno de ellos. Por fortuna, logré escapar antes de que… me matara o que muriera en el incendio de nuestra casa –respondió Yanna sin poder evitar un estremecimiento. No soportaba mentir a alguien de la familia, aunque no tuviese más remedio. Estaba segura que, las falsedades, nunca la dejarían vivir en paz.

Hamida, confundiendo su temblor con el miedo que la joven sentía al recordar algo tan humillante y sucio, la estrechó en sus brazos y le acarició el cabello.

—¡Pobre niña! Una mujer jamás debería pasar por algo tan… tan… Yanna, no temas por las consecuencias. No fue tú culpa. Puede que lo entienda y continúe con su deseo de tenerte.

Yanna se separó y bajando el rostro, en apenas un susurro, dijo:

—¿Y si estoy embarazada?

—Si no lo estás, ya es imposible, pequeña. El ultraje sucedió hace más de un mes. Esa probabilidad no debe quitarte el sueño. Gracias a Alá, no ha habido consecuencias. Así que, aún queda una esperanza. Ahora, debes reposar. Imagino que estarás deseando tumbarte en una cama de verdad. ¿Cierto?

—Él quiere una virgen, tía –le recordó su sobrina.

—Cariño, siempre hay excepciones. Y tú puedes ser una de ellas. Eres la mujer más hermosa que se ha visto. Puede que esa cualidad le haga olvidar el terrible suceso. Anda, déjalo todo en mis manos. Me ocuparé de comunicarle de que sobreviviste y de los preparativos para cuando te presentemos ante él. Tienes que recuperar la lozanía y borrar esas ojeras.

—Considero que deberías ponerle al tanto de que fui violentada. De este modo, sabremos si sigue aceptándome. ¿No te parece?

Hamida sonrió con condescendencia.

—Los jóvenes no entienden que, a veces, anticiparse no es prudente.

Lo que ella no comprendía, se dijo Yanna, era que había cometido el mayor de los errores. ¿Por qué diablos no previno las implicaciones que su acto vil podían conllevar? Su deseo loco por evitar la promesa dada la ofuscó y si estaba preñada, la mayor de

las deshonras caería sobre su familia. No tendrían más remedio que repudiarla. ¿Y qué haría entonces? Vejada, sola y con la panza abultada, no tendría posibilidad de que nadie le diera trabajo; como tampoco pedir auxilio a Asad. Él no era responsable. Además, ¿cómo podría aceptar que la criatura fuera suya? No fue consciente de concebirla. Horrorizada, vio claramente el futuro: la prostitución como único medio de vida. Sobrecogida, se echó a llorar sin consuelo.

—No, mi niña. No desesperes. A partir de ahora la vida será mucho más dulce contigo. Lo malo pasó. Es hora de prepararse para la dicha. Tú tía cuidará de que no vuelva a ocurrirte ninguna desgracia. Vamos. Tienes que dormir.

CAPITULO IX

Asad estudió la herida ante el espejo. La cicatriz era extensa y profunda, pero la costra ya comenzaba a secarse por completo. Tal vez fuera ese el motivo de que apenas pudiera levantar el brazo; o eso es lo que quería creer con todas sus fuerzas. De todos modos, el médico lo sacaría de dudas en ese mismo instante.

El anciano Mufid se acercó a él. Su rostro afable sonrió mientras extendía los brazos. Asad le estrechó las manos.

—Querido muchacho, tú padre, en cuanto supo lo ocurrido, partió en tu busca, pero no te encontró en el campamento. Supuso que estabas de camino hacia casa. Aunque, perdió la esperanza al no cruzarte con él. Ahora dará gracias a Dios por recuperarte. He mandado aviso de que acuda cuanto antes.

—Tomamos otro camino menos dificultoso, por mi herida. Es por ello que he mandado a por ti –le dijo Asad mostrándole el brazo.

Los ojos sabios de Mufid se posaron en el corte. No presentaba peligro alguno. No había infección.

—Quién te ha asistido, lo ha hecho a la perfección. No cabe la menor duda que fue un buen doctor.

Asad dibujó una sonrisa.

—Fue una muchacha. Me aplicó la receta de su abuela. Era un cataplasma. No me preguntes más. Aunque –dijo adoptando una gran seriedad —, no es la cicatrización lo que me preocupa, si no, la movilidad. Apenas puedo alzarlo. Siento un dolor espantoso cuando lo intento. Como si el hueso se hubiese acortado.

—¿Fue muy profunda la incisión?

Asad aseveró. Aún podía sentir el filo de la espada clavándose profundamente en la carne.

El médico, con cuidado, palpó el brazo. Asad apretó los dientes, pues ese simple contacto le provocaba mucho dolor.

—¿Y bien? –inquirió temeroso del dictamen.

Mufid se aclaró la garganta. Durante su larga vida vio muchas heridas y la experiencia le decía que ese brazo había perdido movilidad. ¿Cuánta? Aún era pronto para saberlo. Por lo que, no quiso adelantar acontecimientos. Sobre todo con un muchacho como él. Su vida era el ejército y no quería hacerlo sufrir antes de lo necesario.

—Hay que esperar. De momento, será mejor que lo lleves sujeto unas dos semanas.

—¿Significa esto que…?

—¡Alá sea loado, hijo! –exclamó un hombre, muy parecido a Asad, entrando como un vendaval. Con ímpetu lo abrazó, palpándolo, como si no creyera que estuviera con vida.

—Padre, yo también me alegro de verte.

Tarek Tadmod se apartó y miró a su primogénito con gesto de reproche.

—¿Cómo se te ha ocurrido no ir a casa? ¡Por todos los demonios! ¿Acaso no has pensado en lo afligidos que estábamos? Sobre todo tú madre. Lleva días sumida en el llanto. Claro que, ahora, su ánimo ha trasmutado a la cólera. Prepárate para la tormenta que se te avecina.

Asad soltó un sonoro suspiro.

—Lamento tal desconsideración. Como excusa diré que, me urgía más la necesidad de consultar con el viejo amigo Mufid, darme un baño y cambiarme de ropa.

Su padre reparó entonces en la herida. Sus ojillos escrutaron al médico.

—¡Oh! Por el momento, no veo complicaciones. Sana bien –dijo éste —. Si me disculpáis, tengo otra visita. Nos veremos. Asad, me alegro de tu regreso.

—Gracias, doctor.

—Te acompaño –le dijo Tarek.

Una vez estuvieron junto a la puerta, éste bajó el tono de voz.

—Mufid. He visto muchas heridas de batalla. Esta no es limpia. Y no me refiero a la infección. ¿Quedará bien?

El doctor inspiró con fuerza antes de hablar.

—Quisiera equivocarme… La movilidad no le dificultará ninguna acción cotidiana, pero temo que el ejército… No podrá sostener una espada, pues el hueso ha sido dañado considerablemente.

—¡Dios Santo! –gimió su amigo. No quería ni pensar en como reaccionaría su hijo cuando supiera que había quedado lisiado. Toda su existencia giraba entorno a su oficio. Su licenciatura sería como una sentencia de muerte. Pero él procuraría que encontrara una nueva pasión. No consentiría que su primogénito terminara hundido en el barro.

—Lo siento, viejo amigo. Será mejor que vayas preparándolo por si no me equivoco; y sobre todo, que el brazo no se mueva en dos semanas o el hueso no se regenerará como es debido.

Tarek aseveró con semblante taciturno; el cuál suavizo cuando regresó junto a su hijo.

—El viejo matasanos dice que estás en perfectas

condiciones. Podemos irnos. La familia te aguarda con ansia –dijo Tarek.

—Padre. Antes me gustaría asearme. Si madre me ve de esta guisa, no dejará de atosigarme para que acepte sus cuidados y no son necesarios, como has podido comprobar.

—¿Qué mal hay en que vivas en nuestra casa por una temporada?

—¿Y tú me lo preguntas? Padre, adoro a mis hermanos, pero… ¡Ningún hombre prudente desearía estar rodeado por esa pandilla de monstruos! –bromeó Asad.

—Hijo, son mi alegría. Aunque, debo darte la razón. A veces, logran sacarme de quicio. Sobre todo tu hermano Zahid. ¿Sabes qué ahora le ha dado por la poesía? Asegura que será el más aclamado de la historia. ¡Qué majadería!

—Vete haciendo a la idea que no ejercerá la carrera militar. Siempre fue un sentimental.

—Alá no ha sido justo conmigo. Dos chicos y cinco mujeres. ¿Sabes los esfuerzos que deberé hacer para encontrarles un buen marido? Ya sé que son hermosas, pues han salido a su madre. Pero son tercas como una mula. Sobre todo Suhaila. ¿Sabes que se ha negado a comprometerse con Bassam al Marrakusi? Y lo peor de todo es que su madre la apoya. ¡No respetan mi autoridad!

Asad sonrió divertido.

—Padre, es tarde para exigirla. Has sido demasiado blando. El amor que sientes por la familia te ha perdido.

—Eso me temo –musitó el hombre dejándose caer en un taburete.

Asad le sirvió un vaso de té. Su padre, con el ceño fruncido, dio un sorbo largo.

—¿Así que la pequeña Suhaila ha rechazado a todo un secretario del visir? ¿Por qué demonios te extraña? ¡Ese hombre es un carcamal!

—¿Carcamal? ¡Tiene mis mismos años! –protestó Tarek.

—A eso me refiero. Padre, la próxima vez, busca a algún hombre más adecuado a su edad. ¿De acuerdo? Es posible que si eliges a un joven guapo y que le de todos los caprichos, de su brazo a torcer.

—¡Y tonto, por supuesto! Tú hermana es una mandona. Lo que necesita es un hombre con suficiente ánimo y fortaleza para domar a esa potra salvaje. Hijo, te aconsejo que cuando te cases y tengas descendencia, reza con fervor para que Alá solo te mande varones.

Asad le dio unos golpecitos con la mano en la espalda.

—Aún queda mucho para ello.
—Hijo, ya tienes veinticinco años. ¿No piensas que es hora de que formes una familia?
Asad alzó las cejas y soltó una media risotada.
—¿Y eso me lo dice un hombre que se casó a los cuarenta?
—Por eso mismo. ¡A mi edad es terrible tener chiquillos de cinco años! Mis huesos y mi paciencia ya no pueden soportar sus travesuras ni rabietas.
—Un hombre fogoso debe acatar las consecuencias –bromeó su hijo.
—Al aguardar a que la fruta madure un día más, se corre el riego de que una tormenta la destruya. Asad, soy casi un anciano y es probable que no contemple la dicha de ver a todos mis hijos casados y mucho menos a conocer a mis nietos. Haz caso de un viejo zorro. Busca una muchacha digna y hermosa, y cásate.
¿Hermosa?, pensó Asad. Ninguna podría superar la belleza de Yanna. Jamás encontraría una esposa como ella.
Un rictus de enojo se dibujo en su frente ante ese pensamiento absurdo. ¿Por qué demonios estaba recordando a una mujer que, lo más seguro, estuviera preparándose para presentarse a su prometido, olvidando sus propios deseos?
—Por ahora, lo más urgente es el aseo y quiero tomármelo con calma. Hace meses que no tomo un buen baño. No es necesario que me esperes. Dile a mamá que estaré a la hora de la cena. ¿De acuerdo? –repuso sin poder evitar un tono irritado. Su padre pensó que era a causa de él. Asad, ya de niño, mostró carácter determinado y no soportaba que nadie le indicara el camino a seguir.
—Solo es un sugerencia, hijo. La carrera militar tiene poca duración. Un hombre debe ser fuerte y sobre todo joven para enfrentarse al enemigo.
—Aún me quedan muchos años, padre. Ya habrá tiempo de pensar en la mujer que engendrará a mis hijos.
—No te molesto más. Por favor, se puntual. Está deseosa de verte. Sobre todo cuando nos enteramos de que… No se si… No debería, pero no puedo contenerme. Has de saber que, el emir, en cuanto supo de la valentía que demostraste al salvar a tu general decidió condecorarte. Ahora podrá darte la recompensa personalmente.
Asad soltó un resoplido.
—No será necesario. He sobrevivido.
—El premio es independiente de tú estado. Hijo, sé que no valoras este tipo de acontecimientos y lo comprendo. Uno es soldado por su empeño en servir a la nación, no por los honores.

A pesar de ello, ahora no se trata de tus apetencias, sino, las del emir. Y recuerda que estás a sus órdenes, que juraste serle fiel y respetar sus decisiones.

—Por supuesto. Siempre y cuando, esas decisiones sean justas y no pongan en peligro al emirato –apuntó Asad.

—Y un premio es del todo justo. Anda, ve al baño. Te esperamos en casa.

CAPITULO X

Yanna no tuvo un sueño tranquilo. Todas sus artimañas no habían servido de nada. Tal vez su tía tuviera razón y él la aceptara aún no siendo virgen. La única manera que podría librarse de ser propiedad de ese hombre era si estaba preñada; consecuencia que le daría la libertad, pero también la desgracia.

—Querida prima, debes superar lo pasado –le dijo Faiza entrando en la habitación.

—Ha sido demasiado espantoso. Nunca podré borrarlo de la cabeza. Aunque, espero que el tiempo mitigue el dolor que siento –musitó Yanna. Con aire lánguido abandonó la cama y aceptó el vaso de té que su querida prima le ofreció.

—El tiempo es cruel para aquellos que envejecen, pero los compensa con sabiduría y entereza. Ya verás que el recuerdo, cada día que pase, será menos punzante. Además, la vida que te aguarda no te dejará tiempo para tristezas.

—Una vida que no deseo –susurró Yanna.

—Comprendo –aseveró su prima.

—¿De veras? –inquirió Yanna sorprendida. Había esperado que Faiza le enumerara una larga lista de ventajas sobre su futuro y también, una reprimenda por ser tan poco consciente de la suerte que tenía.

—Sé que es un honor inmenso. Pero ese honor te quita la libertad. Yo, por supuesto, habría puesto tierra de por medio. Jamás consentiré que me digan con quién debo casarme. ¡Jamás!

—No podrás negarte, Faiza. ¿Qué harías si te repudiara tú madre? ¿De qué vivirías? Una mujer no puede tomar sus propias decisiones.

—¿Por qué no? Puedo vivir de mi poesía o trabajando de lo que sea. Francamente, Yanna, no se porque has venido –gruñó la muchacha.

—No comprendo que quieres decir. Sois mi familia. ¿No? Claro que, si os incomoda mi presencia…

—¡No me refiero a eso, tonta! Quiero decir que, lo ocurrido te proporcionaba una coartada magnífica. Si te hubieras marchado lejos, todos creerían que estabas muerta. ¿Comprendes? ¡Serías libre!

—Di mi palabra y debo cumplirla –se defendió Yanna.

—¡Honor! ¡Qué estupidez! Se han cometido muchos errores por su causa. Y tú estás a punto de cometer el mayor de tu vida. Sabes que no serás feliz y al parecer no te importa. Aunque… A lo mejor es lo que deseas.

La irrupción de Hamida terminó con la conversación.

—Veo que ya has descansado. Tienes mejor aspecto. Aunque, hay que mejorarlo. Iremos ahora mismo al hamman. Te conviene un buen baño, depilarte y recibir un masaje con esencias. Pero sobre todo, comenzar a conocer como es la ciudad. Ya sabes que los baños son el mejor lugar. Nunca cesan los chismes.

—Tía, no me apetece.

Ella sonrió con afabilidad.

—Cariño, debes prepararte. Ya he notificado tu llegada.

El rostro de Yanna se tornó lívido.

—Deberías hacer esperado después de lo que te conté. Opino que es un error.

—¿Qué le contaste? –preguntó Faiza.

Su madre hizo revolotear la mano con gesto indiferente.

—Nada que te interese. Anda, ve a… adonde quieras, pero déjanos solas.

—No. Mejor que se quede. Es parte de la familia y debe estar al tanto. No protestes, tía. ¿No comprendes que si se entera por extraños será mucho peor? Faiza… Yo… Fui violentada por un vikingo.

Su prima la miró perpleja, como si no comprendiera lo que acababa de confesarle. Para después, mirar a su madre con semblante furioso.

—¿Cómo te has atrevido a continuar con el trato? Madre. ¡No comprendes que si lo engañamos su ira caerá sobre nosotras! ¡Por Alá!

—Yanna es hermosa y seguro que pasará ese pequeño detalle –se defendió ella.

—¿Pequeño detalle? –siseó Yanna.

Su tía carraspeó inquieta.

—Ya sabes a qué me refiero. Y no he pensado en ningún momento en engañarlo. Solo pretendo que se entrevisten. Como he dicho, es probable que desista de la condición que puso sobre su virginidad al conocerla. Puede ocurrir, ¿no? Además, fue un ultraje, no un acto consentido. Es del todo disculpable. Es un hombre justo y entenderá la situación.

Yanna se dejó caer en una silla respirando agitada.

—Cariño, comprendo lo preocupada que estás. Pero no hay motivo. Todo saldrá como deseaban tus padres –le dijo su tía acariciándole el hombro. No. Ella no comprendía. No podía llegar a imaginar la angustia que le provocaba la posibilidad de que el destino que había intentado cambiar siguiera su curso. Frotándose las manos con nerviosismo, se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación. Tenía que pensar algo y rápido para evitar el encuentro.

—No quiero pasar esa vergüenza, tía. Será mejor que… primero vayas tú y le… expliques lo ocurrido –dijo con voz trémula.

—¡Ah! Nada de eso. Precisamente nuestra mejor baza es que conozca tu hermosura y quede prendado.

Faiza soltó un resoplido.

—¿No has pensado que Yanna, tal vez, ya no desee este acuerdo?

—¡Qué estupidez! Muchas chicas matarían por estar en su lugar –exclamó su madre.

—¿De veras? ¿A ser una esclava lo llamas privilegio? Ahora mi prima es libre. No tiene padres y es una mujer adulta. Puede hacer con su vida lo que le plazca –se exasperó Faiza.

—¡Ella no será una esclava, por Dios! Vivirá como una reina. Y no tiene otra opción. No le queda nada. ¿De qué vivirá entonces si se niega a verle? ¿Di? ¿De qué? –explotó Hamida con el rostro encendido.

—Estamos nostras, madre –le reprochó Faiza.

—Lo estaremos en el caso de que ella acepte seguir mis

instrucciones y él la rechace. De lo contrario, dejará de ser nuestra familia. ¿O acaso no entendéis que mi querida hermana y su esposo es lo que más deseaban? Ahora están muertos y les debemos sus últimas voluntades. ¿Qué dices, Yanna?

Ella la miró con ojos turbios por el llanto inminente. ¿Qué podía hacer? ¿Escapar? Sería lo mejor. Aún faltaban dos semanas para saber si estaba encinta. Si él decidía aceptarla, la mentira saldría a la luz y las consecuencias serían terribles. Sin embargo, si huía y estaba preñada, su vida sería un infierno. No tenía otra opción que acatar la orden de su tía.

—No te preocupes, no eludiré mi deber y cuanto antes mejor. Puedes presentarme a él mañana mismo –dijo en apenas un susurro. El encuentro tenía que suceder antes de que, en caso de esperar un bebé, pudiera ser atribuido al hombre al que estaba destinada.

—¿Te has vuelto loca? –le recriminó Faiza.

—Todo lo contrario. Yanna es sensata. Ahora, preparaos. Nos vamos a los baños. Tenemos que conseguir que luzca más hermosa que nunca –dijo Hamida con gesto aliviado.

Fiaza, refunfuñando y lanzando miradas asesinas a su prima, colocó en la bolsa peines, perfumes, aceites y maquillaje.

Durante el paseo hasta el hamman, Yanna apenas prestó atención a los actos que se habían programado para la celebración de la victoria contra los vikingos. Ni tan siquiera miró a los saltimbanquis ni a los cantores, que siempre le habían fascinado. Su único pensamiento se centraba en la suerte que la aguardaba. Sería la peor; puesto que, debía pagar el pecado cometido. ¿Cómo pudo llegar a pensar que aprovecharse de un moribundo de esa manera tan vil quedaría impune? Su pecado debía purgarse y sería perdiendo la libertad.

Esa convicción y el raciocinio que había adquirido con la desgracia, le dio la fortaleza necesaria para afrontar con entereza su destino.

Más serena, entró en el hamman.

Era el más exquisito que había visto en su vida. Sus paredes estaban alicatadas con dibujos de colores brillantes y las tres estancias separadas por arcos y columnas de mármol. En las albercas algunas mujeres disfrutaban del agua, otras, dormitaban bajo las manos expertas de las masajistas, mientras algunos chiquillos correteaban alegres.

—Es un poco caro, pero nos lo podemos permitir. Además, siempre es beneficioso codearse con mujeres de la alta aristocracia. Mira – le dijo su tía indicándole una mujer de carnes generosas, cuya juventud ya había desparecido –esa es Tamra

Quzmân, mujer del juez principal. Solemos charlar de perfumes y siempre me pide uno especial para ella. Eso me convierte en una buena alidada; por lo que, estoy en disposición de pedirle algún favor. A su lado está Liynaa Rushd, mujer del cantor más aclamado de la ciudad. Como ves, es muy hermosa, como corresponde a los gustos de un artista. Bien, niñas. Es hora de disfrutar.

Se quitaron la ropa y se zambulleron en el agua. Tras el baño, Hamida procedió al acicalamiento de su sobrina. Lavó su sedoso cabello con ghasul, arcilla arenosa diluida en agua de rosas y jazmín. Después comenzó por la depilación con crema de halawa. Tras ello, le untó la piel con aceite de azahar y canela, y para terminar, contrataron a una tayabastes. Su pericia consiguió que olvidara los problemas. Se dejó seducir por las manos expertas que recorrían su piel, hasta que, sin apenas darse cuenta, sus ojos se cerraron y cayó en un dulce sueño.

Por desgracia, la tregua llegó a su fin y la dura realidad se impuso de nuevo. Probablemente, ese sería su último día de libertad. Pero estaba decidida a no dejar que la niebla empañara los últimos rayos de luz. Así que, antes de regresar a casa, le pidió a su tía que le enseñara la gran Qurtuba.

—¿Te das cuenta que a lo mejor no vuelves a pisar estas calles ni a ver a sus gentes? Yanna, piénsalo –le susurró Faiza.

—Me rechazará –aseguró Yanna.

—Ten fe en Dios, pero en el zoco ata tu camello. Todo puede ocurrir –replicó su prima.

Yanna no contestó. Esa noche no quería pensar en esa posibilidad.

CAPITULO XI

Abderrahman cerró los ojos dejándose llevar por la dulce

melodía. Nunca antes escuchó nada tan perfecto. Ziryab era un músico magistral. Tenía un repertorio muy amplio. Algunos aseguraban que más de diez mil canciones. Y no solo eso. Además poseía una cultura exquisita y muchas de las nuevas normas de urbanidad que se aplicaban en la corte y entre los nobles provenían de él. Ziryab trajo el uso de manteles en la mesa, el orden de las comidas e incluso la nueva moda en el vestir.

Los hijos del emir no opinaban lo mismo del músico, que les implantaba duras clases. Obligaba al alumno a atarse un turbante al vientre, no dejando gran espacio a la voz para salir por la boca. Y si este la cerraba al cantar, le introducía un trozo de madera y lo obligaba a mantenerlo hasta que las mandíbulas se separasen. Sin embargo, eran incapaces de resistirse al embrujo que las manos expertas de su instructor y estallaron en aplausos al finalizar el recital.

El emir, satisfecho, tomó un pastelito y lo saboreó con deleite, mientras con una leve inclinación de cabeza despedía a Ziryab al ver al eunuco principal. Palmoteó con energía y los miembros de la corte, junto a los criados, abandonaron el salón,

Una vez solo, el eunuco procedió a la presentación de la joven candidata a formar parte del harén.

Los ojos del emir se clavaron en la figura alta y esbelta enfundada en una capa, aguardando impaciente que le fuera mostrada.

La muchacha, con dedos temblorosos, se despendió de ella dejándose ver.

Abderrahman apenas podía creer la maravilla que le estaba siendo ofrecida. Jamás tuvo ante él una mujer tan hermosa. Sus cabellos largos hasta la cintura eran brillantes y del mismo color que las castañas maduras. Sus ojos pardos grandes y rasgados. La boca de carne generosa tan roja como el coral y su cuerpo, enfundado en ese vestido de seda verde esmeralda que apenas ocultaba ninguna de sus formas, parecía estar esculpido por el mejor de los artesanos. Toda en ella era perfección. Y esa noche, decidió, la haría suya.

—Mi señor, esta es mi sobrina Yanna. Espero que no te sientas defraudado –dijo Maida haciendo una reverencia al emir.

Abderrahman se relamió los labios, sin dejar de observar a Yanna, a esa gacela delicada que lo miraba con ojos asustados.

—En absoluto. Supera todas mis expectativas. Es una suerte que sobreviviera en Isbiliya. Alá ha sido generoso al conservarla para mi disfrute.

—No te arrepentirás, mi señor. Será una compañera perfecta. Sus padres la aleccionaron para tal fin. Domina todas

las artes, además de poseer una voz que recuerda a los ángeles y como aprecias, no se pude ser más bella.

—Imagino que dentro de las cualidades descritas se incluye el requisito más preciado por mi.

Hamida carraspeó inquieta. Abderrahman, presintiendo que su respuesta no sería satisfactoria, la miró huraño.

Yanna decidió que era hora de apartar el engaño y contar la verdad. Bueno, su verdad.

—Señor, yo… Debo informarte que no soy virgen.

El emir se levantó con gesto airado. Sus ojos azabaches echaban chispas.

—¿Cómo os atrevéis a presentaros ante mi? ¿Acaso desconocéis como recompenso a los mentirosos? ¡Por Alá! ¿Acaso estáis tan locas que buscáis la muerte?

—Señor, dejad que os explique –musitó Hamida verdaderamente asustada. Ahora se daba cuenta que había cometido un gran error y que pagaría sus consecuencias. A no ser que él entendiese sus motivos. Así que, sin darle opción ha replica alguna, dijo: Su falta de doncellez no es por capricho o por amoríos. Como sabes, Yanna sobrevivió a la masacre de esos bárbaros, pero no salió ilesa. Uno de esos salvajes la violentó. Os juramos que no pudo evitarlo. Por fortuna, no logró matarla, al igual que a sus padres. Y pensamos que, alguien como tú, justo y misericordioso, entendería que esa falta de virginidad, en esta ocasión, podría ser perdonada. Yanna es bella, inteligente y cultivada. Cualquier hombre desearía poseerla.

—Yo no soy cualquier hombre –siseó él.

—Así es. Por ello eres capaz de ver todo lo demás y olvidar esa menudencia. Mi sobrina jamás ha conocido el placer de la sexualidad, solo el dolor. Tú puedes mostrarle que…

Abderrahman lazó la mano cortando su alegato.

—¿Acaso no me has comprendido, mujer? No quiero a ninguna que haya tocado otro; aunque no hubiese sido con su consentimiento. Y me parece muy poco inteligente por vuestra parte presentaros para engañarme.

—Mi señor, nunca fue nuestra intención; simplemente ha sido un error. Os juro que jamás hubiera callado. Pero mi querida tía tenía esperanzas de que al verme hicieras una excepción cuando te contáramos lo ocurrido. Pensó que al no ser la culpable de mi deshonra, serías más condescendiente. Espero que sepas perdonar nuestro atrevimiento; pues no hubo maldad, solo deseos de servirte como buenas ciudadanas –le dijo Yanna, cabizbaja, en señal de sumisión.

Abderrahman no pudo evitar que su corazón se balanceara

al ritmo de esa voz dulce, ni que su cuerpo muriese de ardor. Sin embargo, por mucho que deseara a esa muchacha, era consciente que sería incapaz de llevar a cabo su pasión. Nunca pudo tomar a una mujer que ya conociera los secretos del amor. Una fuerza incontrolable lo obligaba a rechazarlas por no ser el primero que las llevara por el sendero de la sensualidad. Bien cierto era que las instructoras enseñaban a las candidatas formas de amar exquisitas. Pero él quería que aprendieran sus satisfacciones ocultas y lascivas. Y ella no sería la primera que rompiera la norma.

—Como todos saben, no perdono una mentira. Pues como un sabio dijo: La primera vez que me engañes será culpa tuya; la segunda vez, la culpa será mía. Pero también dicen que soy hombre comprensivo y así es. Entiendo lo que os ha llevado a presentaros ante mí. No habrá ningún castigo. De todos modos, espero que nunca, si se presenta la ocasión, volváis a intentar engatusarme.

Hamida no pudo evitar dar un sonoro suspiro.

—Sois muy generoso, mi señor. Por ello todos tus súbditos te aman y respetan. Lamento no haberte complacido –dijo.

—Yo también. Tú sobrina es una mujer excepcional. Y aunque yo la rechace, sé que el hombre que la tome será realmente afortunado. Podéis iros –dijo Abderrahman alzando la mano.

Yanna y Hamida inclinaron la cabeza y se dispusieron a abandonar el salón. Pero, el emir, cambió de parecer.

—Un momento. ¿Y si mientes? –dijo.

—No te comprendo, señor –musitó Yanna.

—Es posible que dijeras lo de la violación para que te rechazara. Lo cuál no llegaría a entender. Muchas matarían por estar en tu lugar. Es el mayor honor que se le puede ofrecer a una súbdita de tan gran emirato. Creo que, será mejor que lo comprobemos. ¡Yalia!

Una anciana de aspecto adusto entró. Sus ojillos apenas visibles escrutaron a Yanna.

—Haz la prueba –le ordenó su señor.

La mujer aseveró y le indicó a Yanna que la siguiera.

Hamida intentó darle ánimo a su sobrina con una sonrisa exenta de contento y aguardó impaciente.

Apenas diez minutos después, las dos regresaron.

—No es virgen, mi señor –dijo Yalia.

Abderrahman no pudo ocultar su decepción. Perdía a una mujer muy hermosa.

—Podéis iros.

Yanna y su tía se fueron a toda prisa.

—Ha sido… Vergonzoso –musitó Yanna.

—Lo imagino. Pero ya pasó todo. Ahora, lo que debes hacer es descansar y olvidar este enojoso asunto. Por suerte hemos salido ilesas.

—Te dije que era una equivocación, tía –le susurró Yanna.

—Había que intentarlo. ¿No? –respondió Hamida sin apenas voz. Aún sentía las palpitaciones asustadas de su corazón. Ni tan siquiera al cruzar la puerta se calmó.

—No. Sabías que el emir jamás acepta a una mujer que ha perdido la virginidad. Por suerte, nos hemos librado de su ira. Dicen que los castigos que implanta son terroríficos. Así que, te ruego que a partir de ahora, te abstengas de elucubrar planes tan insensatos.

—Te juro que he quedado escarmentada. Que te cases o no, ya no me incumbe. Por mi, como si quieres morir solterona. Ahora solamente quiero seguir como siempre, ocupándome de la tienda y del futuro de mi hija. Claro que, tampoco puedo desentenderme de ti. Tendremos que pensar que vas a hacer… Pero ahora no puedo pensar. Aún estoy impactada y muy asustada. Jamás vi tanta ira en un hombre.

—No fue para menos, tía. Pretendíamos darle gato por liebre.

Hamida se detuvo abruptamente y la miró con enojo.

—¿Gato por liebre? ¡Por el amor de Dios! Eres la joven, seguramente, más hermosa que ha visto. Y el muy idiota, te rechaza por… por un detalle que no tiene la menor importancia. ¿Cuántos hombres no requieren en el contrato matrimonial la virginidad? Más de los que suponemos. Estoy convencida que encontraremos a uno, no a decenas de ellos que te aceptarán tal como estás.

—Tía. ¿En qué hemos quedado?

—Sí, por supuesto. Nada de planes.

Yanna, conociéndola, sabía que sería incapaz de no meterse en su vida. De todos modos, ahora no permitiría que nadie ni nada le impidiera disfrutar de la libertad que había logrado. Fue una gran idea, pensó, utilizar a Asad. Si no hubiera perdido la virginidad con él, ahora estaría prisionera en esa cárcel de oro.

Al recordarlo, un estremecimiento le recorrió la espalda. Debía dejar de pensar en ese hombre y lo que había significado para ella. Ahora tenía lo que siempre quiso. Era hora de mirar hacia el futuro.

CAPITULO XII

Abderrahman se sentía irritado por lo sucedido con Yanna. No era hombre acostumbrado a renunciar a un capricho. Por norma, conseguía todos los propósitos. Aunque, también era fiel a sus principios y la ausencia de la virginidad de la muchacha era uno de ellos. Así que, apartó la decepción de la mente y se preparó para recibir a los héroes de Tablada.

Uno de ellos era Asad, que con gesto huraño, cruzó la puerta del Qasr al—Bustán, sin admirar las plantas y flores que adornaban el inmenso jardín. Recorrió los corredores del Alcazar acompañado por otros cinco soldados que demostraron su valía ante el enemigo.

Asad era reacio a los boatos y compromisos sociales. Su existencia estaba encaminada a la carrera militar donde no había espacio para banalidades que pudieran entorpecer su concentración. A pesar de ello, era consciente que, en ocasiones, era imposible eludir esas obligaciones tan enojosas. Así que, al llegar ante el emir, su semblante se suavizó e intentó comportarse con la educación que tal evento requería.

—Es un honor recibiros, soldados. La nación no sería lo que es sin vosotros. Nos habéis librado de un enemigo cruel y despiadado. Además, vuestra valentía en la batalla se ha destacado y debe ser recompensada –dijo el emir efectuando un leve movimiento de cabeza. El esclavo, un joven de cabellos dorados y ojos como el mar. Con gesto felino le acercó una bandeja. Abderrahman tomó una condecoración y se la impuso al primer soldado. Así uno a uno, hasta que, finalmente, le llegó el

turno a Asad.

Cuando recibió la medalla no pudo evitar un sentimiento de orgullo. Al fin y al cabo, era el reconocimiento a un trabajo que siempre procuró realizar a la perfección.

Abderrahman, una vez efectuado el ritual, sonrió satisfecho.

—Espero, que después de esto, continuéis sirviendo a la patria con el mismo fervor. Ahora, id a disfrutar de los festejos. Asad, tú quédate. Debemos hablar de tú futuro. Por favor, siéntate –dijo en tono que no admitía réplica. El padre del muchacho le explicó que la herida era grave y que probablemente no podría servir de nuevo como soldado; lo cuál sería un destino terrible. Conocía lo suficiente a Asad y no lo soportaría. Debía buscarle algo que no lo hiciese caer en la depresión —. Querido primo. ¿Cómo va la herida?

—No muy bien –respondió Asad con semblante taciturno.

—¿Has pensado en la posibilidad de que no puedas regresar al batallón?

—¡Regresaré! –exclamó Asad.

—¿Y si no es posible? En verdad sería una lástima. De todos modos, un hombre de tu valía puede servirme con igual fidelidad en otro puesto.

—Soy soldado y siempre lo seré –insistió Asad.

Abderrahman tomó un pastelito y lo mordisqueó con placer. No había nada en el mundo que le gustara más que los dulces. Si el médico se los prohibiera, su vida no sería tan placentera. De todos modos, ya procuraría buscar otro placer que los supliera. Asad debería hacer lo mismo y el le daría la solución.

—Primo. La vida se compone de otras cosas. Solamente tendrás que encontrarlas. Y yo te ayudaré. Siempre, por supuesto, que la herida no sane bien. Asad, sé que el ejército es tu pasión. Eso significa que quieres defender a nuestro país y la vida de tu señor. Bien. En ese caso, puedes servirme de otras formas.

—Señor, con todo el respeto, permite que disienta. Aquí, un guerrero, moriría de aburrimiento; pues no tendría nada que hacer.

El emir entrecerró la frente.

—¿Aburrimiento? No actúes como un necio. Conoces los peligros que conlleva esta corte desde que eras un chiquillo. Hay intrigas y traidores que quieren apartarme del poder.

Asad abrió la boca para emitir una protesta, pero Abderrahman alzó la mano.

—No… Calla. La tranquilidad es pura apariencia, primo. La conjura pende de un hilo y un leve tirón puede romperlo. Necesito a un hombre de confianza y nadie más indicado que tú. Por supuesto, no porque seas de la familia. Muchos lo son y no confío nada en ellos. Sé que eres leal. Y como tu emir, te encomiendo un nuevo empleo y no te doy opción a negarte. ¿Comprendido?

Asad, refunfuñando, aseveró con la cabeza.

—Bien. Aclarado este apartado, vayamos a tu vida familiar. ¿Tienes prometida? Ya veo. No has encontrado tiempo para cortejar a una joven hermosa. Pues, te recuerdo que tienes veinticinco años. Un hombre a esa edad debería tener esposa e hijos. Espero que esa carencia sea subsanada cuanto antes.

—Si pienso permanecer soltero, nadie, ni tan siquiera tú, mi señor, puede impedirlo –replicó sin poder evitar el tono crispado.

El emir sonrió con aire cándido.

—¿Acaso he dicho que voy a obligarte? Nada más lejos de mi intención, querido muchacho. Simplemente es un buen consejo. Como sabes me gusta rodearme de colaboradores de moralidad intachable y nadie mejor que aquellos que tienen la vida asentada. No puedo confiar en un hombre que busca placeres porque no los tiene en casa. Aunque… —Dio un largo suspiro y dijo: Si no te interesa servir a tu señor…

Asad no esa idiota y era consciente que una negativa, a pesar de pertenecer a la familia real, sería perjudicial para su padre.

—¿Qué debería hacer? –preguntó entre dientes.

—Moverte por la ciudad. De los barrios humildes hasta las grandes mansiones. Quiero que nada escape a tus oídos. Cualquier comentario o movimiento sospechoso deberás comunicármelo de inmediato.

—¿No tienes ya a tus espías?

—Ya no confío en nadie. Asad, te necesito –le contestó Abderrahman con tono abatido.

Asad inspiró con fuerza. Lo que le pedía era una misión emocionante. Sí. Pero para cualquier otro. Él estaba hecho para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, no para lidiar con el enemigo con ardides de astucia.

—Siempre he sido muy brusco y me es realmente difícil esconder el malestar. No soy diplomático. Dudo que sepa estar a la altura.

—Deja de ser tan humilde. Te han educado con exquisitez. Conoces lenguas, artes y todo lo se espera de un miembro de mi

familia. Además, tienes buena presencia. ¿Sabes que sin barba tienes el aspecto de un jovenzuelo? Deberás mantenerlo. La gente confía en los rostros atractivos.

—Aún no he dicho que acepto –rezongó Asad.

Abderrahman le dio unos golpes afectuosos en la espalda. El muchacho ya estaba dudando. Era un primer paso. Ahora debería ir a por el segundo.

—Por supuesto. Debes asimilarlo con calma. Se trata de tú futuro.

Asad soltó una risa profunda.

—¿Asimilarlo? Primo, estas encubriendo una orden inapelable.

—Procuro que mí familia tenga todas las oportunidades para que la vida le sonría. Por ello, me gustaría que te casaras. ¿De veras no conoces a ninguna joven digna de ostentar tu apellido?

—Jamás entró en mis planes el matrimonio. Pero compruebo que mis intenciones no importan a nadie y que han decido todos por mi. Deduzco que ya tienes a la mujer escogida. ¿Cierto?

Su primo, mientras meditaba, tomó otro pastelito. Sin candidata, la boda que todos deseaban se retrasaría; sobre todo sin la aspirante idónea. Asad necesitaba a una mujer que pudiera equipararse a su nivel. Debía ser culta, leal, inteligente o aburriría mortalmente a su esposo; lo cual, entre las hijas de la nobleza no existía. Todas ellas fueron educadas para las artes del placer: música, poesía y erotismo. Claro que, tal vez, la belleza podría suplantar la carencia de cualidades. No existía la mujer perfecta. Yanna lo hubiera podido ser, pero… ¡Yanna! ¿Cómo no pensó antes en ella? Si Asad la conocía estaba seguro que cambiaría radicalmente su forma de pensar y desearía casarse con ella cuanto antes. Pero no era virgen. ¿Y si su primo era tan escrupuloso como él? No le extrañaría. Un soldado estaba acostumbrado a las prostitutas e imaginaba que desearía que su esposa fuera inocente e intacta. A pesar de sus dudas, sino lo tanteaba, jamás lo sabría.

—Efectivamente. Tengo a la joven ideal. Bella, inteligente y exquisitamente educada. Es perfecta para ti. Aunque, no es virgen. ¿Te importa?

Asad levantó los hombros con desidia. ¿Qué si le importaba? En absoluto. Sin el ejército nada le interesaba. Todo lo que sucediera a partir de ahora lo mantendría sumido en la desdicha. Le era indiferente el futuro y sus consecuencias. Y si esa maldita muchacha fuera santa o meretriz.

—En ese caso, mañana seréis presentados. Daré instrucciones a tu padre. Él se encargará de todo –decidió Abderrahman sintiéndose totalmente satisfecho.

CAPITULO XIII

El ánimo de Hamida estaba apagado. No hacía más que lamentarse de la mala suerte. Y es que a pesar de haberle dicho a su sobrina que pronto encontraría esposo, la violación era un impedimento. Muchos hombres podían pasar por alto un desliz amoroso, pero difícilmente querrían a una mujer cuya primera

experiencia sexual fue traumática. Sería un trabajo demasiado arduo y poco efectivo hacerle comprender que el mundo de la sensualidad era placentero. Por lo general, quedaban marcadas para siempre. Y los hombres carecían de la paciencia necesaria en cuestión de necesidades físicas. Cuando el fuego les quemaba en la entrepierna, les urgía apagarlo cuanto antes.

En cambio, a diferencia de su tía, Yanna se sentía exultante. Ahora era libre y nadie la obligaría a hacer nada que no deseara; sobre todo porque su locura no había tenido consecuencias. No estaba embarazada. Así que, podía buscar trabajo o si su tía lo consideraba oportuno, ayudarla en el negocio. Ahora, debido a los rumores que circulaban por el zoco de que podía ser nombrada muthtasiba de la Medina, necesitaría contratar a un empleado y ¿qué mejor que su sobrina para el cargo?

—Tía. ¿Crees que serás la nueva administradora del zoco? –le preguntó mientras colocaba la bandeja con la jarra de infusión sobre la mesa.

—Tengo a una gran rival. Hará todo lo que esté en su mano para arrebatarme lo que merezco por derecho propio. Julud es una arpía. No es seguro, querida –contestó Hamida sin mucha emoción.

Yanna se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—Tía, por favor, no estés triste. Sabías que era del todo improbable que el emir me aceptara. Además, deberías estar contenta por mí. ¿Acaso crees que mi mayor felicidad consistía en ser parte de un extenso número de mujeres encerradas en el Alcazar?

—Ser propiedad del emir es un honor inigualable. Además, podrías haber llegado muy alto; tanto como ser su favorita y la favorita tiene mucho poder –replicó Hamida.

—¿Ser superior a las otras concubinas? ¿Poder darles órdenes y que te teman? Es un espejismo, tía. Todas son esclavas, encerradas en una jaula de la que es imposible salir. Tú eres más afortunada que ellas. Posees la mejor tienda de perfumes y estoy convencida que te darán ese puesto tan importante.

—Cierto –afirmó Faiza.

—Una mujer nunca es libre. El matrimonio es una jaula. La diferencia radicaba en que el Alcazar es una jaula de oro y ella habría obtenido todos los placeres y hermosuras de este mundo. ¿Y qué hará ahora? No pudo salvar nada de Isbiliya. Ni propiedades ni dinero –gruñó su madre.

—Si soy una carga, no te preocupes, tía. Venderé las joyas que traje y alquilaré una casa modesta. Puedo ganarme la vida

enseñando lo que con tanto esmero se empeñaron mis padres que aprendiese.

Hamida gimió horrorizada.

—¡Ni lo sueñes! ¿No ves que si haces eso todos sabrán lo ocurrido? Hay que perseverar el buen nombre de la familia. Trabajarás en la tienda. Eres lista y aprenderás pronto el arte de crear perfumes. De todos modos, no desistiré de buscar un buen marido para ti.

—Con todos los respetos, tía. Por el momento no quiero pensar en el matrimonio. Estoy… estoy demasiado dolida con lo acontecido. No podría soportar que un hombre me tocara. Lo entiendes. ¿Verdad?

—Por supuesto, querida niña. Aunque, el tiempo borrará el mal recuerdo; sobre todo si encuentras un hombre que te demuestre amor. Puedo asegurarte que el placer que te otorga un hombre es delicioso. Mi difunto esposo, tu tío, en el paraíso esté, fue un hombre muy ardiente y… —Calló al oír los golpes en la puerta. Se paseó las manos por el cabello y fue a abrir. Sus ojos se abrieron como platos al ver al hombre.

—¿Quién es? –susurró Yanna.

—El general Tarek. Un hombre muy importante –le contestó su prima.

—¿Puedo pasar? –dijo él dibujando una media sonrisa.

—Claro… Por supuesto, general. Es un… honor que visites mi humilde hogar –farfulló Hamida, guiándolo hacia los divanes. Alzó la mano e hizo las presentaciones —. Esta es mi hija Faiza y la otra muchacha, es mi sobrina Yanna. Por favor, siéntate. ¿Una taza de infusión de menta?

Él aceptó acomodándose, sin dejar de mirar a Yanna. Hamida se percató de ello y se apresuró a ponerlo al tanto.

—Yanna sobrevivió al ataque de Isbiliya. No así sus familiares. Ahora está a mi cuidado. Lo cuál no me importa, pues la quiero como si de mi otra hija se tratase.

—Una experiencia, sin duda, espantosa para una muchacha tan joven –dijo él escrutándola con interés. El emir no había mentido. Era la joven más hermosa que había conocido. Incluso con la sencilla túnica, sin apenas adornos, irradiaba una belleza deslumbrante. Si sus cualidades intelectuales eran ciertas, estaba convencido que Asad caería rendido ante ella y olvidaría la pena por no poder volver al ejército. Sí. Estaba convencido, tanto que, no dudó en imaginar los nietos tan hermosos que podrían darle.

Hamida, nerviosa, sorbió el filo del vaso. Estaba impaciente por conocer el motivo de tan ilustre visita.

—Por suerte, Yanna es fuerte y pronto superará el dolor. Y

bien. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Tal vez quieres un perfume especial para tu honorable esposa? Si así es, estás en el lugar adecuado. Tengo fama de ser la mejor perfumista de Qurtuba.

El general Tarek dejó la taza sobre el platito y carraspeó.

—En realidad, vengo en nombre del emir.

Yanna respingó asustada. No quería escuchar las palabras de ese hombre. No quería oír que su señor había cambiado de opinión. Sin embargo, un atisbo de esperanza la hizo permanecer quieta con el corazón encogido por la incertidumbre.

Por el contrario, su tía, respiró aliviada. Su golpe de efecto al presentarle a Yanna surgió el resultado esperado. Ahora toda la familia sería respetada y envidiada.

—Confidencialmente –continuó el general – el emir me ha contado la situación de tú sobrina. Opina que tal desgracia no puede truncar el futuro tan próspero por el cuál fue educada.

—Opino igual. Mi sobrina ha sido destinada a pertenecer a un hombre honorable y de alta alcurnia. Su belleza e inteligencia son avales suficientes. ¿No te parece? –dijo Hamida sonriendo ampliamente.

—Ciertamente. Por ello, ha elegido como esposo a mi hijo.

Hamida parpadeó confusa. Pero al instante, sus ojos se iluminaron de gozo. No podía esperar mejor marido teniendo en cuenta la deshonra de su sobrina. El general era tío del emir y por lo tanto, pertenecía a la más alta nobleza de la nación.

—¿Significa tu satisfacción que es una propuesta aceptable? Y tú, muchacha. ¿Estás conforme? –preguntó Tarek.

Hamida contestó por las dos.

—¡Por supuesto! Estamos muy satisfechas con el trato. Es todo un honor, teniendo las circunstancias… ¿Verdad, Yanna?

El rostro de ella estaba pálido.

—Aún está impactada por la noticia, general. Lo cierto es que, tras lo ocurrido, apenas tenía expectativa de encontrar un buen esposo. Y ahora, vienes tú ofreciéndole a tu hijo… Imagino joven y apuesto, si se parece a ti.

—Por la edad no debéis preocuparos. Es joven y apuesto. Verás como tus dudas se disipan en cuanto lo conozcas, muchacha. Y eso será esta noche. Mi esposa preparará un banquete digno para la ocasión. Tú hija también está invitada, por supuesto –dijo Tarek. Seguidamente se levantó claramente satisfecho. Asad caería rendido a los pies de esa joven y olvidaría el sufrimiento por no regresar junto a sus hombres.

Mientras Hamida acompañaba al general, Yanna permaneció sentada.

—No se que decir. Algo así, teniendo en cuenta tú pérdida

de virtud era impensable –susurró Faiza.

—Yo tampoco lo esperaba –dijo su prima sin apenas voz.

—¿Y qué harás?

—No lo se. Estoy aturdida.

Hamida regresó junto a ellas palmoteando con entusiasmo.

—¡Qué alegría! Todos nuestros problemas han desaparecido de un plumazo. ¿No es fantástico? ¿Qué te ocurre? ¿A qué viene ese rostro descompuesto? ¿Pero no ves que eres muy afortunada? Se trata de una familia muy rica y poderosa, y además, emparentada estrechamente con el emir. El general es tío de Abderrahman, por lo que tu esposo es su primo.

—Si, pero…

—¿Pero qué? ¡Esto es mucho mejor! ¿O acaso preferías vivir en el harén?

—Claro que no, tía. Sin embargo, después de ser rechazada, pensé que viviría en libertad, ayudándote en la tienda. Y esto… Me convierte en una esclava de nuevo —musitó Yanna.

—¿Esclava? ¡Tú eres idiota, niña! Tendrás mucho dinero, joyas y ropas elegantes, y podrás pisar las calles de Qurtuba. Pero… No hablemos más. Está decidido. Te casarás con ese hombre o me veré obligada a echarte de casa y de la familia. No soportaré que me avergüences. ¿Entendido? Elige ahora mismo.

Yanna se frotó las manos con gesto nervioso. ¿Qué debía hacer? Había sacrificado mucho para obtener la libertad y cuando la tenía al alcance de los dedos, volvía a surgir el fantasma de la soga, y de nuevo una terrible decisión. Pero no podía hacerlo ahora. Se sentía demasiado ofuscada. Iría a la cena. Eso le daría margen para pensar.

—¿Tienes ropa adecuada para la ocasión?— susurró.

—La buscaremos. Iremos ahora mismo de compras y encontraremos unos vestidos maravillosos para todas. Debemos estar magníficas. Tengo entendido que el general tiene otro hijo. A ver si se fija en ti, Faiza. ¿No sería estupendo? –dijo Hamida totalmente entusiasmada.

—Madre, déjate de intrigas. No tengo la menor intención de casarme –gruñó su hija.

—Pues, lo harás. Eres menor y sin la ausencia del padre, yo soy la que tiene potestad sobre tú destino. Escuchadme bien las dos. En esta casa se hace lo que yo digo. Y si digo que debéis encarrilar vuestra vida, lo haréis o la calle será vuestra próxima morada. ¿Ha quedado claro? Pues no se hable más. Salgamos de compras.

CAPITULO XIV

Yanna miró perpleja el edificio ante el que se detuvieron. Era el mismo que Asad, en torno de burla, le insinuó que tal vez ahí vivía su prometido. El hecho lo consideró simple casualidad, puesto que Asad ignoraba por completo a quien estaba prometida.

Con el corazón en la garganta, intentando serenarse, cruzó la puerta de la espléndida vivienda.

El general Tarek las recibió. Con su mejor sonrisa las invitó a seguirlo. El patio de gran dimensión era bellísimo. El suelo estaba pavimentado. Las paredes, adornadas con macetas, coloreaban las paredes encaladas. En el centro había una palmera envuelta por un estanque y a su alrededor, protegidos por las verdes hojas, unos bancos. A un extremo, se encontraba el pozo decorado con mosaicos y junto a él, una mesa de piedra para disfrutar de la comida a la sombra de un enorme olivo.

—Te dije que era una buena alianza —le susurró su tía, mirando a un lado y a otro.

Yanna no era de la misma opinión. Desde la desgracia acontecida, aprendió que el dinero no otorgaba la seguridad ni la dicha.

Tras cruzar el patio, entraron en el comedor. Una mujer de mediana edad, de rostro atractivo, acompañada por un joven muy parecido a ella y tres chiquillas, las saludaron con gran cortesía.

—Mi esposa Azima. Mi hijo Zahid. Jessenia y Razel, las mellizas y este renacuajo es Nageena. Suhaila, mi hija mayor, está con unos familiares fuera de la ciudad. El interesado está arriba —dijo el general.

—Un honor conoceros —dijo Hamida, comprobando que esa familia era increíblemente rica. Cada objeto que llenaba el

gran comedor era de una calidad excelente. Incluso, había ornamentaciones de oro.

—Por favor, pasad.

—Mi hijo vendrá enseguida. Está poniéndose presentable —dijo Azima escrutando con curiosidad a Yanna. Su esposo no había exagerado al alabar su hermosura. Solamente empañaba tanta perfección esa mirada triste causada por tantas desgracias. Pero se dijo que el tiempo la haría olvidar y retornaría la felicidad a esos ojos.

—Cierto. Está ansioso por conocerte —dijo Zahid con todo jocoso. Su padre lo miró con gesto enojado y él, con un carraspeo, miró hacia el suelo, balanceándose sobre los pies.

Faiza contuvo una sonrisa. El comentario de Zahid denotaba que era impulsivo y poco dado a la hipocresía, cualidades que ella admiraba; sobre todo si las poseía un joven de rostro y cuerpo tan perfectos.

—Ahí llega mi hijo —dijo el general.

Yanna, con el corazón encogido, ladeó el rostro. Sus ojos pardos miraron al hombre que se convertiría en su esposo. Una expresión de horror cruzo su hermoso rostro. No era posible. Era la imaginación el estaba jugando una mala pasada.

Asad clavó sus ojos negros en ella. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Acaso era familiar de esa joven de aspecto delicado con la que debía casarse?

—Asad, quiero presentarte a Hamida, a su hija Faiza y a Yanna, tu prometida.

Su hijo, petrificado, fue incapaz de reaccionar. ¿Yanna su prometida? ¿Qué broma era esa? ¿Acaso sus padres no sabían que ya estaba comprometida con un hombre de Qurtuba? ¿Qué...? De repente, la verdad se le reveló. ¡Maldita embustera! Su prometido no era otro que el emir y su destino, el de concubina; que se truncó por su falta de virginidad. Y lo mantuvo engañado cada día que pasó a su lado, obligándolo a protegerla para salvaguardarla de algo que ya no existía. ¡Qué estúpido fue! Pero no volvería a comportarse como un imbécil. Esa mujer no conseguiría engatusarlo con sus artes de serpiente. Retomando la frialdad y contención, inclinó levemente la cabeza, ahogando su ira en una máscara de cortesía.

—Es un placer conocerte. Espero que tú también te sientas tan complacida como yo lo estoy.

Ella, completamente pálida, aunque aliviada porque él no desvelará el pasado que compartieron, simplemente pudo asentir.

—Veo que el primer encuentro os ha resultado positivo.

Eso es bueno. ¿Pasamos a la mesa? —dijo el general.

—Sí. Tengo mua hambe en el etomago —dijo la pequeña Nageena.

A excepción de los dos comprometidos, todos rieron ante el desparpajo de la chiquilla. Aún sonriendo, ocuparon su lugar alrededor de la mesa, sentándose al mismo tiempo, como era deber de todo ser educado.

La anfitriona ordenó a los criados que trajeran la comida.

Hamida miró estupefacta la gran cantidad de bandejas. Había marisco, difícil de obtener para cualquier ciudadano corriente, carne guisada al mosto, al—marqas envuelta en su propia grasa con especias y para postre, sarab de diferentes frutas con especias y pétalos de flores.

Una vez acomodados dieron las gracias a Bismilah, dando por iniciada la cena.

Yanna y Asad, se encontraban uno frente al otro. Ella, con manos temblorosas, se sirvió un poco de pescado. Su ojos permanecieron fijos en el plato, incapaz de mirar a Asad. Podía presentir sus ojos mirándola con furia.

Y así era. Asid deseaba largarse, decir a todos que nunca tuvo la intención de casarse y mucho menos con esa muchacha mentirosa. Pero no podía. Había recibido una orden del emir y nadie, en su sano juicio, la desobedecería. A pesar de ello y de que aún odiándola su cuerpo no podía evitar arder de deseo, nunca sería realmente su esposa. Jamás cedería a la tentación. Era un hombre de principios y la falsedad era una falta que jamás perdonaba. Con gesto rabioso se sirvió otra copa de vino.

Su madre comprendía su estado anímico. Asad, ya de niño, demostró ser un espíritu libre. Jamás aceptó una imposición. Ahora debía arrodillarse ante el poder de emir y aceptar a una mujer que no era pura y a la que no amaba; pues Asad tan solo tenía un amor y éste era el ejército. Ninguna mujer, por muy hermosa que fuera, lograría apartarlo de la amargura. De todos modos, a pesar de los inconvenientes, su intuición le decía que Yanna era especial y tal vez, conseguiría un milagro. Aunque, no por el momento. Su hijo estaba demasiado dolido y la herida tardaría en cicatrizar; al igual que le ocurría a ella. Deberían ser pacientes y aguardar que el tiempo los llevara por senderos más dulces.

—Creo que es hora de acostar a las pequeñas y no se duermen si su padre y yo no les contamos una bonita historia. A Asad también le encantaba escucharnos.

Yanna, conociendo al hombre que ahora era él, fue incapaz de imaginar esa escena tan idílica.

—Mientras, podéis aguardar en el salón. Os servirán unas tisanas. Asad. ¿Por qué nos salís Yanna y tú al jardín? Hace una noche estupenda y es hora de que os vayáis conociendo. ¿No te parece? —dijo el general aupando a la pequeña.

Yanna, mientras se levantaba, observó a la familia de Asad. Parecían ser muy amables y dichosos con su vida. En aquella casa se respiraba amor, y pensó que su nueva vida sería más llevadera junto a ellos.

Asad, mostrando contrariedad, la acompañó al patio.

—Así que debemos conocernos —masculló él con tono irónico.

—Te aseguro que no tenía la menor idea de que tú eras el candidato. Y me desagrada tanto como a ti —replicó ella.

—Por supuesto. Aspirabas a más. Pero tu mentira ha desbaratado todos tus planes. Claro que, finalmente, la cosa no te ha salido tan mal. Vas a entrar en una de las familias más poderosas del emirato.

Ella dejó de andar y se plantó frente a él.

—Si piensas que esto me satisface, estás muy equivocado. Lo último que querría es casarme contigo. Y como compruebo que los dos somos del mismo parecer, lo mejor será que anulemos este compromiso.

Asad emitió una risa profunda.

—Ninguna orden de Abderrahman se discute y mucho menos se desobedece. Lamentablemente, tengo que casarme con una mentirosa.

Yanna no replicó, pues no podía quitarle razón. Desde que lo conoció no dejó de mentir, de urdir planes diabólicos para escapar de un destino que no deseaba. Y aunque ahora le contara la verdad, ésta resultaría más monstruosa para un hombre de honor.

—¿Callas? Veo que tienes capacidad para admitir lo evidente. Imagino que es tú única cualidad.

—Eres injusto. Lo único que quise fue protegerme. ¿O acaso me hubierais respetado si te cuento que fui violada?

—Juré protegerte en cuanto te encontré. La verdad no hubiera cambiado mi decisión —contestó él con tono acerado.

—Tienes que reconocer que no podía saberlo. Además, estuviste a punto de quebrantar tu promesa. Solamente mi rechazo te contuvo. ¿O ya lo has olvidado?

—No seas ilusa, querida. A mi nadie me detiene, solamente mi voluntad.

—Veo que ésta se doblega ante el emir —dijo ella con mordacidad.

—Soy un soldado a su servicio. Siempre he cumplido sus órdenes. ¿Qué excusa tienes tú?

—El desamparo —dijo Yanna en apenas un susurro, reflejando en sus ojos una tristeza infinita.

—Ahí adentro está tu familia —le recordó él.

—Al igual que tú, debo seguir el mandato de mi tía o la calle será mi próxima cama. ¿Te parece una razón convincente? No hace falta que respondas. Lo que opines no me importa en absoluto. Como has dicho, somos dos seres que no tenemos nada en común y dudo que en el futuro lo tengamos. Y ahora, sino te importa, desearía regresar al salón. Ha refrescado —dijo Yanna dando media vuelta.

CAPITULO XVI

Al día siguiente, los prometidos se presentaron junto a tres testigos ante el sheikh para realizar el contrato matrimonial. Desde ese instante, Yanna y Asad estaban ya unidos. Sin embargo, la total unión de los esposos no sería efectiva hasta una semana después en la celebración de la boda en la mezquita.

Mientras tanto, Hamida, con gran entusiasmo, comenzó a organizar el ajuar y el vestido de novia de su sobrina; sobre todo tras conocer la generosa dote que la familia de Asad le otorgó a Yanna. No escatimó en gastos. Hizo confeccionar, un caftán de seda de colores añil con bordados en hilo de plata y zapatos a juego. Los adornos consistirían en lo collares que salvó de su casa de Isbiliya y para el cabello, la diadema de oro y zafiros que su

futuro suegro le regaló.

—¿Es necesarios todo esto? –preguntó Yanna con todo cansino.

—Tú prometido pertenece a la nobleza más alta y su esposa debe hacerle honor. Además, esta relación también nos beneficiará a nosotras. ¿O acaso no os distéis cuenta que el hijo menor del general no dejaba de mirar a Faiza? –dijo su tía con evidente entusiasmo.

—Madre, no veas cosas donde no las hay. Sencillamente le debió parecer curioso que mi deseo es ser cantora.

—Porque él quiere ser un gran poeta. ¿No te parece una combinación ideal? Si llegarais a casaros él podría crearte las letras y tu poner la música.

—Eso no sucederá.

—El destino es inescrutable, querida hijita. A pesar de ello, siempre se puede vislumbrar algo si se pone algo de nuestra parte. Yanna, será tan amable, que no dudará en preparar, de vez en cuando, una cena a la que ese joven tan agradable asista. El resto, es cosa tuya.

Faiza soltó un sonoro gruñido de impotencia.

—Eres incorregible, madre. Si me disculpáis, tengo que ir al mercado. No quedan naranjas.

—Compra jabón perfumado. Hay que preparar a tu prima. La boda será muy pronto y tenemos muchas cosas que hacer.

Así, era. Durante las siete noches anteriores al enlace, Yanna, en compañía de su tía y prima, junto a amigas y vecinas, acudieron al hamman en cortejo portando velas e incienso, entonando cánticos para espantar a los yenun del agua y alabar al profeta Muhammad. Después, una vez en los baños, las mujeres iniciaban el ritual de la belleza. Yanna fue depilada, masajeada y lavaron su cabello con ghasul y perfumada con esencias de jazmín y violeta.

Tras el ritual del hamman, Yanna, comenzó el de la henna, con la misión de ahuyentar a los malvados yenun de su cuerpo y alma. Untaron las manos y pies con una ligera capa, para después lavarla con leche, símbolo de pureza y prosperidad, la neggacha, dibujó signos simbólicos. Círculos para lo absoluto, triángulos que representaban el sexo femenino y masculino. Y números como el cinco que encarnaba la unión y el equilibrio o el siete que correspondía a los siete grados de la perfección, a la totalidad del universo en movimiento constituyendo el ciclo completo de la vida.

El día de su boda, le aplicaron maquillaje de khol y colorearon sus labios con corteza de nogal, y una vez lista,

acudió a la mezquita.

Asad, ataviado con una túnica blanca, al igual que los pantalones, con rostro circunspecto, ya la estaba aguardando, junto a su familia y varios testigos. La recibió con frialdad, siguiendo la ceremonia del wali con el mismo estado de ánimo.

Su actitud no cambió durante los tres días que duraron los festejos. Apenas pronunció una palabra y ni tan siquiera tuvo la más mínima conversación con su esposa. Había acatado la orden de su primo, pero no doblegó a sus sentimientos, unos sentimientos que, tras su encuentro con Yanna, se habían tornado contradictorios; pues ya no tenía excusa para rechazar a su mujer. Su mentira era del todo justificable. Esa noche podía dar rienda suelta al deseo que ella siempre le provocaba. Sin embargo, claudicar era darle la razón a todos aquellos que lo indujeron a algo forzoso. Además, Yanna había sufrido una violación y no soportaría su contacto; ni él, la humillación de su rechazo.

—Nos veremos en mi casa –le comunicó en el momento de abandonar el convite.

Yanna lo miró confundida. Por regla general los recién casados permanecían junto a los padres del novio para protegerlos en su vejez. Claro que, se dijo, los Tadmod no necesitaban precisamente la ayuda de sus hijos. Su riqueza era incalculable.

—¿Tú casa? Pensé que viviríamos aquí –rezongó sin poder evitar la irritación.

—¿Qué más te da un lugar que otro?

—El lugar no tiene importancia. Es tú actitud. Alguien mínimamente considerado habría informado a su prometida de un hecho tan relevante. ¿No te parece? —le echó ella en cara.

—No se a que viene este reproche. Sabes como soy. Por lo demás, me gusta la casa como está y seguramente, habrías querido cambiarla. Y ya he tenido suficientes cambios, y ninguno de ellos agradable. Ahora, sino te importa, termina de cerrar la bolsa. Quiero acabar cuanto antes con esta farsa.

—¡Pobre Asad! Te recuerdo que únicamente terminará si Abderrahman consiente en anular este error. Así que, deberías apelar a tu condición de primo para que atienda tus ruegos y te aparte de este suplicio —replicó su esposa con mordacidad.

—No dudes que lo haré en el momento propicio —gruñó él abriendo la puerta.

Con esa determinación, abandonó el banquete para seguir la tradición.

Yanna, escoltada por los amigos del novio y dos naggafat,

fue conducida en cortejo hasta su nuevo hogar.

El edificio de piedra, de dos plantas, era sencillo. Las ventanas estaban protegidas por rejas de madera tallada en forma de hojas, al igual que el cincelado del portón principal.

El cortejo se detuvo ante la puerta y el recién casado leyó a Yanna unos versos del Corán. Después, descubrió su rostro y besó su frente. Su suegra, con una gran sonrisa, le entregó una bandeja con leche y dátiles, un manojo de llaves y pan. Tras ello, dejaron a los novios solos.

Yanna y Asad entraron en la casa.

En el interior el patio era sobrio. Columnas, arcadas y paredes eran de piedra desnuda, suavizadas por enredaderas. Sin embargo, aquella parquedad era mitigada por una aljibe de aguas azules a causa del reflejo del mosaico. A su alrededor, dos divanes cubiertos por cojines de vivos colores estaban protegidos por naranjos. Yanna dedujo que era el hamman privado de Asad.

—Como ves, huyo de los excesos –comentó él cruzándolo.

Subió por la escalera situada en la esquina derecha y al llegar al rellano, abrió la primera puerta.

Era un cuarto amplio y luminoso, escasamente amueblado. Una cama, un diván, una pequeña mesa, los enseres para el aseo y el arcón para guardar la ropa.

—Olvide cerrar. Regreso en un instante –dijo Asad.

Yanna dejó escapar en un amargo llanto por toda la tensión vivida en esas dos semanas. Había intentado escapar del destino y éste se había vengado abocándola hacia un matrimonio lleno de odio, donde el amor jamás tendría cabida.

Respingó sobresaltada cuando la puerta se cerró con un golpe seco.

—Por fin terminó la farsa –dijo Asad.

Ella se secó las lágrimas y tomó aire. Debía serenarse. No tenía porque tener miedo. Él, aún sin saberlo, ya le había robado la virginidad mostrándole como era estar con un hombre. En esta ocasión no habría dolor e incluso, podría descubrir como era esa incipiente sensación placentera que se truncó.

—Sí. Ha sido agotador —dijo sin apenas voz.

Asad se acercó a la mesita y se llenó un vaso de vino. Con suma calma, se sentó en el diván y dio un sorbo.

—Mírame —le ordenó.

Su esposa, lentamente, se dio la vuelta. A pesar de la palidez estaba bellísima. Toda ella era perfección. Cualquier hombre no aguardaría un segundo para estrecharla entre los brazos y disfrutar de esa boca, de esa piel de seda, que en su delirio febril creyó poseer. Pero su orgullo era más fuerte que la

excitación que lo traspasaba y no cedería a la tentación.

—Aparta ese espanto del rostro. No pienso tocarte. Me han obligado a casarme contigo, pero jamás seré tu esposo –dijo en tono seco. Dio un sorbo a la copa y tras dejarla sobre la mesa, dijo: imagino que esta decisión te aliviará. ¿Me equivoco?

Ella, contrariamente a lo esperado, sintió un ramalazo de ofensa. No obstante, con simulada indiferencia, dijo:

—Del todo. Hubiese sido un suplicio que me tocaras.

—Por fin estamos de acuerdo en algo. Deseo que en el futuro nuestras coincidencias se incrementen.

—No será difícil, sobre todo teniendo en cuenta que estarás ausente la mayoría del tiempo.

El rostro de Asad se tornó sombrío.

—El brazo no ha recuperado su movilidad. No podré levantar una espada. El emir me ha adjudicado un nuevo trabajo y éste, transcurrirá en Qurtuba. Deberás soportarme más de lo deseado, querida. Así que, si tenías algún plan oculto, ya puedes olvidarte de ello.

Yanna, quitándose el velo, dijo:

—Los únicos planes que tenía hace tiempo me fueron arrebatados.

—Siento que en lugar del emir tengas que conformarte con su primo.

—¿Crees que las niñas soñamos con ser concubinas? Lo único que anhelamos es un hombre que nos ame. Si piensas que me alegré cuando fui escogida para el harén, te equivocas del todo.

—Pues, nadie lo diría. Tenías mucho empeño en llegar a Qurtuba.

—Siempre fui una buena hija. Era el sueño de mis padres e intenté cumplirlo, pero con lo ocurrido fui rechazada.

—Esos bárbaros te hicieron un gran favor. ¿No te parece? –dijo él con mordacidad.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? Ninguna mujer desea ser violada –se lamentó ella.

—Me limito a decir la verdad. Si no recuerdo mal, al llegar a la ciudad me preguntaste si era cierto que el emir rechazaba a las mujeres que no eran puras. Al confirmar tus sospechas debiste alegrarte mucho. ¿O me equivoco?

—A parte de insensible, eres un manipulador. ¿Cómo no iba a alegrarme? Tras lo sufrido, hubiese sido terrible tener que entregarme a un desconocido y volver a pasar por algo tan... doloroso. Pero la vida nunca es justa y ahora debo aguantar a un esposo amargado e insoportable.

—Cada malo tiene su peor, querida –replicó Asad con burla.

Yanna soltó un hondo suspiro. En una ocasión pensó seriamente en esforzarse por aceptar el destino junto a Asad e intentar que la convivencia fuera, al menos, plácida. Pero era evidente que aquél matrimonio nunca funcionaría. Su esposo lo hacía del todo imposible con su actitud atormentada y llena de resentimiento. Y no estaba dispuesta a derrochar toda su energía en algo abocado al fracaso.

—Estoy de acuerdo. Por ello, te propongo que, transcurrido un tiempo prudencial, solicites el divorcio.

—¿Por qué eres tan ilusa? Esta unión es obra de nuestro señor y solo se disolverá si él lo desea, o en el peor de los casos, que uno de nosotros fallezca. ¡Oh! Temo que te he dado una solución que puede perjudicarme. ¿No serás experta en venenos?

—Si fuera la mitad de insensible que tú, puedes estar seguro que no dudaría en deshacerme de ti. Así que, considérate afortunado. Y si no tienes inconveniente, me gustaría dormir. Ha sido un día tedioso y agotador –replicó su mujer con tono crispado. Siempre fue de carácter templado, pero Asad lograba sacarla de sus casillas.

—Mi habitación está al final del corredor. La puerta del medio es un saloncito. Es todo tuyo. Puedes hacer con él lo que te plazca, al igual que con este cuarto. Si deseas redecorarlos, no me opondré.

—Cambiar esta celda requerirá una suma considerable. Eres muy generoso –contestó ella con aspereza, tirando el saco de sus escasas pertenencias sobre la cama.

Asad soltó un sonoro gruñido.

—Soy soldado y los soldados no prestan atención a estas futilidades. Con lo básico nos arreglamos. Y esta casa posee todas las comodidades. ¿Para que perder el tiempo en adornos que no se pueden cuidar?

Yanna se enfrentó a él.

—Veo que eres práctico; por lo que, al igual que yo, convendrás que es un gasto inútil de energía comportarnos como dos idiotas echándonos a la cara una situación que no hemos buscado. ¿No crees que sería más juicioso que nuestra relación, si no puede ser cordial, al menos sea civilizada?

—Que sea soldado no significa que carezca de educación y como tú has sido preparada para servir en todo momento a tu señor, no tengo la menor duda que será posible. Simplemente cumpliendo las normas que exijo, nuestra relación será muy llevadera.

—¿Solamente las tuyas? —inquirió ella sin ocultar su desagrado.

—Eres, ante todos, mi mujer y como tal, tus actos son consecuencia de mis órdenes. No puedes exigir nada; todo lo contrario. Tú papel será el de esposa sumisa y sobre todo, procurar no ofenderme ante nadie. Respetarás a mi familia y las leyes del Corán. No consentiré que nos desprestigies. ¿Queda claro?

—Eso me convierte en una esclava. Pues, te comunico que no estoy dispuesta a ello. Tengo dignidad.

—Mi madre se comporta como una buena esposa, como dicta Alá. Eso la dignifica. Así que no me vengas con eso. No tienes razón alguna para protestar. Por lo demás, esta situación te concede más independencia que si fueras una concubina. No tengo la menor intención de prohibirte pisar la calle, ni que acudas al hamman con tus amigas, por supuesto, siempre y cuando cumplas con tu palabra de fidelidad. Para evitar tentaciones, no saldrás sin una esclava que te acompañe. ¡Ah! Y conociéndote, olvídate de urdir planes maléficos. La esclava me será leal en todo momento y si intentas comprar su silencio, yo me enteraré.

Yanna se sentó sobre la cama y se echó a reír.

—No deberías burlarte. Esa cuestión es primordial y si la incumples, mi ira caerá sobre ti —refunfuñó él mirándola con hosquedad.

—¿Se quebranta la fidelidad cuando no existe relación alguna?

—Ante la ley y Alá eres mi mujer. Eso basta.

—Tú también eres mi marido. ¿Guardarás del mismo modo la promesa hecha? Por supuesto que no y yo deberé soportarlo sin una protesta si decides acostarte en el lecho de otra o tomar una concubina. ¿No es así?

—Como mujer que eres, así lo harás. Yanna, eres inteligente. ¿Por qué quieres complicar más las cosas? Nuestro matrimonio es un hecho y por el momento, indisoluble. Tratemos de sobrellevarlo con la mejor disposición. ¿No te parece?

—Para ti será mucho más fácil —musitó Yanna.

—Yo no dicto las reglas. La vida está montada de este modo y ni tú ni yo, vamos a cambiarla.

—¿Por qué no?

—Para formar un riachuelo no bastan dos gotas. Debe caer una tormenta. Si necesitas algo, ya sabes donde estoy. Buenas noches.

Yanna permaneció sobre la cama con la mirada fija en la

puerta que acababa de cerrarse. Había escapado de una cárcel de oro y ahora se encontraba prisionera en una casa fría, junto a un marido que la despreciaba. Y, rompiendo a llorar, pensó, que ese era su castigo por los pecados que cometió.

CAPITULO XVIII

Yanna apenas pudo dormir. A pesar de ello, poco después de despuntar el sol, como se requería en su nuevo status, bajó al patio y buscó la cocina. No era muy amplia, pero completa. La despensa estaba bien surtida. Fruta, pan, queso, huevos, leche, pescado seco y todo tipo de especies.

Encendió el fuego y calentó leche, preparó dos huevos hervidos, unas rebanadas de pan y dátiles. Dispuso la mesa y aguardó a que Asad se levantara.

Tras una hora de espera, Yanna decidió salir al patio. Se detuvo abruptamente al ver a Asad, que al parecer había decidido darse un baño antes de almorzar. Sin el menor tipo de pudor se deshizo de la chilaba mostrándose tal como Dios lo trajo al mundo.

Yanna, siempre discreta, no pudo apartar los ojos de ese cuerpo atlético ni evitar el recuerdo de aquella noche que le entregó su virginidad. Pero ahora se mostraba muy distinto. Ya no estaba herido ni preso por la fiebre y la salud aún lo tornaba más magnífico. Era un perfecto atleta. Aunque, lo que más la impresionó fue el descubrimiento de su masculinidad apenas apreciada cuando tomó posesión de ella. Y se preguntó, una vez más, como sería el placer que él podría proporcionarle.

Apartó esa idea de inmediato. Asad la despreciaba y en el caso que algún día su esposo le exigiera los derechos maritales, ella no estaba dispuesta a ceder a una curiosidad que nada tenía que ver con el amor.

A pesar de ello, su cuerpo desmentía cada uno de sus pensamientos. Una inquietud extraña le roía el pecho ante la presencia de ese hombre tan atractivo y que se deslizaba por el agua con gestos felinos, que la encandilaba como la danza de una serpiente.

Sacudió la cabeza negándose a seguir cediendo a sus instintos más bajos. Entró de nuevo en la cocina y se sentó ante la mesa.

Su esposo apenas tardó unos minutos en entrar.

Si quedó sorprendido por la buena disposición de su esposa, no dio muestras de ello. Con un simple “buen día” se sentó ante la mesa y comenzó a comer.

—¿Todo a gusto de mi señor? –le preguntó Yanna con tono encrespado.

Asad, deliberadamente, ignoró el enfado de su mujer.

—No está mal. De todos modos, la elaboración no ha tenido que ser muy complicada. Veremos como cocinas una comida de verdad –contestó él con tono indiferente. Quería dejar claro desde el primer momento que su relación sería distante, sin

implicar sentimiento alguno. Pero sobre todo, que el deseo que lo atenazaba cada vez que la tenía ante su presencia, rememorando una vez más ese sueño entre delirios que la hizo suya, jamás sería liberado. De ningún modo la convertiría en la esposa que le habían impuesto.

—Olvidas que fue educada para complacer todos los placeres del hombre más importante de la nación. No puedes ni imaginar mis habilidades –replicó Yanna sin poder evitar el tono irritado.

Él terminó el vaso de leche y se levantó.

—Es una lástima que se desperdicien.

—No veo el porqué. Si conseguimos la libertad, otro podrá disfrutar de ellas. ¿No te parece? –dijo ella retirando los platos.

Asad se sacó del bolsillo una bolsita. La tiró sobre la mesa y dijo:

—Como te comenté ayer puedes redecorar la sala y tú cuarto. ¡Ah! Y evidencié que apenas tienes ropa. Ve al sastre y elige lo que te apetezca. No te preocupes por lo que cueste.

—Deberías pensártelo mejor. Puede que mis gustos sean demasiado exclusivos.

—Podré pagarlos.

El tono empleado por Asad la encrespó. No solo era orgulloso e insensible, si no también, prepotente. Estaba convencido que el mundo y quiénes lo habitaban giraban en torno a él; que siempre conseguiría lo que se propusiera. Pero ella le enseñaría que las cosas no eran como pensaba.

—Claro. Olvidaba que tú familia es muy poderosa. Imagino que debo hacer honor a ella. Lamento defraudarte. Soy mujer de gustos simples. No necesito más ropa ni joyas.

—Francamente, me daría igual como vistieses. Sin embargo, ahora perteneces a los Tadmod y deberás hacerlo como te corresponde. Así que, buscarás el mejor costurero y joyero. No quiero que nos avergüences en público. ¿Comprendido?

—Sí, mi amo. ¿Alguna instrucción más? –rezongó Yanna mirándolo con hosquedad.

—¿A qué viene ese tono? Tú misma dijiste que deberíamos tomar esta situación con sentido práctico. Simplemente me limito a poner las pautas más razonables. Que nos odiemos no significa que nuestra vida tenga que ser en un caos. ¿No te parece?

—Estoy de acuerdo. De todos modos, considero que no estás siendo justo. Tú te adjudicas todas las ventajas y yo debo conformarme con… con casi nada. He perdido la libertad y encima no tengo voz ni voto con referencia a la casa y te recuerdo que ahora, también es mi hogar. Esto es lo más parecido

a un mausoleo. Es fría y carente de elegancia. No es agradable pasar las horas entre estas paredes.

—Me gusta así. Ya lo sabes –replicó él.

—¿Por qué eres tan obtuso? Te agrade o no, ahora ya no tienes la vida de antes. No eres soldado y deberás relacionarte con miembros notables de la ciudad. Además, un componente de los Tadmod, debe hacer honor a su categoría. ¿Cierto? Y debes comenzar por esta casa.

—No tengo la menor intención de convertirme en un hombre cuya única aspiración es acudir a fiestas. Así que, la casa se queda como está. La única concesión que te otorgo en este aspecto es que contrates a criados o compres esclavos. Soy estricto y austero, pero no idiota. Una Tadmod jamás es degradada al oficio de sirvienta.

—¡Menudo honor! –exclamó ella levantándose.

Él la miró con ojos encendidos. Yanna no comprendía nada o no quería hacerlo. Pero la haría entrar en razón.

—Lo es, mujer estúpida. Y deberías admitirlo de una maldita vez.

—¿Qué debo comprender? ¿Qué estoy prisionera de un marido insensible, déspota e insocial? No temas, supe desde el primer instante que te conocí como eras. Lo que nunca llegué a imaginar es que tendría que soportarte el resto de mis días y que mi vida sería un tormento. Te aborrezco tanto que, no tienes la menor idea de lo que sería capaz por deshacerme de ti –siseó Yanna.

Asad, imperturbable, dibujó una media sonrisa.

—¿Piensas realmente que soy imbécil? Cuando una mujer es capaz de intentar engañar al emir, sabes que estás tratando con una serpiente. Pero tú veneno no es mortal, querida. Una cosa es practicar la mentira y otra muy distinta el crimen.

—Pues, ten mesura. La desesperación conduce a conductas insospechadas –contestó ella cruzando la puerta.

—¡Yanna!

Su esposa no atendió a su llamada y continuó cruzando el patio. Asad soltó un bufido. Era evidente que aquella muchacha no atendía a razonamiento alguno. En realidad, pensó, no sabía de qué se sorprendía. Ya en el campamento y en circunstancias de inferioridad, demostró ser una fierecilla antipática y testaruda, además de inconsciente, pues no llegó a entender que hubiese podido hacer con ella lo que le viniera en gana. Claro que, se dijo, ahora se encontraba en la misma situación y sin la protección de la promesa que le hizo. Era su esposo, su dueño y señor, y ella tenía el deber de acatar cada una de sus órdenes o

de sus deseos. Y, lamentablemente, estos últimos, lo estaban enfermando. A pesar de la animosidad que Yanna le provocaba, era incapaz de reprimir ese fuego devastador que le recorría las venas cada vez que la tenía ante él. Tenía que hacer un enorme esfuerzo para no romper el juramento que se hizo y tomar a esa mujer para que apagara el ardor que lo atormentaba. Y sin duda, reprimiría sus ansias. Siempre fue un buen soldado, disciplinado, frío y calculador. Ningún enemigo lo apartó de su misión y Yanna no ganaría esta guerra.

Aunque, al verla pasar de nuevo y admirando su increíble belleza, rumió que sería una misión realmente difícil.

—Salgo a cumplir tu orden. No regresaré sin una criada –dijo Yanna lanzándole una mirada rabiosa.

—Si la traes joven y hermosa, es posible que me alegres esta terrible monotonía. Así que, elígela bien, querida esposa –dijo él con sorna.

Ella ladeó el rostro. Con aire indignado, levantó la barbilla y con ese gesto resuelto abrió la puerta.

La presencia del soldado la hizo brincar sobresaltada.

—¿Qué ocurre? –inquirió Asad, acercándose a su esposa. Al comprobar que era un guardia real, su humor aún empeoró más. ¿Qué demonios querría ahora Abderrahman?

—Capitán. Shamsa desea veros –le comunicó el soldado.

Asad apretó los labios y aseveró. No se trataba de una petición. Era una orden y ni tan siquiera él tenía el valor de desacatarla.

—Dile que iremos enseguida.

Cerró la puerta. Yanna lo observó con curiosidad al ver su rostro. Ni tan siquiera antes de la gran batalla lo vio tan preocupado.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es Shamsa?

—Nada. Ve a cambiarte. Vienes conmigo. ¡Ah! Y ponte el mejor vestido que tengas.

Ella soltó un sonoro gruñido y comenzó a caminar murmurando protestas. Asad no pudo evitar sonreír. Su esposa era la mayor parte del tiempo insufrible, pero había momentos que lo divertía realmente.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Por primera vez, no me lanzas a la cara tus improperios.

—¿Quieres que lo haga? Porque no tengo el menor problema de decir en voz alta todo lo que pienso de mi insufrible marido –replicó Yanna lanzando chispas por sus hermosos ojos.

—Lamentablemente, no tenemos tiempo. Cuando Shamsa ordena, se obedece. Yo, a pesar de no tener la menor gana de

acudir a su llamada, lo hago. Deberías tomar nota de ello y seguir mí ejemplo.

Ella, abruptamente, se detuvo.

—Tengo curiosidad por conocer a esa Shamsa y ver el motivo de que mi esposo se comporte con ella como un cobarde.

Asad se abstuvo de contestar. Posó la mano en la espalda de Yanna y le ordenó:

—Camina. No tenemos todo el día. ¡Vamos, mujer!

CAPITULO XIX

Yanna se paró abruptamente ante la puerta del Alcazar.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó con el estómago encogido. Aún recordaba perfectamente el rostro enfurecido del emir cuando descubrió que no era virgen. Por suerte la había perdonado. Pero, tal vez, ahora estuviese arrepentido y deseara castigarla.

—¿Te trae malos recuerdos, querida? Como no. Llegaste a pensar que esta sería tu casa. Realmente, has tenido muy mala suerte. Tienes que conformarte conmigo —se burló Asad comenzando a cruzar la puerta.

En esta ocasión, sus palabras, no le causaron ningún efecto. Solamente podía sentir temor.

Un mameluco los guió por el largo corredor hasta llegar a un patio muy parecido a un vergel. Palmeras y naranjos parecían crecer en total libertad, pero era solo un espejismo. El diseñador había calculado cada situación meticulosamente. Al igual que las decenas de rosales y flores silvestres que daban colorido al lugar. La fuente central simulaba una pequeña cascada, cuya melodía se mezclaba con el sonido lejano de una música casi celestial.

—Os recibirá ahora —les dijo el soldado.

Una anciana de aspecto regio, suntuosamente vestida, sentada bajo un entramado cubierto por una enorme parra, les

indicó con la mano que se acercaran.

—¿Cómo estás? —dijo Asad besándola en la mejilla.

—Eres un desconsiderado. He tenido que ser yo quien te haga venir para que me presentes a tu esposa, que por cierto, es tan hermosa como me describieron. Yanna. ¿Verdad? Conociendo a Asad, imagino que no te ha hablado de mi. Soy Shamsa, abuela de tu marido y también del emir. Tal vez, te estés preguntando, el motivo por el cuál no asistí a la boda. El médico me aconsejó no ir. Como ves, mi pie no está en condiciones.

—¿Otra vez, abuela? Deberías atender más los consejos que te dan. Comes demasiado.

—Lo mismo digo, muchacho. Me refiero a los consejos, por supuesto. Siempre fuiste muy parco con la alimentación. Por favor, sentaos —replicó ella dando orden a la esclava para que les sirviera un refrigerio.

Yanna, con la garganta seca por los nervios pasados, ya más aliviada de sus temores, dio un sorbo de horchata. La anciana sonrió al ver la su expresión de sorpresa.

—¿Deliciosa, cierto? Está enfriada con nieve. Es uno de los privilegios que tenemos los nobles. Ya te acostumbrarás a estas comodidades. Lo mismo te digo a ti, Asad. Ya no eres un soldado. Ahora debes comportarte con la dignidad que te corresponde.

—El oficio de soldado es muy digno, abuela —dijo él con tono molesto.

—Lo sé, querido. Me refiero a que no puedes vivir como hasta ahora. Tienes esposa y un cargo que requiere muchas relaciones. No me mires así. Este palacio no oculta ningún secreto para mí. De muy joven tuve que aplicarme en el arte del espionaje para sobrevivir, pues la competencia era muy dura. Y creo que lo hice bien desde el primer instante. Tu abuelo siempre me mantuvo como su favorita. Yanna, no debería decir esto, pero has sido muy afortunada al no terminar aquí. Una mujer solamente puede resistirlo si ama a su carcelero. Bien. Pero no hablemos de mí. Asad, tú casa continua igual que antes. ¿Cierto?

Él aseveró con hosquedad al imaginar cuál iba a ser su próxima proposición.

—Debes adecuarla a tu nuevo status. No puedes recibir a gente notable en el estado en que se encuentra. Viendo a tu esposa sé que será capaz de decorarla con gusto, además de ser una buena anfitriona. Si no estoy mal informada, ha sido educada para complacer al hombre más importante de la nación. ¿Es así?

—Sí, señora —musitó Yanna con las mejillas arreboladas.

—No necesito sus artes. El trabajo se me ha encomendado

a mí. Ella solamente está para complacerme y servirme —rezongó Asad.

Shamsa sacudió la cabeza contrariada. Su nieto era un hombre inteligente, responsable y poseía un gran sentido de la honorabilidad. Sin embargo, en algunas ocasiones, se comportaba como un zoquete. Y esa era una de ellas. Se había visto obligado a una situación que nunca deseó y reaccionaba del mismo modo que un chiquillo malcriado. No obstante, sabía que en cuanto recapacitara, su reacción cambiaría por completo y se entregaría a su nueva misión. Aunque, con referencia a Yanna, intuía que sería muy distinto. La joven era hermosa, prudente y sus ojos denotaban que no era bobalicona, todo lo contrario. Razones muy apreciadas en una mujer, pero inútiles para obligar a un corazón a caer en las redes del amor. La razón podía analizarse; en cambio, los sentimientos se desenvolvían en un mundo misterioso e inalcanzable y solo ellos decidían hacia que camino deslizarse. Pero, en esta ocasión, haría todo lo posible por indicarles el camino. No conocía a Yanna, aunque intuía que era la mujer perfecta para ablandar el corazón endurecido de su nieto. Y estaba convencida que, cuando emergiera de nuevo a la luz ese muchacho encantador y sensible que fue hasta su adolescencia, ella también llegaría a amarlo.

—Asad, no digas estupideces. Anda. Ve. Tú primo desea verte. Si no te importa, puedes ir ahora. Yanna y yo tenemos muchas cosas de que hablar. No temas. Charlaré muy bien de ti. Al fin y al cabo, soy tu abuela.

Él se terminó la horchata de un solo sorbo y se levantó.

—Puedes decir la verdad. A Yanna no la engatusarás. Es demasiado lista —dijo con tono irónico. Dio media vuelta y las dejó a solas.

La anciana esbozo una sonrisa de disculpa para Yanna.

—Aunque parezca un bloque de hielo, es pura apariencia. Mi nieto conoce sus límites y sabe que a partir de ahora deberá cambiar de actitud. Abderrahman siempre ha sentido un cariño especial por él. Por esa causa, al no poder tomarte como concubina, pensó que eras la mujer ideal para ayudarlo en su nueva etapa. Sé que lo conseguirás. Que tu dulzura y belleza hará que su corazón vuelva a latir de pasión

—Temo que los dos erráis en vuestra apreciación. Desde el instante que nos conocimos, se hizo evidente que somos completamente distintos. Dudo que algún día lleguemos a comprendernos y sobre todo, a albergar amor, pues más bien no nos soportamos. Además, no poder ejercer en el ejército nunca podrá superarlo —dijo Yanna sin evitar que sus ojos de miel

miraran a las mujeres que, con curiosidad, se asomaban a las ventanas del harén.

—Quieren comprobar que lo que han dicho de ti es cierto. Más de una se sentirá aliviada de no tenerte a su lado. Hubieras sido una dura competencia. Sobre todo para Tarub. Es intrigante y avariciosa. Desea para Abdalá, su hijo, el trono del emirato. Por supuesto, Abderrahman es sabio y jamás accederá a sus pretensiones. De todos modos, ella no cejará. Sé que tiene algunos aliados fuera de los muros y tenemos que descubrir quienes son. Ahí es donde entra Asad. Debe ser los oídos de su primo. Y tú estarás a su lado para procurar que los nobles se confíen. Yanna. Es importante que las cosas entre Asad y tú funcionen. Sí. Sé que es una misión ardua. No obstante, te veo con el suficiente valor y fidelidad a nuestro pueblo para no decaer. A pesar de lo ocurrido, te presentaste ante el emir, tal como acordaron tus padres, que en el paraíso estén. Otra en tú lugar habría escapado de este destino, que no nos engañemos, a ninguna apetece. Fuiste muy valiente.

Yanna pensó en lo equivocada que estaba. Fue su cobardía la que la empujó a no conseguir la libertad.

—Querida, enséñale a mi nieto que guerrear no tiene porque ser el único camino para servir a su señor. Demuéstrale que este matrimonio no tiene que ser una carga para él; todo lo contrario. Podéis alcanzar la dicha si los dos ponéis de vuestra parte. No pongas esa cara. Conozco a mi nieto y he visto como te mira. Sin duda, esta noche has conseguido complacerlo más de lo esperado. Es un principio. ¿No te parece?

Yanna carraspeó, pero se abstuvo de aclarar lo ocurrido.

Shamsa entrecerró la frente al comprender.

—¿No ha cumplido su deber marital? ¡Por Alá! ¿Acaso está loco ese muchacho? ¿Acaso te ha rechazado por no ser virgen? No. Dudo que esa sea la causa. Asad, en ocasiones, ha escandalizado a más de uno por su talante liberal y no repararía en esa nimiedad. ¿Te has negado tú? No te estoy recriminando nada, querida. Entiendo que tras lo que te pasó pienses que el sexo sea algo repulsivo y doloroso. Necesitas tiempo para adaptarte. Ha sido todo un detalle por parte de tu esposo aguardar.

—Jamás tuve intención de evitar mis deberes de esposa. Fue él quien me rechazó. Nunca he sido de su agrado. Este matrimonio no lo eligió él, ni tampoco yo.

—¡Típico de él! Considerará que al ser una obligación, debe negarse a acatarla. ¡Pues bien! No consentiremos que se salga con la suya. Ya no es un crío. Toma las medidas oportunas. Sean las

que sean. No importa el método. Pero conviértelo en tu verdadero esposo. Tienes todas las armas para conseguirlo.

—No se si…

—Las mujeres de nuestra familia jamás se han rendido ante nada. Y tú, querida nieta, no serás la primera. ¿Entendido?

—Sí, señora.

—Deja los formalismos. Dime abuela. Y ahora, vayamos a lo práctico. Mi hija, ahora tu suegra, te acompañará en esta misión. Ella te indicará donde encontrar a buenos sirvientes y donde adquirir las cosas necesarias para hacer de la casa de Asad un verdadero hogar. También quiero que visites a mi costurera. Te aconsejará como vestir en cada ocasión especial. ¡Ah! Y no podemos olvidarnos de las joyas. Son esenciales para dar a conocer nuestro poder.

—Creo que Asad no estará dispuesto a tanto gasto, Sha… Abuela.

Shamsa hizo revolotear la mano con gesto despectivo.

—Déjalo de mi cuenta. No repares en nada. Tenemos que conseguir nuestros objetivos. Ahora, toma otro vaso de horchata. Y alegra la cara, querida. Todo saldrá bien.

Yanna no confiaba en absoluto. Esa mujer creía conocer a su nieto. Pero estaba muy equivocada. Asad tenía una fortaleza de hierro adquirida en el campo de batalla, al luchar contra los enemigos. Y a ella la consideraba el peor de ellos. Jamás cedería a las pretensiones que todos le estaban imponiendo.

CAPITULO XX

Durante los días siguientes Yanna se vio envuelta en un sinfín de quehaceres, ante la mirada hosca de su esposo. Era evidente que no podía evitarlo, pues estaba segura de que si pudiese, no permitiría que todo su mundo se desbaratara. Incluso calló ante la adquisición de varios instrumentos musicales; objetos que consideraba del todo inútiles para alguien como ellos.

En esas circunstancias, el plan paralelo que Shamsa había ideado, era del todo imposible. Asad apenas le dirigía la palabra y tampoco mostraba intención alguna de acercarse a ella. Simplemente se limitaba a mirarla con ira, como si con sus ojos de carbón pudiera fulminarla de un plumazo para así regresar a la paz de la que según él, siempre había gozado.

Tal hecho era un alivio para Yanna. A pesar de todo, estaba convencida que nunca llegarían a formar un matrimonio estable y unido. Siempre se despreciaron mutuamente y nada cambiaría eso. La actitud de su marido era totalmente incompatible para que el corazón de una mujer llegara a tomarle afecto. Así que, en cuanto zanjaran la misión, pedirían el divorcio y se verían libres de esa carga que cada día se hacía más inaguantable.

Tras casi un mes de reformas, la casa, antes fría y poco acogedora, se convirtió en un edifico lleno de encanto, elegancia y calidez. Pero en Asad surgió el efecto contrario. Aún estaba más irascible y distante.

—Mañana, te recuerdo, que tendremos a nuestros primeros invitados –le dijo Yanna colocando unas rosas en el jarrón de porcelana.

—Es imposible de olvidar –gruñó él cerrando las contraventanas. Ese mes de noviembre estaba resultando muy frío.

—Espero que durante la cena tu carácter sea más… amigable. Como sabes, no lo hacemos por placer.

—Sé mis obligaciones, mujer. Así que, no vuelvas a dudar de mis aptitudes. Te sorprenderás de lo buen anfitrión que puedo llegar a ser. Veremos que tal lo hace tú –replicó él clavándole sus ojos de carbón.

—También quedarás pasmado.

—¿De tu buen hacer o por ser un desastre?

Ella aderezó el mantel y sin mirarlo, dijo:

—Es absurdo perdernos en una discusión que no tendrá fin alguno. Es tarde. Buenas noches.

Asad se limitó a soltar un sonoro bufido. Aquel ambiente le estaba resultando más fastidioso de lo esperado. Siempre pensó que podía dominar cualquier circunstancia e incluso, llevarla a

su terreno. Pero esa mujer era terca como una mula y desleal. Se había aliado con todos aquellos que querían destrozarle la vida. Sin embargo, ahora estaba perdiendo las batallas, pero ellos no ganarían la guerra. Nunca caería en las redes de esa mujer infame que lo atormentaba con su presencia. Jamás se permitiría descubrir si su eterna pesadilla, en la realidad, tendría el mismo sabor que en su delirio. En la vida besaría esos labios, como tampoco se mecería entre sus muslos. Lo único que debía hacer era deshacerse de ella cuanto antes.

Pero ahora, debía resistir y acelerar el trabajo encomendado por el emir. Si tenía que soportar una fiesta tras otra o la charla sin sustancia de unos viejos nobles, lo haría gustoso con tal de verse libre de nuevo. La paciencia era un árbol de raíz amarga pero de frutos muy dulces.

De este modo, la noche de la cena, se presentó vestido con las mejores galas.

Yanna, perpleja, comprobó que la aljuba de color verde con la que vestía su marido aún lo hacía más atractivo y pensó que, si fuera una extraña caería rendida a sus pies. Pero ella lo conocía muy bien y debía resistir la imparable atracción que comenzaba a arrastrarla día tras día, pues sabía que jamás podría darle lo que exigía de un esposo.

Apartando los pensamientos, se dispuso a recibir a sus nobles invitados como merecían. Primero de todo ofreció la jofaina al Visir y a su esposa. Después, al cadi, que acudió solo, pues su esposa estaba indispuesta, por lo cual se excusó. Y por último, atendió al juez superior, viudo desde hacia dos años acompañado por su encantadora hija Narin.

Cuando se acomodaron en la mesa, nombró uno de los noventa y nueve nombres de Alá; y tal como dictaba la buena conducta, se sentaron todos al unísono.

Seguidamente, con la nueva moda que el músico Ziryab trajo de la corte de Damasco, la mesa estaba dispuesta con mantel, platos individuales y las copas de cristal fino. Los criados sirvieron los platos debidamente ordenados. Primero ensalada tahina acompañada de berenjenas en vinagre. De segundo, beram de perdiz, kobeba de pescado y de postre, sarab de fruta con especies y aromatizantes, todo ello regado con un buen vino.

Durante el banquete, la conversación fue distendida, sin apenas tocar temas escabrosos. Ninguno de los presentes quería enturbiar tan deliciosa velada.

Asad, a pesar de su apariencia relajada, la impaciencia bullía dentro de él. Deseaba que alguien dijese algo que lo alertara sobre el problema que el emir tenía. Pero nadie tocó el

tema político. Así que, sin quererlo, dejó que su decepción viajara hacia su esposa. Yanna estaba increíblemente hermosa aquella noche enfundada en una túnica de color crema con bordados de oro. Su cabello castaño, adornado con unas flores confeccionadas con perlas, caía lánguidamente sobre la espalda. Sus gestos, delicados, le daban un aire aristocrático y su voz dulce, un encanto difícil de superar. De igual modo opinaban los demás comensales, que sin ningún tipo de discreción la observaban embelesados, mientras ella comentaba sobre cualquier materia, demostrando su alto nivel cultural.

Intentando amarrar la ira, al ver que todos habían dejado de comer, los invitó a pasar al salón; donde Yanna tenía preparado un recital.

Nerviosa, pero decidida a que las enseñanzas recibidas durante años dieran el fruto esperado, inició los acordes de laúd, esperando que sonaran afinados. Sus dedos rasguearon las cuerdas al tiempo que entonaba una canción de tono melancólico.

Asad, atónito, tuvo que reconocer que era una interprete magnífica y su voz… ¡Dios! Jamás había escuchado algo tan nítido, tan melodioso. Era como si un ángel te transportara a un edén del cuál no quisieras salir nunca. Pero él debía hacerlo. Debía recordar lo que representaba esa mujer hechicera. Con dedos trémulos, intentando que el ardor que encendió sus venas se apagara, se sirvió una copa de vino y la apuró con ansia. No le sirvió de nada. Así que, tomó otra y otra.

Al final de la velada, a pesar de beber más de lo prudente, no estaba borracho. Siempre controló que la bebida no nublara su mente. Cordialmente, sin mostrar un ápice de flojedad, despidió a los invitados del modo educado que le correspondía, agradeciéndoles que se hubiesen dignado a compartir su casa y la mesa.

—¿Satisfecho? ¿U opinas que no he estado a la altura? –le preguntó Yanna, cono tono mordaz.

—Nada puedo decir del banquete. No obstante, considero que una mujer decente no se habría exhibido con tal descaro. Pero claro. En ti no hay decencia alguna –respondió él sirviéndose otra copa de vino.

—He sido correcta. Y lo sabes. Sin embargo, tú no has dejado de beber. ¿Qué habrán pensado? ¿Qué eres un borracho? ¿O qué estás disconforme con la decisión de tu primo?

Asad soltó una risa profunda.

—Querida, ningún hombre imaginaría tal cosa. Sobre todo esta noche, que has desplegado todos tus encantos. Pero, como te

dije, yo no soy cualquiera. Nada me atrae de ti. ¿Cuándo te entrará en esa cabecita?

—Me siento afortunada por ello. No me veré en la obligación de cumplir con mis deberes de esposa, lo cuál, te aseguro, sería suplicio. Antes me acostaría con el diablo.

—Ya estuviste con uno. ¿No? –se burló su marido dando un sorbo a la copa.

—Eres…. ¡Eres un animal sin entrañas! –exclamó ella lanzándole una mirada iracunda.

—No es ninguna novedad. ¿Cierto?

Yanna le dio la espada y subió a su cuarto. Inexplicablemente, las palabras hirientes de Asad la hicieron estallar en un llanto amargo. Había esperado que estar a su lado sería molesto, pero ahora comprobaba que era un infierno. Y como antes, se dio cuenta que no tenía el valor para abandonarlo, para crear su propia vida. Aunque, se dijo justificándose, ya no dependía de ella. El emir había pedido su colaboración y como buena súbdita, aguantaría hasta el final. Secándose las lágrimas con brusquedad, se quitó la ropa y se puso la camisa, pero le fue imposible dormir. Crispada, decidió bajar al patio.

La casa estaba en silencio. Todos dormían. Bajó la escalera y entró en el jardín. Hacía bastante fresco, pero no le importó. Todo era mejor que sentir esa furia, esas ansias de deshacerse de su molesto marido.

Miró hacia el cielo. Las estrellas estaban ocultas por grandes nubarrones, lo mismo que su corazón. Nadie podría imaginar la desolación que la traspasaba. De la dicha más completa, pasó de un plumazo al dolor. Y lo peor de todo era que, no había marcha atrás. Ya no quedaba nadie que la amara sinceramente y que abriera los brazos para arroparla como cuando era una niña.

La lluvia repentina la obligó a guarecerse bajo el pórtico, brincando sobresaltada cuando el rayo iluminó la figura de Asad. Su rostro empapado mostraba una expresión difícil de concretar. Parecía furioso y al mismo tiempo, como si una tortura interior lo estuviera matando. No quiso descubrir cuál de las dos era. Dio media vuelta, pero la mano férrea de su marido la detuvo. Casi con brutalidad, la arrimó a la pared.

—¿Me temes? –dijo con voz ronca, pegando su cuerpo empapado sobre el de ella.

Ella negó con la cabeza, pero sus ojos mostraban pavor. Jamás había visto esa expresión en el rostro atractivo de su esposo. Era puro deseo y ese anhelo la llevaba a desear lo mismo.

Y no debía entregarse a él. Aún no. No hasta que Asad comprendiese que sus vidas estaban destinadas a permanecer juntas y que la convivencia tenía que ser pacífica, lo más parecido a un matrimonio de verdad.

—Deberías, porque eres una bruja sin entrañas. Me estás obligando a comportarme como un necio, como a un pelele. Y mereces un castigo. Aunque, hoy deseo otra cosa. Quiero lo que me negaste esa noche. Quiero que cumplas con tu deber de esposa. Quiero hacerte mía de verdad –rezongó Asad sobre su boca.

—Por favor –gimoteó ella retorciéndose.

Él no la escuchó y buscó sus labios con frenesí, invadiendo esa boca sensual, saboreando de nuevo ese sabor dulce que lo emborrachaba. Ebrio de deseo, sus manos recorrieron el contorno del cuerpo trémulo, sin permitir en ningún momento que ella se separara. Sus formas eran generosas y perfectas, hechas para el placer de un hombre y esa mujer le pertenecía. Tenía derecho a tomarla, a gozar de ella.

—Tú fuego me quema. Apágalo, mi bella flor. Dame lo que necesito –jadeó buscando el centro de su intimidad.

Yanna pensó que debía protestar, pero no lo hizo. Una fuerza imparable la instaba a dejar que él le mostrara el placer que no pudo consumar. Con un gemido lastimoso levantó las caderas hacia esa mano, provocando que él exhalara un suspiro. Esa mujer lo estaba volviendo loco. Sentía como el ardor crecía y crecía entre sus ingles; como la cordura era fulminada por la demencia, exigiéndole que tomara aquello que era suyo. Pero no. No podía. Se había hecho un juramento y no podía quebrantarlo. Abruptamente, se separó de ella. Sus ojos negros, antes tomados por la lujuria, la miraron con odio.

—¿Qué...? ¿Qué clase de mujer eres, di? Fuiste violentada y aceptas las caricias de un hombre con... una lujuria desvergonzada –jadeó respirando agitado.

—Asad... No... es así. He de decirte que...

—No intentes justificarte. Ninguna excusa servirá. Ya descubrí en su momento que eres una mentirosa –le espetó él alejándose.

Yanna rompió a llorar. ¿Qué podía decir? Nada. Era una mujerzuela. Sin sentir el menor amor por su esposo, había estado dispuesta a disfrutar de sus caricias, de todo el placer que pudiera reportarle. Y su insulto era del todo cierto. Desde que le conoció no dejó de mentirle y ahora, aunque quisiera contarle la verdad, sería demasiado tarde. Jamás confiaría en ella. Y esa desconfianza era el mayor de los impedimentos para lograr que

ese matrimonio funcionara.

CAPITULO XXI

Apenas durmió. Era incapaz de entender como demonios había podido perder la frialdad. Y solo encontraba una posible explicación, y ésta era que llevaba demasiado tiempo sin mecerse entre los muslos de una buena hembra.

Determinado a remediar el mal, tras el desayuno, que tomó

solo, pues Yanna optó por quedarse en su habitación; salió de casa tomando el camino que llevaba al dur al—jaray.

La zona situada en la parte más vieja y oscura de la ciudad apenas estaba transitada. Eran muy pocos los hombres que acudían tan temprano para solicitar los servicios de una jarayayra. La mayoría, casados, dedicaban ese tiempo a sus esposas. Pero él era lo último que deseaba hacer. Su prioridad era Baria. Y como su nombre indicaba era salvaje y capaz de apagar el fuego más ardiente. Él lo sabía muy bien.

Golpeó la puerta con los nudillos. Transcurrido un minuto sin obtener respuesta, insistió, hasta que una mujer de hermoso rostro que irradiaba voluptuosidad, aún somnolienta, lo miró sorprendida,

—Asad. Dichosos los ojos. Hacia mucho tiempo que no te dejabas caer por aquí. ¿Quieres pasar?

Él, con semblante hosco, la apartó sin contemplaciones y entró.

—Tan impetuoso como siempre –dijo ella. Cerró y siguió a Asad hasta la habitación. Con una media sonrisa llenó un vaso de vino y se lo ofreció. Seguidamente, se sentó ante él y dijo: Tenía entendido que te casaste hace muy poco.

—¿Y? –gruñó él dando un sorbo largo.

—Sé que el matrimonio no es ningún impedimento para acudir a mi lecho. La mayoría de mis clientes son casados. No obstante, me extraña que un hombre como tú lo haga tan pronto.

—Soy como otro cualquiera.

Ella sacudió la cabeza en señal de disconformidad.

—He regalado mi miel a cientos de hombres y sé cuando uno es especial. Tú jamás haces nada que vaya en contra de tus principios y sobre todo, algo que te desagrade. Por ello, puedo afirmar, sin equivocarme, que este matrimonio no ha sido voluntario.

Asad soltó una media risa profunda.

—Tan sagaz, como siempre. Por algo eres la más solicitada.

—¿No por mi belleza?

Sí. Baria era muy hermosa. Poseía un cuerpo perfecto y voluptuoso, que ponía al servicio del cliente desplegando un arte ancestral que enloquecía los sentidos. Ninguna otra mujer logró darle tanto placer.

—Sobre todo por ella –respondió quitándose la chilaba. Se sentó sobre el catre y palmeando el colchón la invitó a unirse a él. Baria, lentamente, como movimientos felinos, se levantó y caminó hacia él.

—Imagino que deseas algo muy especial que te haga olvidar las obligaciones, que te transporte a un mundo lleno de felicidad y placer, que tal vez no te ofrecen en casa. ¿Es así? –susurró deshaciéndose de la bata. Su cuerpo desnudo, de formas muy turgentes y redondeadas, se acomodó junto al de Asad. Con delicadeza le acarició el pecho, recorriendo una cicatriz, señal de su dura vida pasada. Después, bajó el rostro y la lamió.

Asad, contrariamente a lo esperado, no sintió absolutamente nada. Ninguna de las provocaciones de la prostituta, teniendo en cuenta que eran realmente osadas, conseguía excitarlo. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo? Hacía meses que no estaba con una mujer y debería saltar sobre ella como un lobo hambriento. ¿Y qué hacía? Reaccionar como un témpano.

—¿Qué pasa, cielo? —se lamentó ella.

—Nada –rezongó él buscando su boca. La besó con voracidad. Su reacción fue la misma. Esos labios lo dejaban indiferente y solamente podía pensar en otra boca que lo estaba volviendo loco. Enojado, se apartó con brusquedad y dijo: Lo siento. Acabo de recordar que tengo algo importante que hacer.

Baria se sintió desconcertada. Era la primera vez que un cliente no reaccionaba a sus habilidades y se preguntó si estaba encaminándose hacia la decadencia. Ya no era joven. Dentro de muy pocos meses cumpliría treinta años y muchas jovencitas llegaban dispuestas a destronarla.

—El problema lo tengo yo –le dijo Asad al comprender su preocupación.

—Siempre esperé que llegara este momento. Los hombres suelen cansarse de frecuentar a la misma mujer –dijo ella en apenas un susurro.

Asad le acarició el cabello y dibujó una media sonrisa cargada de desánimo.

—Sigues siendo la mejor. Esto es culpa mía. Tengo demasiados problemas. Lamentablemente, nadie puede remediarlos. Y temo que ni yo mismo.

Baria, retomando su actitud profesional, se levantó y le sirvió otro vaso de vino, ofreciéndoselo con una sonrisa cordial.

—He oído decir que no podrás volver al ejército. ¿Quieres conocer mi opinión? Eres un hombre voluntarioso y jamás te das por vencido. Volverás. Y en cuanto a tu esposa, tengo entendido que es realmente hermosa. Olvida que te ha sido impuesta y acéptala. ¿Qué hay de malo en ello? Tarde o temprano, un hombre debe formar una familia y la mayoría no se casan por cuestiones sentimentales, y mucho menos los de tú clase. Deja de

ser tan tozudo y acepta que no hay remedio. Solo así encontrarás la paz.

Él soltó un suspiro y se puso la túnica.

—Lo dicho. Eres la mejor; realmente lista. Nada se te escapa.

—Este oficio no es nada seguro. Es necesario para sobrevivir en esta parte de la ciudad. Procuro guardarme las espaldas. Los hombres sois poco cautos cuando una mujer os excita. Hay secretos que se pagan muy caros si no se quiere que se expandan como una tormenta de arena.

Asad entrecerró la frente con aire meditabundo. Necesitaba información y ella podía proporcionársela.

—Baria. Quiero que me hagas un favor. Si escuchas a alguien que hable en contra del emir o cualquier acto sospechoso, que me lo comuniques. ¿Lo harás? –dijo lanzándole una bolsa de monedas.

Ella la tomó y mirándolo fijamente a los ojos, dijo:

—Nunca traicionaría a mis clientes. A pesar de ello, no puedo negarme. El emir es más importante que mi ética. Estaré al tanto y si escucho algo que sea importante, te lo haré saber de inmediato.

—Gracias. Hasta pronto.

Asad salió a la calle y decidió ir a los baños. Tenía que relajarse antes de llegar a casa.

Se sumergió en el agua caliente y cerró los ojos. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué, de repente, su hombría solamente reaccionaba ante la presencia de Yanna? Por supuesto, no se trataba de amor. Jamás podría sentir nada parecido por una mujer y menos por ella. Se trataba de deseo reprimido. Y su reacción era infantil. Pero era un hombre, un guerrero y no permitiría que esa mujer interfiriera más en sus acciones. En cuanto el enojo que lo carcomía pasara, deshogaría sus instintos con cualquier otra.

Más calmado, una hora después, entraba en casa. Una de las sirvientas estaba arreglando las flores, mientras otra trajinaba en la cocina. De Yanna, ni rastro. Mejor así, pensó. Cuanto menos la viera, más tranquilo viviría.

—La señora está en la habitación y ha pedido que no sea molestada —le dijo la sirvienta.

—Bien. Trae un vaso de leche de almendras —le pidió encaminándose hacia los rosales. El sonido de la campanilla lo hizo desistir. Volvió tras sus pasos y abrió la puerta.

—Suhaila —exclamó sorprendido.

La muchacha espigada y de rostro atractivo, le besó efusivamente en la mejilla y apartándolo sin contemplaciones,

entró.

—He llegado hace apenas dos horas y no he podido aguardar a ver con mis propios ojos si lo que me han asegurado es cierto. ¿Dónde está ella?

Asad, tomando aire, cerró la puerta y camino tras su hermana.

—Y bien. ¿No me la presentas? –dijo ella sentándose.

—Está reposando. Ha pedido que no sea molestada.

Ella le sonrió con picardía.

—Deberías moderarte, hermano. No me mires así. Ya no soy una niña.

Era cierto. Desde que partió con sus hombres hacía un año no la había visto y ante sus ojos, ya no estaba aquella cría que lo engatusaba con sus artes. Suhaila era ahora una muchacha hermosa, con cuerpo bien formado; tanto que, cualquier hombre estaría dispuesto a hacer una locura por ella.

—De todos modos, no es apropiado que te expreses con tanto descaro. Podrás hacerlo cuando seas una mujer casada —le reprendió Asad, sentándose junto a ella.

—¡El matrimonio ni mentarlo! —exclamó ella mirándolo con aprensión.

—Ya me contó padre que te negaste a comprometerte.

—¡Cómo no! Era un viejo. Y dime. ¿Cómo has caído tú en la trampa? Siempre juraste que nadie te cazaría. Claro que, me han dicho que Yanna es muy hermosa y joven. Y debe serlo para haberte robado el corazón.

Él, sin contestar, aceptó el vaso que le traía la sirvienta y con un gesto le indicó que trajera otro.

—No es posible —musitó ella al comprender.

—Me vi obligado. La herida que recibí en la batalla me ha dejado incapacitado para mi oficio de soldado y Abderrahman me buscó una nueva ubicación. Y cuando el emir ordena algo, nadie lo discute, querida Suhaila.

—Es nuestro primo. Algún privilegio tendremos. ¿No?

—Y también el gobernador de la nación. Hay deberes ineludibles. Así que, reza para que no se fije en ti y te veas en mi misa situación. Y bien. ¿Cómo ha ido el exilio? ¿Te ha hecho recapacitar? ¿O sigues igual de testaruda?

—No he cambiado de opinión. No me casaré con ese hombre, ni con otro.

—El deber de toda buena hija es obedecer. Sabes que es una buena alianza.

Ella entrecerró la frente efectuando un mohín de desagrado.

—¿Tú también estás en mi contra? Pensé que me amabas, querido hermano.

Asad la tomó de la cintura, la apretó contra su pecho y con inmensa ternura, besó su cabello negro como el hollín.

—Nunca pongas en duda mi cariño. Pero también quiero a nuestros padres y sé que tu boda los haría inmensamente dichosos.

Ella levantó el rostro. Sus ojos oscuros brillaban a causa del inminente llanto.

—Y a mí una desgraciada. ¡Oh, Asad! No puedes permitir que me obliguen. Por favor, querido hermano. Ayúdame. Convence a papá de que sería un error. Y si... —Se apartó abruptamente y se levantó — me obligáis, huiré.

—¿Adónde? No seas ilusa. Una mujer no puede sobrevivir sola.

—Tengo amigos. Ellos me ayudaran en cuanto llegue a Damasco.

Asad respingó. ¿Damasco? Sin duda esa muchacha se había vuelto loca.

—No me mires así. Llevas mucho tiempo deambulando y no sabes nada de nada. Llevo varios años asistiendo a clases de medicina. Mi meta es ser una buena doctora.

—No lo consentirán —le aseguró Asad.

—Sabes que somos iguales y mi testarudez me hará conseguirlo. Por las buenas o por las malas. Asad. Nadie puede comprenderme como tú. Has perdido lo que más amabas y te han obligado a convivir con una esposa a la que no quieres. Eres muy desdichado, lo noto en tus ojos. ¿Quieres que nunca sea feliz por no alcanzar mi sueño? Por favor, ayúdame.

Él le tomó las manos y la miró con tristeza.

—Sabes que, si estuviera en mi mano, lo haría; puesto que, deseo fervientemente que jamás sufras. Pero... No puedo desacreditar la autoridad de nuestro padre. No sería correcto. Espero que me comprendas, hermanita.

—Habla con él. Siempre confió en tu sensatez. Dile que no es ningún desprestigio que estudie medicina. Ya hay muchas mujeres que han alcanzado una fama inusitada por sus buenos resultados. Puedo ser muy buena. Y puedo demostrarlo si me dejas. Lograré que tu brazo recupere la movilidad total. Lo juro.

Su hermano negó con la cabeza. Nadie conseguiría curarlo.

—Te aseguro que lo haré. He visto nuevas técnicas que son milagrosas. Solo es cuestión de unos ejercicios. Vamos. No seas testarudo. Mira. Haremos un trato. Si lo logro, evitarás esa manía que tienen de casarme y convencer a todos que mi destino es ser

una buena doctora. ¿De acuerdo?

Asad apretó los dientes. No debía ceder. Su hermana jamás lo curaría. Sin embargo, él tenía el poder de evitar que su estimada Suhaila fuera desdichada el resto de sus días, como lo sería él si debía continuar con Yanna hasta la muerte.

—Está bien —aceptó.

Ella saltó de alegría y lo abrazó.

—¡Eres el hombre más maravilloso del mundo! ¡Te quiero tanto, hermanito!

—Hay quienes opinan que soy el mismo diablo —bromeó él.

Yanna era una de esas personas. Sin embargo, tras observar a los dos hermanos escondida tras la ventana, el demonio se había transformado en un ángel. En un hombre capaz de consolar y defender a alguien a quién estimaba. No obstante, con ella, aunque demostró que la deseaba con fiereza, continuaría siendo ese hombre frío y cruel, pues la aborrecía por haberle sido impuesta y por sus mentiras. Nunca conseguiría que sus sentimientos llegaran a albergar esa ternura que estaba demostrando. Pero. ¿Acaso le importaba?, se dijo.

CAPITULO XXII

Tras la partida de Suhaila, Yanna permaneció en la habitación, hasta que llegó a la conclusión que era una actitud del todo absurda. Tarde o temprano, debería enfrentarse a su esposo. Por ello, a la hora del almuerzo, se presentó en el comedor.

Asad estaba sentado dispuesto a servirse.

—¿Ya estás respuesta? — preguntó sin el menor síntoma de emoción. Pero no pudo evitar mirarla de reojo. A pesar de las ojeras, continuaba estando preciosa y esa belleza lo alteraba, le hacía reaccionar como a un adolescente, volviendo locas a todas sus hormonas.

—Sí.

Él carraspeó enojado consigo mismo, por su debilidad. Era un soldado. ¡Por el amor de Dios!

—Perfecto, pues tienes muchas cosas que hacer. He decidido que mañana prepares una cena para mí familia. Aún no han visto como ha quedado la casa y ya es hora.

—Pensaba que, la nueva decoración te horrorizaba. Veo que pronto cambias de parecer. No te imaginaba tan voluble — comentó ella con retintín, mientras se servía un cazo de puré de guisantes.

—Eres poco perspicaz, querida. Creo que anoche te lo demostré. ¿Verdad? —replicó Asad. Dio un sorbo a la copa mirándola fijamente con sus ojos de carbón. Ella no pudo evitar ruborizarse ante el recuerdo de lo ocurrido entre ellos y él, tras dejar la copa sobre la mesa, dibujó una sonrisa burlona y dijo: Tranquila. Por mucho que me tientes, no volverá a pasar.

Yanna lanzó chispas por sus ojos de miel.

—¿Tentarte? ¡No digas estupideces! No he hecho nada para seducirte. Siempre te he odiado. Lo único que deseo es perderte de vista para siempre. Rezo por ello constantemente.

—Es posible. De todos modos, ayer tu cuerpo me decía lo contrario. Estabas realmente incitada. Si no llego a detenerme, habrías aceptado gustosa mecerte entre mis piernas.

—¡Eso no ocurrirá jamás! —exclamó ella.

—Por supuesto que no. Mis ardores los desahogaré en otra parte.

Yanna no pudo evitar una punzada en el corazón. A pesar de ello, no quiso engrandecer aún más la vanidad de su marido y replicó:

—Es una buena noticia. De este modo evitaremos situaciones del todo desagradables y vergonzosas para los dos.

—Bien. Pues aclarada la situación, centrémonos en la cena. Quiero que el banquete sea exquisito, que no falte ni un detalle. Si te es posible, compra pescado fresco y especias de Oriente. A mi padre le enloquecen. Y aunque sea una cena entre familia, vístete con elegancia. No quiero que piensen que no se llevar mí casa ni controlar a mi esposa.

—Como ordene el amo —gruñó ella clavando el tenedor en

el trozo de cordero.

Él, con desgana, apartó el plato.

—Te guste o no, según la ley, lo soy. Y a partir de ahora, acatarás mis deseos dejando atrás esta actitud tan... tan desagradable. Mañana serás amable con mi familia. En ningún momento deben percibir que nuestra convivencia es desastrosa. No es necesario que ellos también se sientan mal. ¿Ha quedado claro?

—Creo que anoche ya demostré que soy una buena actriz. No me será difícil —replicó Yanna.

—¿Durante la fiesta o después? —inquirió él levantando una ceja.

—¿Quién está siendo ahora ingrato? Si no te importa, me retiraré a descansar. Esta tarde deberé organizar los preparativos e imagino que ir al zoco —dijo ella. Se levantó y dándole la espalda, con aire estirado, abandonó el comedor. Pero antes de cruzar la puerta, se volvió.

—Ya que es una fiesta familiar, invitaré a mi tía y a mi prima.

Dicho esto, sin darle opción a negarse, se marchó. Entró en su habitación y se tumbó sobre la cama.

A media tarde, en compañía de una de las sirvientas, se acercó al zoco para adquirir los productos para la cena. Aunque antes, pasó por la tienda de su tía. Ésta, al verla, junto las manos a modo de rezo y exclamó:

—¡Querida sobrina! Te haces muy cara de ver. Imagino que la vida de recién casada te da mucho trabajo. Yo aún recuerdo lo difícil que fue cuando me casé. ¡Ay, Señor! Tuve que aprender de todo. A cocinar, limpiar y... ¡Ya sabes! Aunque, practicar en eso, no me importó lo más mínimo.

—Lo imagino, tía —dijo Yanna besándola en la mejilla.

—Te veo preciosa. ¿Qué te trae por aquí? ¿Todo va bien, verdad?

—Vengo a invitaros. Mañana nos reunimos toda la familia en una cena especial.

Hamida inclinó un poco la cabeza y sonrió con aire suspicaz.

—¿Queréis daros alguna buena noticia?

—Solamente queremos enseñaros como ha quedado la casa. Nada más, tía.

—¡Vaya! Me hubiera gustado que... ¡En fin! Todo llegará. ¿Cierto? ¡Ay, Señor! ¿Has dicho mañana? No tendré tiempo para hacerme un vestido. Pensarán que somos unas miserables.

Yanna tomó un frasquito de perfume. Quitó el tapón y lo

olfateó. Era un aroma delicioso. Suave y fresco. Estaba convencida que nadie creaba perfumes tan deliciosos como su tía.

—No tienes porque menospreciarte. Sobre todo ahora que, estoy segura, conseguirás el puesto deseado. Además. Tu ropero es excelente. Por cierto. ¿Dónde está Faiza?

—Hoy no se sentía muy bien. Nada grave. Solo que, de vez en cuando tiene dolores de cabeza y necesita reposar en la oscuridad. Espero que mañana esté completamente recuperada. Sería un desastre que no pudiera asistir. El hermano de tu esposo quedó gratamente impresionado con ella. Y tengo esperanzas de qué aumente su interés —dijo Hamida liberando un sonoro suspiro, al tiempo que saludaba con la cabeza a una anciana que cruzó ante la tienda.

—Tía. Eres una excelente perfumista, pero como casamentera, un desastre. Nos salvamos por los pelos de la ira de Abderrahman —le recordó su sobrina.

Hamida la miró con aire ofendido.

—No soy una calamidad. Mira lo que conseguí llevándote ante el emir. Ahora eres una de las mujeres más importantes de Qurtuba e incluso de la nación. Quiero lo mismo para mi hija. Y te aseguro que lo conseguiré.

—Por supuesto. Bien. Tengo que preparar todo. Nos veremos mañana —se despidió Yanna.

Abandonó la perfumería y se dedicó a elegir los mejores productos para la cena. Cordero para hacer una maruziyya, del mismo modo que le enseñó su madre con miel, cilantro, almendras, peras y nueces tiernas, que sería acompañado por una sopa caliente y de postre, frutas y muyabanát, a pesar de que a ella no le gustaran esas tortas rellenas de queso fresco empapadas con miel y espolvoreadas con canela, para su tía y los niños. Y finalmente, adquirió pescado fresco, canela y jengibre; tal como le había ordenado su marido.

Una vez realizadas las compras, camino a casa, decidió entrar en la tienda de música para adquirir una partitura nueva. El repertorio ya era muy aburrido y deseaba alguna novedad.

El local era pequeño, pero en las estanterías había infinidad de instrumentos; incluso algunos que le eran totalmente desconocidos. El comerciante, que hora debía encontrarse en la trastienda, le explicaría la procedencia y como se usaban.

Aguardó durante un par de minutos sin que nadie apareciese y no tenía mucho tiempo para perder, ni tampoco

deseaba irse sin la partitura; por lo que, decidió dar a conocer su presencia y tiró de la campanilla.

—¿Hola?

No obtuvo respuesta.

Decidida, se acercó a la puerta que había al fondo. Estaba entreabierta. Dos hombres discutían acaloradamente. Por lo que, pensó que lo mejor era irse. Sin embargo, al escuchar el nombre de Abderrahman, un sexto sentido, le dijo que debía permanecer. No se equivocó. A pesar de oír partes fragmentadas de la conversación, era indudable que eran opositores del emir. Incluso uno de ellos habló de veneno.

Emocionada por tan gran descubrimiento, su osadía la llevó a acercarse más. Si viera sus rostros, la misión que Abderrahman les encomendó podría solucionarse más pronto de lo esperado. Atisbó con cuidado, pero la estancia estaba en penumbra. Por fortuna, pudo darse cuenta a tiempo de que la conspiración había terminado y que los dos hombres se encaminaban hacia ella.

A toda prisa, se encauzó hacia la puerta.

—¿Desea algo? —le preguntó el vendedor, mirándola con suspicacia.

Ella negó con la cabeza y salió a toda prisa.

Con el corazón latiéndole como un caballo desbocado, entró en casa dispuesta a contárselo a Asad.

—¿Dónde está mi esposo? —le preguntó a una de las criadas.

—Salió. Dijo que no lo esperaras a cenar, ama.

Yanna, por primera vez, sintió decepción ante su ausencia. Por supuesto, nada tenía que ver con los sentimientos; simplemente estaba impaciente por desentrañar la conspiración.

—¿Dijo adónde iba?

La sirvienta negó con la cabeza y continuó barriendo el patio. Yanna entró en el salón. Se sentó y miró a su alrededor con aire aburrido. Todo estaba perfecto. No había nada que hacer y eso la ponía nerviosa, pues siempre fue muy activa. Sin ganas de leer o bordar, optó por ir al Hamann. Aunque, iría a uno donde no acudiera ninguna conocida. No estaba de humor para soportar conversaciones sin el menor interés o interrogatorios sobre su nueva vida. Por lo que, se adentró por la medina dirección a los arrabales.

En cuanto pisó sus calles estrechas y oscuras, se dio cuenta que había cometido un gran error. Era mejor irse cuanto antes. Volvió tras sus pasos, pero se detuvo abruptamente al ver a Asad, preguntándose que estaba haciendo en esa parte de la ciudad.

La presencia de algunas mujeres apoyadas en las puertas, vestidas de un modo escandaloso, le hizo comprender la razón. Asad, tal como le dijo, estaba buscando el alivio en otra parte.

Contrariamente a lo lógico, en lugar de sentir indiferencia, una rabia espantosa le carcomió las entrañas. Furiosa, dio media vuelta y echó a correr. No pudo llegar muy lejos. Dos hombres, le impidieron el paso.

—Hola, preciosa. ¿Buscas compañía? Pues yo soy tu hombre —le dijo el más viejo de ellos, mostrándole una boca desdentada.

—¡Suéltame! —gritó ella, muy asustada.

—Nada de eso. No dejaremos que se escape una mujer tan bonita. ¿Verdad, amigo?

—Os equivocáis. No vivo aquí. No soy una de ellas —gimió horrorizada al comprender sus intenciones.

—¿Por qué mientes? Eres una puta y nos darás tus buenos servicios. ¡Vamos! —le exigió el más joven, tirando de ella, arrastrándola hacia el callejón.

—¡No! ¡Socorro! —aulló Yanna retorciéndose.

De repente, una mano poderosa, la arrancó de esas garras. Era Asad.

—Apártate —le ordenó. Su rostro estaba contraído y sus ojos lanzaban destellos de furia.

—La vimos antes. Es nuestra —le dijo el mellado.

Asad, como única respuesta, le arreó un puñetazo en la nariz, lo que provocó que el hombre aullara de dolor. El otro, se abalanzó sobre él y le golpeó en el estómago. Asad recibió el impacto, pero soportó el dolor y levantando la rodilla le propinó una patada en la entrepierna. El hombre cayó redondo, retorciéndose.

—¡Cuidado! —exclamó Yanna al ver como el viejo, con la nariz rota y ensangrentada, se arrojaba sobre su marido empuñando un trozo de madera.

Asad ladeó medio cuerpo, pero no pudo impedir que el arma improvisada cayera de pleno en su espalda. Ahogando un jadeo, agarró al hombre y lo empujó. Una vez tumbado, lo pateó sin contemplaciones, hasta que, le hizo perder el sentido.

Casi sin respiración, agarró el brazo de Yanna y tiró de ella.

—Ya has provocado demasiado alboroto. Larguémonos —siseó.

CAPITULO XXIII

El trayecto hacia casa lo hicieron en silencio y a toda prisa. Pero cuando cruzaron la puerta, Asad soltó un gran reniego, mientras cerraba con llave. Después, con ojos encendidos, le espetó:

—¡Maldita seas! ¿Qué demonios estabas haciendo en el dur al—jaray? Y sin velo que cubriera tú cabello. ¡Por Alá! ¿Acaso no tienes dos dedos de frente? Mujer, estúpida. Sino llego a estar, ahora estarías siendo violada. Aunque… Tal vez ya sabías que me encontraba allí y estabas espiándome.

Yanna había pensado contarle el descubrimiento que había hecho en la tienda de instrumentos musicales, pero la actitud de

su marido, tan poco comprensible y tirana, la hizo cambiar de opinión. No merecía que le pusieran las cosas tan fáciles. Ya se encargaría ella de descubrir a los culpables.

—¡No seas necio! Lo último que haría sería seguirte. Hagas lo que hagas, no es de mi interés. Solamente buscaba un Hamman donde no hubiera conocidas. Y lo cierto es que, no tenía la menor idea de que barrio era ese. No conozco aún toda la ciudad. Y el velo, se me olvidó ponérmelo. En Isbiliya apenas se usa –replicó con las mejillas arreboladas por la indignación.

—Pues aquí es un signo de distinción o de mujer casada. Todas aquellas que no lo usan, son consideradas esclavas o prostitutas. Espero que no lo olvides. Aunque, no lo harás. Me aseguraré, a partir de ahora, de que no salgas sola.

Yanna lo miró pasmada.

—¿Qué? ¡Ni lo sueñes! No soy tu esclava.

Asad, a grandes zancadas, cruzó el patio mientras decía:

—Eres mi esposa. Y no toleraré que vuelva a pasar un hecho tan desagradable. No hasta que tu cabecita loca aprenda que las cosas han cambiado y que Qurtuba es muy distinta a Isbiliya. Aquí viven doscientas mil personas. Muchas de ellas son delincuentes. Ya has visto que han estado a punto de hacerte y a mí por poco me matan. Por fortuna, solo me han magullado. Como he dicho, saldrás acompañada por Kadar. Te guste o no.

—¡Eres un déspota! –le echó ella en cara.

Su marido, que ya había pisado el primer escalón, ladeó el rostro y la miró con ojos severos.

—Es mi última palabra. Obedecerás. Ahora, di que me preparen la tina. He de quitarme esta mugre. ¡Y deprisa!

Yanna apretó los puños conteniendo las ganas de abofetearlo. Dio media vuelta y con tono irritado, ordenó a la servidumbre que cumplieran los deseos de su amo; mientras observaba como Asad contraía la mejilla cada vez que subía un escalón. La pelea lo había magullado. No debería importarle lo más mínimo, pero la salvo de una agresión espantosa y, aunque la soliviantara, debía devolverle el favor. Subió a su habitación y abrió la cajita de las medicinas. Extrajo un tarrito que contenía un ungüento y fue al cuarto de su esposo. Llamó suavemente y entró.

—¿Qué quieres? —le espetó Asad.

Ella, al ver su desnudez, carraspeó incómoda.

—He pensado que… que debería ponerte este bálsamo sobre los golpes. Tienes… un gran morado en la espalda —farfulló.

—He padecido dolores mucho más insoportables, como ya

sabes —rezongó él pasándose la esponja por el brazo.

—Creo que ha sido un error pensar que me necesitabas.

Él asintió. Pero antes de que ella cruzara la puerta, cambió de opinión. Lo cierto era que se sentía como roto y Yanna, como demostró en el campamento, podría aliviarlo.

—Espera. Por probar... Anda. Ven.

Se tumbó sobre la cama cubriéndose las nalgas con una toalla.

Yanna, con dedos temblorosos, abrió el frasquito, mientras sus ojos perversos se desplazaban una y otra vez hacia ese cuerpo atlético que le recordaba los efímeros momentos de placer que le ofreció. Pero. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo? Asad era el hombre más insoportable que conocía. Lo odiaba y esperaba ansiosa el momento de verse libre de su presencia y tiranía, y a pesar de ello, deseaba que sus manos, que su boca, que su piel la tocaran para encenderla de ardor.

—Estoy aguardando —la instó él.

Ella tragó saliva. Ya no podía dar marcha atrás. Así que, lo mejor era serenarse, pensar en otra cosa, en algo que estuviese muy lejos de esa habitación. Dejó verter unas gotas del aceite sobre la espalda de Asad y tras dejar el frasquito sobre la mesa, comenzó a expandir el ungüento por su piel, procurando que su calor no la afectara lo más mínimo. Era imposible. Su mente traidora la llevaba una y otra vez a las caricias que recibió bajo la lluvia.

Asad soltó un leve quejido. Su lamento fue el resorte que la obligó a sosegarse.

—Un hombre como tú debería aguantar más. Deja de protestar —lo reprendió.

—Si fueras más delicada... ¿Es esto lo que te enseñaron tus maestros o acaso es que fuiste muy mal alumna? Mi primo no hubiera quedado nada complacido. Hizo bien en rechazarte. Ya hora soy yo quién debe soportar tus constantes cambios de humor.

Yanna apretó los dientes rabiosa. Ese hombre era insufrible. Aprovechaba cualquier momento para desprestigiarla, pero le demostraría lo equivocado que estaba. Le haría tragar sus palabras hirientes. Sus movimientos dejaron de ser enérgicos para convertirse en suaves caricias. Sus dedos comenzaron a recorrer la espalda con deliberada lentitud, recreándose centímetro a centímetro.

Asad no pudo evitar soltar un suspiro. Las manos de Yanna eran suaves, muy suaves y sus movimientos precisos.

—¿Le gusta al amo? —le preguntó ella, en apenas un

susurro.

Él, con los ojos cerrados, aseveró sin levantar el rostro de la almohada.

Yanna sonrió con aire triunfal. La fiera se estaba amansando y quiso comprobar si podría hacer con ella lo que le placiera. Vertió nuevamente unas gotas y las deslizó con un dedo por la espina dorsal, deteniéndose justo antes de llegar a las nalgas, para desandar el camino recorrido; así una y otra vez.

Asad se removió inquieto. La cura estaba resultando demasiado sensual. Tenía que detenerla, no olvidar el juramento que se había hecho. Yanna no podía ser suya.

Pero ella no le dio opción a seguir pensando con claridad. Sus manos continuaron viajando por la piel, cada vez más caliente de su marido; hasta que lo dejó derrotado.

—¿Soy ahora una mala alumna? –le preguntó.

—No está nada mal. Pero quiero ver todas tus habilidades, para poder juzgar con equidad –contestó Asad. Disfrutar de ese momento erótico, dedujo, no incumplía su firmeza. Así que, dejó que ella jugara, que lo arrastrara hacia un paraíso lleno de promesas, sin ocultar en ningún momento el placer que sentía.

Yanna solamente quería hacerle tragar su orgullo, pero se asustó ante la reacción de su esposo y decidió que el juego había terminado. Retiró las manos, pero él, rápido como un felino, se las sujetó por las muñecas.

—Aún no has terminado —jadeó, volviéndose hacia ella. Sus ojos estaban turbios. Tenía la frente empapada de sudor y respiraba con dificultad.

—El... el afeite ya ha penetrado... bien —balbució Yanna intentando liberarse.

—No quiero que dejes ni un centímetro de mi cuerpo sin que sea friccionado. Continua.

La soltó y se desprendió de la toalla.

Yanna derramó más líquido y de nuevo le frotó la espalda.

—Más abajo –le ordenó Asad.

Yanna, vacilante, posó las manos en sus nalgas. Eran duras y perfectas. Las friccionó, para después, prestar toda su atención en las piernas firmes y musculosas.

Asad se aferró a la almohada. Su excitación estaba alcanzando límites insospechados. La demostración de quién era el más fuerte se estaba convirtiendo en un divertimiento muy comprometido. O paraba o no sería consciente de sus actos. Y no quería caer en la red que todos habían tejido. Pese a todo, soltando un gruñido, se tumbó de espaldas.

—También me golpearon en el pecho. Aplícalo —dijo con

la respiración entrecortada, observando el rostro arrebolado de su mujer, su belleza dolorosa; anhelando mecerse entre sus muslos. Pero no lo haría. Solamente rozaría la gloria con sus caricias.

Ella volvió a coger el frasco y derramó el resto. Estremecida, le frotó el pecho, enrojeciendo hasta las orejas al ver su espléndida erección

—Más suave, como antes —le pidió su esposo con voz ronca.

Yanna obedeció, notando como un calor abrasador le nacía en las entrañas. Era excitante sentir sus manos deslizándose a través de la piel aceitosa de Asad; como con cada avance su temblor aumentaba, como se agitaba su respiración cuando sus manos rozaban sus pezones, como su miembro se tensaba. Y deseó que el misterio que Asad encerraba le fuera revelado en el edén de los sentidos. Moría por caer entre sus brazos y saborear de nuevo su boca, por recibir sus caricias. Si él se lo pedía, olvidaría los agravios, su odio. Se entregaría con la misma pasión que Asad le estaba mostrando. Pero sabía que él era testarudo, que a pesar del frenesí que lo consumía, jamás cedería. No quería un matrimonio real. Sin embargo, estaban destinados a permanecer juntos, les gustara o no. Y ella no deseba pasar el resto de su vida sumida en una tortura insoportable. Entonces. ¿Por qué no intentar que funcionara, como le dijo la abuela de Asad?

Decidida a ello, sus manos se volvieron más osadas. Aplicó cada una de las artes que le fueron enseñadas. Sin la menor prisa, sus manos caminaron por el pecho palpando los músculos tensos, para recrearse durante unos terribles segundos en los pezones endurecidos.

Asad se mordió el labio inferior y contuvo el aliento, que dejó escapar con angustia cuando las manos de su mujer se acercaron peligrosamente a las ingles.

Asad, con los ojos cerrados, emitió un gruñido de desesperación cuando masajeó el interior de sus muslos y ella sonrió con perversidad. Ya estaba a su merced. En ese estado no podría resistir la tentación de tomarla, de consumar su matrimonio.

—¿Ya está complacido el señor o desea más? –le susurró junto al oído, deteniendo sus movimientos.

—Quiero que... que me des la gloria...

Yanna se sintió triunfante. Ahora aceptaría ese matrimonio como ella lo hizo.

Se equivocó. La testarudez de su esposo no conocía límite

alguno. Envuelto en el frenesí, aferró sus manos y las llevó hasta su urgencia.

—Pon ungüento —jadeó.

Yanna, adivinando sus intenciones, intentó zafarse.

—Así no. Por favor –le suplicó.

—Ponlo y cumple con tus deberes con tu esposo —le exigió con los dientes apretados.

Ella, conteniendo la rabia y la humillación, con ojos llorosos, cumplió la orden, apartando la mirada.

—Quiero que me mires –jadeó Asad acompasando con las caderas sus movimientos.

Ella, una vez más, acató su mandato. Y cuando Asad gimió de satisfacción, se apartó de él y a la carrera, abandonó el cuarto.

Jamás en la vida, ni tan siquiera cuando en el Alcazar quisieron verificar si era virgen, se sintió más vejada. No por el hecho de que Asad la obligara a masturbarlo. Esa práctica sexual era de lo más común según sus maestras; como tampoco por el hecho de que él se negara sistemáticamente a convertirla en su esposa. Su indignación estaba provocada por la frustración por no poder liberar el ansía que ardía en sus entrañas. Y ese deseo le provocó asco y repulsa hacia si misma; pues estaba claro que era una mujer muy ardiente. ¿Y si algún día se cansaba de este juego cruel y caía, a pesar de sus convicciones en los brazos de otro? Asad estaba jugando con fuego. No. Sería incapaz. Aunque…

La idea surgió de repente y le pareció brillante, digna del mejor de los estrategas. Asad no la amaba, ni nunca lo haría. Sin embargo, estaba comprobado que sexualmente poseía todos los requisitos necesarios para volverlo loco y un hombre como él, orgulloso y enfermizo con el honor, no soportaría presenciar como su esposa flirteaba o que estaba dispuesta a encontrar a alguien que la atendiera como se merecía. Reaccionaría de un modo elemental, como todos los hombres hacían. La tomaría como señal de posesión y ella sería la vencedora de esta estúpida e insensata guerra.

Ese pensamiento la animó. Esa bestia no sabía contra quién se estaba enfrentando. Lograría llevarlo hasta su redil. Costase lo que costase, se juró. Y cuando lo tuviera comiendo de su mano, lo apararía como a un perro.

Con determinación, ya más calmada, se lavó la cara, se maquilló los ojos y los labios, se perfumó a conciencia y bajó para dar las órdenes oportunas al servicio.

Después, acudió a cenar intentando ocultar la vergüenza que la consumía y mostrarse con total indiferencia ante Asad. Pero no lo consiguió. Era incapaz de borrar de la mente la escena

tan íntima que habían vivido. Sin embargo, Asad se comportaba como otro cualquier día, distante, huraño y sobre todo, silencioso. Solamente sus ojos profundos y negros, en algún instante, volaron hacia ella mirándola de un modo aterrador, como si con ellos pudiera fulminarla y apartarla para siempre de su vida.

No se equivocaba. Asad se sentía furioso. Pero no con Yanna, sino, con él mismo. Era incapaz de comprender porqué había permitido que esa bruja lo manejara a su antojo. Y se juró que no volvería a suceder. Pero sería difícil resistir tras probar la magia de sus caricias. Nunca había logrado tanto placer de una mujer y anhelaba que volviera a proporcionárselo. Y no debía ceder a esa locura. Por lo que, decidió que lo mejor sería alejarla por un tiempo, hasta que, el hechizo que aún permanecía en su piel se desvaneciera. Enviaría a Yanna a la finca que estaba a las afueras de la ciudad. Sí. Era una idea excelente.

—Esta situación te está superando. Te ves cansada, querida. Necesitas reposo. Por ello he decidido que vayas a pasar unos días al campo —le dijo.

Yanna no estaba dispuesta a renunciar a sus planes de venganza. No consentiría que él ganara esa guerra. Sin inmutarse, dejó la servilleta sobre la mesa y dijo:

—Si lo dices por lo ocurrido en la habitación, no me siento abochornada. Sé los deberes que tiene una esposa y estos son complacerlo en todos los placeres que desee. Y con referencia a irme, nada me complacería más. Pero, olvidas que tu primo nos encomendó una misión y ésta, debe realizarse en la ciudad, en nuestra casa –replicó con tono suave. Después, le dedicó una sonrisa cándida y continuó comiendo con suma tranquilidad.

Tenía razón, pensó Asad. No obstante, la alejaría; aunque ello le costara la enemistad de su primo. Lo más urgente ahora era apartar la tentación.

—Ciertamente has demostrado ser una esposa sumisa y… muy hábil. No mentías cuando dijiste que aprendiste mucho de tus maestras. Me alegro de ello. Pensé que estaba destinado a aburrirme mortalmente con este matrimonio. Ahora veo que me equivoqué. Podré divertirme de vez en cuando gracias a mi hermosa mujercita –dijo él dedicándole también una sonrisa, pero de aire mucho más pícaro. Ella, a pesar de sus proposiciones, no pudo evitar sonrojarse. Él bajó la vista hacia el plato y dijo: Con referencia a irte, las condiciones que nos dio mi primo no tienen porque ser inamovibles. Sobre todo, cuando la salud puede verse alterada. Abderrahman, que a pesar de las apariencias es un hombre muy sensato y comprensivo, no se

opondrá a que te restablezcas. A primera hora le enviaré una nota comunicándole tu partida.

Ella, sin caer en el desanimo, continuando con el tono cínico que él empleó, dijo:

—Es un alivio saber que podré disfrutar de unos días con la sola compañía de los pájaros en total libertad, sin normas ni prohibiciones, haciendo lo que realmente me plazca. No todas las esposas tienen ese privilegio. Eres realmente generoso al demostrar lo mucho que confías en mí. En esta ocasión, cumpliré gustosa tu mandato, querido esposo.

Asad entrecerró la frente con gesto dudoso. Su total aceptación, sin una protesta, indicaba que algo se estaba tramando en esa cabecita. Por supuesto, se dijo, no trataría de engañarlo. Yanna demostró ser muy inteligente y sabia que esa acción le reportaría un castigo muy severo. Era otra cosa. Pero ahora, no quería averiguarlo. Lo único acuciante era alejarla. Porque, era incapaz de controlarse, de amarrar el deseo que le provocaba cada segundo. En ese mismo instante, recordando el tacto de sus manos, sintió la erección que crecía entre sus ingles. Y reflexionó sobre su decisión. ¿Por qué tenía que alejarla? Era un hombre fuerte y podía controlar la situación. Simplemente tenía que dejar que apagara su fuego como ya lo había hecho. Pero no. A pesar de que apenas se conocían, sabía como era Yanna; y sobre todo su abuela. Desde hacia años que lo estaba incitando a buscar esposa y ahora que la tenía, no permitiría que se deshiciera de ella. Y la cadena que lo ataría de por vida a Yanna, junto a la orden de Abderrahman, sería un hijo. Y estaba convencido que le ordenó a su mujer que lo obligara a cumplir con el deber marital. Yanna era testaruda y emplearía todas sus artes para seducirlo. Sin la menor duda, lo mejor era apartarla. Sin embargo, no confiaba en sus actos lejos de su potestad. No iría sola al campo con los sirvientes. Su hermano haría de guardián.

—¿Ninguna reacción furibunda ante mi exposición? –inquirió ella siguiendo con el tono sarcástico.

—¿Debería? Por supuesto. Sin embargo, no tengo la menor intención de darte la oportunidad de hacer lo que te venga en gana. Mi hermano te acompañará y se quedará contigo.

La sonrisa ladina de Yanna se borró de un plumazo.

—¿Decepcionada? ¡Cuánto lo lamento, querida! Pero convendrás que un esposo, si tiene dos dedos de frente, evite las tentaciones que puedan mancillar su honor. Y por supuesto, yo no tengo ni un pelo de tonto.

—La verdad es que, me da lo mismo ir sola o con carabina.

Lo más importante es que me libraré de ti por una temporada y podré vivir en paz. Voy gustosa a la almunia.

—Me alegra que, por fin, tú actitud sea razonable. Espero que a partir de ahora, todos mis deseos sean aceptados de este modo. Nos irá mucho mejor. ¿No te parece?

CAPITULO XXIV

El plan de Yanna para evitar el exilio consistía en pedir ayuda al más alto nivel. Por lo que no dudó en mandar, junto a la misiva de su marido, otra carta dirigida a Shamsa contándole los planes de su nieto.

Impaciente, aguardó la respuesta, pero esta no llegó y decepcionada, se preparó para recibir a los invitados.

La familia llegó rebosando alegría; sobre todo por parte de los niños que, con el acontecimiento podrían trasnochar.

Asad tomó del brazo a su hermana y la llevó ante Yanna.

—Creo que no os conocéis. Esta es mi esposa. Suhaila, mi hermana.

—¡Caray! Me dijeron que era hermosa, pero es toda una belleza. ¡Que afortunado eres, hermanito! ¿Por qué no me lo dijiste? –exclamó realmente sorprendida. No llegaba a entender como Asad podía odiar a esa muchacha. No solamente era bella; también podía apreciar que irradiaba bondad y mucha inteligencia en esos ojos color de miel.

—Tú hermano no es dado a mostrar demasiado sus sentimientos. No olvides que es un soldado –dijo Yanna.

—Ya no. Ahora soy un hombre desocupado –dijo Asad con tono amargo.

—Por el momento, querido.

—¡Esta casa es una maravilla! —exclamó Hamida impresionada por la belleza y calidad de cada uno de los componentes del comedor.

—Sí. Esto está precioso. Asad, es una suerte que Yanna esté aquí. Ha transformado tu sobriedad en confort y belleza. ¿Verdad? —dijo Suhaila admirando el comedor.

—Es indudable —afirmó Shamsa haciendo acto de presencia.

Asad, la miró pasmado. Su abuela siempre fue reacia a abandonar el palacio. Solamente en contadas ocasiones y muy especiales, se decidía a salir. Eso no evidenciaba nada bueno. Nada bueno para él.

—Abuela... ¿Qué haces aquí? –inquirió con sus desconfianza.

—Me enteré que había reunión familiar. Y a pesar de no haber sido invitada, he pensado que no debía faltar, ya que no pude asistir a la boda —le respondió con tono recriminatorio, sin dejar de mirar a su alrededor. Después, suavizo su rostro y dijo: ¿No deberías enseñarnos como ha quedado el resto de la casa?

—Ese es el motivo de la cena —dijo Asad indicándole con la mano que lo siguieran.

Toda la familia acompañó a los anfitriones, sin poder evitar mostrar su satisfacción ante la decoración que había empleado Yanna. Nadie podía negar el buen gusto de la muchacha. Como tampoco, criticar nada de lo que fue presentado ante la mesa. Los productos eran de primera calidad y su preparación en el punto preciso. Del mismo modo, alabaron la perfección con que interpretó cada una de las melodías y canciones, tras la opípara cena. Sin la menor duda, Yanna se había convertido en un miembro más de la familia, y por cierto, muy querido.

Asad, contrariamente al humor de los otros, estaba realmente crispado. ¿Por qué demonios se le ocurrió invitar a la familia? Era evidente que la situación actual lo estaba trastocando. Debería poner remedio cuanto antes.

No dudó en hacerlo cuando Faiza, a petición de todos, entonó una canción alegre y vital, acompañada por Zahid.

—Suhaila. ¿Serias tan amable de venir a la bodega? Quiero ofrecer uno de mis mejores vinos –le indicó a su hermana con un gesto que no admitía réplica.

Ella se levantó y abandonaron el comedor; momento que aprovechó Shamsa para hablar con Yanna.

—¿Qué es eso de qué tu marido quiere alejarte? ¿Os habéis peleado? –le susurró al oído.

—Entre nosotros no existen las peleas; sí las desavenencias. Nuestra convivencia es imposible. No llegamos a complementarnos.

—¿Aún no...? ¡Dios! ¿Qué le ocurre a ese muchacho? ¿Acaso no le atraes? Lo dudo, pues por como te ha mirado esta noche, se diría que la fiebre lo consume.

—Precisamente esa es la cuestión. Creo que lo incito demasiado. Por ello quiere apartarme, para evitar la tentación. Y para mayor desagravio, como al parecer no confía en mí, quiere que me custodie Zahid –le aclaró Yanna.

—No lo consentiré.

—Ni el emir. Nos ordenó una misión que no podremos cumplir si me voy de la ciudad. Claro que, si le cuento lo que descubrí... Verás. Quería comprar una partitura y al entrar en la tienda que está junto al almacén de algodón, sorprendí a dos hombres que hablaban de Abderrahman. Me quedé escuchando al oír que decían algo de venenos.

—¿Te vieron?

—El dueño apenas pudo verme cuando me iba.

Shamsa la miró sobresaltada.

—Eso no lo sabes, criatura. Ahora comprendo la actitud de Asad. Quiere alejarte del peligro.

—Él no sabe nada de esto. No me mires así, por favor. Tenía intención de hacerlo, pero me provocó tanto que, decidí callar. Y después, pensé que si le contaba que yo sola había descubierto el complot, podría pedirle permiso para divorciarme de Asad.

—¿Divorciarte! ¿Es esa su intención? ¡Por todos los profetas! –exclamó Shamsa. Al ver que todos las miraban, bajo el tono de voz —. No haréis nada de eso. Este matrimonio es para toda la vida. Ningún miembro de la familia se ha divorciado jamás, pues cuando damos nuestra palabra, esta es sagrada. Estás obligada a conquistar a tu marido. ¿Me oyes? Sí. Ya sé que mi nieto es un bruto. La mitad de su vida ha transcurrido entre hombres salvajes y violencia. No tiene la menor idea de cómo tratar a una mujer. Bueno, no estoy diciendo que no sepa como... Ya me entiendes. Me refiero a que desconoce el trato con una esposa, con una mujer que no solamente le ofrezca sexo. Necesita ternura y mucha paciencia. De este modo podrá caer el muro que rodea su corazón.

—Tú nieto únicamente alberga sentimientos de rencor y frustración. Ya no tiene salvación.

—Lo conozco mejor que tú y no es cierto. Yanna, debes tener paciencia y el tiempo me dará la razón.

—A mi me odia porque... —Calló. No podía contarle la verdad. Así que, una vez más, dijo una mentira—. Porque le he sido impuesta. Antes morirá que ceder ante mis pretensiones.

Shamsa. Es un esfuerzo inútil. Si no lo hago yo, será él quien pida el divorcio.

La anciana inspiró con fuerza. Su rostro, que aún guardaba restos de su espectacular belleza, mostró una infinita pesadumbre.

—No podemos rendirnos, querida. Amo demasiado a ese muchacho y no quiero ver como se convierte en un desdichado. Por el momento, resistirás. Te irás al campo como te ha ordenado. Mañana mismo cogerán a ese tendero y el peligro habrá pasado. Calculo que estarás de vuelta en una semana.

—Y la misión habrá terminado; con lo que, Asad será libre de actuar como considere oportuno –le recordó Yanna.

—Eso, si se lo contamos. Asad no sabrá nada de esto. Incluso te diré, que Abderrahman será nuestro cómplice. Le hablaré de la situación y pondrá remedio. Nunca dirá que hemos atrapado al conspirador.

—Eran dos –le recordó Yanna.

—En cuanto ese malhechor sea torturado, cantará como un gorrión. Lo que decía. Haremos creer a Asad que la misión sigue en pie. ¿De acuerdo?

—Está bien –aceptó Yanna a regañadientes.

—Por cierto. El hecho de que obligue a ir a su hermano, indica que le importas.

—¿Importarle? Solamente se trata de desconfianza. Su honor es intocable –replicó Yanna soltando una risa sarcástica.

—O celos de que otro hombre te tenga. ¿No has pensado en ello? Pero callemos. Ya regresa –dijo Shamsa aplaudiendo a Faiza.

Yanna hizo lo propio, mientras pensaba que aquél plan era del todo descabellado. Shamsa era una ingenua al creer que el león se convertiría en un gatito manso. Y en cuanto a los celos, no podían existir si no había amor.

Asad se estaba acercando a ellas con dos copas de vino. Yanna, se levantó.

—Tengo que hablar con mi tía. Si me disculpas.

Se alejó a toda prisa. Asad la observó, mientras le ofrecía el vino a su abuela. Ella se levantó y con un leve gesto de la cabeza le indicó que la acompañara al patio. La noche era estrellada y el frío apenas se hacia notar.

—Estoy pasando una noche estupenda. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Tú esposa es una mujer realmente admirable. Hermosa, divertida y de buen corazón. Te aconsejo que la cuides como es debido o temo que, habrá muchos hombres dispuestos a hacerlo. No la tientes.

—Yanna sabe cuales son sus deberes –contestó él.

—Un esclavo conoce sus obligaciones y nos sirve con humildad y sin una protesta, pero eso no significa que nos aprecien; puede traicionarnos en cualquier momento. Claro que, Yanna es demasiado honrada y decente para llegar a ese extremo. De todos modos, yo no tentaría a la ocasión. La paciencia tiene un límite, querido nieto.

Él la miró huraño.

—Por lo que veo, no sabe guardar nuestra intimidad.

—¿Y se lo recriminas? Esa muchacha ha sufrido mucho. Necesita cariño y sé, no porque ella me lo dijera, si no porque te conozco, que no eres precisamente un hombre atento y dado a los sentimentalismos. Y esas carencias puede encontrarlas fuera del hogar. Muchacho, te aconsejo que no cometas ninguna tontería.

—¡Maldita sea, abuela! Sabes que no me casé con ella por elección y lo único que anhelo es el divorcio –rezongó en tono apenas audible.

—Pues, muchacho, vete quitando esa idea de la cabeza. Nunca os lo darán. Así que, procura arreglar las cosas entre vosotros. No te pido que te enamores locamente de ella. Bien sabe Dios que nada puede obligar a un corazón que ame. No obstante, la convivencia puede ser pacífica y civilizada. Respeto y cariño es lo único que debes conseguir.

—¿Sabéis lo que me estáis pidiendo? ¡Primero me arrebatan mi oficio y después, me imponen a una mujer que no soporto! –exclamó.

—Pues, serás el único. Todos están encantados con ella. Mira, hijo. Nuestra familia está obligada a mostrar dignidad y honorabilidad. Si para ello debemos hacer un sacrificio, se hace. ¿Por qué eres tan obtuso? Un militar debería saberlo. Una orden no se discute. ¿Verdad? Pues tómate esta situación como la misión más importante de tu vida.

—¿Por qué? Es un simple matrimonio. Y ella no es importante. ¿Qué demonios puede aportar?

—La paz que necesitas.

Su nieto estalló en una sonora carcajada.

—Ella es la única persona que me saca de quicio. A su lado es imposible razonar y mucho menos, vivir tranquilo.

—No te hagas el idiota, Asad. Sabes perfectamente a qué me refiero. Puede que ahora no lo veas, pero te darás cuenta que es la mujer perfecta para ti. Por ello, espero que durante su ausencia, medites y te vayas haciendo a la idea que deberás convivir con Yanna hasta que la muerte os separe. ¿Y no es mejor

que esa vida sea tranquila?

—¿Y no has pensado que decida largarme y desaparecer para siempre? –la amenazó él.

Ella asintió.

—Otro lo haría. Un hombre de tu honor, jamás.

Asad tuvo que reconocer que estaba en lo cierto. Nunca cometería un acto que desprestigiara a los seres que más quería y respetaba.

Su abuela se apoyó en su brazo y lo besó en la mejilla.

—Querido, ya verás como tengo razón. ¿No la he tenido siempre?

—Sí, abuela. Pero siempre hay una primera vez para equivocarse –musitó él con semblante sombrío.

CAPITULO XXV

La velada continuó hasta bien entrada la noche. Hubo más canciones y bailes, más dulces y miradas llenas de complicidad. Shamsa recordándole a Yanna cuál era su deber. Suhaila prometiendo con sus ojos negros a su hermano que lo curaría. Pero hubo otras que eran de un tinte muy distinto cargadas de un sentimiento nuevo que nacía entre Zahid y Faiza. Por supuesto, éste hecho no pasó desapercibido por Hamida. Su plan estaba dando el fruto esperado y haría todo lo posible para que esos dos muchachos terminaran casados.

—Creo que es hora de irnos –anunció el padre de Asad.

—¿Tan pronto? No quiero –se quejó Jessenia.

—No quiero –reafirmó Razel, su hermana gemela.

Asad, que estaba sentado junto a ellas, les revolvió el cabello con gesto cariñoso.

—Ya sabéis que no se discute nunca una orden del general Tarek. Además, cuanto más tardéis en dormiros, menos sueños hermosos tendréis.

—¿Tú tienes sueños bonitos? –le preguntó Nageena, la menor de sus hermanas arrodillándose ante él.

—Los mayores, pocas veces. Por eso hay que dormir mucho cuando se es niño. Así que, a casa –respondió Asad sonriendo ampliamente.

Las tres niñas se abrazaron efusivamente a él y lo besaron en la mejilla.

—¿Sabes? Quiero que esta noche sueñes cosas muy, muy bonitas –le deseó Jessenia.

—Lo haré, preciosa. Soñaré contigo –dijo Asad estampándole un fuerte beso.

Yanna miraba perpleja la escena. Era como si de repente, la más fiera de las bestias se hubiese tornado un animal domesticado. ¿Era posible que un hombre como él guardara ternura? ¿Tal vez Shamsa tenía razón y Asad se ocultaba tras un muro de piedra?

—Yanna ha sido una noche deliciosa. Espero gozar de otras muchas –le dijo su suegra dándole un beso lleno de ternura.

—Ciertamente. Todos hemos disfrutado mucho. En especial

de la música. Mi hija y Zahid forman una pareja formidable. ¿No han interpretado todo magistralmente? Está claro que debemos repetir esto. Aunque, la próxima vez os espero a todos en mi casa y deseo que sea por la celebración de mi nombramiento como muthtasiba –dijo Hamida.

—Será un placer, querida Hamida –dijo Shamsa, lo cuál provocó que a la tía de Yanna se le cortara la respiración. Jamás en la vida imaginó algo parecido. ¡Ella codeándose con la abuela del emir! Sin duda, la llegada de su sobrina había sido el mejor golpe de suerte.

—Señoras, la charla es muy agradable, pero es muy tarde –insistió el general Tarek.

En apenas unos minutos, la casa hasta ahora llena de voces y música quedó en silencio. Un silencio que, finalmente, rompió Asad.

—Quiero agradecerte lo bien que has tratado a mi familia.

Yanna, apagando una lámpara, sin mirarlo, dijo:

—No podía hacer otra cosa, pues ahora es la mía también.

—Por supuesto.

Ella ladeó el rostro. Sus ojos mostraron enojo.

—Aunque te cueste de creer, los aprecio. Me parecen unas personas encantadoras y buenas. Ahora, si no te importa, iré a acostarme. Estoy realmente agotada e imagino que mañana deberé preparar el equipaje para partir hacia el campo.

—Sí.

—¿Ya le has comunicado a Zahid que debe acompañarme?

—Ha aceptado gustoso. Así podrá, sin tener que soportar las protestas de nuestro padre, dedicarse por completo a su música.

—Esta noche, al escucharlo, me he llegado a preguntar si realmente sois hermanos. No os parecéis en nada. Él tan sensible y tú…

—¿Tan déspota? ¿Tan frío?

—Iba a decir hermético. Tratas de ocultar tus sentimientos constantemente.

Él levantó una ceja y con aire burlón, dijo:

—¡Ah! Pero. ¿Tengo?

—Francamente. No se porqué me molesto en dirigirte la palabra. Es imposible mantener una conversación seria contigo. Solamente sabes emplear el sarcasmo –replicó ella. Le dio la espalda y continuó apagando las lámparas.

—Te aseguro que los demás no tienen la misma opinión, querida. ¿No has llegado a preguntarte que eres tú la culpable de mi reacción?

Yanna se dio media vuelta.

—¿Yo? ¡No seas mentecato! Desde el principio intenté que nuestra convivencia fuera cordial. Pero tu orgullo no lo ha permitido.

—El orgullo nada tiene que ver –refutó él.

—Ya. Se debe a mis mentiras. ¿Cierto? ¿Crees que soy idiota? Un hombre inteligente como tú no puede negar que mi falsedad fue para evitar que tus hombres creyeran que tenían derecho a tomarme como a una vulgar prostituta. El verdadero problema es que al gran Asad lo han obligado a aceptar algo que no deseaba e intenta evitarlo a toda costa. Pero te estás equivocando por completo. Ante los demás somos un verdadero matrimonio. Hagas lo que hagas, así será. Tus esfuerzos son en vano.

La mejilla derecha de Asad se tensó.

—No si alego que nunca hemos consumado el matrimonio.

—¿Y cómo lo demostrarás? Olvidas que no soy virgen. Ningún juez aceptará tu palabra ni la mía. Sobre todo, si tenemos en cuenta que toda la familia, incluido Abderrahman, están empeñados en mantenernos unidos hasta la muerte.

—Podrán hacernos convivir bajo el mismo techo, pero no podrán obligarme a doblegar mis emociones.

—¿Pero no hemos quedado que no tienes? –dijo Yanna empleando una entonación socarrona.

—La emoción, querida, nada tiene que ver con los sentimientos. Una emoción puede conmover, impresionar o alterar, y tú te encuentras entre ésta última. Siempre que estás a mi lado me provocas ira y hastío. Y lo único que deseo es verme libre de ti –siseó Asad lleno de rabia.

—Si los rezos de un perro fuesen contestados, lloverían huesos del cielo –replicó Yanna.

—No puedes ofenderme, preciosa; pues al parecer, los tuyos tampoco son escuchados.

—Mi problema no son las plegarias.

—Comprendo. Pues, lamento decirte que por mucho que te empeñes, nunca lograrás que te acepte del modo que quieres. Únicamente me provocas una sola emoción agradable, que por desgracia, no sirve para tus propósitos.

—Buenas noches –se limitó a decir ella, al vislumbrar el transfondo de sus palabras. Le dio la espalda y comenzó a subir la escalera.

Asad observó su figura esbelta y repentinamente, la inquina, el odio, se disiparon, dando paso a una alteración muy distinta. Sentía como la piel comenzaba a arder, como la

respiración parecía querer escapar de su pecho. De nuevo el embrujo de esa mujer lo estaba cercando. Debería rebelarse y escapar. Pero consideró que no había peligro alguno en disfrutar a su manera.

—Creo que no te he dado permiso para retirarte –dijo sin poder evitar que su voz sonara ruda.

Ella, temblando, se detuvo.

—¿Qué quieres? –le preguntó, sin mirarlo.

Asad no contestó. Caminó y sorteando los escalones, se quedó tras a ella.

—Tú ungüento ha sido bastante efectivo. He notado una gran mejoría, pero aún me siento dolorido. Debes seguir con la cura y aliviar esta molestia que no me deja descansar. Y lo harás ahora mismo –le susurró en la nuca.

Ella sintió su aliento ardiente y el corazón le latió a toda prisa.

—Estoy… muy cansada. Una de… las sirvientas puede aplicártelo –dijo ella sin apenas voz.

—¿Crees que la vieja Basma tendrá tú misma habilidad, querida? Por supuesto que no. Ella no tiene la menor idea de aplicar ungüentos.

—El bálsamo será igualmente curativo, te lo aseguro.

—¿Dónde ha quedado tu esfuerzo por conseguir que nuestro trato sea cordial? ¿Dónde el deber de esposa de cumplir los deseos de su esposo? –le preguntó él pegándose a su espalda.

Yanna notó su erección. Asad estaba realmente excitado. Tal vez, en esta ocasión, conseguiría que olvidara sus propósitos. A pesar de esa posibilidad, no podía confiarse y no quería que de nuevo volviera a vencer. Tenía que evitar a toda costa entrar en esa habitación. Pero. ¿Qué hacer? Asad no aceptaría una negativa en el estado en que se encontraba.

—Hace unos minutos, dejaste bien claro tus sentimientos hacia mi y que nunca podríamos llevarnos bien, pues me odias.

—¿Qué puedo decir? Es la verdad. Sin embargo, mi cuerpo no conoce de sentimientos ni sensiblerías y aguarda con ansia que tus manos me administren ese milagroso bálsamo. Vamos –dijo apartándose. Le tomó la mano y suavemente, tiró de ella.

Yanna comenzó a pensar con desesperación. Pero no encontraba ninguna excusa. Se sentía mareada, asustada ante lo que, si no lo impedía, sucedería seguidamente. Y no estaba dispuesta a sufrir de nuevo tal humillación.

—Estoy agotada. Por favor, déjalo para más tarde o para mañana…

Asad se detuvo y se planto ante ella.

—¿Agotada? ¿Cómo puede estar agotada una mujer a la que rodean criadas y que apenas se ocupa de nada? No quiero excusas, mujer. Me darás ese masaje. Es una orden.

De repente, la luz llegó. ¡Eso era! Un desmayo. Asad no la obligaría si se encontrara indispuesta.

—Juro que estoy indispuesta. Y que…

Calló y simulando un desvanecimiento, se dejó caer.

—¡Por Alá! –exclamó Asad arrodillándose junto a ella. Su mujer estaba desvanecida y parecía haber perdido el sentido. Intranquilo, la alzó en sus brazos y la llevó a la cama. La zarandeó y dándole unos golpecitos en la mejilla, dijo: Yanna. ¿Me oyes? Por favor. Deja de fingir y abre los ojos. ¡Ábrelos!

Ella mantuvo los ojos cerrados. Él, completamente engañando, lleno de ansiedad, corrió hacia la jofaina y mojó un paño. Con delicadeza se lo pasó por la frente. Yanna, continuando con su farsa, lentamente, abrió los ojos.

—¿Qué?… ¿Qué ha pasado? –musitó mirando a su alrededor.

—Te has desmayado –le dijo Asad llenando un vaso de agua. Se lo ofreció y ella dio unos sorbos.

—Gracias.

—¿Mejor?

Yanna aseveró sintiéndose muy satisfecha. El rostro de su marido ya no mostraba esa lujuria que la alteraba. Ahora reflejaba un poco de preocupación; la necesaria para que sus planes se hubieran derrumbado.

—¿Por qué me he desmayado? No estoy enferma. O eso creo.

—El médico nos lo dirá.

—¡Oh! No hace falta. Imagino que será cosa de la familia. A mi madre solía ocurrirle. Y no era nada grave. Si vuelve a pasar, le consultaremos. ¿De acuerdo?

—Quédate tumbada y duerme. Yo iré a otro cuarto. Si necesitas algo, no dudes en llamarme. Estaré con un ojo abierto.

Asad cerró la puerta y Yanna respiró aliviada. Por el momento el peligro había pasado. Ya se encargaría de que no volviera a requerirla antes de partir hacia la finca.

CAPITULO XXVI

Al día siguiente tardó en levantarse. Le fue llevado el desayuno a la cama y a media mañana, salió de la habitación. Fue a su cuarto para cambiarse de ropa. Basma estaba sacando algunos vestidos del arcón. Eso significaba que,

afortunadamente, Abderrahman había aceptado la sugerencia de Asad. El tiempo alejada de su marido le daría tiempo para pensar, para descubrir si merecía la pena luchar por ese matrimonio que ninguno de los desearon.

—Déjalo. Terminaré yo.

La sirvienta obedeció. Yanna escogió unos vestidos sencillos, dos capas de pieles de castor y marta traídas de Zaragoza, pues imaginó que la temperatura en el campo sería más cruda. En cuanto a alhajas apenas puso nada en el joyero. Su vida social sería inexistente. Por supuesto, a pesar de ello, no se olvidó de los perfumes ni de los productos de belleza. Que la hubieran exiliado en medio de la nada, no significaba que abandonara la coquetería.

Una vez terminado el equipaje, bajó a la planta baja. Asad estaba en el patio practicando unos ejercicios. Cuando el brazo no respondía como deseaba, su rostro se contraía en un gesto de impotencia y rabia. De todos modos, no se daba por vencido. Una y otra vez lo intentaba. No le importaba el esfuerzo ni el dolor. Solamente quería recuperar su vida perdida. Al menos, él tenía una esperanza. Ella ninguna. Nunca volvería a tener una familia. Cierto era que, los Tadmod la habían recibido como una verdadera hija, pero era una ilusión. El amor que recibió de niña era irremplazable. Ya nunca se volvería a sentir tan amada, tan protegida.

Sacudió la cabeza para apartar la tristeza y continuó observándolo, hasta que terminó con los ejercicios. Sigilosamente se dirigió hacia el diván. Se sentó y cogió el libro que reposaba sobre la mesa. El título la sorprendió. Tratado sobre los poetas y su entorno. ¿Lo estaba leyendo Asad? No. Por supuesto que no. Un hombre como él no entendería de poesía e incluso, podría asegurar que se burlaba de ella.

Asad entró y al verla, se detuvo abruptamente.

—¡Ah! ¿Ya te has levantado? ¿Cómo te encuentras? –le dijo.

—Mucho mejor. Aunque ya debías imaginarlo, puesto que no has aplazado mi viaje. ¿Es tuyo? –dijo mostrándole el libro.

—¿De qué te extrañas? Todo lo que hay en esta casa lo es. Y con referencia a tu viaje, considero que, sobre todo, tras lo ocurrido, te irá bien el aire del campo. Dentro de una hora partirás. Mira. Ya está la comida a punto. Te conviene alimentarte. Vamos.

Se encaminaron hacia la mesa y se acomodaron en los cojines.

Yanna apenas se llenó el plato. De repente, su buen apetito

se había esfumado. Maldecía la hora en que el destino la llevó hasta Asad y al mismo tiempo, tener que abandonar su casa y a los nuevos amigos por la terquedad de su marido.

—¿Puedo preguntar cuánto tiempo me retendrás fuera de Qurtuba?

—No lo he decidido –dijo Asad degustando un calabacín guisado sobre las brasas.

—Te aconsejo que no te demores demasiado en conmutarme la pena. La familia sospecharía que nuestro matrimonio no va bien y les causarías un gran pesar. E imagino que no deseas eso. ¿Verdad? Por cierto. ¿Se trata de una finca solitaria o hay vecinos? No es que me importe demasiado. Es por saber si debo organizar alguna reunión. No me gustaría que mi ignorancia te hiciera quedar mal –dijo Yanna con voz encrespada. La frialdad y despego que estaba demostrando Asad le dolía más que cualquiera de sus insultos.

Él sonrió débilmente mientras hacia oscilar la cabeza.

—Compruebo, por tu mordacidad, que ya estás completamente recuperada del incidente. Me alegro de ello. Eso alivia mi preocupación. ¿Más vino?

Yanna lo rechazó mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Tú preocupado? Me sorprendes.

—Tengo sentido común. La casa queda a tres horas de la ciudad. El médico, en caso de gravedad, no llegaría a tiempo. Puede que seas muy molesta, pero no soy tan miserable para buscarte la muerte, querida. Y respondiendo a tu pregunta, los vecinos más cercanos quedan a una hora de camino. Pero en esta época están aquí. Podrás disfrutar de la tranquilidad.

—Y de mi compañía –dijo Zahid cruzando la puerta.

—¿No llegas pronto? –le dijo Asad.

—En el momento preciso –contestó su hermano sentándose junto a ellos. Cogió un plato y se sirvió unas zanahorias, puré de cebada y una perdiz. Arrancó una pata y la mordisqueó —. Muy tierna. ¿De dónde sacaste esta excelente cocinera?

—Yanna se encargó de todo –contestó Asad.

—Tienes una verdadera joya. Por cierto. ¿Hay personal suficiente en la finca para atendernos?

Su hermano se levantó.

—Lo hay. Iré a preparar la carreta.

—Esta impaciente por que nos vayamos. ¿Tan mal van las cosas entre vosotros? –dijo Zahid.

Yanna parpadeó incómoda.

—¿De dónde sacas esa idea tan absurda? Nuestro matrimonio es perfecto.

El muchacho dejó el vaso sobre la mesa y lo acarició sin mirarla.

—Conozco a Asad. Veo en sus ojos tristeza y al mismo tiempo, rencor. Este acuerdo no ha sido de su gusto e intenta romperlo del modo que sea. Pero… —Dejó de tocar el vaso y la miró esbozando una gran sonrisa –no lo permitiremos.

—Ninguno podremos obligarlo si él no lo desea –dijo Yanna.

—Mi hermano es testarudo. A pesar de ello, tiene una gran virtud y es reconocer sus errores. Ahora está cometiendo el más grande de su vida. Yanna, eres la mujer perfecta para él y lo sabe. Ese es el motivo de que intente alejarte a toda costa. Te teme.

—¿Asad? Es el hombre más valiente que he conocido. Luchó con fiereza ante el enemigo e incluso estuvo a punto de morir. Y ahora paga las consecuencias. Por eso está amargado y esa pena no le permite buscar la felicidad.

—Es invencible en el campo de batalla. Con los sentimientos es vulnerable. Nunca ha confiado en poder hacer feliz a nadie. Piensa que a su lado nadie encontrará la dicha. Y no es cierto. Todos estimamos a Asad y tú, también lo estimarás.

—Me lo pone muy difícil, querido cuñado. Lo he intentado todo y he fallado –musitó ella con semblante triste. Estaba cansada de luchar, de tener que callar la verdad que los separaba y si se rendía, echaría mucho de menos a su nueva familia.

—En ese caso, buscaremos nuevas tácticas. En el campo tendremos tiempo para pensar y ese tonto, caerá en la trampa. Ya lo verás –le aseguró con dulzura.

Yanna lo observó detenidamente mientras saboreaba un pastelito. Zahid poseía un físico delicado que heredó de su madre. Sus ojos eran serenos y de un color indefinido, entre pardo y verde; probablemente, herencia de unos ancestros que no eran del todo árabes; lo cuál no era extraño. Los conquistadores no tuvieron ningún reparo en mezclarse con los nativos visigodos, judíos o cristianos.

—Tu hermano no se parece en nada a ti. Y no me refiero solamente al físico. Es frío, calculador y carece de sentimientos.

—Te aseguro que, a pesar de las apariencias, en lo demás, no diferimos tanto. Cuando lo conozcas mejor, seguro que cambias de opinión.

—Todo listo –anunció Asad.

—¿De veras piensas que lo conseguiremos? Mira lo eufórico que se encuentra –susurró Yanna mientras se encaminaban hacia la salida.

—Pura fachada, querida cuñada. Esa impaciencia demuestra mi teoría. Eres muy peligrosa –le susurró con tono divertido. Al ver como su hermano trajinaba con el caballo, alzó la voz y dijo: . ¿Te has asegurado del enganche?

Asad lo fulminó con sus ojos de carbón.

—Tú asegúrate de conducir con moderación. Y en cuanto lleguéis, envías a un criado para comunicarme que estáis bien. ¿Entendido? Si no lo haces, juro que te maldecirás el día en que Alá decidió que fueses mi hermano.

—¿Por qué eres tan exagerado? La finca está aquí al lado. Asad, deja de comportarte como un soldado. Esto no es una guerra. Vamos. Quédate tranquilo. Cuidaré muy bien de tu estimada esposa. Tanto que, en pocos días, te la devolveré completamente restablecida y podrás disfrutar de su hermosa presencia. Hasta pronto, hermanito.

La carreta se puso en marcha. Zahid apreció tristeza en el rostro de Yanna. Por lo que, durante el trayecto Zahid procuró que olvidará todos los pesares. Su conversación la encarriló hacia el pasado, contándole anécdotas divertidas de cuando niño; sobre todo de la infancia de Asad. Quería demostrarle que, a pesar de las circunstancias, su hermano no era tan detestable.

Realmente, Yanna se sorprendió. Al parecer, su marido había sido algo así como un ángel. Lo malo era que, la vida lo había convertido en un demonio y lo más triste de todo era que su familia creía firmemente que aún tenía redención. Pero ella sabía que era imposible.

—¡Mira! ¿Qué te parece? –dijo Zahid mostrándole la vega que se extendía a sus pies.

Yanna contuvo el aliento. El paisaje era estremecedor. El Wad al-Kabir transcurría en calma besando la orilla sembrada de viñas, ahora desnudas ante la inminente llegada del invierno. Tras ellas, el campo cubierto de olivos y almendros trazaba un dibujo perfecto que se extendía hasta el pie de una pequeña colina donde la casa presidía su cima. Ya desde la lejanía podía apreciarse que era enorme.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? –le preguntó su cuñado mirándola divertido.

—Creo que… esta paz será un bálsamo –musitó ella sin poder apartar los ojos de esa hermosura.

—El lugar ideal para escribir poesía y sobre todo, para poner en práctica nuestros maléficos planes. Vamos.

—¡Oh! No te hagas ilusiones, cuñado. Ninguna estratagema hará reaccionar a mi marido. Tiene el corazón endurecido y el carácter tan tozudo como una mula.

—Eso lo veremos. Hablando de ver. Observa que preciosidad. ¿No dirás que mi abuelo no fue un genio diseñando la finca? Para mí es toda perfección. El lugar ideal para criar a unos hijos. ¿No te parece? Cuando me case, dejaré Qurtuba y disfrutaré de la vida de campesino.

Yanna, si se había enamorado del paisaje, aún quedó más impresionada con la casa. Era enorme y las paredes encaladas rompían su monotonía con los ribetes de color ocre que ribeteaban puertas y ventanas. El patio era un sueño. Limoneros y naranjos rodeaban el estanque de aguas cristalinas. Todas las estancias que daban a él tenían dimensiones extraordinarias. En el piso superior, las habitaciones eran un mirador hacia el valle. Era la almunia más impresionante que jamás había visto. Indudablemente, Zahir no se equivocó al decirle que allí disfrutarían de unos días maravillosos. No tenía la menor duda. Sin embargo, dudaba mucho que su cuñado hablase en serio de dejar la ciudad. Ningún poeta lo haría. Ninguno abandonaría los halagos del público más ferviente que existía. Y así se lo dijo:

—Deja de decir tonterías, Zahid. Eres carne de ciudad. Aunque, en algo sí debo darte la razón. Estos días serán estupendos.

Así fue. Se regocijaron dando largos paseos por la rivera del río, jugando al ajedrez bajo la sombra de los naranjos o sencillamente hablando como lo hacían dos buenos amigos. La compañía de su cuñado era un bálsamo para la vida atormentada de Yanna. Junto a él pudo olvidar la tragedia que estaba viviendo. Sin embargo, era consciente de que esa calma terminaría en cuanto regresara a Qurtuba, pues por mucho que se esforzara, era incapaz de dejar de pensar en Asad, de añorar su discusiones, sus peleas. Pero sobre todo, la imagen de su cuerpo contraído por el placer. Ese cuerpo que noche tras noche, se filtraba en sus sueños dándole aquello que le negaba.

Pero para eso, se dijo mientras escuchaba embelesada el nuevo poema de Zahid, aún quedaba mucho tiempo. Ahora tenía que disfrutar de ese tiempo de paz.

CAPITULO XXVII

Asad entró en el gran salón. Abderrahman estaba acomodado sobre un mar de cojines y en su mano sostenía una bandeja que contenía mercurio. Como un niño la hacía oscilar, para que el reflejo de los rayos de sol que entraban por el ventanal cayera sobre él y lanzara en el techo cintas de plata.

—¡Asad! Me alegro de verte. Ven. Siéntate a mi lado –le dijo palmoteando los almohadones. Después dejó la bandeja en el suelo y dijo: Este juego encandila a los embajadores. ¿Cómo va todo? ¿Tienes noticias de Yanna?

—Está recuperándose favorablemente.

—Me alego, pues debe regresar dentro de tres días, para la celebración del profeta. Ya sabes que nos reunimos toda la familia y ahora ella forma parte de nosotros. Y bien. ¿Cómo va la investigación?

Asad soltó un sonoro gruñido; no por el hecho de estar su misión en punto muerto, más bien por el inesperado hecho de que Yanna tenía que regresar mucho antes de lo que había pensado.

—Por el momento, como al principio. Y es de lógica. ¿Cómo demonios va a hablar alguien mal de ti ante el primo del emir? Tus planes, te lo digo con todo el respeto que mereces, son descabellados. Así que, lo mejor será dejarlo correr.

—Puede que contigo sean prudentes, pero la belleza de una mujer obra milagros. Y tu esposa es la más bella entre las bellas. En eso estarás de acuerdo conmigo. ¿Verdad?

—Posee la belleza del diablo –rezongó Asad.

Abderrahman estalló en una sonora carcajada.

—¡Ahora comprendo tu malhumor! Tú cama está demasiado fría. Estimado primo, tu impaciencia toca a su fin.

—Considero que aún es pronto para que regrese. La boda, la preparación de la casa, los nervios por que todo saliera bien en nuestra misión, la dejaron agotada.

—¿Solamente eso? –inquirió el emir levantado una ceja.

Asad permaneció en silencio. Tenía que convencer a su primo de que Yanna debía continuar en el campo.

—Un hombre debe ser prudente y caballeroso en esas cuestiones y en otros aspectos, por supuesto. Bien. Retornando a lo principal. Hoy mismo partirás en busca de tú mujer.

—¿Hoy? Tengo otros planes. Enviaré a un criado –protestó Asad.

Abderrahman le lanzó una mirada de reprobación.

—No te estoy haciendo una sugerencia. Es una orden de tú emir. Así que, cancélalos. Últimamente los caminos están muy peligrosos. Hay salteadores y tú podrás protegerla mejor en caso de un ataque.

—Como ordene mi señor. ¿Algo más? –refunfuñó Asad.

—Que mejores tu humor, muchacho. La vida te sonríe y Alá puede enojarse si no le estás agradecido. Eso es todo. Puedes irte.

Abandonó el Alcazar furioso. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en dirigir su vida? ¿En qué se había convertido, en un pelele? No volvería a consentirlo. Sobre todo ahora que, los ejercicios que le indicó su hermana estaban mejorando su brazo. En muy poco tiempo, estaba seguro que volvería a empuñar una

espada. Entonces, regresaría al ejército y de este modo, si no les concedían el divorcio, se desharía de su molesta mujercita durante muchos meses. Aunque antes, debería acabar el cometido y para ello se encaminó a casa de Baria, con la esperanza de descubrir algo y al mismo tiempo, de que ella apagara el fuego que lo estaba devorando. Desde que regresó de la guerra aún no había fornicado y necesitaba una mujer y ésta no sería Yanna.

Entró en la casa. La prostituta le sirvió vino. Asad tomó el vaso y se dejó caer sobre el catre. Baria lo observó. Parecía cansado. Sus ojos estaban bordeados por grandes ojeras y su semblante reflejaba las marcas de su constante irritación.

—¿Estás enfermo o preocupado? –le preguntó la mujer.

—Más bien cabreado. Este maldito asunto me está truncando todos mis planes. ¿Has averiguado algo? Necesito lo que sea –dijo Asad haciendo rodar el vaso entre los dedos.

Ella levantó las cejas en señal de sorpresa.

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Hace diez días detuvieron a Karam, el fabricante de instrumentos musicales que ejerce junto al almacén de algodón. Dicen que lo llevaron a los calabozos del Alcazar.

Asad apuró el vaso y lo sostuvo entre las manos con aire pensativo.

—Dudo que tenga algo que ver. Abderrahman me lo hubiera comentado y me ha pedido que acelere con la investigación. ¿Eso es todo?

—Es todo –respondió Baria—. Se acercó a él con sonrisa seductora y dijo: ¿Puedo servirte en algo más, mi estimado amigo?

Sí, aliviar este ardor y disfrutar como un animal, pensó Asad. Solamente bastarían unos minutos. Pero dentro de un par de horas anochecería y lamentablemente, carecía de ese tiempo. Debía cumplir la orden del emir.

—Tus servicios serían un bálsamo. Pero como he dicho, este asunto me está trastornado. Lamentablemente, el emir me ha dado instrucciones ineludibles. Debo irme.

Llegó a casa, a pesar del frío, sudoroso. Ensilló el caballo y a todo galope partió hacia la finca.

Cuando el sol estaba cayendo tras la colina iluminando de rojo la finca, llegó a su destino. Sus ojos negros contemplaron la puesta. Era un espectáculo hermoso y que lo llenaba de paz. Una paz que en breves minutos se tornaría en una guerra espantosa. De nuevo regresarían los enfrentamientos, el odio, la terrible

tentación que esa mujer representaba. Tenía que reconocerlo de una vez. No la quería a su lado, pero tampoco lejos. Esa semana sin ella los días se le hicieron tediosos y el deseo por llevarla a su cama más acuciante. Le era imposible dejar de revivir ese momento tan erótico, el placer que le aportó. Y pensó que ya era hora de dejar de comportarse como un chiquillo. Tenía que tomar las riendas de la situación. Yanna no volvería a perturbarlo, ni a contradecirlo ni a desobedecer.

Azuzó al caballo y se encarriló por el sendero bordeado de pinos.

Antes de desmontar, uno de los esclavos abrió la puerta.

—Bienvenido, amo.

Desmontó de un salto y dejó al animal en la caballeriza. Le proporcionó heno fresco, agua y un buen cepillado. Gandur era su mejor caballo y lo cuidaba con mucho recelo. Gracias a él escapó de muchas muertes seguras en las batallas. En realidad, pensó, era su mejor amigo. Nadie como él conocía sus deseos, sus próximos actos. Aunque, los que ahora iba a realizar no podía ni imaginarlos.

Inspirando con fuerza abandonó el establo y entró en la casa. El patio estaba como siempre y eso lo reconfortó. De niño, entre los naranjos y limoneros, había pasado los mejores momentos de su vida. Aún podía recordar con claridad las risas de sus padres y hermanos cuando se perseguían echándose agua en los días calurosos del verano o cuando jugaban al escondite. Aquello ya quedaba muy lejos. El tiempo y las batallas acabaron con esa inocencia, con esa dicha ignorante de lo que era el mundo real lleno de sufrimiento, traiciones y muerte.

Enojado por tanta sensiblería, sacudió la cabeza y al ver a la sirvienta, y que nadie salía a recibirlo, dijo:

—¿No has anunciado mi llegada?

—El joven amo está de paseo y la señora por alguna dependencia de la casa. No sabría decirte.

—Bien. Si ves a alguno de ellos, les comunicas que estoy aquí. Voy a asearme.

Cruzó el patio. El único ruido que podía apreciarse era el canto de algún pájaro y el trasiego que había en la cocina. Sin duda, ese lugar rezumaba tranquilidad.

Tras llegar al otro extremo de la casa, abrió la puerta que conducía a los baños. El lugar había sido construido aprovechando una fuente termal que transcurría muy cerca; por lo que, en los días crudos de invierno era una delicia sumergirse en el aljibe. Sería un enorme placer, tras el frío soportado durante el viaje, calentarse en esas aguas.

No tuvo que encender la lámpara, pues ya estaba iluminando tenuemente la estancia. Lo cuál, evidenciaba que alguien había estado recientemente y se había olvidado de apagarla. No era el caso. El chapoteo le indicó que no estaba solo. Sus ojos azabaches intentaron entrever entre los vapores que emanaban.

La figura alta y esbelta que emergió como una aparición lo dejó sin aliento. Siempre imaginó que Yanna sería una mujer de formas interesantes. Sin embargo, su desnudez le mostró que era perfecta. Sus movimientos refinados y suaves no podían ocultar la sensualidad que provocaba. Y se sintió fascinado con sus movimientos casi felinos cuando se retocó el cabello y se secaba suavemente con la toalla, y pensó que esa exquisitez le pertenecía. ¿Por qué demonios debía renunciar a Yanna? Al fin y al cabo, como ella le dijo, ante todos eran un verdadero matrimonio. Y la deseaba. ¡Por todos los profetas! ¡Y cómo! Todo su cuerpo estaba en tensión, dispuesto a quemarse bajo el fuego de sus caricias. Y no aguardaría ni un segundo más.

Sobreexcitado, se quitó la ropa. Sigilosamente, amparándose en las sombras, se acercó a ella.

—Nadie me dijo que el baño estaba ocupado.

Yanna, sobresaltada, brincó hacia atrás, cubriéndose con la toalla.

—Asad… ¿Qué? ¿Qué haces aquí? –jadeó.

—Por el momento, intento darme un baño –dijo él.

—¿Por qué has venido? ¿Ocurre algo?

—¿Tú que crees? –musitó Asad.

Yanna, al ver que en sus ojos se reflejaba una llama intensa, un fuego cargado de lujuria, sintió pánico. No estaba preparada para enfrentarse a él, para resistir ese sentimiento de añoranza que había sentido por su lejanía y que la obligaría a ceder ante sus pretensiones, sin darle lo que más anhelaba, que por fin fueran marido y mujer de verdad.

—Pues… Yo ya… he terminado. Es todo tuyo –farfulló dando unos pasos. Asad le aferró con la mano derecha suavemente el brazo, al tiempo que con la izquierda le arrancaba la toalla, para después atraerla hacia su pecho. Ella pudo sentir su calor, la incipiente erección e intentó liberarse de su abrazo.

—Dices una gran verdad. Todo lo que hay en este lugar me pertenece. Así que, quédate como estás. Me gusta sentir tu piel sobre la mía. Es tan suave y está tan caliente… Me abrasa.

—Asad, por favor… No estamos solos en casa. Pueden vernos… Tu hermano…

Él desoyó su débil súplica.

—Nadie nos perturbará, preciosa –musitó. Su mano caminó por la espalda hacia la nuca provocándole a Yanna tal estremecimiento, que no pudo evitar soltar un suspiro. Asad no le dio tregua. Dejó de asir su brazo y posó la mano sobre sus nalgas, acercándola al punto más caliente de su cuerpo. Después, acercó su boca a esos labios rojos que temblaban. Pero no la besó. Deliberadamente mordisqueó su labio inferior, recercándose largos minutos, mientras sus caderas oscilaban sobre las suyas, haciéndole notar lo excitado que estaba.

Yanna era incapaz de comprender el motivo de que su cuerpo ardiera de ese modo. No amaba a su marido. No. No lo amaba. Era su lujuria la que la obligaba a permanecer entre sus brazos, sintiendo como su deseo crecía y crecía, endureciéndose, quemándole la piel.

Asad apenas podía pensar. Todos sus planes se estaban derrumbando. Ya no le importaba su dignidad; solamente sabía que deseaba algo más que unas simples caricias. Anhelaba perderse dentro de ese cuerpo suave y sensual.

—Cariño, me estás volviendo loco –dijo con voz ronca, apoderándose de su boca. La besó con furia, hambriento de su sabor de miel. Su boca era insaciable y le exigía que correspondiera con la misma pasión. Yanna se rindió y aceptó esa lengua exigente, besándolo con ansia.

De repente, el golpe seco de la puerta, rompió el hechizo.

—¡OH! Yo… Lo siento… No sabia que…

Zahid se dio la vuelta y salió a toda prisa. Momento que aprovechó Yanna para cubrirse y escapar de la cárcel de esos brazos que le hacían perder la razón.

En su carrera loca topó con Zahid, pero ni tan siquiera se disculpó. Se sentía demasiado avergonzada.

Zahid también se sentía idiota. Durante días habían planeado como conducir a Asad al redil y cuando él solito lo estaba haciendo, va y lo estropeaba.

Nervioso aguardó a su hermano, haciéndose a la idea de la bronca que le iba a caer.

—¿Siempre eres tan oportuno, hermanito? –le espetó Asad ajustándose la túnica.

—Me dijeron que habías llegado y que estabas tomando un baño. No sabía que ella estaba contigo. Lo lamento. De veras –se disculpó el muchacho.

—No importa. Habrá más ocasiones.

—¿A qué se debe esta visita tan intempestiva? ¿Ha pasado algo grave en la familia?

—No, tranquilo. Abderrahman ha exigido que ella esté

presente en la fiesta que organiza en el honor del profeta. Así que, mañana nos iremos.

—Ya.

—Pareces decepcionado. ¿Tanto te agrada estar aquí? ¿Tan bien te encuentras? –inquirió Asad con tono molesto.

Zahid, al comprender su insinuación, lo miró horrorizado.

—¡Por favor, hermano! Lo que piensas está fuera de lugar y me ofende. Bien cierto es que Yanna es una mujer excepcional, pero es tú esposa y además, ella no es la destinataria de mis sentimientos.

—¿Ah, no? ¿Y quién?

—Aún… aún no hay nadie.

Asad sonrió divertido. Conocía muy bien a Zahid y jamás se ruborizaba ante nada, solo cuando alguien lo pillaba escondiendo un secreto. El pobre no sabía mentir. En más de una ocasión, de niño, se vio en serios apuros ante sus padres por ese motivo.

—¿Por qué será que no te creo? Vamos, dime su nombre. Guardaré el secreto.

—Repito que no… Mira. Ahí llega Yanna. Y la cena también. Tengo un hambre espantosa. Vamos –dijo Zahid eludiendo la pregunta.

CAPITULO XXVIII

Durante los primeros minutos era tanta la tensión entre los tres comensales que podía cortarse con un cuchillo. Zahid fue el primero en romper el hielo.

—¿Alguna novedad por Qurtuba?

—Ninguna —respondió con sequedad su hermano.

Zahid carraspeó incómodo ante el malhumor de Asad. Yanna, apiadándose de él, decidió intervenir.

—¿Has tenido buen viaje? —le peguntó a su marido.

Asad acercándose la bandeja de las verduras, dijo:

—Teniendo en cuenta que no era mi intención venir, he

disfrutado de la cabalgada.

—Es una pena que tengamos que irnos. Hubiéramos podido hacer unas carreras, como hacíamos antes —comentó Zahid.

—¿Aún te quedan esperanzas de ganarme? —bromeó su hermano.

—Ya sabes que soy un hombre muy optimista.

—¿Dices que nos marchamos? —inquirió Yanna.

—Sí, querida. El tiempo de solazarse ha llegado a su fin. Hay que regresar a nuestros quehaceres diarios. Además, el emir nos espera para una gran fiesta y no admite una negativa. ¿No es estupendo? –respondió su marido con voz enfadada.

—Es un acontecimiento muy importante. Abderrahman nos ofrecerá espectáculos maravillosos. Acudirán los mejores poetas y músicos, como también actores y acróbatas; y en cuanto al banquete, probarás alimentos que nunca se han visto por estos alrededores.

—¿Actuarás tú? —se interesó ella dedicándole una gran sonrisa. ´

Asad contestó por él.

—Ya te ha dicho que solamente intervendrán grandes artistas.

Yanna se llenó de indignación ante el desprecio que Asad mostró por su hermano y con el rostro encendido, le espetó:

—¿Cómo te atreves a opinar de algo que ni tan siquiera te has molestado nunca en escuchar? Zahid es un poeta excelente. ¡De los mejores! Y te lo demostrará ahora mismo.

—Asad está cansado. Seguramente mis poemas le producirán sopor.

—Imagino que no tanto como para comprobar que su querido hermano nada tiene que envidiar a los grandes. ¿No es así, esposo mío?

Él, con un gruñido, aseveró.

—Veamos lo que con tanto ardor defiende mi estimada esposa.

Se levantaron de la mesa y se acomodaron en los cojines de seda esparcidos por el salón. Yana cogió un laúd y Zahid, al inicio de las primeras notas, elevó su voz para entonar las dulces palabras.

Asad, no estaba dispuesto a soportar una velada tediosa y en cuanto terminara el primer poema, se levantaría sin contemplaciones. Pero su determinación fue aplastada ante la escena que estaba contemplando. Yanna y su hermano gozaban de una complicidad que ellos, ni siendo niños, jamás tuvieron. La verdad era que, a pesar de sus recelos, era imposible negar la

buena actitud de Yanna hacia la familia. Su cariño por las pequeñas, el respeto hacia sus padres, hacia todos aquellos que la rodeaban. A todos, menos hacia él, pensó. Claro que, su relación era muy distinta. Nunca le permitió que traspasara la línea que la separaba de sus sentimientos. Y jamás lo haría. Él no estaba hecho para el amor. Era racional y su corazón también. Los dos sabían que el amor romántico era un mero espejismo, que cuando el calor de la pasión se enfriaba, solo quedaba la arena de la indiferencia. Dejar que Yanna pensara lo contrario y darle esperanza, sería aún más cruel que el trato que le estaba dando. Debía entender que solamente quería obtener de ella una cosa: placer. Y moría por terminar lo que empezó en el baño. Todo su cuerpo estaba tenso y caliente. Le era imposible borrar el recuerdo de su tacto suave, de su piel de seda pegada contra la suya, el sabor de esa boca que aceptó sus besos temerosa, pero dispuesta a corresponderle con la misma pasión.

Perturbado, se llenó un vaso de vino y lo tragó de un solo golpe. Debía serenarse o su excitación lo obligaría a actuar de un modo precipitado y no era precisamente lo que quería.

Con la frente fruncida intentó centrarse en el poema que su hermano, con tanto sentimiento representaba.

"En medio del desierto me encuentro.
Mis hojas están marchitas.
La aridez seca mi savia.
Y, a lo lejos, oigo la lluvia.
Escucho sus truenos.
Sus gritos de esperanza.
Pero están en la distancia.
Y tengo sed de agua.
Ven lluvia querida,
desafía a las montañas.
Deja que tu alma de agua haga florecer mis ramas.
Mi corazón está en tierra yerma.
Mi corazón, oculto en las sombras,
nunca ha visto la luz de la mañana.
Mi corazón es una semilla seca.
Y necesito de tu agua.
Ven, agua.
No dejes que el árido desierto marchite mis
entrañas”.

Las palabras, incomprensiblemente, le golpearon con dureza. Fue tan grande la conmoción, que sintió como el aire escapaba de su pecho. Apenas podía respirar por ese maldito

nudo que se le formó en el estómago y que amenazaba con arrastrarlo a una sensiblería que no estaba dispuesto a sufrir.

—¿Estás bien? –le preguntó Yanna acercándose. Asad le apartó la mano con rudeza y se levantó.

—¿Por qué diablos tenéis tantos calentadores? Aquí hace un calor insoportable. Soy hombre acostumbrado al frío. Tengo que salir. Necesito que me de el aire —jadeó marchándose a toda prisa.

Yanna intentó ir tras él, pero Zahid se lo impidió.

—No temas. Su mal no es físico.

—Lo sé. Precisamente esa es mi preocupación. Y lo peor de todo es que no se como ayudarlo.

—¿Tanto le amas?

Ella soltó una risa nerviosa.

—¿De dónde sacas esa idea tan absurda? Nunca podría enamorarme de un hombre como él. Mi desvelo es por la familia. Que no nos llevemos bien, no significa que desee verlo feliz; porque solo de este modo, vosotros también lo seréis. Zahid. Asad ha sufrido mucho y su carácter se ha tornado tormentoso. Y hay que hacerle entender que las cosas nunca volverán a ser como antes.

Su cuñado tomó aire.

—Ese es el gran inconveniente. Asad siempre fue testarudo como una mula; lo cuál, en según que circunstancias, es una gran virtud. Lo malo es cuando se empecina uno en el error. Y mi hermano, por desgracia, en algunas ocasiones no logra ver que se equivoca. Sobre todo contigo. No es nada justo, pues no mereces su desprecio.

—Tal vez no le falte razón –dijo ella con semblante entristecido.

—¿En qué puede tenerla? Eres una chica estupenda. Vamos, deja de excusarlo. No merece tú compasión.

—Zahid, tú no me conoces. No sabes nada de mi pasado. De lo que he hecho, ni a quién he lastimado.

Él le tomó las manos entre las suyas y sonriéndole con gran afecto, le dijo:

—¿Y qué importa ahora eso? Yo solo sé, que ahora, ante mi, tengo a una mujer de gran corazón y que hará lo imposible por devolverle a Asad la paz que hace mucho tiempo perdió.

—Faiza será una mujer muy afortunada.

Zahid, con el rostro como la grana, le soltó las manos.

—¿A qué viene ese comentario? Tú prima y yo solamente somos amigos. Más bien compañeros en esto de la música y la poesía.

—Comprendo. Disculpa mi mala apreciación. Zahid. La verdad es que estoy muy cansada y solamente digo tonterías. Será mejor que nos retiremos. Buenas noches.

—Buenas noches, Yanna.

CAPITULO XXIX

Yanna, se sentía muy abatida. Desde aquel aciago día que los vikingos sesgaron la vida de sus padres, no había vuelto a ser feliz. Y esa felicidad irrecuperable, tampoco sería mitigada por ninguna nueva dicha. Nadie quería darle la oportunidad. La habían abocado a una vida que transcurría entre el odio y la frustración; donde la paz o el cariño no eran bien recibidos;

solamente esa lujuria salvaje y primitiva. Y ella quería algo más de Asad. No amor, pues era consciente que nunca lo obtendría. Simplemente deseaba ese afecto que existió entre sus padres. Esa serenidad que reportaba los sentimientos simples y exentos de complicaciones. Pero su marido no conocía de simplicidades. Todo él era exceso. Exceso de honorabilidad, de violencia o de pasión. Sobre todo de pasión. Un ímpetu que la desmoronaba y que la obligaba a comportarse con desenfreno. Y ella siempre había sido una mujer muy razonable, incluso, podría decir que calculadora. No. Lo afirmaba, como lo demostró aprovechándose de Asad. Ya hora, como una idiota, cedía ante una simple caricia de ese hombre sin corazón.

La evocación de lo ocurrido en el hamman, su boca devorándola, su mano recorriéndole la espalda, sus cuerpos desnudos piel contra piel, la llenó de deseo.

Acalorada, se acercó a la ventana. Levantó la cortina y dejó que el aire entrara. De repente, sus ojos de miel observaron incrédula lo que estaba ocurriendo tras la ventana. Una fina lluvia blanquecina caía lánguidamente. ¡Era nieve! Como una niña alborozada bajó la escalera y salió al patio. Alzó los brazos y comenzó a bailar, sin dejar de reír. El tacto de los copos al caer era suave y el frío. Pero no le importaba. Estaba viviendo un momento mágico con el que siempre soñó de niña.

Asad miró la escena fascinado. Yana parecía una ninfa surgida de un mundo fantástico. Un hada que con cada movimiento le lanzaba destellos que iluminaban su corazón. Sentía que éste quería escapar de su pecho y como la respiración se le cortaba. Todo su cuerpo estaba encadenado en esa danza incapaz de reaccionar. Hasta que, un impulso muy distinto a la excitación que siempre despertaba en él, lo obligó a bajar, a compartir ese milagro de la naturaleza junto a ella.

Yanna se paralizó al verlo.

—Sigue bailando, por favor –le pidió él.

La petición no era una orden, más bien una súplica. Eso la desarmó e inició de nuevo su baile bajo las gotas heladas, bajo la atenta mirada de Asad, que no se cansaba de mirarla.

Yanna, finalmente, notó los efectos del frío y se echó a temblar. Asad, comprendiendo que continuar era una locura, la tomó de la mano y la abrazó.

—Estás helada. Puedes enfermar. Ven.

Ella no protestó, se dejó llevar, sin importarle el destino. Tampoco protestó cuando, en el baño él le quitó el camisón. Se sentía muy cansada de tantas peleas, de soportar su secreto y ya no quería luchar

Asad no la tomó en sus brazos. Entró en el agua y la invitó a sumergirse. El frío desapareció al instante. Sobre todo cuando Asad nadó hacia ella, deteniéndose a escasos centímetros. Sus ojos negros la miraron profundamente, sin ese brillo lujurioso y eso aún la asustó más; pues no podía prever cuales eran sus intenciones.

—¿Nunca habías visto la nieve? ¿Verdad?

—En Isbiliya… nunca nieva –respondió Yanna mientras nadaba hacia el otro extremo de la piscina. Asad la siguió.

—No huyas de mí.

—Debo hacerlo.

—¿Por qué? No es mi intención lastimarte.

—¿No me odias?

—Lo hice en un principio. Pero ya no creo que seas tan malvada. En realidad, tienes buen corazón. Lo has demostrado con el trato hacia mi familia. Yanna, aborrezco la situación, no a ti.

—De todos modos, nuestra convivencia es imposible. Somos dos personas muy distintas. Lo que pretendes no arreglará nada y nos lastimaría. Bueno… a mi me lastimaría. No quiero ser solamente tú… ramera.

—Nunca podrías serlo, mi bella flor.

—¿Y qué sería para ti? Te niegas a que sea una verdadera esposa.

—Serías la mujer que más deseo, la que me enciende. No me pidas más. No podré dártelo. Yanna, acepta lo que te doy.

—Asad, si las mentiras son las que nos separan, quiero confesarte que…

Asad posó los dedos sobre sus labios.

—Esta noche no quiero hablar del pasado. Esta noche solo seremos un hombre y una mujer que se desean, que quieren alcanzar aquello que han soñado durante noches llenas de soledad. Te quiero por completo. ¿Aceptas, mi hermosa Yanna?

Ella no quería ceder. Sin embargo, la actitud de Asad le estaba dando esperanzas de que, tal vez, consiguiera cambiar la situación, que con el tiempo, sintiera por ella, al menos, cariño.

—¿Sabes qué significa esto? No podrás pedir el divorcio, pues yo no mentiré. ¿Estás dispuesto?

Asad, como única respuesta, buscó su boca y la besó con glotonería. Ella se aferró a su cuerpo y devolvió cada uno de sus besos con el mismo ímpetu. ¡Señor! Nadie, ni ella misma, imaginaron lo mucho que deseaba entregarse a su esposo.

—Cariño, te deseo tanto que moriré de dolor –jadeó Asad tomándole el rostro entre sus manos.

No tenía que jurarlo. Su erección era la evidencia.

—Te daré la medicina que necesitas –dijo Yanna con la respiración entrecortada, abriéndose para él. Pero Asad no la penetró. Se separó de ella y con ojos nublados por la pasión, dijo:

—Quiero más. Quiero disfrutar contigo. Ven.

La llevó hasta la escalerilla y salieron del agua. Asad cogió una toalla. Con gestos delicados comenzó a secarla, sin mostrar en ningún momento la impaciencia que lo devoraba.

Cuando terminó, hizo lo propio consigo mismo y sin miramiento alguno, lanzó la toalla. Después, levantó a Yanna en sus brazos y cargó con ella hasta llegar a la habitación. La posó sobre la cama y apartándose, encendió varias lámparas más.

Yanna no pudo evitar sentir vergüenza ante la mirada penetrante de su esposo, ni de pensar en que, en apenas unos minutos, todo lo que aprendió de sus maestras se iba a materializar entre los brazos de ese hombre magnífico y que esa espléndida masculinidad la poseería.

—No quiero que las sombras me impidan disfrutar de ti –dijo Asad. Se arrodilló junto al lecho. Tomó su pie y lentamente le besó, uno a uno, los dedos. Cuando su boca comenzó su ascenso por la pierna y se acercó a su rincón más íntimo, contuvo el aliento. Pero Asad no se detuvo allí, siguió viajando por la piel de seda hasta alcanzar su pecho. El aliento la quemó y ahogó un gemido. Asad soltó una risa profunda, Yanna estaba realmente encendida y apenas la había tocado. Era la mujer más sensual que conocía. Lo verificó cuando su boca atrapó el pezón inhiesto. El cuerpo de su mujer se estremeció sorprendido por el impacto del placer. Pero esto solo era el principio. Asad estaba dispuesto a volverla loca. Y lo estaba logrando. Nunca imaginó que un hombre como él, un soldado que jugaba continuamente con la muerte pudiera regalar tanta delicadeza, tanta ternura a una mujer, que su habilidad fuera sencillamente asombrosa, elevándola a una voluptuosidad demoledora.

Fascinada por ese descubrimiento, se entregó a él sin el menor pudor. Aferró las manos a su cabello y lo arrastró hacia su boca.

Durante largos minutos sus bocas se alimentaron con codicia, mientras sus manos inquietas se tocaban con desesperación, como si quisieran constatar que aquello era real y no una ensoñación.

—Voy a abrir la llave de tu placer, cariño –musitó él buscando el botón oculto entre sus muslos. El roce de sus dedos la hizo gemir con angustia, deseando más. Él se lo dio. La besó profundamente al tiempo que la penetraba con el dedo. Las

caderas de Yanna reaccionaron al instante, acompasándose a los movimientos del hombre.

—Tócame tú, cariño –le suplicó llevándole la mano hacia donde más le urgía.

Yanna, en un momento de lucidez, dudó, preguntándose si era una nueva trampa.

—Asad. Así no –jadeó.

Él, mirándola febril, le acarició la mejilla.

—Cielo, no voy a renunciar a ti. Ahora no. Solamente deseo que los dos sintamos el mismo placer. ¿No quieres lo mismo?

Sí. Era lo que mas ambicionaba y se lo demostró regalándole caricias tan vehementes como las de él.

—Es mejor que pares –le suplicó Asad, retirándole la mano.

—Creí que te gustaba.

—Demasiado –gruñó él.

Ella soltó una risa profunda, que se quebró en el mismo instante que Asad continuó colmándola con sus caricias osadas y provocativas. Cerró los ojos y dejó que los sentidos se concentraran solamente en esa mano que la arrastraba hacia el paraíso.

Asad no podía apartar los ojos del rostro contraído por el goce de su mujer, de sus ojos de miel sumergidos en un mar tormentoso, de sus labios temblorosos por el ansia. Y esa visión lo llevó a la excitación máxima. Era imposible intentar seguir con el juego erótico. Su inflamación era ya dolorosa.

—Lo siento. Estoy al límite, cielo –dijo respirando con dificultad. Nervioso, como si se tratara de su primera vez, la preparó para recibirlo. Yanna le rodeó la cintura con las piernas. Aferró las manos a la almohada y conteniendo el aliento, aguardó la embestida. Él comprendió su temor. En ese instante debía estar recordando aquella brutal violación a la que fue sometida.—Prometo que no te dolerá, cielo. Lo prometo. Seré delicado con tu ruiseñor.

—Confío en ti. Hazme tuya y te otorgaré todo mi placer –dijo ella.

Él exhaló un gemido y despacio, conteniendo el ansia, comenzó a penetrarla. El rostro crispado de Yanna no era a causa del dolor, era simplemente placer. Un goce que la llevó a gimotear sin control, devorada por sensaciones indescriptibles, que ese miembro caliente y duro que la llenaba por completo, le regalaba.

Asad, meciéndose contra ella, ocultó la cara en su hombro, jadeando sin control. La respiración de Yanna también se volvió angustiosa. La tensión que sentía era ya insoportable, tenía que

liberarse y el dulce alivio llegó arrastrándola hacia un camino donde solamente pudo ser consciente de su cuerpo sumergido en una vorágine enloquecedora.

—Si, mi bella flor. Sí –musitó Asad moviéndose con más dureza ante la inminente llegada de su propio orgasmo. Su última embestida lo llevó a la gloria, a un éxtasis como jamás experimentó y emitió un gruñido salvaje de puro placer.

Durante unos minutos permanecieron unidos, abrazados, sintiendo el latir acelerado de sus corazones; hasta que la naturaleza rompió la unión.

—¿Cansada? –le preguntó Asad, apartándole el cabello que estaba pegado a su frente húmeda.

—Cansada, saciada y sorprendida –contestó ella, sin poder evitar un suspiro.

—Una violación no tiene nada que ver con lo que hemos compartido, cielo.

—Asad. Yo... Quiero contarte...

—No es necesario. Sé lo que es eso, una experiencia aterradora. Pero yo aliviaré tu sufrir, mi bella flor. A mi lado olvidarás. Es una promesa. Ahora duerme. Descansa.

Yanna se apretó aún más él. No entendía que le estaba ocurriendo. Estaba comenzando a sentir afecto por Asad. Y eso la asustaba. ¿Y si llegaba a enamorarse? El resto de sus días serían un suplicio, pues él, a pesar de la intimidad compartida, de su ternura, no la amaría jamás. Se lo había dejado bien claro.

CAPITULO XXX

Asad abrió los ojos y miró hacia el otro lado de la cama. Al verlo vacío, alarmado, la buscó. No se había ido. O tal vez si, pues la imagen que tenía ante él parecía un ángel. Y un sentimiento de orgullo le llenó el pecho al pensar que esa maravilla era suya. Solo suya. Y lo más asombroso era que, su naturaleza salvaje había quedado tan saciada, que solamente le hizo el amor una vez. Jamás le pasó nada semejante. Sin embargo, ahora su deseo estaba bien vivo. Abandonó la cama y se acercó a ella.

—¿En qué piensa el jardín de mis deseos? —le susurró Asad rodeándola con sus brazos.

Ella estaba pensando en que penas quedaba rastro de la nieve, que tanta belleza había sido efímera y que, tal vez, tan fugaz como sería la buena disposición de su marido. Apoyó la cabeza en su hombro y musitó:

—Que es una lástima que tengamos que irnos. Es un lugar muy hermoso y además, aquí me siento libre. ¿No podríamos quedarnos unos días más?

Él soltó un enorme suspiro.

—Desgraciadamente, el deber manda. Pero si quieres, en cuanto todo termine, podemos volver.

Yanna se dio la vuelta y lo miró con ojos brillantes.

—¿De veras? ¡Sería estupendo!

—¿Sabes que sería estupendo? —sugirió él pegándola a su cuerpo. Ella notó su excitación, apreciando sorprendida, como su deseo también nacía. Pero debía ser inteligente y no caer en la tentación. No podía ponerle las cosas tan fáciles a su marido. Era necesario que comprendiera que todo tenía un precio y el suyo era que aprendiera a verla como a su compañera y no como a una vulgar prostituta.

—No hay tiempo. Tenemos que irnos —dijo liberándose de su abrazo. Con un gesto le indicó que mirara a través de la ventana —. Mira. Zahid ya está preparando la carreta. Y antes, tenemos que desayunar.

—Sí, me siento hambriento, pero de ti. Cielo, no tardaremos nada –insistió Asad abrazándola de nuevo.

—Yo quiero recrearme, volverte loco. Y lo haré en cuanto estemos en casa. Prometo llevarte al paraíso. Te demostraré mi arte, mi sensualidad. Guarda tu ardor para entonces –le susurró acariciándole el pecho.

Asad, al imaginarlo, tragó saliva.

—No temas, mi bella flor. A tu lado siempre permanece encendido –dijo ronco. Se separó de ella y se vistió precipitadamente, instándola a que se diera prisa. Una vez listos, bajaron al comedor, y tras tomar el desayuno partieron hacia Qurtuba.

El trayecto fue delicioso. El tiempo había mejorado mucho, tanto que parecía que la primavera quisiera apartar al invierno que se acercaba. Yanna y Zahid disfrutaron entonando bellas canciones. Asad cabalgando junto a ellos, imaginó como podía ser el futuro que todos habían pensado para él. Sí. Estaba lleno de belleza, lejos de esos campos de batalla donde la sangre y la muerte lo llenaba todo, campos, cuerpos, almas. Era una promesa de paz. Pero él no estaba hecho para permanecer enjaulado. Era un espíritu libre, un hombre de acción.

—¡Ahí está! –exclamó Zahid con entusiasmo. Qurtuba era para él la ciudad más hermosa del mundo, donde el arte, la música y las mujeres no tenían rival; donde el azahar se expandía llenando los sentidos y en las noches de luna llena los amantes se dejaban arrastrar por el amor. Sí, pensó. Qurtuba era una perla exquisita.

Las calles, como siempre, estaban repletas de gente que iba de un lado hacia otro, de vendedores gritando las excelencias de

sus mercancías, de músicos callejeros, poetas, extranjeros aturdidos por tanta magnificencia.

Tras sortear la vorágine, llegaron a casa. Zahid se despidió. Yanna y Asad entraron. Él impaciente por la promesa hecha, ella, con los nervios a flor de piel. ¿Lograría que ese hombre comenzara a abrir su corazón?

—Bienvenidos. Tengo una nota para ti, ama –dijo el esclavo entregándole una nota. Ella la leyó, ante la mirada interrogante de su marido.

—Es Shamsa. Desea verme cuanto antes –le comunicó.

—¿Ahora? –inquirió Asad con tono contrariado.

—Ya sabes que tu abuela no acepta ningún no por respuesta y su mandato ha de cumplirse al instante. Temo que tendrás que aguardar a recibir mi regalo.

—Pero no me robará un anticipo –gruño Asad buscando su boca. La beso con tanta pasión que la dejó sin aliento.

—Yo… también aguardaré impaciente –jadeó ella.

—Mustafá te acompañará. Iré a darme un baño.

Yanna abandonó la casa, preguntándose que querría Shamsa. Probablemente, comentarle que el traidor o traidores ya estaban a buen recaudo.

En cuanto llegó a las puertas del Alcazar, fue recibida por dos soldados que la condujeron hasta el umbral de la felicidad, donde solamente podían entrar los elegidos por el emir y los eunucos.

Cuando la puerta se abrió, un eunuco de piel negra, alto como un gigante y aspecto severo, la saludó con una leve inclinación de cabeza. A Yanna lo le extrañó. Probablemente había formado parte de esos niños hijos de esclavas cuya infancia siempre transcurrió entre los muros del harén, prisioneros de un destino despiadado. Unos morirían. La gran mayoría serían vendidos como esclavos. Otros serían educados como orfebres, carpinteros o cualquier oficio al servicio de su señor, siguiendo unas reglas muy estrictas. Dormían en grandes salas donde la luz nunca era apagada y eran vigilados por grupos de eunucos, para comprobar que ninguno de ellos rompía el silencio que se les era exigía o que nunca mantuvieran el trato entre ellos. Los más fuertes serían adiestrados pala la lucha, soportando grandes pruebas. Aquellos que las superaran terminarían su instrucción aprendiendo idiomas. A los cuatro años serían llevados ante su señor y éste decidiría el destino final. Pero lo más apreciados eran aquellos que habían sido castrados. Su mutilación los hacía muy aptos para el control del harén. No podían romper la fidelidad al emir, como tampoco sentir deseos exaltados, por lo

que eran pacíficos. Dentro del serrallo ejercían un poder asombroso. Controlaban a las concubinas y esclavas, incluso eran los encargados de distribuir la comida o la ropa. Nada escapaba a su control.

Al cruzar la puerta se le formó un nudo en la garganta al imaginar que si no hubiera actuado con tanta frialdad ahora formaría parte de esa cárcel. Una prisión verdaderamente hermosa. El salón donde se recibían las visitas era majestuoso. Grandes columnas sostenían unos arcos finamente labrados, pintados con pan de oro. En las paredes espejos, objetos de orfebrería y pinturas de desnudos femeninos adornaban las paredes, mientras que las alfombras y almohadones se extendían por doquier. La arcada mayor daba paso al jardín, el lugar más majestuoso. Allí el mármol era el rey. Suelos, paredes e incluso las diversas fuentes que regalaban los oídos con su música de agua. La vegetación también era exultante. Densa en algunos lugares para dar frescos y en otros cientos de flores daban el toque de color. Mujeres y niños disfrutaban de ese edén ficticio, junto a sirvientes mudos o lisiados. Al verla la estudiaron con curiosidad.

—¿No te sientes afortunada?

Yanna se dio la vuelta. Era Shamsa. Iba ataviada con una sencilla túnica tan blanca como la nieve, que hacía resaltar su piel bruna. A pesar de su avanzada edad, se dijo que era aún muy hermosa.

—Ellas parecen no tener problemas. Sus rostros muestran serenidad –respondió.

—Una serenidad ficticia, querida Yanna. Carecen de libertad, ni pueden soñar, ni recibir amor.

—Yo no tengo nada de ello, ni lo obtendré.

Shamsa se colgó de su brazo y la invitó a caminar.

—Lo harás, si luchas –dijo llevándola al jardín. Con aire altivo la acompañó hasta el otro extremo. Eran los baños. El lugar era de ensueño. Las paredes estaban recubiertas de losas de jaspe pulidas. El trecho abovedado con varios ventanales dejaba caer los rayos de sol sobre el aljibe construido con mosaicos azules.

La presencia de Yanna rompió el sopor. Los ojos de las concubinas y esclavas se posaron sobre Yanna, escrutándola sin ningún descaro; lo que le provocó una vergüenza terrible.

—No te preocupes. Son inofensivas. Con la única que debes tener cuidado es con Tarub. Es una mujer muy ambiciosa. Es esa de ahí –le indicó con leve movimiento de los ojos —. La que está a su lado es Nayla, la mujer que solo le ha dado hijas. Como no

pueden ser rivales por la cuestión de herencia al trono, son muy amigas. Cuidado con lo que lo que dices. No dudará en contárselo. Pero dejemos esas cuestiones tan enojosas y disfrutemos —dijo Shamsa desprendiéndose de la túnica, invitando a hacer lo mismo.

—Vamos. No tengas vergüenza. Eres la más hermosa. Deja que te envidien —dijo la anciana.

Yanna se desnudó y se metió en el agua.

—¿Por qué querías verme con tanta urgencia?

—Estaba impaciente por saber si las cosas entre mi nieto y tú han mejorado.

—Ayer consumamos nuestro matrimonio —le confesó Yanna con las mejillas arreboladas.

—¿De veras? ¡Bendito sea Alá! ¡Eso es estupendo! —se alegró la anciana.

—No tengas demasiadas expectativas. El corazón de Asad sigue enterrado en la cueva de la amargura.

—Tú le darás dulce miel, mi querida niña. Y tal vez, el hijo que obrará el milagro completo.

Yanna parpadeó perpleja. ¿Un hijo? Con el rechazo inicial de su esposo jamás pensó en ello. Pero ahora… ¿Y si en su noche de pasión habían concebido vida? ¿Cómo reaccionaría Asad? Sin duda, no sería de su agrado. Había dejado bien claro que no deseaba la convivencia de un matrimonio normal. ¿Lo rechazaría? ¿La apartaría para siempre de su lado? Esa idea la entristeció más de lo esperado.

Shamsa, al ver su rostro sombrío, le preguntó:

—¿No deseas hijos?

—De niña, siempre soñé con la familia que iba a tener. Con un amante esposo y un hogar junto al Wad al-Kabir lleno de chiquillos. Después, cuando llegó la propuesta de Abderrahman, dejé de soñar.

—El destino te ha dado una nueva oportunidad para alcanzar tus deseos. Y desde luego, no vamos a perderla.

El destino y sus malas artes, pensó Yanna, sintiendo de nuevo ese remordimiento que siempre la acompañó.

—¿Un masaje? —sugirió Shamsa saliendo del agua.

Yanna aceptó. Necesitaba relajarse, escapar del torbellino que poblaba su mente.

Se tumbaron en dos divanes contiguos y se pusieron bajo las manos expertas de las masajistas. Éstas eran realmente jóvenes. Apenas debían superar los quince años. Lo más probable es que fueran compradas cuando apenas contaban once años por una mísera caja de municiones o unos pocos dinares. Y que al

cumplir trece años, si eran del gusto del emir, tras pasar por su cama, fueran olvidadas en medio de ese mar de mujeres.

Su caso habría sido muy distinto. Como hija de un hombre influyente de Isbiliya, su candidatura fue optar a ser la cuarta esposa del emir, no una mera concubina; con todos los privilegios que ello representaba. Esclavas a su servicio, el respeto de las concubinas y algo de poder, sobre todo si hubiese dado a luz a un varón.

—Tarub te está estudiando —le susurró Shamsa. Yanna también miró sin pudor a la favorita de Abderrahman. Era hermosa. Poseía una belleza extraña y misteriosa —. Es una zorra. Su ambición no tiene límite.

—Imagino que aquí hay que sobrevivir como sea. ¿Cómo lo hiciste tú?

Shamsa esbozó una sonrisa dulce al rememorar sus días en Damasco.

—Al principio me sentí muy desgraciada al ver que debería pasar el resto de mis días encerrada en un harén. Pero el califa Mu'awiya, mi esposo, logró enamorarme y siempre me mantuvo a su lado como favorita. Esa fue mi salvación. No tuve que enemistarme con nadie, pues ostentaba el máximo poder, al darle su heredero. Pero la dicha se esfumó muy pronto. Las luchas interiores acabaron con la vida de los que más amé. Afortunadamente, sobrevivieron una de mis hijas, Yahaya, mi hijo menor y Abderrahman. Abandónanos Damasco y nos refugiamos en el desierto con las tribus beduinas. Pero no encontraron y mataron a Yahya. Nuestro exilio nos llevó a escondernos con los Nafza, tribu a la que yo pertenecía. A pesar de ello, continuábamos en peligro y partimos hasta estas tierras junto a un ejército de sirios. Tú suegro llegó con nosotros y acabó casándose con mi hija. Y mi hijo creó el emirato.

—Has tenido una vida muy dura –comentó Yanna.

—Pero, a pesar de ello, plena. ¡Oh, Señor! Ahí llega Nasr.

Yanna miró al eunuco. Era un hombre de tez blanquecina, alto y de rostro afeado —.Es el hombre de confianza de Abderrahman y fiel servidor de esa bruja. Ahora debe estar dándole toda tu información. Nunca me gustó, pero mi nieto jamás consideró mi opinión. Es probable que se acerque a nosotras para sacarte información. Habla lo preciso y nada personal. Déjamelo todo a mí. ¿Lo ves? Preveo todos sus pasos.

—Querida Shamsa, hacía muchos días que no venías por los baños. Es un placer tenerte entre nosotros. Y por supuesto, a tu invitada —dijo Nasr con una gran sonrisa.

—Es la mujer de Asad. Aunque, creo que ya lo sabías. A un hombre como tú no se le escapa nada. ¿Cierto? —dijo Shamsa adoptando el mismo tono de falsa cortesía.

—No puedo negar que la vi el primer día que la recibiste; aunque fue en la distancia. En la proximidad es tan hermosa como la describieron. Tú nieto es un hombre muy afortunado.

—Ciertamente, lo es. Has sido muy atento al venir a saludarnos. ¿Deseas algo más?

—Tarub me ha pedido que os invite a su mesa. Desea

recibir a la mujer de Asad como se merece y daros un gran banquete.

—Dile que es muy gentil. Pero será en otra ocasión. Mi nieta y yo tenemos que hablar de muchas cosas, en privado. Supongo que sabrá disculparnos. Aunque, emplazamos la cita para la próxima ocasión —rechazó Shamsa con un tono que no admitía réplica.

El eunuco no era ningún idiota. Shamsa era la mujer más poderosa del Alcazar, por lo que, no insistió.

—Así se lo haré saber —respondió inclinando la cabeza con respeto, alejándose sin mostrar el menor síntoma de decepción o enojo.

—Será mejor que nos larguemos. Esa bruja no se dará por vencida. Vamos a mis aposentos privados y comeremos —dijo Shamsa.

—Asad me aguarda —dijo Yanna.

La anciana sonrió con malicia.

—Deja que espere. Cuando llegues estará abrasado por la pasión y podrás manejarlo como a un muñeco. Los hombres, a veces, son como niños. Sobre todo en cuestión de sexo. Nuestros juegos los maravillan y desean que el tiempo de solazarse no termine. Así que, querida niña, no se lo des todo de un golpe. Dosifica cada una de tus artes y verás como la llama de su ardor no se apaga nunca. Vamos.

La habitación de Shamsa era maravillosa. Un gran ventanal permitía que la luz del sol penetrara de un extremo a otro. Los muebles eran exquisitos. De madera nobles y tallados con gran maestría. La cama enorme estaba cubierta por un edredón de seda roja. Ante la ventana, un diván confeccionado con tela de Damasco, en el cuál la invitó a sentarse.

—Es un cuarto espléndido –dijo.

—Es lo mínimo que podemos pedir para soportar esta cárcel –dijo la anciana.

—¿Por qué sigues aquí? Al morir tu hijo, adquiriste la libertad.

—¿Y qué haría afuera? Todo lo que amo está aquí. Además, me gusta ejercer mi poder sobre esas ambiciosas. Por cierto. No te he comentado que apresaron a ese tendero.

—Es un alivio –dijo Yanna.

—Aunque, no logramos que confesara quién era el otro hombre. No resistió la tortura. Eso significa que aún estás en peligro.

—Estoy segura de que no me vio.

—¿Y si te equivocas? Será mejor que tengas mucho

cuidado y no salgas sin un ejército de acompañantes. ¿Entendido?

La esclava trajo la bandeja con la comida.

—Olvidemos los problemas y centrémonos en estas delicias –dijo Shamsa cogiendo un trozo de coliflor.

—No tengo mucho apetito –dijo Yanna.

—Pues, debes comer. Has de estar fuerte para mi nieto. No es hombre que se conforme con migajas. Lo quiere todo. Aunque, eso, ya lo habrás comprobado. ¿Verdad?

Las mejillas de Yanna se encendieron.

—Querida niña. Una mujer no debe avergonzarse por disfrutar con el placer que un hombre le da. El Profeta indicó claramente que un esposo debe jugar con el cuerpo de su esposa antes de tomarla, para que ella también disfrute de la unión. Y si un soldado como Asad, acostumbrado a buscar el desahogo con una prostituta lo ha hecho, significa que eres para él algo más que una simple mujer. Y debes aprovecharte de ello. No dudes ni un instante en ofrecerle todo lo que te pida. Tal vez, de este modo, consigas enamorarlo. Aunque, una vieja zorra como yo, opina que el muchacho ya ha caído en las redes del amor.

—¿Asad? Jamás –refutó Yanna.

—Ya lo veremos. Ya lo veremos.

CAPITULO XXXI

Asad se sentía enojado. Mustafá le había comunicado que Yanna permanecería durante todo el día con Shamsa, lo cual aplazaba la dulce y excitante promesa que le hizo su mujer. Pero esa espera le sería recompensada con creces por Yanna. No dejaría que abandonara su cama antes de poder saborear cada una de sus habilidades.

Tras comer solo, aburrido y apático, se tumbó en la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Una vez más, todos sus pensamientos se encaminaban hacia Yanna. La terrible molestia

se estaba convirtiendo en una presencia tolerable e incluso, si era sincero consigo mismo, muy agradable. Tanto que, a pesar de su orgullo confesaba que la echaba de menos.

—¡Maldita hembra! –gruñó levantándose.

Bajó al el salón. Cogió un libro, no le importó cuál. Lo único que quería era distraerse, aplacar la impaciencia que lo consumía.

Cuando Yanna se acercó a él, lo encontró completamente dormido, con el libro cubriéndole la cara. ¿Debía despertarlo? ¿O lo mejor era retirase discretamente y aguardar a que él la reclamara? No estaba segura de ello. Y pensó que haría Shamsa en su situación. Lo más probable es que, no dudaría en seducir a su esposo. Ella podía hacerlo. En realidad, ya lo hizo meses atrás sin el menor sentido del pudor ni moralidad.

Dispuesta conseguir que la relación amistosa que ahora mantenían no se truncara, dio orden a los criados de que no fueran molestados bajo ningún concepto y regresó junto a él. Se quitó el velo y con cuidado, cogió el libro dejándolo sobre la mesa. El rostro de Asad estaba lleno de placidez. Los rasgos duros eran ahora dulces y a pesar de la hombría de sus facciones, le recordó a la cara de un niño cuando se sentía saciado y protegido. Y se preguntó porqué no podía ser siempre así. Porqué la serenidad era tan escurridiza.

No era momento para pensar en esas cosas. Tenía una misión que cumplir. Se arrodilló junto a Asad y lo besó tiernamente. Como continuó dormido, decidió ser más osada. Le mordisqueó el labio al mismo tiempo que acariciaba su pecho. Asad se removió inquieto. Yanna siguió el recorrido hasta posarse sobre el pubis cubierto por la tela. Sutilmente lo acarició, notando al instante su reacción. Él abrió los ojos y la miró con ojos turbios, con una mirada que la asustó. Se apartó de él.

—No me dejes –le suplicó Asad abrazándola—. No sabes las veces que he soñado con esto. Noche tras noche, en mi deliro, llegué a creer que una vez me deseaste y que, sin exigencias, te entregabas a mi por completo, dándome lo que más anhelaba. Incluso imaginé el sabor de tu boca, la sedosidad de tu piel, la suavidad caliente de tu ruiseñor. Solo fue producto de la fiebre. Pero ahora es real. Me deseas tanto como yo a ti.

—Asad…

—Calla y bésame. Tómame como en mi ilusión. Acaríciame. Se mi dueña –jadeó buscando su boca.

Yanna, incapaz de soportar el remordimiento, comenzó a llorar.

—¿Qué te ocurre? ¿Te han ofendido o causado algún mal

en el Alcazar? ¡Dime quién ha sido y conocerá mi ira! —explotó Asad. Al ver que ella no dejaba de sollozar, le acarició la mejilla —. Vamos, dime qué pasa. Por favor. Habla sin miedo.

Yanna pensó en callar. Pero no podía. Cada día que pasaba su conciencia le exigía que se liberara de ese tormento que no la dejaba vivir en paz.

—La reunión con tú abuela ha sido perfecta. Me refiero a… a tu sueño. No lo fue –reveló sin apenas voz.

Los ojos de carbón la miraron sin comprender. ¿A qué demonios se refería? ¿Acaso insinuaba que lo que siempre creyó una alucinación de su mal ocurrió realmente? Tenso, con la frente arrugada, dijo:

—¿Te estás burlando de mi?

Ella negó con la cabeza, sin poder dejar de llorar, esperando su reacción iracunda.

No se equivocó. Asad la apartó con un violento empujón y la fulminó con la mirada.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de confesar? ¿Estás diciendo que te serviste de mí para saciar tus ardores? ¡Por Alá! ¡Eres peor de lo que me imaginaba! ¡Eres una zorra sin moral!

—Escucha. No fue esta la razón que…

Asad se levantó.

—Ningún motivo es aceptable. ¡Nadie tiene derecho a aprovecharse de un moribundo! ¡Nadie! –bramó caminando de un lado hacia otro. No podía creer lo que le estaba sucediendo. Jamás lo habían humillado de este modo. ¿Él ser un mero juguete sexual? Lo había tratado como a un simple esclavo. ¡Por Satanás! Iba a matarla por ello.

—Si me dejarás… hablar, tal vez comprenderías –le suplicó Yanna, poniéndose de rodillas.

Él se plantó ante su mujer. Su rostro estaba contraído y rojo como la grana.

—Lo único que entiendo es que estoy casado con la peor de las mujerzuelas. Siempre supiste que en el campamento estuve atormentado ante tu presencia. ¿Sabes lo que significa para un hombre como yo ver como su voluntad férrea se derrite por un deseo enfermizo y que no puede cumplir por qué dio su palabra? ¡Maldita seas, mujer! Debería estrangularte ahora mismo y nadie me lo echaría en cara. ¡Oh, Dios Santo! ¿Por qué lo hiciste? No puedo entenderlo. La única explicación que llego a imaginar es que tu violación te dejó tan loca que te obligó a obrar con la misma crueldad.

—Nunca fui violentada. Escapé intacta de Isbiliya –jadeo ella.

El rostro iracundo de Asad dio paso a una máscara impenetrable.

—¿Cómo dices? –siseó.

Yanna tomó aire con fuerza. Con gestos nerviosos se enjuagó el llanto. Era la hora de la verdad y estaba preparada para cualquier consecuencia.

—Cuando mis padres aceptaron la proposición de Abderrahman, acepté por pura obediencia. Sin embargo, cuando tuve que huir de Isbiliya pensé en eludir del compromiso. Finalmente, la palabra dada venció a mis deseos. Pero tú me llenaste la cabeza con sueños de libertad. Y el único modo para llegar a ser libre era decir a todos que había sido ultrajada. Aunque, sabía que el emir querría verificarlo. Pero no estaba dispuesta a entregarme a cualquiera... Ibas a morir y me deseabas. Además, consideré que los dos obtendríamos lo que queríamos. Era una solución del todo justa.

—Un acto muy generoso de tu parte. Aunque, lo de justa... Puede que obtuviera placer, pero no fui consciente de ello. Una pena. ¿No te parece? –dijo Asad soltando una risa amarga.

—Pude haberte dejado morir, si me hubiese ido con los demás. En cambio, seguí a tu lado –le recordó Yanna.

—¿Y debo agradecértelo? ¡Por Dios! Estaría mejor muerto. Mi vida, ahora, es un infierno.

—Y estás dispuesto a recuperar tu antigua vida a costa de lo qué sea. Yo lo intenté y me salió mal. Como ves, no somos tan diferentes, Asad.

—Por supuesto que sí. Soy un soldado y mi deber es matar al enemigo. Pero mi conciencia se rebela y algunas noches, el remordimiento no me deja en paz. En cambio, tú eres incapaz de albergar remordimiento.

—No es cierto. Éste me ha acompañado cada día de mi vida. ¿O crees que no hubiera callado si fuera tan malvada como dices?

Asad admitió que tenía razón. En todo. A pesar de ello, no podía perdonarla. No que lo engañara, que se aprovechara de sus circunstancias, que lo hubiese obligado a desearla como un animal. Debía pagar el tormento que sufría desde el día que la conoció. No. Pero no sería suficiente. Yanna era un constante quebradero de cabeza y le provocaba un ansia de la que se quería liberar. Era necesario apartarla de una maldita vez de su vida.

—Una mujer debe ser honrada, fiel y sumisa. Tenías que cumplir una promesa y no una cualquiera. Era una palabra dada al emir, a tu señor. La quebrantaste y debes pagar tú felonía. Debo comunicarle todo lo que hiciste –dijo con tono acerado.

El rostro de Yanna se tornó lívido.

—Sabes cuál es el castigo por traición. ¿Tanto me odias que deseas mi muerte?

Sí. La odiaba con toda su alma. A pesar de ello, la sola idea de que desapareciera para siempre le encogía el estómago. ¿Qué le estaba ocurriendo? Nunca dudó cuando uno de sus hombres cometía una falta grave. Ni la amistad ni el valor demostrado lo doblegaban para cumplir la sentencia. Pero Yanna no era ningún soldado. Era una mujer que soportó el horror y que quiso que su futuro no estuviera sometido a la tiranía de un harén. Tuvo valor en cambiar su destino. No obstante, que para ese fin lo utilizara, no podía perdonárselo; o al menos, por el momento. Tenía que demostrarle que con él no se jugaba y que quién quebrantara esa norma, lo pagaría muy caro.

—Sí, te aborrezco. De todos modos, callaré. No quiero que mi familia sufra ni que caiga en la deshonra. Aunque, ese silencio tiene un precio. A partir de ahora me obedecerás en todo. No toleraré una protesta surgida de tu boca. Nunca saldrás de esta casa sin mi consentimiento y a solas. Haga lo que haga, tu deber será callar. Y en cuanto al trato con mí familia, será el menor posible. No quiero que lleguen a profesarte demasiado afecto. No lo mereces. ¿Queda claro?

Yanna, llorando de nuevo, aseveró con la cabeza. Era un castigo muy duro, pero justo y benévolo por su mala acción. Lo cumpliría a rajatabla. De este modo, pensó, su conciencia la dejaría dormir en paz.

—Bien. Mi primera orden es que permanezcas en tu habitación y no saldrás hasta que se me antoje. Puedes irte. Tú presencia me produce asco. ¡Largo!

Yanna se levantó y salió a la carrera; mientras Asad la miraba cabizbajo. A pesar de sus reservas, se había planteado la posibilidad de intentar que su matrimonio funcionara. Ahora, tras su terrible descubrimiento, era del todo imposible. Nunca podría confiar en Yanna. Nunca.

Yanna se tiró sobre la cama. La confesión la liberó del peso que la ahogaba. Sin embargo, el vacío fue llenado por una inmensa pena. No entendía la razón. No estaba enamorada de Asad. No lo estaba, se dijo una y mil veces. Pero lo cierto era que, contra toda lógica, debía admitir que amaba a ese hombre. ¿Cómo había llegado a ello? ¿Tal vez al ver como trataba a sus hermanos demostrando que podía tener sentimientos? ¿O como sufría intentando recuperar la movilidad perdida del brazo? ¿O por la delicadeza y pasión que demostró cuando hicieron el amor? Nunca lo sabría. La única verdad era que concebía ese

sentimiento hermoso, pero terrible en su situación, pues nunca sería correspondido. Ya no existía la más mínima oportunidad. Asad la despreciaba y no le faltaban motivos. Lo uso de un modo ignominioso. Ahora debía cumplir su castigo.

Cuando le trajeron la bandeja de la cena, no pudo probar bocado. Ni tampoco en el desayuno. Solamente quería dormir, olvidarse de todo y de todos.

CAPITULO XXXII

Asad se levantó con una resaca espantosa. Era incapaz de precisar cuantas jarras de vino se había tomado. Con un humor de perros exigió que le prepararan el baño de inmediato. Sus gritos se oyeron en todos los rincones de la casa maldiciendo a los ineptos que habían calentado tanto el agua. Amenazó con azotarlos, con colgarlos de dedos de los pies. Con el desayuno el resultado fue el mismo. No fue de su gusto y apartó el plato de un manotazo produciendo un gran estrépito.

Los sirvientes desaparecieron de su presencia procurando no encontrarlo en su camino. Asad, tenso y con un terrible dolor de cabeza, decidió salir a cabalgar.

Montó durante horas. Pero la angustia que traspasaba su pecho continuaba allí, atormentándolo. Debía terminar con ese infierno.

Al llegar a casa, ordenó a una de las esclavas que fuera en busca de su hermana. Impaciente, aguardó sin poder dejar de ir de un lado a otro del patio.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene tanta urgencia? —le dijo Suhaila.

—Quiero que revises el brazo. Vamos.

Subieron a la habitación. Su hermana le hizo hacer los ejercicios observándolo con gran profesionalidad. Al finalizar, tanteó el brazo.

—Va mejorando. Y mucho –le comunicó.

—¿De veras? —inquirió Asad, no muy convencido.

—¿Acaso dudas de mi? Si continúa esta evolución, creo sinceramente que volverás a poder levantar una espada. Para

ello, deberás efectuar unas nuevas ejecuciones. Te enseñaré. ¡Vamos allá!

La noticia lo llenó de esperanza. Si pudiera regresar al ejército, todos sus males se esfumarían. Así que, Asad siguió a rajatabla las nuevas instrucciones de Suhaila.

—No abuses de ello o pueden producir el efecto contrario. Veinte veces cada ejercicio. ¿De acuerdo?

—Como ordene la doctora —dijo él, ya más animado.

—Querido hermano, deja de temer. Sanarás. Lo cuál, me llenará de tristeza. No deseo que vuelvas al ejército. No quiero recibir, un día, la noticia de tu muerte.

—Siempre he tenido suerte, hermanita.

—Algún día, ésta se acaba. Pero. Olvidemos las posibilidades y centrémonos en lo esencial. Te recuerdo la promesa que me hiciste.

—Soy hombre de palabra. Aunque no te aseguro el éxito. Padre es blando con todos vosotros, pero ya sabes que hay asuntos en los que no transige —rezongó él.

—Sé que lo convencerás. Por cierto. ¿Dónde está Yanna? Me gustaría charlar un rato con ella.

Asad se colocó la túnica y sin mirarla, dijo:

—Ha salido al mercado. Y temo que tardará. Pensaba visitar a su tía.

—¡Oh! Quería pedirle consejo para la gran fiesta. ¿Le dirás que quiero verla? Tiene muy buen gusto en el vestir y me aconsejará. Por favor, no dejes de darle el recado. Necesito su ayuda, ya mismo. Mañana es el gran día. ¿No estás emocionado?

Él soltó un sonoro gruñido. Lo había olvidado por completo. Nunca le gustaron las fiestas y en estas circunstancias, estaba seguro que no podría soportar fingir ante todos que era un hombre feliz, con una esposa que todos envidiaban. ¡Qué ilusos eran! Si la conocieran como era en realidad, la echarían a los perros. Debería evitar que acudiera, ya que él no podía evadirse. Su primo montaría en cólera. Pero una mujer tenía mil excusas. Ya encontraría una.

—¡Pobre Asad! Olvidaba que eres un hombre solitario y que aborrece las reuniones sociales. Pero… La obligación manda, querido— dijo Suhaila.

—Así es. Nos veremos mañana.

Ella le dio un sonoro beso en la mejilla y se marchó.

Asad cerró la puerta e inmediatamente se puso con los ejercicios. Estos aún eran más duros. Pero no le importaba el dolor. Estaba acostumbrado a él. Era un soldado, un guerrero que se enfrentó a la muerte cientos de veces sin pestañear. No se

daría por vencido. Ganaría esta lucha.

Una hora después, cansado y sudoroso, a pesar del intenso frío, se sumergió en el aljibe del jardín. El agua fría actuó como un bálsamo. La tensión mantenida durante horas se fue debilitando tanto que, tras comer, en cuando se desplomó sobre la cama, cayó en un sueño profundo.

La paz apenas duró una hora. Sobresaltado y empapado por el sudor, abrió los ojos. ¡Maldita Yanna! Era imposible dejar de pensar en ella. Su imagen, su olor, su tacto, estaba grabado en su mente como un tatuaje. Y por mucho que la despreciara, su cuerpo traidor le exigía que la tomara sin contemplaciones. ¿Y por qué no debería hacerlo? Ella lo usó a su antojo. Y a él, que era su marido, debía obedecerlo en todos sus caprichos. Y lo haría, decidió. Salió de la habitación y como un vendaval, empujó la puerta del cuarto de Yanna. Ella respingó sobresaltada.

Asad no la miró. A grandes zancadas fue hasta el arcón. Abrió la tapa y tras rebuscar, sacó un vestido y lo tiró sobre la cama.

—Póntelo y baja al salón —el espetó saliendo.

Yanna miró el vestido. Era el que había usado para su presentación ante el emir. Se cambió sin cuestionarse la orden de Asad. ¿Para qué? Fuese cual fuese su deseo, debía acatarlo. Era el pacto acordado.

Cuando entró en el salón, su marido estaba tumbado sobre los almohadones, vestido con unos simples pantalones. La criada, a un extremo, aguardaba con una pandereta en las manos.

Si la imagen de Yanna en fundada en la tela casi transparente, que apenas ocultaba nada de su cuerpo, impactó a Asad, éste no lo demostró en ningún momento. Su cara era una máscara impenetrable.

—Baila —dijo.

Yanna, se negó a que la humillación que sentía aún engrandeciera más el orgullo de su esposo; por lo que, cuando las primeras notas se elevaron en el aire, comenzó a danzar. Su cuerpo se contorneó sensualmente siguiendo el ritmo de un modo magistral.

Asad mantenía los ojos clavados en ella sin apenas pestañear, atento al movimiento de las caderas, de su vientre plano, de los senos henchidos que se cimbreaban con sensualidad, mientras su hermoso cabello volaba libre. Yanna era una mujer asombrosa. Bella y astuta, concebida para el placer. Para su placer, pensó.

A Yanna no se le escapó el control que ejercía. Que Asad,

hombre que no perdonaba la traición, le fuese imposible resistirse a sus encantos, encendía una pequeña llama de esperanza. Por supuesto, no esperaba conseguir su amor. Aunque, si su comprensión y su perdón. Y puso todo su arte en el empeño. Su cuerpo se contorneó con más brío, haciendo que su danza fuera muy erótica, muy excitante.

El corazón de Asad se aceleró notando como se le secaba la garganta. Agarró la jarra de vino y bebió sediento, pero el alcohol no le alivió. El volcán rugía en sus venas y con cada nuevo movimiento el río de lava descendía hacia sus ingles.

La música cesó. La danza también. Asad alzó la mano y la esclava los dejó a solas.

Desnúdate —le ordenó con voz profunda.

Ella, mirándolo a los ojos, obedeció. Muy despacio, recreándose en cada uno de sus movimientos, fue liberándose de cada prenda. Primero la falda, que deslizó acompasándose con el movimiento de las caderas. Tras ella, se desató el corpiño, mostrándole, sin pudor, sus pechos redondos y firmes. Asad se mordió el labio inferior, conteniendo el aliento cuando Yanna, finalmente, se desprendió de las calzas, quedando completamente desnuda. Nervioso, apuró la jarra de vino.

—¿Eso es todo mi señor? —susurró Yanna.

Asad palmoteo los cojines. Ella, con pasos delicados, se acomodó junto a él, sin dejar de mirarlo.

—Quiero que me muestres todas las maravillas que guardabas para tu emir y no quiero que omitas ninguna. Dime todo lo que preparaste para regalar sus oídos —dijo intentando que su voz no sonara ansiosa, pero apenas pudo conseguirlo. Como tampoco controlar la erección que lo estaba matando. Pero debía hacerlo. No quería poseerla hasta que pagara cada una de sus mentiras. Quería disfrutar con la humillación que le estaba inflingiendo.

Yanna, dócilmente, le acarició el pecho. Él, con ese simple contacto, se estremeció.

—Mi señor, he nacido para servirte. Todo lo que he aprendido es para lograr que tu vida sea más placentera. Permite que mi sabiduría te haga gozar como nunca. Deja que las alas de la pasión nos lleven al paraíso —musitó colocándose a horcajadas sobre él. Bajó el rostro. Sus labios rozaron el cuello varonil, recreándose en el pulso latente. Después continuó avanzando por los senderos de ese cuerpo perfecto, deteniéndose en cada recodo del pecho. Asad ahogó un gemido cuando la lengua lamió pezón. Ella lo ignoró y continuó con la dulce tortura. Sus dientes de marfil mordisquearon los botones erectos

sin ninguna prisa. Asad mantenía las manos aferradas a un almohadón. No quería tocarla o sería incapaz de asumir el control. Cerró los ojos, pero los abrió al instante, pues el placer se tornaba aún intenso.

Yanna, que desde un principio se propuso mantenerse fría, fue incapaz de controlar los sentimientos que la desposeían de su firmeza. A pesar de la situación humillante, de estar siendo tratada como una mera prostituta, su excitación era tan intensa como de Asad. Quería a ese hombre que se retorcía a causa de sus caricias. Y no le importó nada más. Ni la dignidad, ni la vergüenza. Siguió con su recorrido erótico, excitándose con el sabor de su piel aceitunada, notando como el deseo crecía entre sus muslos llenándola de humedad. Sus besos llegaron al vientre duro como una piedra. Asad contuvo el aliento aguardando, tenso como una vara, su húmeda caricia. Ella no quiso complacerlo tan pronto. Debía enloquecerlo. Repentinamente y con gesto felino, lo lamió hasta que pegó su rostro al de Asad.

—Mi señor. ¿Quieres el alivio del frescor de mi boca? –le susurró al oído.

Asad solo pudo emitir un gemido de impaciencia. Ella regresó al lugar de su mayor excitación. Sus dedos hábiles apartaron el pantalón. Lo deslizó lentamente, hasta dejarlo completamente desnudo.

La respiración de Asad se cortó cuando la boca de Yanna cumplió el deseo de su esposo, provocando que el pecho de él oscilara buscando la falta de respiración que lo ahogaba. Todo su ser era consciente de esas caricias que lo elevaba a un frenesí punzante. La humedad ardiente, los movimientos precisos de esa boca perversa, lo estaban derritiendo. La sangre corría veloz, como un río que buscaba el mar. Pero Yanna no se lo permitió. Quería torturarlo, como él lo estaba haciendo arrebatándole la voluntad. Saboreó la carne tensa y caliente, una y otra vez. Pero no permitió que alcanzara la gloria. Él gruñó angustiado cuando la caricia terminó. Yanna, no escondió su sonrisa maléfica. Apoyó la barbilla en su vientre y retándolo con sus ojos de miel, armándose de valor, dijo:

—Mi panal esta repleto de miel. ¿Deseas su dulzor? –musitó serpenteando hacia arriba.

Asad masculló algo ininteligible. La asió de las nalgas y la posó sobre su boca.

Yanna emitió un suspiro cuando el aliento la quemó. Los labios del hombre se movieron dulcemente, mientras la lengua buscaba la yema de su placer. Sobresaltada por la sorpresa, dio un pequeño brinco. Asad la aferró con más fuerza y continuó su

invasión, esta vez más profunda, bebiendo de su dulce néctar. Yanna creyó morir. Nunca imaginó que pudiera existir un placer semejante, tan distinto a cuando él la poseyó. Tenía la piel encendida y al mismo tiempo, un escalofrío la hacía temblar. Todo lo que la rodeaba desapareció y solamente era conciente de esa boca ávida. Y deseó más y más. Gimiendo con impaciencia se unió a los movimientos de Asad en busca del tesoro que él le prometía.

—Sí, mi señor. Bebe mi néctar –gimió.

Asad incitado por su reacción tan erótica, aceleró el ritmo de sus caricias. Yanna dejó caer la cabeza hacia atrás y cuando el torbellino asoló la poca cordura que le quedaba, una suplica desesperada salió de su garganta. Asad la complació y la elevó al éxtasis, alimentándose de su placer; hasta que, su propio deseo lo obligó a depositarla sobre los cojines. Se posó sobre ella y miró el rostro arrebatado de su esposa. Nunca había estado tan hermosa, ni más deseable.

Consumido por el ardor, separó sus piernas y mirándola con sus ojos negros invadidos por la lujuria, de un solo golpe la poseyó. Comenzó a moverse despacio. Primero profundizando para seguidamente alejarse, haciendo un gran esfuerzo para no rendirse ante lo inevitable. Así una y otra vez, hasta que Yanna murmuró una súplica.

—Háblame. Di lo que sientes –le exigió él.

—Deseo que… la espada de mi señor… me llene… y que nos transporte al mayor placer… conocido. Mi ruiseñor llora de impaciencia. Consuélalo, mi señor.

Sus palabras aún encendieron más a Asad. La penetró profundamente. Yanna estaba muy excitada y húmeda. Ella le tomó la nuca con las manos, mirándolo con ojos turbios, sintiendo su piel rociada por el sudor aplastándole los pechos, recibiendo las embestidas ardientes de su pelvis. Y de nuevo, ese hombre la llevó a un deseo acuciante. Levantó las piernas y rodeó su cintura, moviéndose al mismo ritmo.

—Mi señor. Tú espada me quema. Apaga con tu esencia mi ardor – le imploró.

Asad buscó su boca y la besó profundamente, acelerando el ritmo de sus embestidas. Sus cuerpos anhelantes cayeron en el delirio. Su única ambición era alcanzar ese éxtasis que los llevaría al paraíso. En aquellos momentos no existía el odio, ni el miedo, ni nada que pudiera separarlos. Eran simplemente un hombre y una mujer que se deseaban, que se amaban sin querer confesarlo.

Yanna clamó su nombre entre sollozos cuando el orgasmo

la fulminó, estremeciéndose en espasmos agónicos.

—Eres el jardín de mis deseos y quiero germinar en ti –resopló Asad. Su hundió profundamente y la tensión estalló en pedazos obligándolo a emitir un grito animal.

Exhaustos, continuaron abrazados, sintiendo como sus pechos jadeantes intentaban recuperarse de la experiencia vivida.

Finalmente, tras negarse una y otra vez que esa plenitud nunca alcanzada antes era producto de la abstinencia mantenida durante meses, Asad se separó de ella.

—Hubieras sido una gran concubina –dijo, intentando adoptar un tono frío, distante.

Esas palabras fueron como una puñalada para Yanna. Pero contuvo las ganas de llorar y replicó:

—Nunca fue esa la pretensión del emir. Era candidata a ser su cuarta esposa.

—Cruel destino el tuyo. Ya ves donde has terminado. Aunque, para mi, ha sido generoso. No tengo que ir al dur Al—jaray.

—Si pretendes ofenderme, no lo estás consiguiendo. Fui educada para ser esposa y servir a mi dueño en todas sus apetencias. Y es lo que hago.

Él dibujó una media sonrisa.

—No se trata de humillación. Simplemente me sirvo de ti del mismo modo que tú lo hiciste. Miento. Fue algo muy distinto, pues yo no era consciente ni tenía voluntad.

—¿Y yo la tengo?

—Pudiste elegir. Justicia o ser una esposa sumisa. Y como tal seguirás demostrándome todos los placeres que puedes darme, mi bella flor. Ahora vete. Ya me has dejado satisfecho –le dijo despidiéndola con un gesto despreciable.

Yanna escapó a toda prisa. No le iba a dar la satisfacción de ver como la hería.

Entró en la habitación llorando amargamente. No podía sentir más dolor ni rabia. Dolor por el desprecio de su marido y por como era usada, y rabia, porque a pesar de ello le era imposible dejar de amarlo. ¿En qué se había convertido? ¿Dónde quedaba su dignidad? ¿Era posible que el amor perdonara tantas atrocidades? ¿O simplemente era la culpa la que la obligaba a ceder? ¿Y él? ¿Por qué la deseaba tanto si la aborrecía? No era posible que tan solo fuese deseo. Nadie podía entregarse de ese modo tan intenso e intimo si no existía afecto. ¿Tenía razón Shamsa y Asad se estaba enamorando de ella? ¿Podría ese sentimiento crecer y llegar a perdonarla?

No quería pensar en ello. Ahora no. La cabeza le estallaba. Pero le era imposible dejar de torturarse, de recordar cada una de las cosas que hicieron. ¡Señor! Aún le quemaba la piel. Aún permanecía en ella el rastro de los besos, de las caricias, de la fuerza de su posesión.

La esclava la liberó de esa terrible tortura.

—No tengo apetito –dijo rechazando la bandeja.

La mujer, desoyendo su orden, dejó la comida sobre la mesa.

—El amo quiere que comas. También me ha dicho, que mañana necesitas descansar y que te excusa de ir a la fiesta.

—¿Qué? –jadeó Yanna con gesto incrédulo. Pero. ¿Qué se había creído? ¿Qué podía saltarse la orden del emir?

Furiosa, salió de la habitación. Bajó al comedor. Asad, tranquilamente, estaba degustando la cena.

—¡Cómo te atreves a prohibirme que vaya al Alcazar! –le gritó.

Él, con parsimonia, dejó la copa y la miró.

—Como tú esposo, tengo poder absoluto sobre ti. ¿He de recordártelo una vez más?

—El emir es el que ostenta el único poder sobre todos. Y él me desea a su lado.

—Pues, su deseo no será cumplido. ¿Queda claro? Mañana estarás indispuesta. No hay más que hablar. Retírate.

—No…

—Vete –siseó Asad lanzándole una mirada encendida.

Ella, sin aplacar su furia, se dio la vuelta. Si pensaba que se saldría con la suya, estaba muy equivocado. Si él no la apreciaba, ella si quería a su familia y no la apartaría de ella. Shamsa la ayudaría.

Por fortuna, Zikiya, la esclava africana de tez negra, era su más fiel servidora y no dudó un instante cuando le pidió que llevara una nota a Shamsa. En cuanto la leyera, ordenaría a su nieto que esa decisión era una gran equivocación.

CAPITULO XXXIII

A la mañana siguiente, sin apenas haber pegado ojo por la falta de respuesta de la abuela de Asad, aguardó ansiosa en la habitación. ¿Por qué no llegaba la ayuda?

Cuando sonaron los golpes en la puerta, Zikiya, acudió presta a abrir. Un soldado le entregó un papel y la esclava, tras cerrar, corrió hasta el cuarto de Yanna.

Leyó la nota. Shamsa había planeado que ella dejara que su marido saliese solo. Tras su marcha, un eunuco vendría a buscarla y la llevaría a la fiesta. Le aseguraba que una vez allí, Asad no osaría mostrar su enfado ante el emir y que, cuando tuviera oportunidad, hablaría muy seriamente con su nieto.

Yanna respiró aliviada y en el mismo instante que su esposo, ataviado con una elegancia exquisita, cruzaba la puerta, comenzó a arreglarse. Lo hizo con prisa. No tenía la menor idea de cuando llegaría el eunuco.

Una vez lista, sonriendo, se sentó imaginando como sería la reacción de Asad. Sus ojos negros la mirarían pasmados, para después encenderse de ira. Pero, el protocolo y la prudencia, amarrarían su estallido de cólera.

Saltó como un resorte cuando de nuevo, su fiel esclava, abrió la puerta y apareció el esperado eunuco. Salió del cuarto y a la carrera, cruzó el salón, el patio y abandonó la casa antes de los otros sirvientes pudieran darse cuenta de su huida; sin poder dejar de pensar, satisfecha, que en aquella ocasión, sería ella quien le hiciera sufrir un suplicio vergonzoso.

La verdad era que, aún sin su presencia, Asad se sentía encrespado. A pesar haber logrado que Yanna se sometiera a sus antojos y de gozar sin inhibición de su cuerpo perfecto y su hermosura, no se sentía satisfecho. Le era imposible contentarse tras haber ganado la batalla; todo lo contrario. El vacío llenaba su pecho.

—Entiendo tú tristeza. Es una lástima que Yanna no te acompañe y se pierda el día más importante –le dijo su abuela.

—¿Tristeza? ¡Por Dios, abuela! Lo único que me ocurre es que todo esto me aburre mortalmente y no veo el momento de largarme. Ya sabes que no estoy hecho para la vida en sociedad – masculló.

—Pues, querido, ahora no te queda más remedio. Ya no eres un soldado.

—Por el momento –replicó él con tono enigmático.

Ella fue a decir algo, pero la llegada de Abderrahman la hizo callar. Todos los presentes, incluso ella, se inclinaron ante su señor.

—Os doy la bienvenida. Deseo que la fiesta sea de vuestro agrado –dijo sentándose en la cabecera de la enorme mesa. Seguidamente, decenas de esclavos sirvieron el gran banquete. Palomas rellenas de ferik, pollo relleno de trigo, pescado a la radda, kofta asada, habas fermentadas fritas, sopa de albóndigas, todo tipo de verduras y salsas, además de postres realmente deliciosos, aljojábanas de queso y miel, maskina de frutos secos, todo ello regado con vinos excelentes e infusiones de hiervas.

Los invitados, todos ellos gente muy notable de la ciudad, degustaron las delicias con verdadera fruición. En cambio, Shamsa apenas probó bocado. Se sentía inquieta ante la tardanza de Yanna. A lo mejor había decidido no acudir por alguna razón extraña que no llegaba a comprender y obedecer a su marido.

Asad tampoco disfrutó del banquete. Nada de aquello le apetecía. Solamente tenía una apetencia y esa era la hermosa Yanna. Quería regresar cuanto antes a casa y alimentarse de su piel, de su sensualidad. Una y otra vez, hasta que esa maldita obsesión pasara, hasta que su ansía se tornara hastío. De este modo quedaría libre, como siempre fue. Sin que nada ni nadie le impusiera el camino a seguir o como debía sentir su corazón.

Cuando abandonaron la mesa, Asad se dispuso a sobrellevar la infinidad de actuaciones, bailes y poesía que su primo había preparado para animar la fiesta. Las danzarinas, todas ellas dueñas de una gran belleza, se dejaron llevar por la música interpretada por el gran Ziryab. El ritmo era sensual, casi hipnótico, pero Asad apenas les prestó atención. Ninguna podía compararse a su Yanna, ninguna podía mover las caderas como ella, ninguna era capaz de avivar ese fuego que lo devastaba.

Enojado por su absurda sensiblería, tomó otro vaso de vino.

—Cielo, no bebas más. A nuestro primo no le gustaría verte embriagado –le aconsejó Suhaila.

—No recibo órdenes de ninguna niña. Hago lo que se me antoja –cuchicheó él con tono desagradable.

—Desde luego, últimamente, no hay quién te soporte. Eres un antipático.

—Soy…

Los aplausos apagaron su voz. Los poetas ya estaban situándose ante el público que aguardaba ansioso.

—¡Por Alá! ¡Es Zahid! –exclamó, atónito, el general Tarek.

—Es un poeta excelente, papá. Ya lo verás –dijo Suhaila aplaudiendo con entusiasmo.

Zahid, carraspeó inquieto. Tal vez se había precipitado en pedirle a su primo que le permitiera mostrar sus poemas por primera vez en público. No obstante, se armó de valor.

—Mi poema versa sobre la ausencia de la mujer amada, que en sueños, retorna a nosotros.

Dicho esto, comenzó a recitar con voz clara y alta, acompañado por una composición melancólica del maestro Ziryab.

Envuelta en el denso velo de la tenebrosa noche, vino en sus sueños a buscarme la gacela de los bosques. Vi el rubor que en sus mejillas celeste púrpura pone. Besé sus negros cabellos que por la espalda descoge y el vino dulce y puro de nuestros amores, como en limpio intacto cáliz, bebí en sus labios entonces. La sombra, rápida huyendo, en el Occidente hundiose y con túnica flotante, cercada de resplandores, salió la risueña aurora a dar luz y goce al orbe. En perlas vertió el rocío, que de las sedientas flores el lindo seno entreabierto ansiosamente recoge. Rosas y jazmines daban en pago ricos olores. Mas para ti y para mi, ¡o gacela de los montes!, ¿Qué más rocío que el llanto que de nuestros ojos corre?

Mientras los convidados estallaban en un sonoro y efusivo aplauso, Asad permaneció impávido. Solamente era consciente de las palabras que acababa de escuchar, de la presión que sentía en el pecho al imaginar por un instante como sería su vida si de repente Yanna desapareciera; si no volviese a ver su belleza o a escuchar su dulce voz o sus enojos. Y llegó a la conclusión que solo obtendría un gran vacío. Una soledad insoportable, que solo aliviaría con los recuerdos. Y se preguntó si esa sensación tan dolorosa era un mal de amores. No lo sabía. Jamás había amado a una mujer. Lo único certero era que ese sentimiento era doloroso.

—Zahid es un poeta excelente. ¿Verdad, Asad? –dijo su madre llena de orgullo.

Él no respondió. Murmuró una excusa y abandonó el salón. Llegó hasta el jardín e inspiró con fuerza para tomar aire.

—No dejes que tus recuerdos pesen más que tus esperanzas.

Asad se volvió.

—Abuela.

Ella se acercó. Posó la mano en su pecho mirándolo con tristeza.

—¿Qué te ocurre? Tienes todo lo que un hombre puede

desear. Prestigio, fortuna, una familia estupenda y una bella mujer que te espera en casa.

—Quiero recuperar mi antigua vida, donde lo único importante era sobrevivir sin cuestionarse nada –respondió él con tono apagado.

—Recuperar los sentimientos duele, querido nieto. Pero cuando los aceptas, éstos pueden ser maravillosos. Deja de torturarte y se valiente. Admite que amas a Yanna de una maldita vez.

—Lo cierto es que, no se si la amo. Nunca he experimentado ese sentimiento. No se si pensar en ella constantemente, desear que su sonrisa llene la casa, oír su dulce voz o tener miedo a no volver a verla es amor.

—Es amor, querido muchacho. Es la felicidad que todos buscan.

El esbozó una sonrisa triste.

—No puedo obtenerla, abuela.

—Ella te quiere, Asad.

—¿De veras?

Shamsa soltó un resoplido de impaciencia. Ese muchacho era terco como una mula.

—¡Por supuesto! Soy mujer y lo sé. Además, todo este tiempo ha intentado conquistar tu amor. ¿O es que no te has dado cuenta?

—Lo único que sé es que me ha mentido y me ha utilizado de un modo vil. Y no puedo perdonarla. Mi honor no lo permite.

—No será lo que imagino –jadeó Shamsa.

—Nunca me ha sido infiel. Abuela, nuestra relación no comenzó cuando fuimos presentados para acordar la boda. Nos conocimos mucho antes.

Shamsa mirándolo atónita se sentó en el banco.

—En septiembre topé con ella cuando huía de Isbiliya. Tenía el pie herido y la llevé a nuestro campamento. Imagino que debió sentirse aterrorizada y me hizo prometer que la respetara, que aún era inocente. Y lo hice. No sabes cuantas veces me arrepentí de ello. Era tan hermosa... –dejó de hablar. Sus ojos mostraron nostalgia. Apartó ese sentimiento y continuó hablando —. Cuando tuvimos que enfrentarnos a los vikingos, fui herido, como ya sabes y todos me dieron por muerto. Yanna se negó a desahuciarme y se quedó a mi lado. Su medicina y sus cuidados me salvaron el brazo y de la muerte.

—Entonces. ¿Qué problema hay? No te ha sido infiel, te salvo la vida... ¿A qué traición te refieres?

—Cuando la llevé al campamento me juró que era virgen y

como sabes, Abderrahman la rechazó porque fue violada por un vikingo. Probaron que era cierto.

—¿Esa es la excusa que estás buscando para no comportarte como un hombre valiente que acepta sus sentimientos? ¡Por todos los profetas, Asad! Yanna hizo lo que cualquiera de nosotras hubiéramos hecho. Estaba en medio de un campamento lleno de hombres que guardaban una gran abstinencia. Solamente se defendió con la mejor arma que pudo. Un hombre como tú debería entenderlo.

—Y lo entiendo. Pero mi historia aún no ha terminado, abuela. Yanna fue mucho más perversa. ¿Sabes que en verdad era virgen cuando llegó a mis manos? Sí. No me mires con esa cara. No miento. Yanna quería evitar a toda costa el compromiso que su familia acordó con mi primo y optó por la solución más drástica y vil que jamás he conocido. Me utilizó para sus fines cuando estaba sumido en la fiebre. ¿Comprendes a que me refiero?

—¿Te refieres a…? ¡Señor! –musitó ella horrorizada.

—Me utilizó a mí. ¡A mí! Durante meses pensé que ese sueño que me acompañaba todas las noches era, eso, un sueño. Y esa canallada no puedo perdonarla. ¡Nunca! –exclamó Asad con el rostro encendido.

Shamsa se levantó. Se frotó las manos con nerviosismo. Lo que acababa de escuchar era algo muy grave.

—Asad. ¿Lo sabe alguien más?

Él negó con la cabeza.

—Debes seguir callado. Si Abderrahman se entera, la vida de tu mujer no tendrá valor alguno.

—¿Crees que no lo sé? La otra noche, cuando me confesó su felonía, estallé en cólera. Deseaba su muerte, verla desaparecer de mi vida. Pero si la acusaba, conocía las consecuencias. Y no tuve valor. ¡Maldita sea! ¿Por qué a pesar de aborrecerla no puedo apartarla de mi cabeza?

—Porque la amas. Y ese amor, si es profundo y sincero, te acompañará el resto de tus días.

—Lo mataré. No quiero amarla. No merece que la estime –dijo él revolviéndose el cabello.

—¿Por qué decidió que tú eras el más indicado para otorgarte su virginidad? Querido. Piénsalo bien. Hubiera podido materializar su plan al llegar a Qurtuba. Ningún hombre se negaría a mecerse entre sus muslos. Yanna lo hizo porque, sin saberlo, te amaba. ¿O piensas que te cuidó hasta la extenuación por simple gratitud? Tú muerte era segura. Lo más fácil para ella hubiera sido irse con los demás soldados. Pero se quedó a tu

lado, luchando por salvar a su amor. Y después, cuando os casasteis, continuó con su batalla para ayudarte a que tu corazón escondido tras un muro surgiera de nuevo a la vida. ¿De veras piensas ahora que realmente se aprovechó de ti? Asad. Yanna es una muchacha íntegra; tanto que, cuando le prohibiste venir a la fiesta, me escribió una nota. Le comuniqué que iría un eunuco a buscarla y que vendría, a pesar de tus deseos. Pero, como has apreciado, continúa en casa. En vuestra casa. Ha preferido no desobedecerte. Lo cuál, si me permites, te diré que es una gran equivocación. Si un hombre me tratara con la misma frialdad y desprecio con la que tú la tratas, pediría el divorcio de inmediato.

—Olvidas que no podemos –le recordó él.

—Y es una gran suerte. Aún estáis a tiempo de arreglar las cosas y encontrar la dicha. Ni una protesta más. Lo único que quiero es que reflexiones con calma, que analices lo que hemos hablado. Sé que eres inteligente y llegarás a la conclusión que los actos de Yanna no son tan deleznables. Ahora, volvamos a la fiesta. No querrás que todos pregunten por qué tienes ese semblante tan ojeroso y afligido. ¿Verdad?

CAPITULO XXXIV

Asad se sentía realmente confuso. La charla con su abuela había conseguido que lo que antes era una verdad certera ahora navegara por un mar de dudas. Si era justo, tendría que reconocer que Yanna actuó exactamente como hubiera hecho él en caso de caer prisionero. Nunca contar la verdad y procurar mantenerse vivo. Era la ley de la supervivencia. Eso podía perdonarlo. Muy distinto era lo relativo a que se sirviera de él para romper una promesa. Aunque, como dijo su abuela, debía sentirse honrado de que ella le entregara su virginidad. Pero no podía, pues nunca fue consciente de ello. ¿Era ese detalle el que realmente lo enfureció o qué Yanna callara cuando se soltó de las garras de la muerte? Fuese cual fuese el motivo, su verdad, ¿habría cambiado algo? Sinceramente pensó que no. Tal vez le habría exigido repetir la experiencia y la hubiera dejado en casa de su tía, del mismo que ya hizo.

Mientras se encarrilaba por la calle que lo llevaba a casa, soltó una risa sorda. ¿Por qué buscaba una excusa y otra y otra? Era inútil negar la evidencia. Desde que la vio enfundada en esa túnica que le doblaba la talla, cayó perdidamente enamorado. Y ahora era su esposa. Era suya. Pero él desprecio y las humillaciones que le inflingió podían haber cambiado ese posible amor de Yanna por desprecio. ¿Y si no lo aceptaba? No. No debía pensar en ello. Además, siempre superó los obstáculos. En esta ocasión no sería diferente.

Abrió la puerta de casa. Una casa que siempre fue fría. Pero que ahora, ese nuevo sentimiento, la había convertido en su hogar.

Entró dispuesto a conseguir que Yanna lo perdonara. Y lo haría. El corazón de su esposa era puro y estaba lleno de bondad. Y le demostraría que él también la quería. A partir de ahora ya no habrá más peleas, solamente amor.

La casa estaba en silencio. Todos dormían. Cogió una lámpara y subió al piso de arriba. Fue directo a la habitación de su esposa. Dudó, pero solo un breve segundo. Empujó la puerta. Arrugó la frente al ver la cama vacía y sin deshacer. ¿Dónde se habría metido? Buscó en todos los otros cuartos. No estaba. Bajó y continuó buscándola. Ni rastro de ella. Recorrió todos los rincones del patio e incluso bajó al sótano. Nada.

Un oscuro presentimiento le traspasó el pecho. ¿Habría sido capaz de abandonarlo, de huir de su despotismo, de su crueldad? No. Por supuesto que no. Tenía que haber una explicación razonable. Sí. Eso era. ¿Y si se había ido a casa de su tía? Lo comprobaría ahora mismo.

Como un vendaval salió de nuevo a la calle y corrió hasta

llegar. Sin aliento, aporreó la puerta. Los minutos que tardaron en abrir le parecieron eternos.

Hamida lo miró con ojos somnolientos.

—¿Está Yanna? –jadeó.

—Yanna… No. No está. ¿Ocurre algo?

—Puedo pasar –dijo él apartándola sin contemplaciones.

—Pero… ¿Qué pasa? ¡Asad!

Él no la escuchó y comenzó a abrir las puertas. En una de ellas dormía placidamente Faiza.

Hamida le agarró el brazo.

—¿Qué estás haciendo? No tienes ningún derecho a irrumpir de este modo en plena noche. Además, Yanna no está aquí. Te doy mi palabra. ¿Me dirás que ha pasado?

—Aún no lo sé. La cuestión es que no está en casa. Lamento las molestias. Ruego me disculpes –respondió él. Se marchó y decidió regresar a casa. Los criados habían podido ver algo.

Realmente preocupado, los llamó agritos.

—¿Dónde está mi esposa? –masculló con tono autoritario.

—¿No está en su cuarto? –inquirió Mustafá.

—¿Preguntaría por ella si supiera dónde está? Quiero que el que sepa algo hable ahora mismo o… ¡Le arrancaré la piel a tiras si descubro que me ha mentido! ¡Queda claro! –rugió mostrándoles los puños.

Zikiya, atemorizada, murmuró unas palabras ininteligibles. Asad se acercó a ella y la zarandeó.

—¡Habla de una maldita vez, estúpida muchacha! ¡Di lo que sepas! ¡Ahora mismo!

—Ella… Quería ir a la fiesta. Me mando ir al Alcazar para entregar una nota a tu abuela. Poco después de irte, un… eunuco la vino a buscar. No se más… Lo juro, amo. Yo solo cumplí sus órdenes –sollozó aterrorizada.

Asad empalideció. Yanna nunca llegó al Alcazar. ¿Qué paso durante el recorrido? ¿Un accidente? ¿Un asalto? No. Si su abuela envió al eunuco, éste estaría entrenado para la lucha. Era mejor no especular y ponerse en acción.

—Voy al Alcazar. Si ella llegara mientras tanto, me avisáis de inmediato –dijo. Se dio la vuelta y a la carrera se plantó ante el palacio.

Los soldados, al reconocerlo, le abrieron las puertas de inmediato. Asad ordenó que llamaran a su abuela y aguardó impaciente su llegada.

—¿Qué ocurre? –le preguntó Shamsa presintiendo que algo iba mal. Su nieto no era precisamente un hombre de impulsos

repentinos y mucho menos por una nimiedad.

—Yanna ha desaparecido –le comunicó respirando con dificultad.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que te ha abandonado?

Él se pasó los dedos por el cabello sin dejar de ir de un lado hacia otro.

—No. No lo ha hecho. Una esclava me ha dicho que salió en compañía de tu eunuco. Pero como pudiste ver ella nunca llegó aquí. ¿Era de confianza?

—¡Por supuesto! Era mi eunuco personal. Lleva conmigo veinte años. Y es mi más fiel servidor. Jamás me traicionaría.

—¿Podemos hablar con él?

—Voy a buscarlo.

Asad continuó caminando retorciéndose las manos. Si a causa de su despotismo le había pasado algo, no se lo perdonaría nunca.

—No está –le comunicó su abuela con la preocupación reflejada en el rostro.

Asad, desencajado, se dejó caer en el diván.

—Cariño, estará bien. Puede que… se arrepintiera y decidiera ir a casa de su tía.

—Ya he ido. Tampoco se encuentra allí. Sé que le ha pasado una desgracia y es por mi culpa. Si no le hubiese prohibido venir ahora estaría a mi lado, segura y viva.

—¡Por Alá! ¡Ni se te ocurra pensar algo semejante! Yanna es una mujer fuerte y valiente. Tal vez enfermara y la han llevado al hospital –se horrorizó ella.

—¿Y por qué el eunuco no lo ha comunicado? ¿Eh?

—No debemos ponernos nerviosos. Hay que pensar… Ordenaré a los soldados que busquen por toda la ciudad. Tal vez alguien haya visto o escuchado algo. No se… ¡Ay, Señor!

—¿Si? –preguntó Asad con voz chillona al ver su semblante blanquecino.

—Prométeme que no te enfadarás –le pidió Shamsa lanzándole una mirada cargada de súplica.

—No es momento para formalismos, abuela. Habla, por favor.

—Yanna, antes de que la mandaras a la finca, entró en una tienda de instrumentos musicales y escuchó a dos hombres que planeaban algo contra el emir. Su testimonio hizo que detuviéramos al dueño, pero éste no confesó cuál era su cómplice.

—¿Y por qué demonios no me lo dijo, ni tú tampoco? La expusiste a un grave peligro. Ahora puede que esté pagando las

consecuencias —le echó él en cara.

—Callamos por tu causa. Si. No me mires de este modo. Llegamos a la conclusión de que si el complot se descubría tan pronto, tú decidirías libarte de Yanna. Abderrahman también acordó callar.

—¡Señor! ¿Qué extraña locura os lleva a todos a mentirme una y otra vez? ¿Acaso pensáis que soy incapaz de encauzar mi vida? Lo hice hasta ahora. Pero vuestras artimañas me lo han impedido. Y ahora, por vuestra insensatez, he perdido a la mujer que amo. ¡Maldita sea! ¡Si le ha ocurrido algo, no os perdonaré en la vida! –se desesperó su nieto.

—Asad, cálmate. No podemos estar seguros de…

—¿Ah, no? –la interrumpió él mirándola con un brillo de furia en sus negros ojos —. ¿Y dónde está tú eunuco? Estoy convencido que han sido apresados por ese criminal o que los ha matado. ¡Señor!

Asad respiró agitado. La sola idea de que ella estuviese muerta le partía el alma.

Shamsa sacudió la cabeza con energía.

—Mi corazón dice que está a salvo. Solamente debemos encontrarla. Me ocuparé de todo. No habrá ser viviente que no sea interrogado. Daremos con ella, cariño. Te lo prometo. Ahora, ve a casa y trata de descansar.

—¿Descansar? ¿De veras crees que podré? Mi corazón no tendrá reposo hasta que vuelva a tenerla a mi lado y eso, sería un milagro –dijo él con ojos húmedos. Dio una gran bocanada de aire y apartó la pena—. No puedo quedarme sin hacer nada. Investigaré con mis propios medios.

—¿Cómo? No sabrías ni por donde comenzar.

—No subestimes a tu nieto, abuela. Me pondré en contacto contigo –dijo él encaminándose hacia la puerta.

CAPITULO XXXV

Lo primero que hizo fue acercarse al hospital. Uno a uno inspeccionó a los enfermos. Yanna no estaba.

Continuó su búsqueda y se adentró en el corazón de la ciudad. Las calles estaban silenciosas y vacías. Pero Asad sabía en que lugar buscar información. Yanna salió en pleno día y cruzó el zoco. Alguien debía de haber visto algo. Por supuesto ahora todo estaba cerrado, pero muchos comerciantes acudían a solazarse a los burdeles.

La ciudad cambió completamente cuando encarriló la callejuela que desembocaba en el lugar más peligroso y amoral de la ciudad. Prostitutas, clientes y borrachos, deambulaban bajo las antorchas que apenas iluminaban las calles, ante la mirada atónita de algunos soldados. Su abuela era rápida. Ya estaban buscando a Yanna.

Continuó caminando hasta casa de Baria. La puerta, como siempre, estaba sin la llave echada, pero ella no se encontraba en la entrada aguardando a ningún cliente. Los jadeos le indicaron que estaba ocupada. Sin contemplaciones, apartó la cortina. Un viejo obeso y de carnes arrugadas la estaba montando y resoplaba como un cerdo, exaltado por las palabras obscenas y jadeos fingidos de la prostituta. Sin contemplaciones, agarró al hombre del pescuezo y lo apartó.

—¡Eh! ¡Maldito idiota! ¿Qué estás haciendo? –exclamó el viejo mirándolo furioso.

—Largo –masculló Asad. Su rostro contraído y los puños apretados, indicaron al hombre que ese tipo era muy peligro. Saltó de la cama y cubriéndose las partes nobles, salió como un

rayo.

Baria, que se había mantenido impasible, sin levantarse, mostrándole todo su esplendor, dijo:

—¿Tanta urgencia tienes, querido?

—Yanna ha desaparecido. Necesito encontrarla y tú puedes ayudarme.

—Comprendo –dijo ella levantándose. Recogió la chilaba del suelo y se vistió. Cogió la jarra de vino y le ofreció un vaso. Él no la rechazó. Todo lo contrario. Estaba sediento —. Pero, dudo que una mujer de su clase ande por aquí. ¿Os habéis peleado?

—Temo que ha sido secuestrada o asesinada –le comunicó. El rostro de ella se torno circunspecto. Asad se sentó sobre el catre mostrando toda su desolación —. Esta mañana salió de casa para acudir a la fiesta que todos los años da mi primo. La acompañaba un eunuco. Ninguno de los dos ha dado señales de vida. Estoy intentando descubrir si alguien vio algo extraño en el zoco o en cualquier otro lugar. ¿Has tenido noticia de algo parecido?

—Desgraciadamente, no. Lo siento. No obstante, te prometo que indagaré. Por el momento, podrías ir al barrio derb Ybn Zaydum. A la posada el Mochuelo.

—Es un barrio de afeminados.

—Te sorprendería lo que llegan a saber. Muchos de ellos tienen relaciones con hombres muy importantes. Seguro que alguno se prenda de tus encantos y te hablará como una cotorra.

—Al que lo intente algo, lo rajo –masculló. Y terminándose el vino, se levantó.—Gracias, Baria. Sigues siendo la mejor.

—Pero ya no persigues mis servicios. Deseo de todo corazón que encuentras a la mujer que amas, querido amigo.

Asad le dio un beso en la mejilla y salió camino a la posada.

El Mochuelo era un lugar de aspecto lúgubre. Apenas estaba iluminado y la suciedad reinaba por todas partes. A pesar de ello, se encontraba abarrotado. Numerosos clientes, sin el menor tipo de pudor, dejaban volar sus más bajos instintos, ajenos a todo lo que les rodeaba. Otros, con caras ensoñadores seguían atentamente las palabras del poeta.

“Surge una blancura de las vestimentas holgadas. Bajo la cintura, línea del horizonte, se eleva repentinamente la luna…”

Asad, sin poder entender porque un hombre prefería la compañía de otro antes que la de una buena hembra, se acercó al mostrador. El posadero, hombre bien informado, supo al instante quién era Asad y se preguntó que estaba haciendo un hombre como él, conocido por su hombría, en su local. Seguramente no

por nada bueno. Pero disimuló su nerviosismo y lo recibió con una amplia sonrisa.

—¿En qué puedo servirte? –le preguntó dejando un vaso de vino sobre el tablero. Asad lo apartó.

—Busco información. Necesito que me indiques quién de éstos tiene más influencia en el zoco principal.

El posadero levantó la barbilla y con un leve movimiento le señaló a un hombre de unos cincuenta años que estaba en compañía de un joven apenas adolescente, que parecía complacerle gratamente.

—Es Gazi Al Hilal. Posee el almacén de especias. Es uno de los comerciantes más ricos de la ciudad.

—¿Algún detalle a mi favor? –le sugirió Asad.

—Dicen que suele escatimar peso en las ventas. Aunque, nadie ha podido comprobarlo. Al parecer, tiene conocimiento de cuando pasa el inspector.

Asad asintió y caminó hacia ellos. Abruptamente, apartó la silla:

—¿Puedo sentarme? –dijo acomodándose.

El jovencito respingó sobresaltado y sacó la mano de debajo de la mesa. Al Hilal, con el rostro sudoroso, jadeó:

—¿Cómo? ¿Cómo demonios… te atreves… a irrumpir de este modo?

—Siento haber entorpecido la "conversación" tan agradable y placentera que manteníais. Pero necesito hablar contigo –dijo Asad con tono de burlón.

—Y yo no tengo la menor intención de hacerlo. Lárgate –le espetó el hombre.

Asad inclinó el torso y lo miró fijamente. Sus ojos negros no admitían rechazo alguno. El tipo tragó saliva cuando la débil llama de la lámpara lo iluminó completamente.

—Veo que eres razonable. Chico, vete a ejercer tu oficio en otra parte. Tú amigo y yo tenemos que charlar largo y tendido.

El muchacho no se hizo rogar y abandonó la mesa precipitadamente. Asad llenó de nuevo el vaso de Al Hilal y se lo acercó.

—Bien. ¿Qué puedes decirme de lo que ha ocurrido hoy en el zoco?

—No comprendo. Ha sido un día como otro cualquiera. Mucho personal y pocas ventas. ¿Eso es todo?

Asad se inclinó aún más hacia él.

—Soy un hombre que pierde muy rápido la paciencia, amigo mío. Y te aseguro que, cuando lo hago, me vuelvo muy violento. Así que, colabora o temo que tu preciosa y cuidada cara

se llenará de moratones. ¿Entendido? Repito una vez más. ¿Qué has visto de extraño hoy?

—Juro que… nada. Solo he escuchado chismes y esas… cosas. Se comenta que… corre por ahí el rumor de que quieren atentar contra la vida del emir.

—No es ninguna novedad. ¿Qué más?

—Eso es todo.

Asad inspiró para no perder la calma. Ese tipejo se lo estaba poniendo muy difícil.

—Imagino que sabes quién soy. Una palabra mía y tus huesos acabarán en la cárcel. Y te aseguro que tus escarceos con jovencitos se habrán acabado. Serás carne de asesinos y te aseguro que no será nada agradable. ¿Quieres eso? Solamente tengo que denunciar tus trampas con los pesos. Nadie dudará de mi palabra. ¿Comprendes? Así que, dime lo que quiero.

Al Hilal bebió con ansia el vaso de vino.

—Solo se ha comentado una cosa más. Y temo que no tiene nada que ver con lo que buscas o eso creo, pues no tengo la menor idea de qué quieres. Es referente al mercado de esclavos. Dicen que mañana venderán a una mujer exquisita, pero que no la expondrán. Dicen que no ha sido adquirida legalmente. Ya sabes que alguna vez desaparecen mujeres libres. Los comerciantes de esclavos no tienen muchos escrúpulos y no preguntan la procedencia. Cuando eso ocurre, por lo general, es vendida a un forastero.

—¿Sabes quién la venderá?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Has perdido a alguien? –quiso saber.

Asad se levantó. Era un dato muy valioso. No tenía la menor idea de qué le había ocurrido a Yanna, pero si existía la posibilidad de que hubiese sido secuestrada para ese fin, los soldados registrarían inmediatamente el mercado de esclavos.

—Te recomiendo que esta conversación quede entre nosotros. Y si me entero que has advertido a alguno de esos desalmados, tu cuello colgará de la plaza principal de la ciudad como escarmiento.

—Soy sordo, mudo y ciego cuando la cuestión lo requiere –aseguró Al Hilal.

—Me gustan los hombres inteligentes. Ahora, puedes seguir con tus “otras conversaciones”.

Cruzó el local y al salir a la calle, en cuanto vio a un soldado, les dio las instrucciones precisas, sintiendo como una llama de esperanza se encendía en su corazón destrozado. Pero debían darse prisa. El sol ya estaba deseando salir y dentro de

apenas dos horas abrirían el mercado.

Quiso unirse a ellos, pero recordó que había dado instrucciones a sus esclavos de que lo avisaran en cuanto llegara Yanna. Pero no podían hacerlo, pues ignoraban donde se encontraba. Por lo que, antes de iniciar la búsqueda, optó por pasar por casa. Tal vez, aunque lo dudaba, ella había regresado.

Cuando entró quedó paralizado ante la presencia de toda su familia.

—¿Qué hacéis aquí?

—Querido, nos hemos enterado de lo ocurrido y hemos venido por si podemos ser de ayuda. ¿Tienes idea de lo que ha podido pasar? Dijiste que Yanna estaba enferma y que por esa causa no vino a la fiesta.

—Es una historia demasiado larga, madre. No tenemos tiempo.

—Cabe la posibilidad que empeorara y fuera al hospital sin dar notificación a los criados para no preocuparte y estropear la celebración de Abderrahman. ¿Has mirado en el hospital?

—Sí. Nada.

—Debes de estar destrozado. ¿En qué podemos servirte? Haremos lo que sea por recuperar a nuestra Yanna –le dijo su padre.

—Lo único que podéis hacer es aguardar. Será mejor que os vayáis a casa. Los soldados ya están haciendo su trabajo. Tenemos una pista.

—¿De veras? –dijo Suhaila con ojos húmedos.

—No es segura, pero algo es –respondió su hermano con voz apagada.

—Eso nos da esperanzas –dijo Faiza.

—Por supuesto –aseguró Hamida.

El general Tarek se acercó a su hijo y le posó la mano sobre el hombro.

—Sé que estás pasando un momento terrible. Pero eres un soldado y lucharás hasta el fin sin derrumbarte en ningún momento. Confía en la bondad de Alá. La encontraremos, hijo.

—¿Tú crees? Puede haberle sucedido cualquier cosa y si... muere... yo...

Asad no pudo soportar más la presión y rompió a llorar, sin importarle la vergüenza que esa debilidad significaba en un hombre como él. Solamente sabía que la mujer que le había mostrado como era el amor estaba en peligro y que podía perderla para siempre. No podría superarlo jamás. Su corazón adormecido moriría por completo.

Zahid le rodeó los hombros con el brazo y lo llevó hasta un

banco. Suavemente lo obligó a sentarse, sin dejar de protegerlo. Asad apoyó la cabeza en su pecho sollozando como un chiquillo.

Los demás, tampoco pudieron contener las lágrimas. Solamente su padre se mantuvo impertérrito, sintiendo el mismo dolor pero interiorizado. Si a él le hubiese ocurrido lo mismo, habría caído en la locura. Amaba mucho a su esposa, tanto que, jamás tuvo la tentación de tomar a otras, como ocurría con muchos de sus amigos. Ella llenaba por completo su vida, su deseo y su corazón.

Tras largos minutos, Asad se levantó. Su hermano también lo hizo.

—Tengo que ir a buscarla.

—Iré contigo.

—Yo también. Cuantos más hombres, mejor –decidió el general Tarek hinchando el pecho —. ¿Qué hay que hacer?

—La única pista que tengo no es una posibilidad, pero tengo que intentarlo. Me han informado que piensan vender a una esclava adquirida en la ilegalidad. Los soldados ya están peinando el mercado. Hay que registrarlo todo antes de que abran. Vamos.

CAPITULO XXXVI

Azima no podía permanecer sentada. Se sentía impotente ante la situación, de no poder hacer nada.

—Madre, por favor, serénate –le pidió Suhaila.

—¿Cómo voy a calmarme? Yanna está desparecida y tenemos que encontrarla, viva o… muerta. O mi hijo enloquecerá. Vamos al Alcazar.

—Asad ha dicho que…

—¡A la porra con lo que ha dicho! No voy a quedarme de brazos cruzados –explotó Azima.

—¿Y qué solucionaremos yendo?

—No lo sé, hija. Pero todo esto me es muy extraño. Hay algo que no encaja y mi madre puede que sepa algo más. Hamida y su hija se quedarán por si hay novedades. ¡Vamos!

—¿Solas? –dijo Suhaila.

Mustafá apareció en el patio.

—Os acompañaré. El amo no permitiría que salierais sin escolta.

Abandonaron la casa. En pocos minutos llegaban a palacio. Shamsa las recibió sin mostrar sorpresa. Por desgracias, las malas noticias corrían como el viento.

—Hija. ¿Acaso hay novedades? –preguntó con un hilo de voz presintiendo lo peor.

—Ninguna. Hemos venido porque no comprendemos qué está pasando. ¿Podrías explicarlo tú?

Su madre suspiró. No debía hablar. Si Abderrahman llegara a enterarse…

—Madre. Te conozco muy bien. Ocultáis algo. Somos de la familia, de su familia y queremos ayudar a Yanna.

Shamsa, finalmente, cedió. Tenían derecho a conocer la verdad. Y se la contó, bajo la firme promesa de no repetir jamás nada de lo que les iba a descubrir.

—¡Señor! Es… increíble. ¿De veras Yanna hizo todo eso? ¡Bien por ella! –dijo Suhaila, tras escuchar las vicisitudes de Yanna y Asad.

—¡Hija! –se escandalizó Azima.

—¿Qué? Tuvo el valor necesario para no aceptar ser una

esclava. Ya sé, abuela. Hubiese sido la esposa de Abderrahman, pero a pesar de ello no sería libre. Ojalará tuviera su mismo valor.

—No digas tonterías. Que yo sepa, ya has rechazado a un pretendiente muy importante. Está visto que las jóvenes de hoy en día no tienen respeto por las normas ni por sus padres –comentó su abuela.

—Todos tenemos derecho a tomar nuestro propio camino. Yo no quiero ningún marido. Mi única aspiración es llegar a ser un gran médico.

Su madre y su abuela la miraron atónitas.

—¿Por qué esas caras? Ya hay muchas mujeres que ejercen la medicina y su fama se extiende, y también su prestigio. Yo hace dos años que estoy aprendiendo y no se me da nada mal.

—¡Está loca! Cuando el general se entere, te dará tal paliza, que no se podrá mover de la cama en semanas –jadeó su madre respirando agitada.

—¿Por qué no dejamos este problema para centrarnos en el otro? –sugirió Shamsa.

—Pero… ¿Tú la has escuchado, madre? No solamente desafió nuestra autoridad con el asunto del compromiso, sino que, a nuestras espaldas, se codea con gente inapropiada. ¡Médico! ¡Qué espanto! Y encima, ahora descubro que mi nuera es… es… ¡Una mujer manipuladores y malvada! –exclamó rompiendo a llorar.

—Hija, cálmate. Hablaré con Suhaila y todo se arreglará. Pero ahora no es el momento adecuado –dijo Shamsa lanzando una mirada iracunda a su nieta.

Ella le sostuvo la mirada para indicarle que jamás cedería a sus aspiraciones y dijo:

—Tiene razón. Abuela. ¿Has interrogado a los eunucos?

—Pues… no. Dudo que puedan aportar nada.

—¿Acaso estás perdiendo facultades? Yanna envió una nota y tú contestaste. ¿No cabe la posibilidad de que alguien interceptara el correo para averiguar tus intimidades? Tienes muchas enemigas en palacio. No lo olvides.

Shamsa se levantó. Con la mano sujetándose la barbilla, caminó de un lado a otro. Solamente había una mujer que se atrevería a tanto y que su influencia obligara a alguno de los eunucos a traicionar a la abuela del emir. Y esa era Tarub. Pero eso no afectaba a Yanna. ¿Para que querría esa zorra deshacerse de ella? No tenía sentido. De todos modos, la idea de Suhaila no era del todo descabellada.

—Será mejor que os pongáis cómodas. Mandaré que os

traigan un refrigerio. Creo que tardaré un buen rato –les comunicó alejándose con toda la dignidad de una reina.

Azima, más serena, soltó un suspiro.

—Lo que hemos descubierto me resulta... escandaloso. ¿Cómo pudo Yanna engañarnos de ese modo? Y con franqueza, no comprendo, después de lo que le hizo a Asad, que la esté buscando como un loco. La única explicación que encuentro es que lo embrujara. Deberemos ayudar a Asad para liberarlo de esa embaucadora.

—¿No hablarás en serio? –dijo Suhaila.

—¡Por supuesto que si! No consentiré que mi hijo continúe casado con una muchacha tan vil y carente de escrúpulos. ¡Por todos los profetas! Obligó a un moribundo a... fornicar con ella como si fuera un animal y... ¡Era mi hijo! ¿Piensas realmente que puedo perdonar algo semejante? –replicó su madre con verdadero enojo.

—Yanna no es ninguna bruja. Sí. De acuerdo. Quebrantó una promesa, pero no la suya. Ella jamás ambicionó ser la esposa de mi primo. Y se armó de valor para ser libre, para poder elegir al hombre que, tal vez, algún día amara. Y tú eres la menos indicada para reprochárselo. Te comportaste tan obscenamente como Yanna. No me mires así, madre. ¿Crees que no sé lo que hiciste para librarte de ese príncipe que aspiraba a tu mano? Si las cuentas no fallaron, cuando te casaste con mi padre, Asad ya se estaba gestando desde hacía dos meses. Para conseguir tus deseos, no dudaste en traicionar el compromiso que acordaron tus padres. Y ahora, tienes la desfachatez de condenar a alguien que hizo exactamente lo mismo que tú –le dijo Suhaila con las mejillas arreboladas de indignación.

El rostro de su madre se tornó lívido.

—¿Cómo te has enterado?

—No importa de qué modo. Lo que intento decir es que no tenemos derecho a juzgar a nadie. Además, siempre has anhelado que Asad fuera feliz, que encontrara a una mujer que liberara a su corazón adormecido. Yanna es esa mujer. ¿Y sabes por qué? Simplemente porque es igual a Asad. Valiente, testaruda e inteligente, además de hermosa. Y si la encuentra y la desprecias, te aseguro que Asad no volverá a dirigirte la palabra. ¿Quieres eso?

—No –musitó Azima.

—Mamá. El destino, a veces, actúa de un modo que nos es incomprensible. Quiso que Yanna estuviera al lado de mi hermano para salvarle la vida y que Asad también la rescatara a ella. No siendo consciente, tenemos que reconocerlo. Pero... Si

Yanna decidió otorgarle su virginidad, puedo asegurar que lo hizo porque ya lo amaba. Durante este tiempo has podido comprobar que ha sido la mejor de las esposas; a pesar del terrible carácter de tu hijo. ¡El muy idiota! Ha tenido la felicidad en sus manos y la ha dejado escapar. Y todo por orgullo. ¿O es que no lo conoces?

—La verdad es que, el ejército cambió mucho a Asad. Su corazón se endureció y apartó los sentimientos –reconoció Azima.

—Así es. Por ello estoy convencida que en el campamento habría llevado a Yanna a su lecho con o sin su beneplácito, sin el menor síntoma de remordimientos. Asad toma lo que le gusta y cuando se cansa, lo aparta como a un trapo sucio. Lo único que salvó a mi cuñada fue que le prometió protegerla. Así que, pensándolo con frialdad, los dos obtuvieron lo que más anhelaban.

—Lo cierto es que, Yanna me gusta. De verdad. Imagino que la terrible experiencia que vivió en Isbiliya la afectó demasiado y no fue dueña de sus acciones. No he sido justa. Ha demostrado que es buena y paciente con Asad. ¡Y qué demonios! Ha conseguido que el corazón de mi hijo ame y eso debería bastarme. Aunque, no pienses que este signo de debilidad hará que me olvide de lo que nos has confesado, jovencita. En cuanto solucionemos este problema, hablaremos seriamente de tu futuro. Mira. Entra tú abuela.

—Mis sospechas eran ciertas. Una esclava confesó que Tarub ordenó que revisaran mi correo. Pero ignora el motivo –les contó Shamsa.

—Pues, se le pregunta –sugirió Suhaila.

Shamsa sonrió escéptica.

—¿A la favorita de mi nieto? Ni tan siquiera yo tengo poder suficiente. De todos modos, no importa. Dudo que la desaparición de Yanna tenga algo que ver. La situación habría cambiado si se hubiese materializado el acuerdo de su boda. Habría sido una rival muy poderosa. Bella, inteligente y joven. No se hubiera arriesgado a que Abderrahman llegara a enamorarse perdidamente de ella.

La puerta se abrió repentinamente. Un eunuco de aspecto terrorífico, con rostro alterado, corrió hacia Shamsa.

—Señora. Uno de los niños escuchó algo que puede ser un buen indicio. Asegura que a uno de sus vigilantes le ordenaron salir del palacio y que se encargase de ella.

—¡Ay, Señor! –gimió Azima.

—No nos pongamos nerviosas. Encargarse no significa necesariamente matar a nadie. Ismal. ¿Sabes quién es?

—Si. Ahora se encuentra en la habitación de los niños.

—Haz que lo lleven a la sala de interrogatorios. Sed duros si se niega a confesar, pero no en exceso. Debe mantenerse con vida hasta que hable. ¿Entendido? –ordenó Shamsa.

Las tres mujeres aguardaron impacientes. Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a entrar por la ventana, ante la llamada de la oración, rezaron con fervor pidiendo a Alá que les devolviera a Yanna.

Una hora después, Ismal llegó trayendo información.

—El traidor ha confesado.

Ellas lo miraron conteniendo la respiración.

—Señora. Dice que Nasr le mandó seguir a tu eunuco y a tu nieta. Aunque, no temas. Tenía órdenes de matar tan solo a tu más fiel sirviente. La mujer tenía otro destino, ser vendida como esclava.

—¿Sabes dónde se encuentra?

—En casa de un tal Lufti Ahmar. ¿Qué hacemos con esa serpiente?

—Por el momento, mantenerlo en la mazmorra. Necesitamos su testimonio.

—Como órdenes.

—¡Espera! No podemos confiar en nadie. Pueden atentar contra su vida y no tendríamos con que acusar. Guarda a ese hombre en un lugar seguro. Ni tan siquiera los carceleros deben saber donde está. Pon a otro en su lugar. Después, ordena a unos soldados que rescaten a Yanna y la traigan sana y salva. Puedes retirarte. Y abstente de comentar nada de esto.

Ismal inclinó la cabeza y salió a cumplir la orden.

—¡Yanna está viva! ¡Alá ha escuchado nuestras plegarias! –gritó Suhaila dando vueltas llena de alegría.

Shamsa, por el contrario, continuaba mostrando preocupación.

—¿Qué ocurre, abuela? Ya no hay peligro para ella.

—Me estoy preguntando la razón que tiene Nasr para odiar tanto a Yanna. Y no la hallo. Esto es más complicado y maléfico de lo que imaginamos. Y no descansaré hasta descubrirlo.

CAPITULO XXXVII

Asad entró en la última casa. Lufti Ahmar, contrariamente a los demás comerciantes, que exclamaron improperios y amenazas, no puso impedimento alguno a que los soldados registraran cada uno de los rincones; todo lo contrario, aseguró que era un comerciante honrado y estricto en cumplir la ley.

Meticulosamente, Asad y los hombres del emir, peinaron cada rincón, cada estancia. El lugar no se diferenciaba mucho de

los otros locales que habían inspeccionado. La única diferencia era la falta de suciedad. Ahmar parecía un hombre muy escrupuloso. La esclava, a pesar de la invasión, impertérrita, continuaba limpiando sin descanso, volviendo a barrer por donde los soldados habían pasado.

El resultado fue el mismo que en otros lugares. Yanna no estaba junto a lo otros esclavos y ninguno de ellos, a pesar de las amenazas, dijo haber visto a una mujer como la que describía. Tampoco había escondite alguno donde encerrar a un rehén.

—Como ves, no oculto nada. Toda la mercancía es legal.

Asad, desalentado y cabizbajo, caminó junto a los soldados.

—¿Adónde vamos, capitán?

Asad miró al soldado. La cabeza le estallaba. ¿Qué podía decir? Ya no tenía la menor idea de donde buscar.

—Interrogad a los vecinos. Uno por uno –ordenó en apenas un susurro. Después, con aire derrotado, caminó sin rumbo calle arriba, hasta que encontró una posada. Entró y pidió una jarra de vino. La tragó de un solo tirón. Se encontraba desesperado por no poder hacer nada. En la batalla sabía a qué enemigo enfrentarse. Pero ahora, se trataba de un fantasma. La esperanza se había roto en añicos tras registrar la casa de Ahmar. Yanna no había sido secuestrada para ser vendida. Y eso significaba que, la posibilidad de que estuviese con vida, cada vez fuese más remota.

Alzó la mano para pedir otra jarra, mientras sus dedos jugueteaban con la lámpara que estaba clavada sobre la mesa. La apartaba a un lado, después a otro, observando la muesca que este gesto produjo durante años dejó.

De repente se tensó. ¿Por qué sus señales de alarma lo estaban advirtiendo de qué se le escapaba algo muy importante? ¿Qué era?

Miró de nuevo la marca.

—¡Por todos los demonios! ¡La chica que barría! –exclamó levantándose, atrayendo la mirada de los otros parroquianos. Soltó unas monedas y a la carrera, apartando los obstáculos que encontraba en el camino, salió. Sus ojos negros buscaron a los soldados. No había rastro de ellos. No le importó. No los necesitaba.

Con el corazón latiendo acelerado, regresó a casa de Ahmar. Aporreó la puerta hasta que se abrió. El hombre al verlo, le lanzó una mirada de desagrado.

—¿Qué se te ofrece? ¿Acaso no habéis quedado satisfechos?

Asad lo empujo sin contemplaciones y entró en el comedor. Se acercó a la cómoda y miró el suelo. Ahí estaba la señal. Aferró el mueble y empujó hacia él, ante la mirada atónita de la sirvienta.

—¡Qué estás haciendo! ¡Acaso estás loco! –bramó el comerciante.

Asad, veloz como el rayo, se sacó la espada del cinto y lo amenazó. La esclava gritó aterrada.

—No te haré nada, muchacha. Busca una cuerda. ¡Vamos!

Ella regresó con rapidez. Le entregó la cuerda y Asad ató al comerciante, tirándolo al suelo sin contemplaciones. Sin perder más tiempo, terminó de apartar el mueble. Una trampilla apareció ante él. Con de dos impacientes la abrió. Estaba oscuro. Cogió una lámpara y la aproximó a la oquedad. La figura encogida en las sombras le hizo saltar el corazón. La sombra gateó hasta él.

—¡Yanna! ¡Dios sea loado! –exclamó Asad al comprobar que era ella. La estrechó entre sus brazos, notando como los ojos le escocían. Dando gracias a Alá por haberla mantenido con vida.

—Asad… Creí que… no volvería a verte. Que… iba a morir –sollozó ella, aferrándose a él.

—Ya estás a salvo, mi amor. Ya nadie te lastimará nunca. Yo te protegeré. Siempre –dijo él abrazándola.

—Esto ha sido… por mi culpa. Si no… te hubiera desobedecido –hipó Yanna.

—Eso no importa ahora, cariño. Vayamos a casa. A nuestra casa –dijo Asad tomándole la mano. La ayudó a salir y después, mirando a Ahmar con ojos llenos de cólera, dijo: Si le has tocado un solo cabello a esta mujer, te mato.

—Juro que… no la he tocado. Jamás… hago uso de mi mercancía –respondió el hombre sin poder dejar de tiritar de pavor.

—No lo hecho, Asad. Cuando mataron al eunuco me ocultaron en una carreta y me trajeron hasta aquí y después me encerraron. No hubo más –confirmó Yanna.

Asad lo agarró del cabello y siseó:

—Aún así. Te has equivocado esta vez, hijo de perra. ¿No sabes quién soy? Soy el nieto de Shamsa y primo del emir. Y ella es mi esposa y juro que antes de ser ajusticiado, rogarás que te maten, porque te torturarán como nunca has imaginado

Ahmar, con ojos desorbitados, gritó:

—¡Yo no sabía quién era ella! ¡Solamente cumplía órdenes! ¡Lo juro! Escucha. Haremos un trato. Si te digo quién ha sido el artífice…

No pudo seguir. El puñal voló y se clavó en su pecho. Asad, apartó a Yanna y se dio la vuelta. El golpe le dio de pleno en la mejilla, haciéndolo caer. Yanna gritó espeluznada cuando el filo de la espada se encaminó hacia el pecho de su marido. Asad, saltó antes de que ésta se clavara. Dio un brinco y desenvainó la suya, enfrentándose al atacante. Los filos se entrechocaron, una y otra vez. Asad estaba soportando un dolor espantoso. El brazo no le respondía como antes, pero había mejorado mucho; aunque no lo suficiente. El contrincante esbozó una sonrisa malvada su ver su debilidad. Asad continuó defendiéndose, atacando empapado de sudor. De repente, la espada saltó de su mano, quedando a merced de ese criminal. Intentó apartarse, pero no había escapatoria posible.

—¡No! –gritó Yanna interponiéndose entre ellos.

El filo se hundió en el hombro de la muchacha, ante la incredulidad del atacante. Asad, enfurecido, tomó de nuevo la espada y se la clavó en el estómago.

—¡Yanna! ¿Qué has hecho? –gimió estrechándola en sus brazos.

Ella, al verlo vivo, sonrió débilmente.

—Salvarte la… vida… otra vez.

Tras decir esto, perdió el sentido. Asad, comprobó que la herida era profunda y que a pesar de la sangre, no era mortal. La cogió en brazos y salió precipitadamente, topándose con unos soldados.

—Apresad a ese cabrón. Y lo quiero vivo. Me encargaré de él personalmente. Tráeme el caballo –ordenó. Montó y los hombres le ayudaron a cargar a Yanna. A galope, ocasionando un gran alboroto entre los comerciantes y compradores que ya llenaban las calles, se encaminó hacia el Alcazar.

Sus gritos exigiendo que llamaran al médico, alertó a las mujeres de su familia. Abrieron la puerta y emitieron un gemido al ver el estado en que se encontraba Yanna. Su cara apenas tenía color y su túnica estaba empapada de sangre.

—¡Dios mío! –jadeó Shamsa.

—Túmbala en la cama. Vosotras. Traed agua y paños. Desnudadla y limpiad la herida –dijo Suhaila saliendo a toda prisa.

—¡Maldta sea! ¿Dónde está ese médico? –se desesperó Asad, mojando la frente de su mujer con un palo húmedo, viendo impotente como continuaba perdiendo sangre.

La puerta se abrió. Era Suhaila. Llevaba con ella un cuenco con varias semillas y plantas.

—¿No ha llegado el doctor? Está bien. Intentaré hacer lo

que pueda.

—¿Te has vuelto loca? –protestó Azima.

—Madre. Sabe lo que hace. Confía en ella. ¿De acuerdo? –le pidió Asad.

Suhaila aplicó semillas tostadas de acedera en la herida ya limpia. Era un buen remedio para cortar la hemorragia.

—¿Eso es todo? –inquirió su abuela no muy convencida.

—Aguarda unos minutos, por favor. Hay que tener paciencia y rezar para que no se infecte. Aunque, no creo. Asad la ha traído a tiempo. Mirad. Ya no sangra. Ahora le pondré savia de zabila. Dame un paño –dijo la muchacha. Lo impregnó con la sustancia y tapó la herida.

La puerta se abrió para dar paso al general Tarek y Sahid.

—Nos han contado lo ocurrido, hijo. ¿Cómo está?

—Por el momento, gracias a Suhaila, está fuera de peligro. Pero ha perdido mucha sangre.

La puerta volvió a abrirse y entró el médico.

—He venido lo más rápido que he podido. Uno de los hijos de Abderrahman se ha roto una pierna. Me han dicho que está perdiendo mucha sangre —dijo llegando hasta Yanna. Sorprendido miró el remedio que aplicó Suhaila —. ¿Quién lo ha hecho?

—Yo. Me pareció que era lo más indicado —le comunicó ella.

—Ciertamente, muchacha. Tú intervención ha sido providencial. La herida es poco profunda, pero no muy limpia. ¿Dónde aprendiste?

Suhaila carraspeó inquieta mirando de reojo a su padre.

—Con Iajin Vidal.

—¡Con un judío! —se escandalizó Azima.

—Sí, madre. Con un judío. Un pueblo muy sabio y del que muchos aprenden. Suhaila lo ha hecho y ahora Yanna ya está fuera de peligro –refunfuñó Asad.

El general Tarek, taciturno, miró a su hija.

—¿Podrías explicarme que significa todo esto?

—Padre, no es el lugar ni el momento apropiado para discusiones. Os ruego que salgáis. Yanna debe descansar —les pidió Asad.

—Estoy de acuerdo. El reposo es esencial. Toma —dijo el doctor entregándole un frasquito —dáselo en cuanto despierte. Le aliviará el dolor. Salgamos.

CAPITULO XXXVIII

Asad permaneció a su lado aplicándole compresas en la frente, maldiciéndose una y otra vez. Ella había estado a punto de morir y todo por su maldito orgullo. Si no lo perdonaba, sería lo justo. No merecía clemencia, sino, expiar todo el mal causado.

—Asad —musitó Yanna exhalando un gemido.

—Mi amor. Sé que duele. Toma esto. Te aliviará —le pidió él posando el frasquito en sus labios. Ella bebió.— Eso es. Ahora duerme.

La besó con inmensa ternura en la frente. Ella alzó la mano y le acarició la mejilla.

—Está visto que... mi destino es... salvarte la vida –susurró antes de caer dormida.

Asad permaneció a su lado sin moverse. Era incapaz de dormir, de comer. Al tercer día, cuando Yanna, al fin abrió los ojos, Asad agotado, se había quedado adormecido. La cabeza le colgaba a un lado y su aspecto era lamentable. No se había rasurado en mucho tiempo y sus ojos estaban bordeados por inmensas ojeras. Al intentar incorporarse emitió un lamento. Su marido, al instante, se despertó sobresaltado.

—¡¿Estás bien?! —preguntó con voz chillona corriendo hacia ella.

—No como en mis mejores tiempos, la verdad. Pero tú... estás mucho peor. Estás horrible —dijo con voz cansada, dibujando una media sonrisa.

—¿Cómo voy a estar después de la locura que cometiste? Te prohíbo que vueltas a hacer algo semejante. No estoy dispuesto a perderte, mi amor.

—¿Has dicho mi amor? —inquirió ella mirándole emocionada.

Él le acarició la mejilla. Sus ojos negros brillaron a causa de las lágrimas.

—Sí. Te amo, Yanna. He tardado mucho en darme cuenta

de que siempre te he amado.

—No es cierto. La atracción que sentíamos el uno por el otro no era amor. Ninguno de los dos concebimos ese sentimiento cuando nos conocimos. Éramos dos extraños que nunca tuvieron la menor intención de llegar a comunicarse. Fue el tiempo el que nos mostró como realmente éramos.

—A mi me presentó como una bestia. ¿Y aún así llegaste a enamorarte? No logro comprenderlo —dijo Asad.

—Es bien cierto que en algún momento llegué a detestarte. Hiciste todo lo imposible para que así fuese, mi fiero león. Aunque, supe que era pura fachada. Con cada uno de tus actos, cuando reías con los pequeños o abrazabas con ternura a Suhaila o te veía esforzándote por sanarte el brazo, advertí que tenías un gran corazón; pero el miedo lo mantenía cautivo. Solo hacía falta demostrarle que exponer los sentimientos no era ninguna falta de hombría o debilidad.

—Y lo conseguiste con tu paciencia, con la bondad que siempre demostrarte hacia los míos, tratando a los esclavos con dignidad y también… —Esbozó una sonrisa pícara, ya más animado por su aceptación y dijo: por seducirme con descaro y gran maestría, mi pequeña hechicera.

—¿Crees que yo fui inmune a tus encantos? Me hiciste sufrir mucho prometiéndome el cielo para después negármelo –le reprochó ella efectuando un mohín gracioso.

—Prometo no negarte nada. Absolutamente nada. Pero ahora mí único deseo es llevarte a casa. A nuestra casa y demostrarte que siempre te amaré. Siempre –aseguró Asad sintiendo un nudo en la garganta. Ella alzó la mano y lo atrajo hacia su boca. Dulcemente lo beso, mientras él, con el corazón estallándole de felicidad, dejó que el llanto borrara todas las penas.

—Mi dulce Asad. Te amo. Llévame a casa –le pidió Yanna, besándole las lágrimas.

—Ahora mismo, querida.

Salió de la habitación. En la salita contigua aguardaba su madre y su abuela, que lo miraron expectantes.

—Ha despertado y quiere ir a casa. Voy a preparar un carro –dijo sonriendo de oreja a oreja.

—¿Irse? Está muy débil. Aparte de que el doctor la cuidará mejor aquí. No haremos nada de eso –se opuso Shamsa.

—Mi mujer me ha hecho una petición y no voy a contrariarla. Ahora no, abuela. Además, Suhaila podrá seguir atendiéndola. No pongas esa cara, madre. Viste como gracias a ella Yanna sigue entre nosotros. He tomado una decisión y se

cumplirá a rajatabla. Podéis entrar a ver a mi esposa. Ahora mismo regreso.

Yanna las recibió con una gran sonrisa.

—¡Querida! Doy gracias a Alá por tu magnífica recuperación –le dijo Shamsa besándola en la mejilla.

—Yo también me alegro, hija. Y te doy las gracias por lo que hiciste. Nunca podré pagártelo –dijo Azima.

—No hice nada extraordinario, Azima. Cualquiera lo hubiese hecho por un ser querido.

—Cariño. Sé que aún estás conmocionada por lo ocurrido, pero necesitaría saber si recuerdas algo que nos lleve a quién planeó todo esto –le pidió Shamsa sentándose a su lado.

Yanna arrugó la frente intentando rememorar los detalles de su secuestro.

—A parte de ese comerciante, había otro hombre en la casa, pero no vi su rostro. Solamente puedo recordar su voz y que llevaba tatuado en el pie una flor. Nada más. Lo siento. ¿No ha confesado ese hombre?

—Al parecer, tiene más miedo a su cómplice que sufrir los horrores de la tortura. Pero no temas, preciosa. A partir de ahora todos te protegeremos. Estás a salvo.

—Y en muy buenas manos –dijo Asad. Traía una túnica y una expresión llena de felicidad —. Mi amor, te pondré esto y ya podemos irnos.

—Insisto que es mejor que se quede en palacio –dijo Shamsa.

—Nosotros preferimos que no, abuela –dijo Yanna vistiéndose.

Una vez lista, Asad peinó sus largos cabellos y con cuidado, la alzó en sus brazos.

—¿Lista, mi amor? – le susurró. Yanna aseveró aferrándose a su cuello, sintiendo, por primera vez el poder de su marido, la protección que jamás iba a faltarle. Cruzaron la puerta y recorrieron el largo corredor. De repente, Yanna se tensó —. ¿Qué te ocurre?

—Esa voz… ¡Es él, Asad! El hombre que acompañaba a ese miserable. ¿No es Nasr? –dijo Yanna respirando con agitación.

Asad clavó sus ojos negros en la figura alta que se encaminaba hacia la puerta que conducía al salón real. En su mano portaba una copa.

No supo porqué razón el estómago le dio un vuelco. Precipitadamente, dejó a Yanna en uno de los asientos y corrió hacia el salón. Los guardias le frenaron la entrada.

—¡Maldita sea! ¡El emir está en peligro! ¡Esa copa está

envenenada! – bramó empujándolos. Éstos, finalmente, al comprender, abrieron las puertas y entraron tras Asad.

—¡No bebas! –exclamó abalanzándose hacia su primo. Alargó la mano y le arrancó la copa —. Contiene veneno.

Abderrahman alzó las cejas incrédulo.

—¿Veneno?

—Me encomendaste una misión. ¿Recuerdas?

El emir, dejó de sonreír. Su rostro se tornó cenizo. Miró al eunuco con gesto interrogante.

—Tu primo no está en sus cabales, mi señor. Ya sabes por lo que ha pasado. Lleva días sin comer ni dormir. Todo esto es producto de su imaginación. ¿Por qué razón querría matarte? Soy tu hombre de confianza y te lo he demostrado –dijo Nasr con voz firme.

Abderrahman aseveró y dibujó una sonrisa en su rostro aguileño.

—En ese caso, no te importará cumplir de nuevo con tu deber y verificar que mi primo delira. Adelante –dijo indicándole con la mano que llevara la copa a sus labios.

El eunuco parpadeó incrédulo.

—¿No bebes? –insistió su señor —. Ya veo. ¡Cogedlo!

Nasr tiró la copa al suelo. Los soldados apresaron a Nasr, que inútilmente se debatió intentando librarse. Mientras gritaba que era inocente, lo sacaron del salón con destino a las mazmorras.

Asad recogió la copa y la olió, confirmando que su corazonada era cierta.

—¿Cómo puedo agradecértelo? –le dijo el emir.

—Mi señor. Durante años te he servido con fidelidad exponiendo mi vida. Ahora te pido que me liberes de todo compromiso que tenga contigo. Deseo pasar el resto de mis días con mi familia. Ya no más guerras ni espionaje. Solamente paz –dijo Asad.

—Eres mi mejor amigo, Asad. Te echaré de menos –respondió Abderrahman.

—Gracias, mi señor.

Asad inclinó la cabeza y partió en busca de Yanna.

CAPITULO XXXIX

La noche era espléndida. El patio en plena floración se llenaba de dulces aromas. Asad dirigió la mirada hacia el comedor con una sonrisa serena en los labios.

—Es la mejor imagen que un ser humano puede contemplar. Aunque verte a ti me hace aún más dichosa —le dijo Shamsa.

—Sí. El fiero león ha sido domesticado. Os felicito —bromeó Asad.

—Bueno, imagino que tu brazo habrá influido en ello.

Él inclinó levemente la cabeza y con aire misterioso, dijo:

—¿Te cuento un secreto? Mi brazo está perfectamente. Si quisiera, podría volver al ejército.

Shamsa abrió los ojos como platos. ¿Ese fiero soldado le estaba confesando que prefería la rutina familiar al campo de batalla?

—Sí, abuela. Suhaila me curó, como lo hizo con Yanna. Por eso convencí a papá de que debía dejarla seguir con su vocación.

Será un médico excelente.

—Y una mujer solterona. ¿Qué hombre querrá casarse con un médico mujer?

—Uno que será excepcional, abuela.

—Tú padre se está haciendo viejo, Asad. Hace unos meses se habría negado rotundamente a estos cambios y ahora, ella está estudiando con ese judío y Zahid dedicándose a componer poemas. Ciertamente hermosos, pero muy tristes para mí gusto.

—La culpable es Faiza. Ha rechazado su amor para dedicarse completamente a la música.

—Los poetas son inconstantes en el amor. Pronto encontrará a otra muchacha que cure su corazón —aseguró Asad.

—Y tú. ¿Eres constante?

—Es pregunta es obvia, abuela.

—Lo has demostrado durante toda la vida. Pero desconocías el amor. ¿Estás seguro de que tu corazón latirá eternamente por tu esposa?

Los ojos azabaches de Asad adquirieron un brillo de emoción al mirar a su mujer como reía a causa de las gracias de los más pequeños.

—Mírala. Es una mujer excepcional. Me ha dado un hijo sano y hermoso. Y lo más asombroso, es que me ama. ¿No crees que estaría loco si dejara de adorarla? Abuela. Nadie pude imaginar como la amo. Nadie.

—Yo sí, muchacho. Vi tu desesperación cuando creíste que la habías perdido. No se concibe ese sentimiento si no hay amor.

—Por suerte, el destino fue generoso.

—¡Bendito sea Alá! Si llega a materializarse el complot de esos dos, ahora estaríamos en manos de unos asesinos.

—Afortunadamente, Nasr fue ajusticiado en el campo de la verdad y su pérfida concubina está pudriéndose en la mazmorra —comentó Asad.

—Abderrahman aún está melancólico por la traición de Tarub. La amó mucho. De todos modos, pronto logrará olvidarla. Hemos buscado a las mujeres más hermosas por todo el país.

—Lo dudo. Ninguna puede se más bella que Yanna — protestó él con tono orgulloso.

—Estoy completamente de acuerdo. Vamos adentro. Es tarde y ya os hemos molestado lo suficiente. Estaréis desando ir a descansar —dijo su abuela.

—¿Por qué siempre eres tan perspicaz? —rió su nieto.

Entraron en el comedor. La familia se despidió de Yanna y Asad.

—¡Al fin solos! —exclamó él.

—Pensé que adorabas estar con la familia —dijo ella apagando una lámpara.

—Por favor, déjalo. Se encargarán los criados. Estoy deseando ir a la cama. Quiero demostrarte una vez más cuanto te adoro —le pidió Asad.

Ella sonrió con dulzura. Parecía mentira como había cambiado. El malhumor, el hermetismo y frialdad, se habían disipado, dejando libre al hombre tan magnífico que era. Pero, tal vez, en cuanto recuperara la movilidad total de brazo, las cosas cambiarían.

—¿Qué ocurre, cariño? —inquirió él al notar en su rostro una sombra.

—Estaba pensando que si esta dicha se truncará cuando puedas regresar al ejército.

Asad la estrechó entre sus brazos y la miró embelesado.

—Cielo, esa posibilidad no existe. Siempre estaré a tu lado. Siempre. Anda. Vamos darle un beso a nuestro hijo.

Subieron al cuarto infantil. El pequeño dormía placidamente.

—¡Qué hermoso es! Se parece tanto a ti. Gracias, mi amor —dijo Asad. Después besó la frente del pequeño con inmenso cariño. Cuando su único motivo para existir era el ejército y la guerra, nunca se le pasó por la cabeza formar una familia. Pero ahora, ya no podría vivir sin ella. Era el motor que lo hacia levantarse y desear que todos estuvieran protegidos, que jamás se sintieran heridos por falta de amor.

—Ciertamente, somos como dos gotas de agua. Lo cual me hace desear tener una niña igualita a su padre. Y ya sabes que mis deseos no tienen espera —dijo Yanna cogiéndole la mano. Asad, con el corazón latiéndole con fuerza, se dejó llevar. Una vez en su habitación, ella, posó las manos en su pecho y lo tiró sobre la cama, acostándose junto a él —. Hoy quiero que mi fiero león sea un tierno gatito. Quiero acariciarlo, mimarlo...

—Te daré lo que quieras, mi bella flor –jadeó cuando ella le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Yanna alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—Quiero que el hombre que conocí nunca regrese. Que jamás vuelvas a ocultar tus sentimientos.

Asad le acarició los labios con la yema de los dedos.

—El hombre que conociste murió. El que está ante ti, jamás dejará de decirte cuanto te ama, de que eres el jardín de mis deseos. Lo gritaré una y otra vez, hasta que te canses. Yanna. Nuestra familia es lo más importante para mí. Si me faltarais, no podría sobrevivir. Tengo tanto miedo de que ocurra... Incluso he

llegado a pensar que todo esto es un sueño.

—Esto es real, cariño. Te quiero tanto que, a veces me duele el corazón de lo intenso que es ese sentimiento.

—No quiero que te duela. Quiero que seas feliz –le pidió él.

—Y lo soy. Pero a veces… —Calló para esbozar una sonrisa – pienso que nos falta algo muy importante. Por eso ahora, quiero que nuestro amor conciba a una niña tan magnífica como tú. ¿Estas dispuesto a ello?

Asad tragó saliva intentando que el llanto de felicidad no se desbordara. Se aclaró la garganta y dijo:

—Hace horas que lo estoy. Pero la maldita familia… —gruñó.

Ella soltó una risa cristalina que él apagó con un beso.

F I N